

Una Charla Con el Gran Pintor Argentino G

SENALAR aquí el gesto magnífico del gran pintor argentino, Quinquela Martín, es nuestro deber, no sólo por la maravillosa obra realizada por este hombre de elevados sentimientos, sino también por la integridad de su espíritu siempre predispuesto a la dádiva en bien de sus semejantes, en bien de su patria, en bien de nuestra patria...

Benito Quinquela Martín, **EL ARTISTA CELEBRE, EL POETA DEL ARTE PICTORICO**, paseó con orgullo el nombre de su madre tierra en tierras ranjeras, pues es un universalmente basta con eso, donde el terreno de su propiedad, en el Barrio de la Boca, en la Vuelta de Rocha, donde hoy se alza majestuoso el hermoso edificio que es Escuela Elemental y Museo de Bellas Artes, llamado **MUSEO DE BELLAS ARTES DE LA BOCA**.

Las decoraciones murales de este gran artista del arte pictórico, impresas en el tercer piso, que es donde se halla el estudio, desde cuyos ventanales se contempla tranquilamente la Boca del Riachuelo, encierran dos años de constante dedicación y una serie de quince cuadros al óleo; cera, y resina; un fresco y una cerámica... ¡Dignos de los más expresivos elogios!

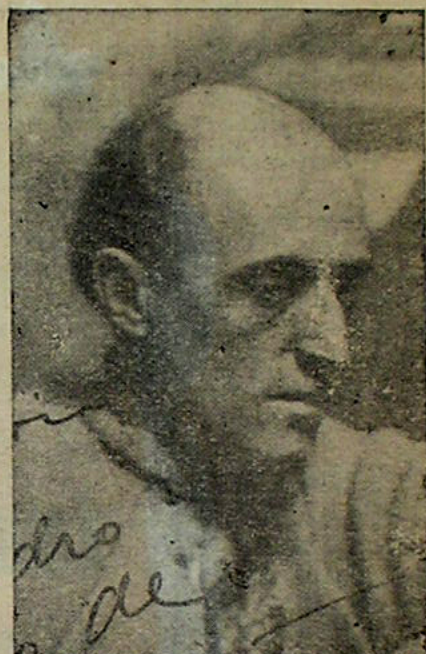
El deseo de Benito Quinquela Martín, de quien se conoce bien el espíritu patriótico que anima toda su obra, como dice Luis Diéguez, ha sido dotar a la Boca de una escuela que sea única en el mundo. Y este propósito del amigo de los trabajadores, este propósi-

Y ya lo dije: El museo se halla en el Barrio de la Boca, (Boca del Riachuelo) y en la calle Pedro de Mendoza 1835, Bs. As. Y el estudio está ubicado en el tercer piso, que es donde estaba el gran amigo tra-

co el pintor"... ¡Ay!... "¿Y quién, que es, no es romántico", según la expresión de Rubén?...

—Es verdad...

—Y volviendo a lo nuestro, es decir: a lo suyo... ¿Cuáles son los paisajes de



- QUINQUELA MARTIN

bajando cuando llegué a visitarlo. Apenas le vi, comendí que mi visita sería provechosa y, sin protocolos, después del saludo de costumbre, comencé preguntándole:

—¿Desde qué edad empezó a pintar, señor Quinquela?...

—Desde niño, dibujando paredes...

—Ah... ¿Y quién le enseñó los primeros pasos en el difícil arte?...

—El pintor italiano Alfredo Lazzari fué el primer maestro de dibujo en una escuela de la Boca.

—Ahora me explico su cariño y su dedicación constante por ese barrio de luchadores...

¿Y quien después le siguió alentando?...

—El entusiasmo y la vo-

nuestra tierra que captó su inteligencia y esbozó su mano maestra?...

—El Puerto de la Boca...

—Cuando habla de ese barrio, parece que le acariciarán el corazón... ¿Le quiere?

—Mucho. Hace más de cuarenta años que vivo en él, en una casita colonial...

—¿Cuarenta años!... ¡Cuarenta años recogiendo oro de sol y sentir de corazón, para honrar a su barrio! ¡Magnífico! Se me ocurre que hasta los vientos deben abrirse a su paso, de tanto conocerlo, y saludarlo con respetuosa inclinación por su talento...

—Leda, por favor... Yo...

—Está bien: no proseguiré. Comprendo. Siempre en los genios ha vivido la modestia. Y para demos-

tratar, ¿qué parte de la capital febril horas del día se siente más su corazón y o...

—Me gusta por sus distritos pero mi preferencia es Boca; en cuanto para mí son todos porque todas las cosas tienen un encanto de...

—¡Sublimado! No sólo es por eso, veo que también la palabra... alegría... ¡pero no y su voz al unísono!

¿Dónde nació Quinquela?

—En la capital...

—¿Cuándo de saber?...

—Sí. El 1 de mayo de 1890.

—¿Y cuántos años que cultiva el arte?...

—Alrededor de cuarenta años.

—¿Cuántos años?...

—Una vida...

—¿Qué tipos de obras grandes del arte como símbolo ejemplo?...

—Son tantos que me cuesta decirlos, pero me gustan los que empujan a la difícil división de predilectos de la escuela del Renacimiento...

—Es lógico, tus como el arte, los frutos de sus afanes...

140
Consejo Nacional de Educación
MUSEO DE BELLAS ARTES DE LA BOCA

Pedro de Mendoza 1835
BUENOS AIRES

Buenos Aires, 19 de mayo de 1947

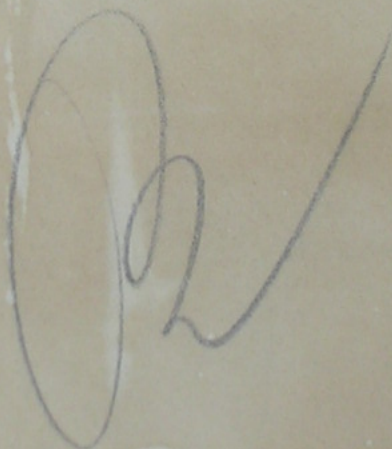
Distinguida señorita,

ANA JOSEPH (Leda):

Recibí el diario "Mi Periódico", con el artículo suyo sobre "Una charla con el gran pintor argentino Quinquela Martín".

Cada vez que me leo pienso en la responsabilidad que tengo que afrontar para responder a todo lo que dicen y piensan, porque considero un deber tratar de superarme y no defraudar a los estudiosos que han realizado conceptos e ideas con todo entusiasmo.

Mil gracias por todo, mi estimada amiga,
y reciba los sinceros afectos de



141

Distinguido amigo Quinquela:

Déjeme que le llame así: "Quinquela", como obliga la benevolencia de su espíritu magnífico, y que le diga que sus palabras han hallado clima favorable y su gesto ha sido comentado con cariño por el público de esta que lee MI PERIODICO. Debo agradecerle una vez mas su amabilidad, diciéndole: ¡GRACIAS AMABLE ARTISTA, -NUNCA OLVIDARE SU NOBLEZA!

Hace mas de un mes que le envié una novela poética mía, en prosa y versos, como homenaje de gratitud; novela de ilusiones primeras y emociones e intenciones sanas, donde más dice el corazón que la experiencia y no hay más "poesía" que el sentir que la anima.... Espero que la haya recibido. Tal vez léyéndola vuelva a transitar regiones remotas pero inolvidables, que la memoria guarda celosamente....

Me gustaría saber, si no es molestia para usted, si ha recibido tambien los ejemplares de MI PERIODICO donde aparece el reportaje, y le haro presente que si necesita algunos ejemplares del mismo, aún conservo varios.

Perdón por todo, gracias por todo y un "hasta siempre con el arte y la belleza"...

Pergamino - 16 de Mayo de 1947 -

ANA JOSEPH (LEDA)
DIRECTORA DE
"MI PERIODICO"

May 16 - 47

Mucho y muy admirables
Amigos.

Mucho placer me
ha dado. Con sus generosas
palabras. Palabras de
un gran artista y por lo tan-
to, para mi, muy valiosas.

He muy pronto a
retilar.

Un amigo Enrique Albata.

COLABORACIÓN DE CARLOS CONTARELLI

Benito Quinquela Martín en la Escuela-Museo Pedro de Mendoza

En la Escuela - Museo Pedro de Mendoza, situada en la Boca del Riachuelo, el artista Benito Quinquela Martín realiza una magnífica obra de conjunción pictórica - pedagógica de suma jerarquía social, en procura amorosa del mejoramiento conceptual del niño. Ha donado al museo parte de su producción e instalado ahí su taller de intimidad espiritual y bohemia, fecundo y original. En esa casa, funda una simpatía escolar por el arte, que ha llevado a la práctica de manera precursora en nuestro medio, en una entrega de estudio, amplitud de impulso virtuoso de artífice y generosa contribución personal. Así, con sentido didáctico, decoró con pinturas murales todas las aulas de ese colegio que posee los adelantos solicitados por la enseñanza moderna; a la vez que, con directa voluntad y escogimiento concienzudo, está completando con obras de artistas únicamente argentinos, el Museo de Bellas Artes. Consta hasta ahora de cerca de trescientos trabajos, entre cerámicas, mosaicos, esculturas, pinturas y grabados, colocados, en ese edificio de arquitectura funcional de tres pisos, con un orden y método estético, que predispone al aumento de la inquietud anímica, hasta la altura de la emoción. En el centro del portal, se levanta el busto esculpido en mármol de Pedro de Mendoza, preciso semblante de hidalgo castellano. Detrás y a ambos lados, en un recibimiento de auténtica patria, sobre sendas peanas, hay dos bronceas cabezas de domadores: saltó uno, pampeano el otro. Este, coronado con vincha y aladars lacios. Su rostro es de pureza patagónica, en un nexo de duras líneas soberbias de reto gaucho y arrojo indio. Inspiración justa, de testa de braveza criolla, del que igual doma un potro, pelea con poncho y fucón al tigre o maneja la guerrera lanza libertadora. La otra cabeza está cubierta con chambergo de ala levantada, que deja al sol altiva frente. Coleta al desgase y rostro curtido, tajeado de arrugas y nariz ancha de atrevimiento varón, porque es de los que calza hierro de monte y, otras veces, guitarra de paya en bandleira. Llegado el caso, son dos centinelas del suelo argentino. Ejecuciones de vigorosa fuerza de expresión y estudio psíquico - etnológico, logradas por Ernesto Soto Avendaño y César Sforza. A continuación, en las paredes del patio cubierto, comienza la obra del artista, destacándose una cerámica tamaño: "Saludo a la bandera". Preámbulo de la función del arte, consagrado al servicio del desarrollo intelectual y moral del educando. Composición de afirmación e ívica, donde un pueblo orando patria, descubierta y con flores, rodea y sigue al abanderado: un viejo, de melena y barba cana patriarcal, arrogante en el gesto custodio de la venerable seda. Después, en todas las amplias aulas del colegio, la decoración mural de gran magnitud, representando es-



Una fotografía de Quinquela Martín, en su estudio, dedicada a los lectores de TRIBUNA BANCARIA.

cenos del rudo trabajo portuario. Así todas sus composiciones están ennoblecidas por estas manifestaciones dominantes de febril animación laboriosa. Esta es la armonía y el credo de su obra: el tema del trabajo, de acento pujante, ardoroso, dinámico del puerto. Arte de abundosa humanidad, inspirado en la lucha que unge los pechos con la sangre blanca del sudor, por el pan de la familia y la educación de los hijos. Su contenido es constructivo, trascendente, profetizante de un porvenir poderoso. Los niños de esa zona de la ciudad estudian en esos cuadros su propio e íntimo ambiente, aprendiendo a amarlos. Esa reforma debería también introducirse en el futuro en la Escuela Rural, con decoraciones pictóricas de asunto agropecuario, que activarían más la voluntad, inteligencia y sensibilidad del escolar. Para que las representaciones impongan en el niño una respetuosa atención, me dice Quinquela, las decoraciones han de ser grandes, llamativas e imponentes. Y agrega que, en los Estados Unidos se están haciendo escuelas de esta clase, llamándoseles de tipo argentino.

El carácter específico del estilo quinqueliano, está representado por el movimiento. De ahí que no distrae en sus pinturas con otras impresio-

nes que resten esa substancia. Esa técnica del movimiento es asimismo, expresada por registros de un cromatismo vibrante de luces intensas. En verbo de colorido y luminosidad, exalta la fuerza, la energía, lo potente. Todos los hombres son de complexión robusta en los cuadros del colegio, para transmitir mejor el mensaje de grandeza que encierra el valor social del trabajo. En los estibadores, las cabezas son macizas, los cuellos cortos, los pechos anchos y recios, los brazos gruesos y las piernas tensas de resistencia nerviosa; produciendo, de esta manera, efecto vigoroso en las masas. Fácil es ver este ritmo de fuerza y acción en "Embarque de Cereales", óleo de ejecución suprema. Allí la dinámica se aviva en grado mayor, por la multitud de obreros que cruzan y confunden sus cuerpos, en la tarea argentina de enviar la semilla de oro de sus campos al extranjero. Con rara maestría de su espátula, se manifiesta a veces con contrastes de tonos, que los conjuga en delicada asonancia; así en su abigarrado cuadro "Inundación de la Boca", los rojos ardientes, amarillos cargados y verdes vehementes, se complementan en un acorde de cautivante armonía. Su preferencia temática está animada por el canto



"El carbonero". — Un pintor extraordinario

Una mañana opaca en que la lluvia estaba al caer, peregrinando por la Boca, nos detuvimos a contemplar a un pintor que sentado en la proa de un velero, indiferente al marante ir y venir de un barco en descarga, pintaba.

Es decir, aquello no era pintar, era un afiebrado arrojar colores y más colores sobre el cartón. En manos de nuestro hombre el pincel iba, venía, describía giros, volvía y revolvía con aspillat majestuosa y segura; a su paso dejaba gruesas huellas que aparecían desordenadas e incongruentes en un principio, pero que bien pronto adquirían forma y cierta concordancia inarmónica, grotesca casi, para formar en seguida un cuadro de una belleza sorprendente; insuspechable en un rincón gris y sucio del Riachuelo.

Cuando hubo terminado su tarea, abordamos al raro pintor y fácilmente entablamos charla. Se trataba de un buen muchacho, dulce y humilde, que pinta de pura afición; como siente él la pintura, instintivamente.

Avanzando en nuestra conversación, no nos costó obtener que nos invitara a ir hasta su casa, una de esas modestas casas típicas de la Boca. Allí nos contó su historia, triste como pocas.

Benito Chinchella Martín, es huérfano, peor aún, es inclusero: hijo del amor, como él mismo se llama. Adoptado a los 5 años por sus actuales padres, un matrimonio de sencillos hijos de Italia, su infancia fué dura. Hasta los veinte años fué descargador y repartidor de carbón. Aún recuerda riendo sus primeros pufos en el diseño, carbón en mano y haciendo víctima de sus inclinaciones a cuanta pared halló a su paso.

A los veintinueve años sintió la necesidad de instruirse y, sólo, sin ayudas extrañas, empezó febrilmente a aprender, comenzando casi por las primeras letras. Con tanto ardor se inició en esa nueva fase de su vida, que su físico, hecho a las rudas tareas materiales, fué incapaz de resistir, y el bravo muchacho enfermó. Pasó una temporada en Córdoba y San Luis y de regreso en esta adoptó la resolución definitiva que habría de cambiar fundamentalmente su vida. Atacó la pintura abandonándolo todo. Solo, sin apoyo moral alguno; sin un maestro que guiara sus primeros pasos, se dedicó por entero a la pintura. Cruenta fué la lucha que debió sostener: a los obstáculos que fuertemente había de oponerle el desconocimiento de los más elementales procedimientos del complicado arte, se unió la oposición de sus padres adoptivos, que a fuer de honrados trabajadores veían con temor las extrañas inclinaciones del muchacho. Pero el ánimo de éste no decayó y a grandes pasos ha ido ascendiendo por el empinado camino que sólo y desamparado emprendiera.

Merced a su tenaz voluntad, Chinchella Martín ha ido mejorando, adelantando como un gusano por ese difícil camino; solo, sin atender casi los consejos bien inspirados pero a menudo errados con que muchos han querido ayudarlo en su rápido perfeccionamiento. Desde su iniciación, supo comprender que lo que convenía a su modo de ver la pintura era hacerse solo, sin aceptar las restricciones y las pautas que para los temperamentos fuertes significan las academias, los procedimientos de "receta" y las normas inmutables.

Libre como el potro, que si nunca saboteó los subterfugios del box mudo, jamás conoció la esclavitud del trono que si guiar anula e inferioriza; así se hizo este pintor, íntegro, sincero y fuerte.

Ante los cuadros de Chinchella Martín



Benito Chinchella Martín, "El carbonero", en el balcón de su taller-habitación-biblioteca

tin se experimenta una fuerte sensación de virilidad, de hombría agreste, que reconforta, que tonifica en los actuales tiempos de amancebamientos y comercialismo. Viendo los barcos, tristes barcos de trabajo, que pinta este pintor tan encerrado en sí mismo, contemplando los cielos y las aguas que traslada a la tela, se piensa involuntariamente en los trabajos que vemos todos los días en exposiciones y estudios, y hay que sonreír, porque se recuerdan las fatigas que ciertos artistas (esta palabra habría que ponerla entre comillas) se dan para pintar las medias de muselina, los terciopelos, el brillar de las uñas de una de las tantas mujeres en salsa verde que se nos depara como exponente de un refinamiento artístico que por fortuna no corresponde a nuestra calidad de pueblo joven, un poco indio todavía.

Comparar el arte de Chinchella Martín con el de tantos pintores insustanciales que se adocen en busca de un exquisitismo que tiene mucho de incapacidad y mucho de feminismo neurótico, es pretender establecer parangón entre la belleza salvaje de las cataratas del Igazú y la muda caída de agua filtrada de una gruta de plaza edilicia. Sus cuadros hacen pensar en Augusto Rodin y en Emilio Zola, porque ellos nos hablan con el lenguaje intenso, algo bárbaro, con que sólo se interpretan los motivos fuertes, de músculo y de acero. Como Rodin, no se detiene en el detalle infimo de la arteriola imprecisa; como Zola va a buscar su musa en los rinceos sombríos, donde el tiempo y la pobreza pusieron su sello de aplastamiento e inmovilidad. Chinchella Martín saca de esos sitios en que nadie ve belleza, tales efectos de luz y de sombras, de grandiosidad y de amplitud con tal simplicidad de procedimientos, con una técnica tan sencilla que nos hace creer que hasta ese momento todos, incluso algunos pintores, hemos tenido una vena sobre los ojos y un bloque de hielo sobre el alma.

En su escenario habitual. El bosque de mástiles y la intrincada maraña de cordajes y escalas, así como todas las complicadas líneas típicas del Riachuelo, no guardan ya secretos para él.

Y lo que es más asombroso en "El carbonero"—como le llaman aún en toda la Boca en recuerdo de su antiguo oficio—es que sus cuadros son fruto de la labor de una o dos horas; de una tarde cuando más; muy rara vez necesita dos sesiones para pintar uno de sus grandes cuadros. Otra de las virtudes de Chinchella Martín es el derroche que hace de pintura; cada uno de sus pinceladas significa la merma de medio pomo de color. En ocasiones los pinceles no le son suficientes y entonces usa la espátula para extender el color sobre el cuadro: la flexible lámina de acero se desliza dúctil y sumisa por el cartón y va dejando informes masas de pintura que a veces alcanzan a un centímetro de espesor!

Como es pobre, sus penurias son cruentas para la obtención del caudal de materiales que necesita. ¿Pensar que este hombre llegaría a ser una gloria—como lo calificó uno de nuestros mejores pintores—si dispusiera de lo que cuesta el abono a un paleo del Códol!

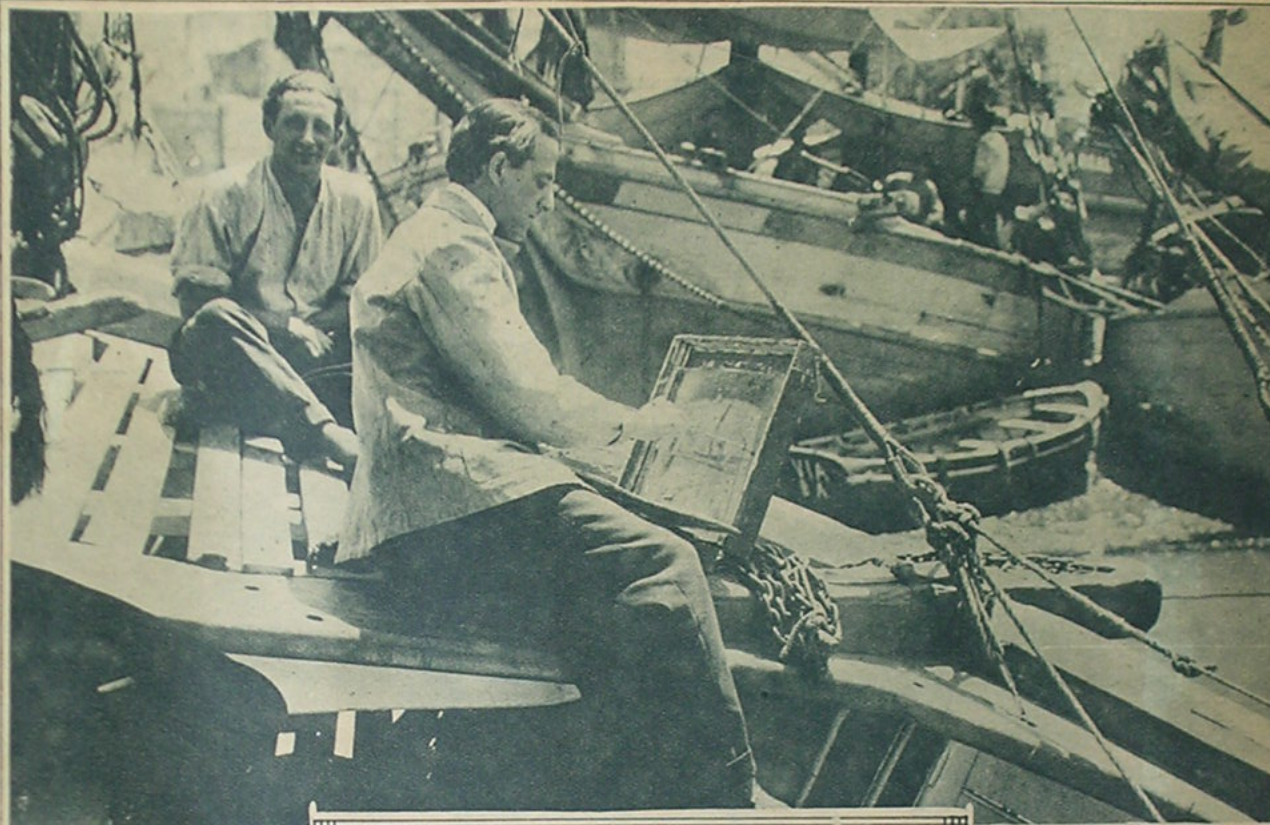
¡No habrá por ahí algún adinerado señor que quisiera hacerse perdonar sus pecados, destinando algunos billetes de banco a la salvación de este buen muchacho tan valiente, de este artista tan sincero y tan nuestro!

Ernesto E. MARCHESI.



"El carbonero", en su mesa de lectura.

EL PINTOR DEL RIACHUELO: BENITO QUINQUELA MARTÍN



La vida de este artista extraordinario corresponde a la hagiografía. Su origen es oscuro como el de los héroes antiguos, pero seguramente humilde como el de los primitivos pintores de almas. Su infancia estuvo catalogada en el martirologio de la Beneficencia y ya adolescente salió a la vida con las manos desnudas y fue la libertad para él un simple cambio de cadenas. Después fue joven sin saberlo, porque vivió como si no tuviese juventud: era una onda hercúlea que vagaba en el ámbito sin encontrar una antena.

Por misteriosas leyes de afinidad de la química psicológica este átomo repleto de energía se condensó en la Boca. Allí no podía ser Jason ni Prometeo y fue, modestamente, cargador. Entró en la fila de hormigas que va de la bodega flotante al depósito de tierra firme, con los grandes sacos de carbón al hombro. Negro, sudado, hambriento, maloliente, al final de la jornada formidable, en vez de anestesiarse el estómago y el corazón con los zumbos de la cantina, ilustraba sus pupilas con las maravillosas puestas de sol entre palos, velas y jarcas.

Un día, fasto para el arte, tomó un lápiz y dibujó. Otro día, no mucho más acá, compró pinceles y colores, y pintó. Alternativamente pintaba y descargaba carbón, pero así, ingenuamente, sencillamente, sin genialidad, sin rebeldía, sin apocalipsis. No era un artista en menester de obrero; era un cargador que estaba enseñándose a pintar, él sólo, autodidacta, maravilloso.

De repente, el 1 de noviembre de 1918, Quinquela aparece vestido de ciudadano en el Salón Witcomb, rodeado por visitantes y telas estupendas. Tiene que desahogar su riguroso psicólogo presentándose él mismo a todo el mundo, porque los cargadores



Quinquela, a todo trapo, entre el pintoresco farrago de un rincón del puerto.

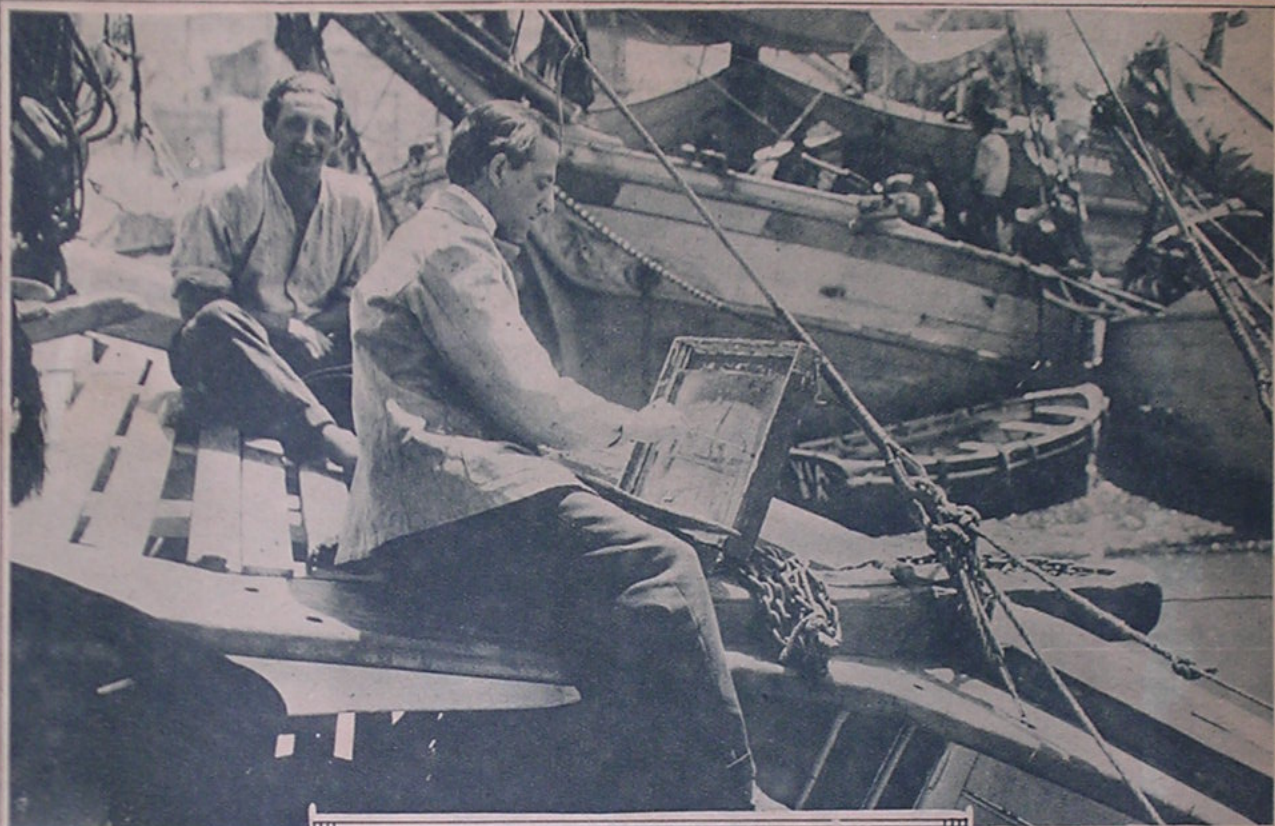
de la Boca no suelen estar muy vinculados en el centro. Tiene un éxito definitivo. La crítica, los artistas, los aficionados, dicen de sus obras una porción de cosas raras, pero todos los gestos tienen el elogio del asombro. Cuando cierra la exposición y le liquidan el producto de los cuadros vendidos, este hombre legendario no se inmuta, ni llora, ni ríe, ni se va a cenar al Sportman con una dama de placer. Aquel dinero no representa para él más que el producto de muchas toneladas de carbón descargadas de repente y la posibilidad de seguir pintando mucho tiempo.

Y vuelve a la Boca. Allí están los barcos enormes y fantásticos, las chatas monstruosas, los alados veleros, las aguas misteriosas, el hierro, la piedra, el carbón, el humo, la carne humana, todo lo que ha sido y será la vida de su obra. La Boca del Riachuelo es la atmósfera espiritual del alma de Quinquela y ha sido hasta hoy su protoplasma artístico.

Ahora va a España. Sin duda le espera allí un gran éxito. Fuerte, sobrio, original, pluscamaudax y sumecolorista, Quinquela es una de las figuras más interesantes del arte argentino y acaso el de más inquietantes perspectivas, porque no habiendo sufrido la endósomosis académica toda su energía es creadora, bárbara y pura como una fuerza mitológica.

Benito Quinquela Martín

EL PINTOR DEL RIACHUELO: BENITO QUINQUELA MARTÍN



La vida de este artista extraordinario comienza a la hagiografía. Su origen es obscuro como el de los héroes antiguos, pero seguramente humilde como el de los primitivos pastores de almas. Su infancia estuvo catalogada en el martirio de la Beneficencia y ya adolescente salió a la vida con las manos desnudas y fue la libertad para él un simple cambio de cadenas. Después fue joven sin saberlo, porque vivió como si no tuviese juventud; era una onda herciana que vagaba en el ámbito sin encontrar una antena.

Por misteriosas leyes de afinidad de la química psicológica este átomo repleto de energía se condensó en la Boca. Allí no podía ser Jaxón ni Prometeo y fue, modestamente, cargador. Entró en la fila de hormigas que va de la bodega flotante al depósito de tierra firme, con los grandes sacos de carbón al hombro. Negro, sudado, hambriento, maloliente, al final de la jornada formidable, en vez de anestesiarse el estómago y el corazón con los amos de la cantina, ilustraba sus pupilas con las maravillosas puestas de sol entre palos, velas y jarcas.

Un día, fasto para el arte, tomó un lápiz y dibujó. Otro día, no mucho más adelante, compró pinceles y colores, y pintó. Alternativamente pintaba y descargaba carbón, pero así, ingenuamente, sencillamente, sin genialidad, sin rebeldía, sin apocalipsis. No era un artista en monasterio de obrero; era un cargador que estaba enseñándose a pintar, al sólo, antediluviano, marcialismo.

De repente, el 1 de noviembre de 1918, Quinquela aparece vestido de ciudadano en el Salón Witcomb, rodeado por virtualmente tales estupefactos. Tanto que destrozó en riguroso lenguaje presentaciones. Al mismo tiempo al mundo, porque los cargadores



El artista en su taller.

Quinquela, a todo trapo, entre el pintoresco farrago de un rincón del puerto.

de la Boca no suelen estar muy vinculados en el centro. Tiene un éxito definitivo. La crítica, los artistas, los aficionados, dicen de sus obras una porción de cosas raras, pero todos los gestos tienen el elogio del asombro. Cuando cierra la exposición y le liquidan el producto de los cuadros vendidos, este hombre legendario no se amanta, ni llora, ni ríe, ni se va a cenar al Sportman con una dama de placer. Aquel dinero no representa para él más que el producto de muchas toneladas de carbón descargadas de repente y la posibilidad de seguir pintando mucho tiempo.

Y vuelve a la Boca. Allí están los barcos enormes y fantásticos, las chatas monstruosas, los alados veleros, las aguas misteriosas, el hierro, la piedra, el carbón, el humo, la carne humana, todo lo que ha sido y será la vida de su obra. La Boca del Riachuelo es la atmósfera espiritual del alma de Quinquela y ha sido hasta hoy su protoplasma artístico.

Ahora va a España. Sin duda le espera allí un gran éxito. Fuerte, sobrio, original, plasmado y sumocolorista, Quinquela es una de las figuras más interesantes del arte argentino y acaso el de más inquietantes perspectivas, porque no habiendo sufrido la endémica académica toda su energía es creadora, bárbara y pura como una fuerza mitológica.

Benito Quinquela Martín

EL PAISAJE PORTUARIO EN EL ARTE

BENITO QUINQUELA MARTIN Y SU EXPRESION PICTORICA DEL RIACHUELO

Aunque todos los puertos de las grandes ciudades del mundo ofrecen a los ojos del observador, similitudes objetivas del conjunto náutico que se aglomera en sus diques y dársenas, cada uno de ellos tiene su característica propia, su fisonomía personal, como si dijéramos, tomada de la naturaleza y del ambiente.

Difusos grises, por ejemplo, en las nebulosas playas boreales; ciclos intensamente azules, en Italia; deslumbradora luz, en los Trópicos...

Quinquela Martín, entre nosotros, ha sabido ver y expresar como nadie el abigarrado barrio fluvial de la Boca, pintoresco y cosmopolita, en todo lo largo del Riachuelo, con sus mil mástiles, guinches y chimeneas.



Sr. Benito Quinquela Martín

Aquella activa vida portuaria, en constante dinamismo obrero y marinerío, ha sido captada de tal manera por su ojo de artista y su honda penetración de psicólogo, que toda ella se refleja en sus telas maravillosamente animadas aun en el estatismo de los barcos inmóviles en sus amarraderos, o tumbados como enormes cetáceos muertos, en el fango verdoso de la costa, después de terminar para siempre sus dramáticas correrías por los mares.

Las enseñas multicolores, los cascos rojos de herrumbre y manchados de salitre, las azules blusas obreras, el típico indumento de las marineras, en firmes y seguras pinceladas, emergen del fondo de esos cuadros, famosos ya en el mundo del arte, en forma personal e imperecedera.

Creaciones propias del pintor, aunque inspiradas en la realidad que ven todos los ojos, pero que no perciben todas las sensibilidades, con la misma intensidad de emoción, el artista ha sabido poner en ellas mucho de su espíritu, de su visión interna del paisaje, en lo exótico y en lo regional que tiene "el alma de la Boca", el que nos permite esta expresión de nuestro pensamiento, que se esfuerza también por dar al lec-

tor una idea plástica de esa obra, en que el pincel supera a la pluma.

Mientras el salto vertiginoso de los puentes describe el impresionante parábola, sobre el bosque de mástiles del Riachuelo, poderosos músculos proletarios, en competencia atlética con las grúas, cargan y descargan fardos y cajones, en un ir y venir de hormigas.

Sosteniendo sobre sus espaldas, encorvadas por el peso abrumador de los bultos que las oprimen, pasan los héroes anónimos, de la riqueza nacional, sobre los tabloncillos que se arquean bajo sus pies, erigiendo a cada paso firme y seguro, de la alpargata ennoblecida por el trabajo.

Sísifo, el gigante mitológico, con su pesada piedra a cuestas, debió escalar así la montaña que simboliza el anhelo jamás alcanzado del hombre, por llegar a la cúspide del ideal artístico y de la tarea plenamente realizada!...

Y Quinquela Martín, como todos los grandes creadores de belleza; como todos los grandes poetas y artistas, conoce muy bien el suplicio de no alcanzar nunca la cumbre del monte a que se propone llegar todo el que no se siente jamás satisfecho de sí mismo, en su constante anhelo de superación indefinida; tortura de que no se ha librado ni el genio del Dante o de Leonardo!

Ya lo dijo Miguel Ángel, contemplando la obra Buonelleschi: "Come te, non voglio; meglio di te, non posso!..."

Si esa incormodidad del artista con su obra —acicate de la inspiración y del pensamiento humano— el genio se confundiría con la mediocridad, a los primeros aplausos de la crítica.

No les basta, a los espíritus y a las mentalidades superiores, que los demás se den por satisfechos con las alturas alcanzadas por el vuelo poderoso de la fantasía creadora; necesitan la aprobación de su propio criterio artístico.

Músicos, pintores, escultores, poetas, columbran siempre un "más allá", una excelencia aun no dominada por nadie, en esa vertiginosa ascensión por la escala sin fin del pensamiento.

Así, los cóndores andinos verán sin duda como cosa vulgar y sin importancia, la imponente majestad de su vuelo sobre las cumbres, al no poder ir hasta las estrellas!...

En Benito Quinquela Martín, además del pintor de jerarquía, definitivamente consagrado, hay un espíritu altruista y generoso, un Mecenas de artistas y literatos pobres, que han encontrado siempre tendida su mano dadivosa y abierto su noble corazón de filántropo.

Así obtuvieron también su aporte pecuniario, instituciones cultura-

les y obras de mejoramiento social que le deben no escasa parte de su impulso.

De ahí que se le considere, a justo título, uno de los primeros ciudadanos de "la república" de la Boca, donde tiene establecido su ya célebre taller de artista, obrero él también, de la grandeza intelectual del país, en una de sus más grandes y bellas manifestaciones.

En toda la zona del Riachuelo su popular y simpática figura es saludada con respeto, que no excluye la familiaridad y la camaradería, en el trato sencillo y afable de la gente del pueblo.

Pero su nombre y sus prestigios

de artista máximo, han ido mucho más allá de las fronteras de la patria, donde sus cuadros figuran ya en museos y pinacotecas.

Ningún otro pintor argentino le aventaja en originalidad y dominio de la expresión plástica. Su pincel anima la tela e infunde vida y movimiento al paisaje portuario, dándole una rara sensación de dinamismo, hasta en la apariencia estática de los barcos inmóviles en sus amarras de gruesos cables retorcidos.

Es la facultad divina de los que nacieron dotados de ese poder maravilloso, que sólo poseen los taumaturgos del arte, sin otros elementos que los colores magistralmente combinados.

Ernesto Morales

141
"Clarín" B.A. 3 abril 1946

EN SU MUNDO DE LA BOCA, QUINQUELA MARTIN

REALIZA UNA OBRA TRASCENDENTAL Y HUMANA

*Una catedral del arte que tiene a sus puertas
chimeneas orladas por encajes de humo...*

—Por FELIX MOLINA-TELLEZ—

QUINQUELA Martín es un artista que se ha realizado en un barrio popular y lo ama por encima de todas las cosas, como si en las abigarradas callejas que se amontonan a orillas del Riachuelo estuviera el país que espera el impulso de sus hombres para levantarse más allá de sus puentes monumentales y de sus chimeneas orladas por el encaje del humo. ¿Y cómo no ser su mundo si allí gozó y sufrió la pasión de su arte, y desde allí brindó a los ojos de los gustadores la potente fuerza de sus colores rojos trabajados a fuego, y los grises inquietantes que nos ponen alas en el alma?... Por eso cuida a su barrio y a los hombres del Riachuelo con el desvelo de una cariñosa madre, y por eso lleva hacia la Boca a los viajeros del mundo que llegan a Buenos Aires atraídos por el tipicismo sudamericano, y los deja desconcertado al encontrarse con una catedral del arte que tiene a sus puertas barcos y barquichuelos, hombres y mujeres encorvados por el trabajo, y una luz extraordinaria que le viene del cielo.

El Pintor en su Torre

Y cerca del cielo, más cerca del cielo, está Quinquela Martín, metido en su torre. En los altos de la Escuela y Museo Pedro de Mendoza, tiene su estudio, y allí trabaja conienzudamente. No se encastilla para mirarse adentro y re-
lamerse con su arte, sino que desde esa atalaya dominó el panorama social de su barrio, de su extraordinario mundo ubicado en el Riachuelo, y se dispuso a expresar

sus temas para luego devolver en obras sociales lo que con tanto vigor traducía su espíritu. Del producto de sus cuadros salieron las donaciones que hicieron posible la edificación de la Escuela Pedro de Mendoza, la que tiene un Museo de Pintura y Escultura, de artistas argentinos, que reúne las más apreciables obras del arte argentino actual. De la misma fuente salió la base del Lactarium Municipal que actualmente se levanta, y que significa de por sí una de las obras sociales de mayor trascendencia en



• **QUINQUELA MARTIN**, el destacado pintor argentino, con el autor de esta nota, al lado de sus famosos cuadros sobre motivos del Riachuelo, que tantos honores han brindado al artista y al prestigio de la pintura argentina.

los modernos planes de la asistencia social a la madre y al hijo. Y del mismo arcón salieron los cimientos de la Escuela-Fábrica para maquinistas y constructores de motores Diesel, que habrá de levantarse en el lugar histórico de una barriada de características extraordinarias.

Meridiano de los Nuevos Pintores Argentinos

Alguien nos decía:

—Para conocer la calidad de la pintura argentina, no deje usted de ver el Museo de la Boca... Allí encontrará los valores nuevos de nuestro arte... No exagero...

Y la realidad es ésta. Allí se da el caso de una verdadera exposición de arte argentino, y se valora a los pintores que en los últimos tiempos han trabajado para acunar una gran calidad. La feliz coincidencia de que sea Quinquela Martín el director del Museo, hace que la elección se realice con un criterio artístico que resalta sobremanera al recorrer las salas. El mismo nos dice:

—Hay colgados en nuestras paredes cuadros de artistas que nosotros mismos los hemos estimulado con esa simple distinción, y la verdad es que no nos pesa. Lucen con gran altura al lado de los ya consagrados en salones oficiales.

Tengo la pretensión, si ése es el nombre que desean darle a mi fe, de que el Museo de la Boca sea el meridiano del arte argentino. No aceptamos aquí otras obras que no sean las de artistas nuestros, con el propósito de que el turista que llegue de otros lugares tenga en seguida una visión de lo que somos. Por otra parte, esta barriada de trabajo tiene su fiesta espiritual en estas salas, con la cual va conformando su gusto artístico y conociendo la parte moral de la patria.

Quinquela Martín nos muestra

todo aquello que ahora forma su mundo y su fe y su aspiración; lo que ha ido afirmando a fuerza de entusiasmo y de renunciamento, y a costa de un trabajo lento, personal, en el que no le ha faltado el estímulo de los órganos oficiales, de la prensa y de los amigos que tiene desparramados en todas partes.

La Escuela Pedro de Mendoza

La escuela Museo Pedro de Mendoza es un vigia de la cultura frente al Riachuelo, en el populoso barrio de la Boca. Cumple una misión humana; va formando la mente de los elementos de la instrucción con los postulados del arte. Es el principio de la integración cultural que tanto necesitan los pueblos, para evitar las especializaciones deshumanizantes y realizar el tipo de ciudadano que el progreso requiere. En un barrio de trabajo como el citado, donde el niño no tiene otra perspectiva que la angustiosa realidad de la fábrica y del hogar, la escuela museo cumple una misión humana; va formando la mentalidad con los más nobles materiales que la pedagogía tiene a su alcance. El niño no tiene ante sí la fría rutina de la enseñanza, a base de cartillas torturantes que cuelgan de las paredes en un ballet agobiador para la vista. Apenas se entra, vemos la realidad de una pedagogía distinta. De ahí que nos diga Quinquela Martín que el niño llega a la escuela sin ninguna presión, y se encuentra en ella como si estuviera corriendo por el parque, persiguiendo pájaros o cortando flores a hurtadillas del guardián.

Cuando llega el período de inscripciones —nos dice el pintor—, nos vemos en figurillas. Todo el barrio quiere asientos, y las lamentaciones llegan hasta nosotros. Eso significa que en el país debe haber un mayor número de estas escuelas.



• EL PROYECTO para la Escuela-Fábrica de Motores Diesel de la Boca, cuyo terreno ha sido donado por Quinquela Martín. Al mismo artista se debe la donación de la Escuela y Museo Pedro de Mendoza, el Jardín de Infantes y el Lactarium Municipal, que actualmente se construye en la simpática barriada porteña

y que ellas son las ideales para encarar la nueva pedagogía. Tengo noticias de que en muchos lugares de América, y sobre todo en América del Norte, ya se han creado escuelas de este tipo y se las denomina "igual a la de Buenos Aires".

Le salimos al paso:

—Es que tendríamos que tener muchos artistas de su temple y de la generosidad suya...

—Un poco de comprensión, nada más, es lo que se necesita —nos dice, con esa modestia que lo caracteriza.

Pinturas Murales

Para Obreros

—Así como al niño hay que iniciarlo y acostumbrarlo por las obras de arte, éstas deben seguir

acompañándolo en todos los momentos de su vida, para recreo espiritual. Yo decoré el comedor para obreros del Ministerio de Obras Públicas, donde en la actualidad almuerzan cientos de trabajadores, y allí puede constatarse el respeto que esos trabajadores sienten por la enorme pintura mural allí realizada.

Es indudable que Quinquela Martín siente una gran pasión por su barrio y por su gente, y que esa pasión no se queda en una simple contemplación o en idealistas concepciones. Quinquela ataca la realidad; se suma a la marcha de los que en la acción social tienen conciencia de la misión que debe cumplir el artista, el hombre que no se engaña con el falso espejismo de la gloria y estima que la gloria es humo de paja cuando no se concibe con la envergadura de la generosa acción humana.

Felipe Molina-Teller

UNA NOTA DE JULIO CESAR MARINI



una nota. Conversamos de todo cuanto se puede conversar con un artista tan pródigo en exclamaciones espontáneas. Y nos dice tanto, que una vez en la redacción comprendimos que no puede quedar en nosotros su opinión, esa opinión que condensa el espíritu del pueblo.

—El cine completará la obra de difusión de todos los argentinos — dice Benito Quinquela Martín, y agrega —: Pero hay que encauzarlo por la senda del verdadero arte para que en otros países se acreciente el interés por esas exposiciones que, aunque muy adelantadas en técnica, no han llegado todavía a un nivel en que puedan ser consideradas valiosas muestras de argentinidad.

—¿Reconoce el avance del cine nacional?

—Desde luego. Sería una injusticia negarlo. De aquellas primeras cintas, realizadas con pobreza franciscana, sólo queda el recuerdo. Hoy se aprecian trabajos ponderables, bien llevados y mejor fotografiados. Pero falta originalidad en la concepción. Salvo contadas excepciones, los argu-

—¿Hay arte en nuestro cine?

—Creo poder afirmar que sí. Ustedes, como yo, se habrán emocionado alguna vez, en determinado pasaje de alguna película argentina. Donde haya emoción existirá arte.

—Tal vez usted, que traduce mejor que nadie la realidad en sus pinturas, encuentre defectos de ambiente en la realización de nuestros films...

—Sería jactancia querer hablar de defectos. Yo, si estuviera en mí disponerlos, trataría de que cada film argentino reflejara nuestras cosas. En cada esquina hay un motivo original. En cada casa se mueven personajes interesantes. En cada vida hay una historia. Todo eso habría que hacerlo vivir con fidelidad. Además..., miren por este ventanal: el Riachuelo. Magnífico, ¿no es cierto? Y así como este rincón de Buenos Aires hay infinitud de "fondos" para ser aprovechados. Paisajes que merecen ser conocidos por los extranjeros y, ¿por qué no decirlo?, por muchos argentinos que sólo conocen la calle Florida.

—¿Cree que el cine cumple una función educativa?

—Les diré algo que concreta una afirmación. Mi viejita no sabe leer y el cine argentino actual es para ella algo magnífico, porque no necesita que nadie a su lado le explique. La literatura que se emplea en los films debería ser cuidada con extraordinaria pulcritud. Porque como ella, niños y personas mayores que no saben leer, escuchan y pueden perfeccionar su vocabulario. En cambio, el abuso de términos lunfardos es un vehículo pernicioso.

—¿Le agradaría que sus cuadros fueran filmados?

—Me agradaría que los motivos que yo tomo sirvieran de base para alguna producción.

—¿Y si a alguien se le ocurriera llevar a la pantalla su vida?

—Es muy modesta. No creo que pueda tener ningún valor para las gentes. Ya ve, este es mi estudio. Siempre abierto para to-

EL CINE COMPLETARÁ LA OBRA DE DIFUSIÓN DE TODO LO ARGENTINO, DICE

**BENITO
QUINQUELA
MARTÍN**

HAY QUE ENCAUZARLO POR LA SENDA DEL VERDADERO ARTE, AGREGA EL PINTOR

■ Dominando el Riachuelo, como queriendo extraer motivos para que su dueño los traslade a la tela con ese arte tan suyo, el estudio de Benito Quinquela Martín nos acoge con la cordialidad bohemia que es la característica principal del hijo predilecto de la Boca.

Una circunstancia casual nos lleva a visitar a Quinquela. No pretendemos ensayar un reportaje ni pensamos siquiera esbozar

mentos adolecen de un vicio pronunciado: la explotación de la trama inconsistente y del primer plano de la protagonista. Se descuida la historia, mejor dicho la realidad de la historia, y no se aprovecha el detalle de las figuras que completan el reparto. La acción mueve continuamente al personaje principal. Y esa exclusividad, tal vez adoptada para el lucimiento de los artistas que ganan sueldos fabulosos, perjudica la novela.

dos. Abajo la escuelita. Enfrente, el Riachuelo. Todo es simple. Como mi vida.

Y se nos ocurre. ¿No sería algo grande filmar la vida de Quinquela Martín? Su bohemia, sus pinturas, todo ese mundo que vive a su alrededor, sus noches en "La Peña", su obra por el arte, la escuelita con sus cuadros... Porque la vida de Quinquela Martín es un pedazo del Buenos Aires bohemio.



1. Benito Quinquela Martín disertó sobre "Situación del arte plástico argentino".



QUINQUELA MARTIN, carbonero y pintor de la Boca, llevó la imagen de su barrio a los museos del mundo

A pocas cuadras de la Escuela Museo Pedro de Mendoza, construida por iniciativa y donación de Benito Quinquela Martín, está la casa del artista. Es una casa típica de la Boca. Se halla en la calle Magallanes 889, y allí vive nuestro pintor, con sus padres adoptivos, desde hace más de cuarenta años. Exactamente, cuarenta y tres.

—Duerme hoy en la misma habitación donde dormía a los siete años — nos dice Quinquela.

Para llegar a esa habitación hay que atravesar un estrecho portal, que se prolonga en un corredor curvo, el cual desemboca en una empinada escalera, que a su vez remata en una pequeña azotea. Y en esa azotea está la habitación donde Quinquela Martín vive desde hace más de cuarenta años. El hombre se ha identificado con su ambiente tanto como su obra. Porque la vida de Quinquela Martín es una encarnación viva de la Boca, y su obra una representación plástica de esa vida y del medio en que alentó desde la infancia.

Pero dejemos que él mismo nos hable de las etapas de su existencia, intensa y ejemplar como pocas.

ROMANCE DEL NIÑO POBRE

—Acabo de cumplir cincuenta años — empieza diciéndonos. — ¡Cuántas cosas pueden pasarle a un hombre en cincuenta años! Recordar en detalle todas las que me ocurrieron a mí exigiría demasiado espacio. Por eso será mejor que tracemos una biografía a grandes rasgos, como si se tratara de una pintura mural. ¿Qué es lo primero que quiere usted conocer?

—Su recuerdo más lejano.
—Me veo encerrado en un asilo de huérfanos, entre los uniformes de los asilados y los de las hermanas de la caridad. Algunas veces, no muchas, nos sacaban a la calle a pasear, y este paseo callejero es la impresión más nítida que conservo de aquella época infantil y remota, que se pierde entre las brumas

del recuerdo y de la que sólo conservo esa impresión de libertad. Tan viva está en mí esa imagen, que hoy mismo, cuando me encuentro, por azar, en la calle a los niños de la Casa de Expósitos, siento como una emoción a la vez presente y retrospectiva. De aquel asilo me sacó un matrimonio pobre, muy honrado y bondadoso. Ellos no tenían hijos y yo no tenía padres. Mutuamente nos necesitábamos. Y como el sentimiento es el vínculo más firme, no nos separamos más. Todavía vivimos juntos, en la misma casa donde estamos y a la que me trajeron cuando apenas había cumplido siete años. El se llama Manuel Chinchela, y ella Agustina Martín. Y yo recibí de ellos legalmente sus apellidos. Más tarde castellaneé el Chinchela y lo convertí en Quinquela, también con autorización del juez competente. Mis "viejos" se ganaban el pan rudamente. Tenían una carbonería en esta misma casa. Al principio me mandaron a la escuela. Era una escuela primaria, que todavía existe en la calle Australia. Su director era entonces don José Z. Berutti. Bajo su férula de maestro cursé el primero y segundo grados. A los diez años tuve que abandonar la escuela para ayudar en la carbonería. Era natural. Cuando se vive al día, el estudio es una extra, y los pobres no podemos permitírnos esos lujos. Empecé a trabajar en la carbonería, y de carbonero seguí hasta los veinte años. Andaba con mi bolsa al hombro, repartiendo carbón entre los vecinos de la Boca, que eran nuestros clientes. A medida que aumentaban mis años iban aumentando los kilos de mi bolsa. Y cuando tuve edad para ello, cargaba y descargaba el carbón de los barcos. Nunca fui corpulento. Pero, aunque flaco, era sano y fuerte. Mis compañeros de faenas portuarias me llamaban el "Mosquito", sin duda porque picaba de firme en el trabajo. A pesar de mi apariencia insignificante, no le iba a la zaga a ninguno a la hora de meter el hombro. En cambio, pocas veces me unía a los huelguistas, entre otras razones, porque no iba a declararme en huelga contra mis viejos, lo que

hubiera sido como hacerme huelguista de mí mismo.

LAS PRIMERAS "MANCHAS" Y LAS PRIMERAS LECTURAS

—¿Eran frecuentes esas huelgas del puerto?

—A cada rato se producían. En aquel tiempo la Boca era el centro de las agitaciones sociales del país. Vivíamos en un ambiente revolucionario. Yo también andaba mezclado en esas luchas sociales, pero más como espectador que como actor. Personalmente, nunca fui muy amigo de la violencia. Pero frecuentaba los centros de obreros y asistía a sus asambleas. También era asiduo de sus bibliotecas. Y en ellas empecé a ilustrarme un poco. Me pasaba las veladas leyendo a Kropotkin, Zola, Gorki, Dostoiévski, Bakunin, Malatesta. Malatesta era muy popular en la Boca, donde se radicó cuando vino a Buenos Aires. Esas lecturas las alternaba con algún libro sobre arte. Uno de los primeros que lei fué "El arte", de Rodin. También lei por entonces a Ruskin.

—¿Influyeron esas lecturas en su inclinación artística?

—En mis comienzos no influyó nadie. Empecé por dibujar papeles y manchar cartones por puro instinto. No tenía la menor noción del dibujo ni de la pintura. Ni siquiera había tenido ocasión de ver nada. A los quince años empecé a ir a una academia mixta y elemental: el Salón Unión de la Boca, que existe aún. Allí se enseñaba música, dibujo, pintura, canto, baile, corte y confección, y no sé qué más. Al mismo tiempo que yo empecé allí Fortunato Lacámara y Arturo Maresca. La sección de pintura la dirigía el pintor italiano Alfredo Lazzari, que fué el primer maestro que tuve. El primero y el único. El me enseñó a dibujar y de él recibí algunas enseñanzas pictóricas, no muchas. Las suficientes para que yo fuera buscando por mí mismo mi propia manera.

—¿Y tardó usted mucho en encontrarla?

—En realidad, me inventé un modo de pintar, pues por algo era yo un pin-

Segue

Reportaje por ANDRES MUÑOZ

tor intuitivo. Lo que no conocía era la forma y la técnica para desarrollar mis intuiciones. También estaba desorientado con los temas. Al principio no pintaba las cosas de la Boca. Me iba a la isla Maciel o al parque Lezama en busca de paisajes. También solía hacer algunos retratos, por los que no me atrevía a cobrar más de cinco pesos. Tampoco me lo hubieran pagado si lo hubiera pedido. Algunos de los dueños de esos retratos primitivos se me aparecieron ahora para pedirme que les cambie la firma. Están firmados por Chinchela, como firmaba yo entonces, y lo que ellos quieren es poseer un Quinquela, creyendo que así se valorizaría más su cuadro. Me negué al cambio, por respeto al pasado. En realidad, poco tienen que ver aquellos retratos de a cinco pesos y aquellos paisajes de la isla Maciel y el parque Lezama con los cuadros que pinté después. Recuerdo que me costó mucho trabajo hacerlos. No tanto por mi escaso adiestramiento técnico como porque no sentía lo que pintaba. En cambio, cuando empecé a pintar motivos de la Boca, sobre todo de su puerto y de sus muelles, me resultaba más fácil la tarea. Y es que estos temas estaban identificados con mi sensibilidad. Por algo había yo pasado mi infancia y mi juventud entre el trajín del puerto. El ambiente era tan familiar para mí, que me resultaba fácil fijarlo en el lienzo. La lectura de Rodin confirmó mis experiencias personales sobre la facilidad y el esfuerzo en el arte. "El arte es fácil — viene a decir, en síntesis, el gran artista francés. — Pero lo que es fácil para uno, resulta difícil para otro. Aquello que demanda excesivo esfuerzo de creación, no es arte personal y verdadero." Antes de leer a Rodin ya había yo sentido en mí mismo estos principios estéticos. Pero al verlos expuestos por otro, resolví no apartarme más de ellos. Abandoné paisajes y retratos y empecé a pintar escenas de la Boca. Y como la Boca, el puerto de la Boca, con sus lanchones y sus barcos de carga, sus grúas y sus hombres, sus largas horas de trabajo y sus breves días de fiesta. Como todo eso iba unido a mi vida y lo llevaba dentro de mí, terminé por sacarlo afuera.

CARBONERO DE OFICIO Y ARTISTA AUTODIDACTO

— ¿Le producía algo su pintura?
— Me producía decepciones. La primera de ellas me la proporcionó un italiano que compraba y vendía cuadros en un pequeño local de Maipú y Rivadavia. Una tarde me fui a verlo con unas "manchas". Apenas las vió, el italiano me las devolvió, y señalándome la puerta con el brazo extendido, me despidió con estas palabras, dichas en su media lengua italocriolla:

— "Va vía. Andate a sembrar papas. Lei es un pintor de paredes."

— ¿Y qué piensa usted ahora de aquellas manchas?

— Que no le faltaba razón al italiano. Yo era entonces un pintor intuitivo, temperamental, que andaba buscándose a sí mismo. Yo veía el puerto, lo sentía vibrar dentro y fuera de mí, pero como mi educación artística era harto rudimentaria, no lograba captar con mis pinceles lo que veía y sentía. Tuve que ir formándome solo. Desde que salí del Salón Unión de la Boca, no pisé jamás ninguna escuela ni academia. Ni siquiera veía pintar a otros pintores, pues mis únicos amigos estaban entre los cargadores del puerto y los vecinos humildes de la Boca. Pero tenía tal pasión por la pintura, que algunos días me pasaba quince o veinte horas seguidas pintando. Para ello abandonaba temporalmente el trabajo de la carbonería y no hacía otra cosa que pintar y pintar. Y cuando la necesidad me obligaba a reanudar el trabajo alternaba mis faenas de carbonero con mi obra de pintor. A

(Continúa en la página siguiente)

veces me ponía a pintar un cuadro por la tarde después de haber estado toda la mañana descargando, a fuerza de hombro, un barco de carbón. Por suerte, tenía una resistencia a prueba de bolsas y de quintales. Pero no era cosa de desperdiciarla. Por eso jubilé definitivamente al carbonero en cuanto pude hacerlo. Me seducía más pintar los barcos carboneros que descargarlos.

— ¿Sólo le atraían los temas del puerto?

— ¿Para qué otros? Con ellos tenía bastante. Como no podía pagar modelos, tenía que buscarlos en la realidad. Mi ideal artístico se reducía a eso, a trasladar fielmente al lienzo la realidad que me rodeaba. Y de ese propósito nació mi estilo, que acaso por estar virgen de escuelas y academias resultó un estilo absolutamente personal. Mal puede imitar a sus maestros quien no los ha tenido.

— ¿Cuándo realizó usted su primera exposición?

— En 1918, en el salón Witcomb. Me salió de garantía un amigo, Eduardo Taladri, que entonces era secretario de la Escuela de Bellas Artes y hoy es cónsul argentino en Valdivia. Salvé los gastos y todavía me sobraron algunos pesos. Los suficientes para seguir pintando. A los dos años, en 1920, hice mi primer viaje fuera del país. Me fui al Brasil a exhibir mis cuadros. Vendí bastante bien. Gané lo suficiente para pasarme otros dos años pintando. En 1923 embale otra vez mis cuadros y me fui a Madrid. Las crónicas periodísticas registraron ampliamente el resultado de aquel viaje mío a España. Yo sólo agregaré ahora que a mi regreso compré la casa en que vivíamos para regalársela a mis viejos. Y como a partir de entonces empezaron a ven-



En su taller de artista, Quinquela Martín reposa junto a una mesa.

derse mis obras en mi país, resolví clausurar la carbonería y hacerme cargo yo solo de los gastos del hogar, que he seguido afrontando hasta ahora.

SU OBRA ANDA POR EL MUNDO, PERO EL SIGUE VIVIENDO EN LA BOCA

— ¿Realizó usted muchas exposiciones en el extranjero?

— Todas las que pude. En 1926 expuse en París. Vendí obras. Soy el primer pintor argentino que llevó un cuadro al Museo de Luxemburgo. Allí está mi "Tormenta en el astillero". En 1928 realicé mi viaje a los Estados Unidos, donde dejé varios cuadros, vendidos a buen precio, en museos públicos y en galerías particulares. Dos de ellos están en el Metropolitan Museum de Nueva York. De Nueva York pasé a La Habana, y en 1929 realicé el viaje a Roma. En las dos ciudades hay muestras de mi paso por ellas. El Museo de Arte Moderno, de Roma, adquirió mi cuadro "Momento violeta". Londres, adonde fui en 1930, no escatimó su interés por mis trabajos. Diez obras vendí allí, siete de ellas destinadas a distintos museos de Inglaterra y Nueva Zelanda. Mi obra se halla así distribuida por las ciudades del mundo. No se me oculta que buena parte

de la aceptación que tuvieron en el extranjero se debe a mi condición de pintor argentino. Pero este título es, justamente, el que más me enorgullece. Para los extranjeros soy un pintor argentino, y para los argentinos el pintor de la Boca, título éste que me halaga casi tanto como el otro. Y es el que me corresponde, en realidad. Por lo menos nadie puede poner en duda la sinceridad que puse en mi obra y la identificación que existe entre ella y el barrio que me vió crecer y sufrir, vivir, soñar y trabajar. Mi triunfo, pues, si es que puede hablar de triunfos un hombre que se pasó la vida trabajando, corresponde, por partes iguales, a mi arte y a mi barrio. Tan fundidos están uno y otro, de tal manera van unidos a mi vida, que me siento como metido en mis cuadros, empotrado en mis pinturas murales y amarrado a los muelles de la Boca como los barcos que tantas veces descargué antes de trasladarlos a mis telas de pintor, a mis grandes frescos murales, a mis aguafuertes de grabador...

Nos despedimos de Quinquela Martín, y al retirarnos de su pequeña casa de la calle Magallanes — una típica casa de la Boca, — se nos ocurre pensar que la prueba más acabada de esa identificación entre el artista y su medio reside en el hecho de que el pintor de la Boca duerma hoy en la misma habitación y aun en la misma cama donde dormía hace cuarenta y tres años, cuando un matrimonio sin hijos, humilde y bondadoso, recogió en su hogar a un niño sin nombre que habría de hacer universalmente famoso su nombre adoptivo. Con razón, al despedirnos de esta viejita áfable y sonriente, que nos acompaña hasta la puerta, y que es la propia doña Agustina Martín de Quinquela, esposa del carbonero de la Boca que prolijara al niño sin padres; con razón, decimos, esta viejita de rostro moreno y apergaminado nos dice en el umbral de la puerta, bajando la voz y alzando los brazos al cielo:

— A este hijo nos lo mandó Dios... ¡Alabado sea El!...

Andrés Muñoz

TRIPTICO NOCTURNO

De Luis Martínez Kleiser

QUINQUELA MARTIN • R. DE LA BOCA • FILIBERTO



Juan de Dios Filiberto



Luis Martínez Kleiser



Benito Quinquela Martín

I
EN EL ESTUDIO DE QUINQUELA MARTIN

El doctor Sojo, sumo sacerdote del culto rendido por la hospitalidad bonaerense a los españoles que visitan la ciudad del Plata, nos anunció, con la cálida efusión de su temperamento expansivo y cordial: "Esta noche voy a ofrecer un delicioso regalo a sus espíritus. Visitaremos primero el estudio de nuestro gran pintor Quinquela Martín; después asistiremos a una comida en la típica sede de la República de la Boca, donde serán ustedes proclamados ciudadanos de honor; por último escucharemos armonías vivas y palpitantes de canciones criollas a la magnífica orquesta de nuestro músico incomparable, Filiberto."

Una fiesta de vibración artística, de color local, de ambiente típico, de belleza, de evocación, de poesía.

Y, en efecto, llegamos ante el estudio de Quinquela. En la esquina de dos calles del barrio de la Boca, mirando al puerto, una modesta casita de dos pisos, sencilla, mejor que exhibida, el estudio de aquel mago de la pintura.

Atado en la barandilla de uno de los balcones, se ofreció a nuestros ojos el círculo grisáceo de un salvavidas. Era todo un emblema en aquel sitio. Detrás de él se albergaba un naufragio de la vida, recogido de manos de la Asistencia Pública por unos carboneros y salvado después, sobre el flotador de su genio, cuando iba a perecer en el océano del anonimato.

Durante su niñez, sólo aprendió a leer, a escribir y a trabajar rudamente, confundido con los infatigables obreros del puerto rumoroso. Pero no aprendió a pintar. Llevaba en el alma la misteriosa luz que alumbra de dentro a fuera y desdeña los destellos que, desde fuera, vienen a iluminar el interior. Autodidacto, acaso inconsciente, se sorprendió un día a sí mismo manejando colores y manchando lienzos. Y sus creaciones sorprendieron a los demás. Y su fama atravesó los mares. Y sus obras llegaron a ser gala de todos los grandes museos. Su fecunda producción se encuentra repartida entre las mejores colecciones de Argentina, Brasil, Cuba, España, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia y Nueva Zelandia. Este hecho encierra su mejor encanto. El obrero abismado del puerto del Plata se ha convertido en el obrero encumbrado de todos los puertos de oro del espíritu.

Pero ha tenido la virtud de llegar a ellos sin abandonar el suyo. Ni antes vivió amarrado por su desgracia ni hoy vive desvanecido por su éxito. En la cumbre de una existencia "que parece el asunto de un cuento de hadas", como dijo Camille Maclair, sigue siendo el hombre humilde, sencillo, ingenuo que pudo ser descubierta por los amigos del arte y no ha querido todavía, sin embargo, descubrirse a sí propio en el fondo de su alma. Pinta para todos, pero sólo vive para él, en su soledad de cartujo o en su amorosa coudada con la emoción creadora: en el puerto, del puerto y para el puerto; recibiendo su luz y reflejándola en sus felas maravillosas; escuchando sus rumores pujantes, sus ritmos isócronos, sus fragores dinámicos, y transformándolos en vibraciones mudas de color que, pese a su silencio, gimen, crujen, golpean, silban y ensordecen.

Vamos a entrar en un templo del arte para iniciar así la realización del interesante tríptico nocturno propuesto por Sojo: rómpele pluma; aletea pensamiento; escribe alma; deja grabadas indeleblemente sobre el papel

todas tus impresiones de esta noche.

Subimos por una escalera angosta y pobre; llegamos al descansillo del piso segundo; entramos en una habitación destartada. En ella encontramos al pintor; nos recibió insignificante, sonriente, apacible, como alejado de su propia celebridad. De las desconchadas paredes, penden retratos de grandes personalidades del mundo, avalorados con valiosos autógrafos. Repartidos por los rincones y alineados a lo largo del no estudiado estudio parece parlamentar una asamblea de curiosísimos mascarones de proa que pertenecieron a embarcaciones ayer audaces y hoy jubiladas, y que bañaron muchas veces sus pies en la revuelta espuma de las olas. Sobre una mesa, conviven cajas de hoja de lata, botellas de licor, preciosas miniaturas de barcos, un ovillo de hilo, un reloj, un cuchillo, un trozo de mineral, varios frascos, bombillas de luz eléctrica, una varía muchedumbre de objetos como la que llena los escaparates de todas las prenderías. En medio de la estancia yerguen su andamiaje dos viejos caballetes. Clavadas en los muros, cerca del techo, grandes hojas de papel, destacan de su fondo amarillento, vigorosos dibujos al carbón. Unos sobre otros, descansan, apoyados en las paredes, muchos cuadros grandes que parecen bastidores de una decoración y que dan al estudio el desordenado aspecto de un escenario teatral en la semipenumbra de un ensayo. Ningún refinamiento. Ningún lujo hay allí que pueda distraer la mirada espiritual ni la mirada corpórea del tema único al que parece consagrado en el modesto taller hasta el ambiente. Allí todo es Quinquela, arte de Quinquela, alma de Quinquela pléfrica de aire de mar y de panorama de puerto, y fundida en colores sobre superficies muertas que cobran vida al transformarse en atmósfera, aguas, celajes, buques, grúas, hornos, marneros y cargadores, con todo el espléndido vigor de la realidad y todo el palpitante verismo de la vida.

Empezaron a desfilar ante nuestros ojos atónitos, llenos de admiración, ante cada uno de los cuales creíamos que se descorría un telón o que se abría de par en par una ventana, para descubrirnos momentos febriles o descarnados sedantes del vivir porteño. En ellos, las masas de color se agolpan en oleadas, unas sobre otras, alejando horizontes y destacando primeros planos, fabricando aire, trazando energías silbantes y abultando formas corpóreas que parecen modeladas en relieve. Aquellas composiciones no están logradas con pincel sino con espátula; más que la mano que pinta se diría que ha trabajado en ellas la mano que esculpe. En su factura, se llega hasta el último detalle con un genial desprecio del detalle; su técnica, que maneja frecuentemente cientos de figuras, no ofrece nada acabado particularmente y sin embargo está perfectamente acabado el conjunto. Una pincelada más, destruiría la magia de la impresión; porque el secreto de su perfección pictórica se esconde en sus imperfecciones mismas.

El poema del puerto canta allí gigantescas estrofas; no con lenguaje ampuloso y exuberante, sino con frase de color, concisa y cortada; con toda la elocuencia de la elipsis. Es la suprema armonía hallada en la suma de notas discordantes; es la sinfonía del movimiento, el ritmo patético del trabajo rudo, el choque recio de los contrastes y la danza de los reflejos; es la esmeralda del Riachuelo y el rubí de los cascos cubiertos de minio; es el bosque de los mástiles pululando por los monstruos antidiluvianos de las grúas y los hornos de los hornos; es el volcán de los hornos y la fumarola de las chimeneas que iluminan o enturbian el topacio de un crepúsculo, o el granate de un amanecer, o el brillante de un día espléndido, o el ópalos de una niebla o el azabache de un nocturno; es la reciedumbre, la virilidad, la energía en la visión, en la concepción y en la realización de las obras; es la síntesis mejor que el análisis del mundo vigoroso y estridente que se encierra en el puerto de la Boca. Y en ella palpitan, no escenas sueltas, sino momentos distintos de la gran escena íntegra, con todos sus caóticos y abigarrados componentes.

Todos los cuadros del gran artista retratan el mismo escenario; el que Quinquela vivió en su niñez y quedó como estereotipado en su retina. Son como facetas de un mismo brillante, o rayos de un mismo sol o variedades tornasoladas de una misma perla; la vida portefa siempre, en todos sus aspectos y en todos sus instantes. Y así vemos, entre luminosidades, fosforescencias, cielos ardientes o densidades brumosas, buques de carga, lanchas de pesca, bocas de infierno que vomitan lenguas de metal candente, y armazones náuticos abandonados, desprevistos ya de su músculo de hierro o de madera; la elegía de la vida o la tragedia de la muerte; el aire que arde, encendido en su propia lumbré o la naturaleza que llora después de haber sido azotada por la lluvia; la agitación turbulenta de la industria o la paz callada de la faena tranquila; la oía arrebatada del fuego o el romance plácido de la tarde gris, formando entre todos la más rica gama de color y varia diversidad de impresiones que puede producir un mismo pincel al interpretar un mismo asunto.

De cuadro en cuadro, que es tanto como decir de asombro en asombro, se deleta extático nuestro espíritu, mientras el tiempo resbalaba silencioso e inadvertido sobre nuestras vidas. Fué preciso al fin abandonar el estudio; la República de la Boca nos esperaba. Y entonces salimos de nuevo a la calle, a la verdadera Boca del Riachuelo, que nos pareció más apagada, más muerta, menos interesante que la plasmada por el genio en los maravillosos lienzos de Quinquela Martín.

II

EN LA REPUBLICA DE LA BOCA

La República de la Boca se reunía solemnemente aquella noche, en uno de los salones de su "palacio ducal", que no era otra cosa sino un simpático figón acreditado bajo el nombre de El Pescadito. El edificio estaba enjalcanado con banderas de varios países presididas por la española. Era este un delicado homenaje que se rendía a nuestra nacionalidad.

En el dintel de la puerta, nos esperaba el presidente de la República imaginaria, empujando un bastón de mando tan grande que, apoyado en él, nos pareció una imagen de San Cristóbal. De una cadena colgada de su cuello, gruesa como un calabrote, pendía la insignia de su dignidad, del tamaño de un plato y formada por un ancla, un salvavidas y dos remos graciosamente entrelazados. Quinquela, "recontraalmirante" de la armada, colgó de su cuello otra insignia como la presidencial.

S. E. nos recibió solemnemente, tuteándonos, y tras los efusivos saludos de rigor, atravesamos el bar, donde bebían y charlaban hombres del puerto y vecinos de la barrida, y pasamos al comedor, decorado también como la fachada con múltiples banderitas, éstas de un telegrafo de señales.

Tomamos asiento en la mesa, dispuesta en forma de U, hasta unos veinte ciudadanos. El presidente ocu-

pó el centro entre nosotros dos; la banda oficial tocó entonces la Marcha de la República, que todos escuchamos respetuosamente en pie y cuyos graciosos acordes desafiados premiados con aplausos calurosos.

Y empezó la solemne ceremonia, mientras nosotros poníamos nuestra atención en varios donosísimos detalles: Sobre la mesa aparecía trazado un camino de hojas de lechuga. Las botellas lucían etiquetas impresas, encabezadas con el escudo del jubiloso Estado y en cuyas leyendas, bajo el rótulo común a todas, que decía: "El Pescadito, Palacio Ducal de la República de la Boca — Vino oficial tipo blanco o tipo tinto", ostentaba cada elaboración nombres sugestivos y evocadores: "Mascaron de proa", "Cuando llora la Milonga", "Fragata Sarmiento"... Hasta había alguno bautizado —sin agua— en honor del presidente, con su propio nombre precedido de una burlesca alusión a su "autoritarismo": terrible: "Dictador Molina". Sazonada con razonables sorbos de los alegres vinillos, se deslizo la jocosa comida, mientras el "ministro de Comunicaciones" nos disparaba magníficos, en competencia con el fotógrafo de LA RAZON. El menú oficial — allí todo era oficial — se compuso de caponada, plato marinero de pescado, tallarines y chupín, plato de pescado también, mucho más agresivo, a pesar de su aparente inocencia, que "El Dictador Molina" y que la "Fragata Sarmiento". Al terminar el primer plato, el presidente se levantó con solemnidad ceremonial — allí son solemnes todas las ceremonias —; retiró una servilleta que cubría delante de él, una especie de monumento al football, fundido en plata, que resultó ser una desmesurada copa en la que escanciaron vino oficial. Bebimos nosotros en pie, a título de neófitos, en medio del silencio respetuoso y regocijado de todos; bebí después con gravedad el presidente, y volvimos a sentarnos, satisfechos de haber recibido aquella original consagración. Mientras comíamos, aquel grupo de hombres excelentes, sinceros, expansivos, cordiales, tan plélicos de buen humor como de buenos sentimientos, llegados al seno de la República unos desde las mansiones del arte, otros desde el mundo del periodismo, éste desde las modestas esferas del trabajo y aquél desde las más elevadas cumbres de la intelectualidad, yo recordaba la letra de su himno:

Somos boquenses,
hombres geniales,
los generales
del corazón.

y pensaba que, en verdad, son los generales del corazón quienes con tanta inocencia se divierten y con tanta sencillez gozan a las puertas de una ciudad vorágine, y al margen, sin embargo, de sus anhelos y de sus inquietudes.

Con razón podían seguir cantando:

No tiene nombre
nuestra alegría;
de noche y día
se oye el clamor.
Aquí no hay penas
y no hay rigores
y no hay dolores;
sólo hay amor.

Amor mutuo y amor al desvalido sobre todo, porque es de saberse que, cuando en el hospital escasean los recursos, se improvisa un festejo popular; se nombra hijo adoptivo a un personaje que se preste a seguir el humor; consagran su nombramiento conduciéndolo en una carroza por las calles, acompañado de los altos dignatarios de la República, que lucen vistosos uniformes de alquiler; se dirigen en comitiva a un campo de football donde cobran una módica entrada y recrean a los espectadores con la exhibición de algunos números de variedades, y al fin entregan satisfechos y gozosos al hospital desvalido los diez o quince mil pesos recaudados durante la celebración del festejo.

Quinquela, por su parte, tal vez recordando su desamparada niñez, y llevado desde luego de su amor a los niños de aquella República ideal, ha ideado terreno para el emplazamiento de una escuela, de cuya construcción se ha encargado el Consejo de Educación de la verdadera República. De tan gentil, caritativo y gallardo modo conquistada la alegría, no es

extraño que puedan decir tales ciudadanos con todas veras:

Aquí no hay penas
y no hay rigores,
y no hay dolores
sólo hay amor.

Al finalizar la comida, el presidente, nuevamente en pie, dió lectura al donosísimo documento por el cual se nos nombraba ciudadanos honorarios de la República de la Boca: Don... deberá usar desde hoy esta credencial por orden del Gran Consejo Supremo...

Nos entregó después los títulos correspondientes, debidamente firmados y autorizados por sendos sellos en tinta y en lacre; nos proveyó de los oportunos pasaportes, graciosamente impresos, autorizándonos para transitar libremente dentro de sus dominios; y nos puso sobre el pecho las medallas de nuestra nueva ciudadanía, cuyo anverso lucía el interesante escudo del estado supuesto y cuyo reverso ostentaba grabados nuestros nombres y la merced de ciudadanos honorarios con que acabábamos de ser favorecidos.

Aprovechando la regocijada emoción del instante que estábamos viviendo, Don Pedro González Arnao, agregado civil de la embajada de España en Buenos Aires, tuvo el acierto de pedirnos que enviásemos para la escuela mencionada un banco de una escuela española que hubiese sido ocupado por algún alumno aventajado y ejemplar. Allí estaría ocupado también por el muchacho más estudioso. La idea era delicadísima. No es necesario decir que nosotros ofrecimos enviarlo, con gran deleite de nuestros espíritus. Y entonces, los célebres ceramistas de Talavera de la Reina, señores Ruiz de Luna, nuevos ciudadanos, como el señor González Arnao y como nosotros, de la interesante República Imaginaria, ofrecieron la inscripción en cerámica que, colocada en la escuela, perpetuase la historia del banco español.

Como todo acaba en el mundo, acabó también la sobremesa gratísima. ¡Con cuánto placer la recuerdo! En el seno generoso de aquel nido de artistas y de corazones, entre bromas solennes, gravedades jocosas y regocijados protocolos, pasamos algunas de las horas más deliciosas de nuestra vida.

III

EL INSPIRADO COMPOSITOR DE MUSICA CRIOLLA

Nos esperaba Filiberto. ¡Juan de Dios Filiberto! No sin emoción escribo este nombre. Como Quinquela en sus cuadros, Filiberto en su música ha sabido captar, encerrar y compendiar, en un nuevo soplo de vida, toda el alma de la Boca. Son como dos jaulas primorosas entre cuyos alambres de oro vibra íntegramente, con rica variedad de modulaciones, el personalísimo espíritu porteño. Con Quinquela nos habíamos extasiado ante la rigurosa armonía del color; con Filiberto iba a deleitarnos el color de la armonía.

Filiberto, miembro de nuestra nacionalidad adoptiva, tan ignorante de sí mismo y tan popular como Quinquela, puesto que, aun cuando parece ignorarlo, sus tangos criollos y sus canciones porteñas y sus zambas melódicas y sus rancheras indolentes han recorrido triunfalmente el mundo, había comido con nosotros en el "Palacio Ducal" de la República. Nosotros conocíamos ya sus composiciones. Los discos de gramófono, las artistas de variedades y las estaciones radiofónicas

(Continúa en la página 22)

TRIPTICO NOCTURNO

(Viene de la página 11)

¡Casi nos habían deleitado mil veces con sus melodías. Pero esta gran fiesta del espíritu a la que estábamos invitados, nos ofrecía una emoción mucho más intensa. El propio autor iba a ser la lengua viva de las canciones al frente de su orquesta ágil, disciplinada y sensible. Aquellos diez y ocho profesores, compenetrados con Filiberto y con su música, ponen vibraciones del alma del compositor en los instrumentos de tal manera que la justeza exacta, la cadencia soñadora, la melodía doliente y el ritmo subyugador, parecen producidos por el mismo maestro, fakir de los silencios y brujo de las sonoridades.

Nos encaminamos a su linda casita situada también en aquel barrio de la Boca donde un día fundó Pedro Mendoza por primera vez la ciudad de Buenos Aires. Y en el hall íntimo recogido, atrayente, donde tal vez había caído muchas veces, sobre el pentágono, la lluvia de notas en que se derramó la inspiración del músico al componer, tuvimos la suerte envidiable de oír aquellos bailables y aquellas canciones que acariciaban, o se convertían en arrebatadas lenguas de amores, o estallaban en momentos de pasión, o se quejaban dolientes, o reían triunfantes o lloraban vencidos, o jugueteaban graciosos en un vibrar de voces instrumentales fundidas en una sola y en un palpitir de almas sincronizadas, mientras Filiberto, al frente de su mesnada artística, abstraído del mundo externo, envuelto en las oleadas armónicas, las aquietaba o las comunicaba su vehemencia, en una especie de diálogo apasionado, enervante, extático y febril, y mientras nosotros sentíamos escalofríos de emoción, agonías de deleite, purísimos espasmos de dolorosa complacencia, o agitaciones indisciplinadas de una extraña y tranquila inquietud espiritual hechizados por el encanto del arte brujo.

Caminito que todas las tardes
feliz recorría cantando mi amor;
no le digas si vuelve a pasar
que mi llanto tu suelo regó.

decía la letra de la melancólica canción que puso fin al programa; y en efecto, lloraron las notas candentes sobre el caminito de la melodía desamparada.

Salvador Ruiz de Luna, en un descanso de la orquesta, nos hizo oír al piano primorosas composiciones suyas en diálogo elocuente con las canciones criollas. Y luego volvió a tomar la palabra la orquesta. Filiberto dirigía: dirigía sin batuta; la batuta estorbaba allí. La batuta es un símbolo de rigidez, de rectitud de línea, de inflexibilidad inadaptable al ritmo de aquella música inquieta como el mercurio, blanda como la cera, dulce como la miel, ágil como la ardilla, rebelde como las olas, mansa como los lagos, trivial como la infancia y profunda como el océano. Filiberto dirigía con acelón y actitudes de conferenciante reposado y nutrido de doctrina. Sus manos se movían con suavidad y dedicadas al compás del ritmo melódico, como las ramas de un ombú mecidas por la fogosa caricia del pampero.

Luis Martínez Kleiser.

Benito Quinquela Martín

EL ARTISTA

PENETRAR en el estudio de Don Benito Quinquela Martín y tener que enfrentarse con quien representa en la actualidad la máxima expresión del arte pictórico argentino, vislumbra para el novel repórter tarea tan grata que resultaría de sumo agrado anochecerse allí, entre pedazos de puerto, que eso son, precisamente, cada uno de los notables cuadros del artista boquense.

Cuando a la presentación rutinaria se suceden esas impresas típicas del artista triunfador en su especie, el interpelante queda perplejo. Es que si dejara de observar los ojos y las manos de aquél, no llegaría a descubrir en su figura la encarnación espiritual que encierra. Tal es la sencillez, tanto en el ademán como en el movimiento, que parece aquel hombre uno más, común, sin diferencias: grato, locuaz, afable, capaz de mezclarse entre sus semejantes sin ser reconocido.

Quinquela, —no os permitimos este familiar acercamiento por haber notado después de abandonar su compañía que, desde el momento en que estrechó nuestra mano, señalando el final de la visita, nos incluía en la lista de los que deben ser sus incontables amigos— observado sapientemente, no ya con la mirada primaria sino con la del que pretende estudiarlo, denota en su aspecto facial la batalla sin descanso que



a diario entabla con su arte. Los ojos, perdidos siempre en el paisaje lejano, quizá en la proa de algún barco amigo, se han ido profundizando en las sombreadas cuencas. Las cejas mientras tanto, impasibles a la acción del tiempo, muestran el mismo vigor que las

habrá animado en años juveniles. Su físico no demuestra la virilidad del espíritu que lo guía. Parece imposible que de aquella figura tan fina nacieran tantos hombres vigorosos, como lo son los que animan sus cuadros costumbristas. Recién cuando su nerviosa mano aplasta en la pintura el filo de la espátula, uno tiene noción exacta del porqué de aquellos hombres gigantes, de aquellos músculos de acero, de aquella acción viril que todo vence...

SU ARTE

Si alguien, lector amigo, que llega por vez primera a nuestra gran ciudad, os dijera de su interés por conocer el mundo portuario, evitad la molestia de tener que recorrerlo, acaso a pie y en días que por la acción de la naturaleza resulten bochornosos o destemplados. Coged entonces su mano y dirigios a un rincón de la Boca, donde dentro de cuatro paredes encontraréis un puerto tan vivo o tal vez más brillante aún que el puerto mismo. Habréis llegado a la Escuela y estudio que Quin-



Edificio de la Escuela-Museo Don
Pedro de Mendoza.

quela Martín, con su peculio, ha hecho construir en la Vuelta de Rocha, al mil ochocientos de la calle Pedro Mendoza...

Si pudieran reunirse en una larga fila la totalidad de los cuadros que se hallan a la vista del visitante en el museo —que abarca todo el segundo piso del edificio—, los que en su estudio del tercero tiene el maestro en forjación o listos para entregar a la opinión pública, y los que desparramados por los museos y grandes edificios del mundo entero forman el cuantioso baluarte de un artista criollo, podríamos apreciar rápidamente, a vuelo de pájaro, los mil y un rincones del pintoresco puerto y sus mil y una características peculiares.

Sin entrar en detalles técnicos, diremos que la presencia de un cuadro de Quinquela Martín tiene reflejos de calidad indiscutible. Se ve en cada golpe de la espátula, en cada trazo del pincel, la mano maestra que hace de los titeres



de la vida, símbolos humanos de la ficción pictórica. Y aquellas figuras, que parecerían grotescas si no llevaran en sus movimientos el sello peculiar que les provee el genio, nos hacen vivir al unísono con su creador, día a día, minuto a minuto, en la grande escala que podría apreciarlo un ojo sobrehumano, cada una de las tareas portuarias; sus hombres, sus costumbres, sus cultos, sus proezas...

SUS OBRAS

Querer transcribir la acción y calidad de cada uno de los cuadros que forman la copiosa colección existente dentro de las aulas y en los patios de la escuela, en el museo y en el estudio de Quinquela Martín, sería además de tarea improba y que necesitaría muchas de estas páginas, cosa reservada para un experto, cualidad de que carece el repórter.

Sólo daremos una idea, que aunque velada, podrá hacer llegar a ustedes la impresión que nos causaron espiritualmente las obras que, a nuestro entender, por su concepción, su altruismo y belleza objetiva, son los pilares más sólidos donde descansa el prestigio del artista.



"Arriando Velas". Este cuadro es propiedad de la Cia.
Argentina de Navegación Dodero S. A.

sigue

Conclusion

Benito Quinquela Martín

(Continuación)

hombres no dependan exclusivamente de su físico, sino también de su cerebro. Es ésta la última etapa cumplida por Don Benito Quinquela Martín en su escala filantrópica. Vendrán muchas otras; de ello estamos plenamente seguros. Sólo se necesita una cosa: tiempo. Que pueda su existencia seguir rodando en este mundo a través de muchos años es el deseo que nace en cada una de las personas que se acercan al artista. Únicamente de esta manera ha de ser posible llevar a feliz término todo el proyecto que pretende un único objetivo: llevar la felicidad a todos los sectores de la vida boquense.

SU ESCUELA

En el capítulo anterior nos hemos ocupado de la obra cumbre de Quinquela Martín: la creación y materialización de su escuela modelo. En ella la enseñanza es común, común la dirección, el profesorado y los niños mismos. Sólo existe una diferencia con el resto de los centros de enseñanza. Allí, donde el artista ha modelado en los frentes de cada aula una estampa genuina, la vida no es fría, flota en el ambiente el ensueño del arte de que las otras carecen.

Dentro del calor pictórico que reina en toda la escuela, lógicamente, debe ser propicio el na-

cimiento de nuevos cultores de tan difícil arte. Es que el niño vive en un contacto directo con éste, se va familiarizando con sus formas, con el movimiento, con el color y ve a diario agrandarse ante sus ojos el mérito de aquella gente, que apiñada en las cubiertas de los buques y en los muelles del puerto, elaboran cada día su existencia y el engrandecimiento de una de las zonas más provechosas de nuestra metrópolis.

Los cuadros de las aulas han sido logrados sobre celotex y a base de pincel, en tamaño poco común (oscilan en los 6,50 por 3,00 metros). En los patios se reparte el trabajo entre cerámica y óleo. La estructura del edificio es de aspecto moderno y en su interior recibe el alumno todo el cúmulo de comodidades que es capaz de ofrecer quien hace una ofrenda de elevado propósito.

Y por si todo esto fuera poco, en el último piso del baluarte, en medio de una aureola de sencillez inconfundible, el maestro tutelar aguarda a diario que sus niños se acerquen a él a contarle sus inquietudes y a recibir las suyas, con la esperanza de que un día ha de florecer en aquel huerto de virtudes infantiles el capullo de rosa que ha de emular la fragancia de su viejo rosal. Entonces, en la casa del genio habrá nacido un genio...

F. Massa Leiva.

Arte y Letras

OCTUBRE 1944
AÑO I — No. 7

Quinquela Martín

por CARLOS AURELIANO MIRANDA

Siempre he pensado que el artista debe decirnos algo a través de lo que pinta. Dotado de sensibilidad y aptitud, la forma es la encargada de revelarnos su emoción-unidad estética o humana sustentándose en una modulación diversificada en su contextura:

Es la verdad recóndita que adquiere su exacta jerarquía en ese don de exteriorización artística; es así como asistimos a una visión amplificada no sólo por la capacidad visual e interpretativa, sino por la propia autenticación del sentimiento en la obra realizada.

Eso es lo representativo en orden a lo que se expone. Porque el arte ostenta su verdadera jerarquía en esa denuncia, que es aptitud y capacidad ejecutiva; así al determinarse en la conjunción de una expresión lograda, el artista adquiere la prestancia de la vocación que se cumple.

Esto es lo que promueve el interés de nuestra atención; eso es, precisamente, el módulo que nos identifica en la emoción que se enseña en la expresión plástica o cualquiera sea el medio para exteriorizar el valor implícito en cada "estado" o cosa manifiesta.

Estas reflexiones me las sugiere una visita hecha a una exposición del pintor Quinquela Martín. Fué la muestra un espectáculo deslumbrante: cromo y ejecución, espíritu en un desplante de sensibilidad que creaba la atmósfera de un hallazgo: el supremo bien de una nota emotiva para aislamiento promisor.

Escenografía múltiple. Luz y color en apretado vigor plástico, o amplia afirmación técnica. Allí estaba la sucesión de notas y estados dentro de la visión diversificada y rica como exponente de un clima hondamente espiritualizado; la Boca, el Riachuelo la Vuelta de Rocha, etc. Comunión de vida que se transforma bajo el acicate de una voluntad de realización. Y Quinquela Martín fijando —con la elocuencia de un sentimiento casi místico— el acento y sentido de ese caudal protéico, hecho amor y desinterés en la abnegación de darse todo con la bazarra de una pasión entrañable.

Aquí está el valor de esta obra que nos llena de íntima satisfacción, y es que al lado del placer, nuestra sensibilidad ciudadana halla un motivo de halago. Frente a esa voluntad de realización, nos sugiere la amplitud y severidad del marco: la forma y el sentimiento adquiere la dimensión de un mensaje de cordialidad, siempre sustentado por un ritmo exacto; y es que, dentro de la generalización desbordante del color y de las líneas, Quinquela Martín actúa con un alto sentido del equilibrio, de esa unidad que presta elocuencia a la masa o al hecho en el enlace que articula.

Es que trabaja con el espíritu tenso en la aprehensión de ese módulo mediante el cual la belleza es una presencia afirmativa. Forma y color están

"ARGOS" - Boas - 31 dic^{bre} 1921.

BENITO QUINQUELLA MARTIN

Silenciosa, de modales suaves y aspecto humilde, es la figura de este hombre, delgado, en cuya cara se entrecruzan algunas arrugas, indicio cierto de una turbulenta vida salpicada con rudezas de trabajo físico, penurias de bohemio y, ahora, anhelo fervoroso de perfeccionamiento artístico.

Por eso, cuando se estrecha su mano, siente una esa íntima simpatía de viejos amigos; ya que la única preocupación es de belleza, de arte y de amor. Y, allí, donde dos hombres manifiestan esos anhelos, es necesario la independencia del corazón para apreciarlos. Bien lo comprende Quinquella.

inauguré mi primera exposición era yo un desconocido; nadie quería creer en mi origen humilde, ni en mi nacionalidad.

Debía ser, para la opinión, un extranjero; quizás, un español.

En el Brasil, tuve un inconveniente más o menos parecido. Habiendo expuesto en el Salón de Bellas Artes, llegó a mí el redactor de un órgano de publicidad diciendo que se había generalizado la opinión de que yo iba a explotar el sentimiento popular con un origen humilde. (Parecía imposible que un carbonero, sin escuela, hiciera aquello.)



lla cuando, en la intimidad de su estudio, comienza a hablarme, sin recatos de su arte, de su vida, de sus esperanzas...

Y, entre tantas manifestaciones dichas con humildad, pero con convicción, surge la frase noble que enarboló siempre como blasón artístico:

"Yo no tuve maestro"

"Desde niño sentí este apego al arte pictórico; desde niño, también, comencé a sufrir grandes inconvenientes."

Y una verdadera historia de dolor y trabajo, brota de sus labios. Su origen humilde, el oficio de carbonero, hecho hasta los veintinueve años, sus primeras lecciones nocturnas en la "Unión de la Boca" dadas merced al primitivo método de estampas, constituyen otros tantos detalles de una existencia conocida en la localidad.

Mi arte — dice el marinista — es original y característico. Coloro armónicamente, como cualquier artista, sin haber hecho estudios de escuela ni academia.

Como usted, sabrá, mi técnica ha sido muy comentada, dada su originalidad, y no poco desfavorecida. La espátula desempeña un papel preponderante en mis obras, originando cierto amontonamiento de pintura. Por ello es que muchos me han considerado como un exagerado o un anormal.

Yo siento los motivos del puerto, de una manera distinta a la que pudiera sentir un espíritu llano y tranquilo.

Y si embarduno tanto es, sencillamente, porque los temas son toscos y mi espíritu lo concibe tales como son con todos sus encantos.

Señalándome varios cuadros, continuó:

—Como usted vé, son impresiones de conjuntos formidables.

Esas barcasas, esos puentes de hierro, esos hombres rudos que se agobian bajo el peso del progreso que los domina y obsesiona, no pueden trazarse con la pincelada delicada, de suaves tonos, con que se pinta la cara de una niña".

Al hablar se acaloraba, contrayendo el gesto, conciente de su afirmación, puesto que él, fué uno de aquellos elementos de labor que se perfilan en sus cuadros.

—¿Qué concepto tiene usted de nuestro arte en general?

—En lo que se refiere a música, escultura y pintura, marchamos a la vanguardia del continente. Ya en materia literaria, y sobre todo en poesía, mi opinión cambia: tenemos muchos enciclopédicos. Los países de Centro América y Méjico, que poseen más intacta la tradición, se destacan sobremanera.

—¿Y de los pintores argentinos?

—No existe el genio que se impone, pero sí, una corriente sana y reformadora: (aquí cita a muchos artistas nacionales: Quirós, Bermúdez, Ripamonti, Lynch, etc.)

Lo que falta es el apoyo oficial a los esfuerzos personales. Cuando

Debiendo probar lo falso de la noticia, busqué la manera de resaltar mi origen — ¿Más, como?

Trance difícil aquel. Nada había llevado de Buenos Aires; cuando, desesperado ya, hallé en el fondo de mi maleta un "Fray Mocho" con un artículo titulado "El carbonero".

En él se hallaba de todo aquello que constituye mi iniciación artística acompañándolo varios fotograbados: uno en mi casa (no tenía taller) y los otros en el puerto, pintando. De esta manera pude comprobar mi identidad".

Abordando el tema de su gira al Brasil, mostréme juicios altamente halagadores, de críticos cariocas y fotografías alusivas a su exposición, una de ellas aparece en compañía del presidente Pessoa.

—Pienso irme a París.

—¿Pronto?

—Depende. Quiero antes perfeccionarme lo más posible. He sido invitado a presentarme en el salón de Venecia, pero no concurriré.

Anhele hacer una exposición personal.

—Quinquella, en la vida de los artistas existe siempre una nota pintoresca, un detalle de aventura. ¿Recuerda usted alguno?

—Tantos he tenido, que no acierto a precisar. En la actualidad, son notables los juicios de los marineros y hombres de bordo, cuando pinto.

Eso sería verdaderamente desconcertante para otro pintor. Son lo más desfavorable: dichos, casi todos, en genovés.

—"Qué manera de ensuciar!" — "Yo con tanta pintura, pinto el barco de popa a proa" — "¿Qué bárbaro!" — "¡No, así no!", y debo reprimir, a veces, el gesto del corrector improvisado.

Un caso curioso paséme con motivo de la huelga marítima.

Pintaba yo a bordo de un barco cuando un marinero exigíome un permiso especial para "trabajar". Traté de manifestarle mi condición de artista, la diferencia que existe entre mi condición y la del obrero marítimo, todo fué en vano... invitóme a acompañarlo al Resguardo. Y, al retirarnos, el buen correntino echando una mirada de desconfianza al cuadro, y señalándolo con el índice, me dijo:

—Lleve eso, también.

A duras penas le demostré que me resultaría "algo" molesto cargar el "cuerpo del delito" que media unos dos metros y medio cuadrados....

Antes de retirarme, firmó el autógrafo retrato que publicamos.

Sobre la mesita, entre libros, brillaba el níquel de un revólver.

Marcus.



por S. Mallo Lopez



Quinquela Martín

3 RIUNFA en Madrid. Juan de la Encina es el apologista. París, amante caprichosa, le recibe sonriente. Descaves y Maclair le cotejan con los estetas del color y el realismo: Cemordaut, Verhaeren, Chieumer, Chéret. La admiración extranjera le alienta y alumbra el camino. La consagración le otorga el espaldarazo de gracia. Francia enriquece el Luxemburgo con su firma y la galería Charpentier congrega a los parisienses para lucir orgullosa la febril actividad de nuestro querido puerto, estampado en una veintena de cuadros surgidos de una paleta forjada de carbón y de sudor.

Quinquela Martín es el talento pictórico argentino más representativo y más original.

Nadie como él ofrece una visión más vigorosa, más dinámica y más real de una de las fases señaladas de nuestro progreso por el valor trascendental que significa para el desarrollo de los países agrícolas: el puerto. Del cual puede decirse que es nuestra vida, el pulmón de hierro, o la noble y sucia viscera que reglamenta nuestro intercambio nutritivo y nuestro estático equilibrio.

Quinquela es un disector por excelencia, tan consciente como artista. Impetuoso, turbulento, pleno de inquietudes, su pujanza creadora asalta ora la calma, ora el turbión de las ráfagas auroras y la anodinia de los rojizos atardeceres portuarios, que estudia en las cerchas del pincel, porque dibuja pintando. No le interesan detalles de escena: el todo es la parte. Lo que le preocupa y afiebra es pegotear en la trilogía de hora, ambiente y espacio: vida. Y los barcos en carena gimen, los cielos plomizos hieran silenciosos y los obreros se agitan y manejan.

Pero en Quinquela hay algo de muchísimo valor que admirar. Quinquela es un autodidacta. Vale decir: su paleta no ha sido peinada por el academismo ni tampoco la alimentaron sus cáscaras. La luz y la naturaleza la impregnaron directamente, sin pasar por la esquematización fría de una máquina académica. Y puras, eminentemente puras, le contagiaron la retina, que se expone en un chisporroteo de colorido y lu-

minosidad.

Nadie como Quinquela podrá conocer tan a fondo y con tanta crudeza nuestro puerto. Quin-



Quinquela Martín

quela no fué el simple espectador que abofetea la tela con pinceledas convulsas. No. El lo ha

Quinquela Martín se supera a sí mismo en la última producción de su arte

La pintura del fuego y de nuevo el río, pero internándose hacia los diques

He de ofrecer, antes que nada, una nota gráfica interesante, de verdadera actualidad, casi diría inédita. Es la muestra de una parte de la labor que ha cumplido nuestro ya célebre pintor argentino Benito Quinquela Martín.

Después de su definitiva consagración en París, reintegrado a su patria y a la modestia de su vida, parece haberse creado la responsabilidad de ser digno de la esperanza que todos le auguraron. Sencillo, humilde, sin afectación alguna, ha venido practicando la virtud de sus sentimientos fraternales, porque, sabedor de las crueldades de la miseria y capaz de medir con su propio sacrificio el sacrificio de los demás, muestra la satisfacción de alentarlos, ayudarlos, marcarles rumbos y confundirlos en el nalgado de sus triunfos, que se llegan también al corazón.

No hubiera podido escribir dos líneas de este noble artista que me honra con su intimidad, sin acentuar el rasgo más sobresaliente de su espíritu, poco común y hasta extraño en la gente de su profesión. El arte, en efecto, que surge de idealidades y sentimientos, que forja la poesía de la vida, la dulcificación del amor, el encantamiento de la naturaleza o la sublimidad del dolor, abstrae después de ser concebido, acusando así una falsa sinceridad. Al mezclarse a lo humano, su creador llega a perder, por lo común, esa fuerza espiritual que ha animado a sus imágenes, ingerta en ellas atributos que no los practica en la realidad, como si hubiera una zona distinta que le apartara de lo que piensa o proclama como principio inmutable.

Los egoísmos y mezquindades al servicio de un afán de popularidad en que el materialismo prima hasta la obsesión, dan una fisonomía diferente al artista en su obra con relación a su vida.

Nos encontramos, desde los círculos de la vanguardia, con burócratas alucinados que buscan a toda costa sobresalir por encima de cualquier otro mérito indiscutible, el que ahoga el estímulo, librándolo a una dura y triste y amarga decepción.

En mi rápida, pero un tanto completa revista de estos valores, los he sorprendido descubriéndolos a menudo en los orígenes más oscuros e ignorados, allí donde no infunde energía el halago del elogio, muchas veces fabricado por el prurito del exhibicionismo, con el conseguimiento fácil a la vez de las posiciones heredadas, que no enseñan con la experiencia real a comprender la única filosofía positiva.

Para ser totalmente superior es necesario haber soportado la prueba del sacrificio, que es el mejor maestro, la más completa de las escuelas.

En nuestro medio han culminado personajes de figuración que preten-

den monopolizar el saber, que intervienen en todo, que todo lo resuelven, pero que a la postre no sirven para nada. Se jactan de sus discípulos para atribuirse el honor de sus laureles, para arrebatárselos la dignidad de su conquista en buena ley, pero no le dejan lugar; le cortan el camino despiadadamente, apenas han dado algunos pasos firmes, lo que provoca un estancamiento que termina en inexorable eliminación.

Sólo los talentos robustos y las voluntades decididas se sobreponen a tal tiranía de unicato, teniendo por lógica consecuencia esterilizar nobles esfuerzos, con cuyo acopio ganaría en el progreso de perfeccionamientos nuestro arte nacional.

Quinquela Martín, en cambio, que ha sido pobre y que conserva incólume la bondad de esa pobreza, se caracteriza por un sentido acentuadamente opuesto. Busca el contacto de los nuevos, de los muchachos que luchan, como ha sabido luchar él, a quienes nada exige; no se vale de ellos para erigirse en héroe. Por el contrario, les ofrece una parte de su gloria, a fin de enaltecerlos en sus aspiraciones, sin abandonarles en el olvido; antes bien sufrirá el desconsuelo de sus derrotas, como si ellas pudieran perturbarle en su generosa sensibilidad moral y espiritual.

Ahora, yo que he admirado la soberbia producción de este pintor, genuinamente nuestro como invariablemente democrático; yo, que me he acercado a su corazón y lo he auscultado con curiosa sinceridad, renuevo mi confesión: es grande, ingenuamente superior y constantemente renovado. Va en alas del ensueño. Trabaja sin descanso, arremetiendo con lo más difícil, con lo que parecería imposible de conseguir. Sabe que domina lo fuerte, lo vigoroso, lo complicado, y se interna resueltamente a la selva intrincada de esos misterios, que a cualquier otro haría perder de ruta, extraviándolo por completo.

Se tiene mucha fe que le da la entereza para el ensayo.

Cuando regresó de París, después de contarnos sus emociones y de hallarnos de sus anhelos, nos dijo que venía dispuesto "a pintar el fuego", porque en sus recorridas por los museos y en los estudios y recuerdos de todos los maestros, desde lo más viejo a lo moderno, no había encontrado a nadie que se animara decididamente a dicha ejecución, ni menos a conseguir felices resultados, explotando la aridez endemológica del tema. Se tuvo confianza porque había atronado con éxito la prueba al tratar de lo tosco de la labor del marino o del obrero, aun cuando lo tomara aisladamente, en una faena con crudeza de color, sin las tonalidades ro-

manifiestas del cielo ni la suave transparencia del agua. Como los precursores de la nueva sociedad había de destruir los prejuicios de esa armonía de la paz, basada en el equilibrio luminoso de las relaciones de clases.

No se ajustaba a los principios científicos que son rígidos como encajonando la sabiduría de la época. Era el atrevimiento del inventor, la audacia de la aventura.

El fuego purificador, que todo lo transforma, le sugestionaba, al igual de la pasión ideológica que lo encendía como una llama sagrada.

Y mezclando el fuego con la templanza de producirlo, hasta en las más altas calorías que cortan la respiración del hombre, con hombre y fuego, hizo sus primeras escenas tomadas en la fundición de acero de los talleres de "La Cantábrica".

Se internó al ambiente, se identificó con el obrero, expuesto allí a los más grandes peligros, en medio de la indiferencia más grande; incapaz de cambiar aquel lugar de acción que ocupa por ninguno otro. Experimentaba la fascinación del fuego que ilumina su silueta atrevida junto a los grandes hornos, dándole conornos fantásticos. Apenas si resiste en esas expuestas tareas algunos minutos.

Y aquel inmenso crisol que trepida en medio de la indiferencia de la gente, renueva la utilidad de los metales, junta los residuos diformes, pesados, toscos, en sus moléculas de disolución y todo aquello en líquido hirviendo como una lava volcánica se extiende sobre los moldes dócilmente, como sabiendo obedecer a la voluntad del hombre que retuerce, alarga o adelgaza el lingote, hasta adaptarlo a la forma definitiva. Son en general, tirantes de acero que sostendrán, con su músculo resistente, enormes palacios, sitios rascacielos, que se erigen en el colmenar de los barrios más populosos de la ciudad.

Pero ni aquellos que irán a habitarlos, ni el propietario mismo, sabrán del proceso inteligente, riesgoso y complicado de que ha surgido el material de la casa, en la maravillosa asociación del trabajo y en la relación del intercambio que hace fabricar y transportar a largas distancias, a veces a países desconocidos, donde quizás tampoco se detendrán a pensar en su origen.

Y el origen de fabricación de uno de esos lingotes sólidos, irrompibles, perpetuos, lo describe, lo hace revivir magistralmente Quinquela Martín, triunfando por sobre lo imposible, a punto de demostrar que ha dominado el arduo tema cabalmente, sin atascos ni recuos. Ha ido resueltamente a su composición, que abarca poleas, ruedas, martinets, las enormes cucharas, los altos hornos, hombres y piezas metálicas, todo mezclado, pero sin confusiones en aquel verdadero infierno, iluminado teóricamente por el resplandor de una luz caprichosa, serpenteante en su fulgidez que oscila con las variaciones del color y de la forma, hasta encogerse a la vista, e inquietar el espíritu.

Lo que no podría recogerse con la mecánica más rápida, lo ha tragado Quinquela Martín, con su pinceo nervioso pero seguro, pastoso, ágil y, sobre todo, dinámico, con ese su dinamismo, que es la caracterización de su técnica inimitable.

Mientras admiramos uno tras otro los cuadros que nos muestra el artista, en el mismo taller modesto y silencioso, donde lo he conocido, recordaba los pasajes de su vida y algunos de los episodios que son de contraste, significando que lo que hay en él es puramente ingenio. Ha nacido pintor; ha educado sólo su temperamento y lo ha perfeccionado dentro de su modalidad y comprensión.

—Un día nos dijo— asistí a las clases de perspectiva que daba un profesor, a quien me habían recomendado. Asistí y escuché sus lecciones, pero no comprendí nada. Aquello de cálculos de distancias y medidas geométricas y de proporción no me quedaba en la cabeza. Imposible sacar ventaja; yo que ni siquiera a las pocas horas me acuerdo de un número de teléfono...

No estudió perspectiva, como se ve. Pero, ¿para qué?, si en Quinquela Martín, nada de eso hacía falta.

Sin ser maestro, ni siquiera alumno aprovechado, domina la perspectiva como un sabio, pero sin teorías, ni principios científicos que acomoden prudentemente el lineamiento, de acuerdo a los cánones, pero que no gestan con el acierto de su impulso natural, a dar las mejores perspectivas, ajustadas por completo a los preceptos más rígidos del arte.

Así, sin haber tomado ninguna lección especial en la materia, se ilustró lo suficientemente para no chocar contra las predicas de la teoría, a las cuales respeta por espontánea coincidencia, producto exclusivo de su talento.

Resumiendo diré que su nueva pintura del fuego llamará la atención, constituyendo sin duda una nota destacada, la más original a buen seguro de la Bienal de Venecia, donde, como se sabe, tiene a su disposición dos salones, que le fueron ofrecidos después del ruidoso triunfo de París.

No sólo la escena se presenta en toda su majestad, sino que sirve de elocuente expresión para significar

la ruda labor del obrero, alguno herido por accidente, pero todos con larga foja de servicio; sin denotar decaimiento físico, ni desgaste. Por el contrario no conocen el cansancio; son de una atlética complexión y se niegan a jubilarse porque el fuego les ha resultado el mejor de sus amigos: tonifica sus energías sin quemarlas, porque las ha templado

a la alta temperatura de la fusión, que no calcina.

Como una sorpresa, aunque cabía esperarla, he podido apreciar una serie de inéditos dibujos que también dará a conocer Quinquela Martín, respondiendo a la aceptación que merecieron sus apuntes anteriores en Europa.

Ha refinado la línea, sin quitarle

la sobriedad representativa del cuadro, que llega a limitarse a una escena aislada como es por ejemplo la del arreo de la hélice en astilleros. Difícil le resultaría a cualquier otro conseguir mayores efectos con esa simplicidad del motivo. Dice esa hélice todo lo que cabe imaginar de la vital misión que desempeña al provocar la marcha del buque, en el im-

petuoso elemento de las aguas, en-
crepadas y rabiosas a veces por la
borrasca indomable. Su desgaste nos
trae a la imaginación las peripicias
y alternativa en la larga jornada
cumplida, que le ha originado el de-
bilamiento de sus poderosas aletas.
Está allí, sometido al cuidado de su
restauración, como un enfermo. Los
brazos musculosos de los operarios
en el encorbamiento recto de todo
el cuerpo, compeltan como un símbo-
lo lo que se ha querido significar y
se significa ampliamente.

Lo mismo puede decirse de las
cartulinas, donde el dibujo ha ido
sorprendiendo diversas e interesantes
manifestaciones del trabajo portua-
rio, como ser: los baldes que toman
el carbón, la descarga de una locomo-
tora suspendida por el guincho en
lo alto y el arreglo de la chimenea de
un vapor; esta última, al igual de la
hálce, que mereció el aparte del co-
mentario anterior. No puede haber
mayor síntesis que sea tan sugestiva
con rareza y originalidad a la vez.

Prueba que el recurso vigoroso del
pintor encuentra cómo desarrollarse
acertadamente. Acentúa los rasgos,
yendo siempre a lo dinámico que es
fuerte y concreto. No se sale de su
peculiar inclinación que incurciana
ahora otros campos, como el de las
fundiciones a que me vengo refirién-
do. También de ellas ha concluido di-
bujos, siluetas como sombras, en me-
dio de la atmósfera cerrada del calor
y del humo, que es tan sofocante
como hostil al pincel. En ellos se
circunscribe a las faenas distintas y
separadas, dentro del proceso general
de la industria que comienza por la
colada. No abarcan amplitud pero
ganan en pujanza, lo que hace que se
las aprecie con minuciosa admira-
ción.

Pasando a lo "acuático" debo de-
clarar lo que digo en los títulos de
esta rápida ofrenda: se ha superado a
sí mismo. Parecería mucho decir,
sabiendo lo rendido por el pintor del
Riachuelo que ha hecho inmortalizar
ya su nombre, junto al barrio indu-
trial y popular de nuestra urbe, de
sus caras afecciones.

Bastaría con señalar la tela repro-
ducida en mayor tamaño, dentro del
grabado que ilustra esta crónica. Es
el dique 1 de nuestro puerto, donde
las barcas contrastan con la estatura
gigantesca de los buques de ultra-
mar, como aparece el tomado por la
proa. El agua en su remanso muere
en ondas aterciopeladas entre las
embarcaciones, mientras se brúñe con
la claridad del sol, a lo lejos del cau-
ce, a cuyo fondo, ya en tierra firme,
se destacan las moles de los elevado-
res, envueltos entre el humear de las
chimeneas. Es una hora de luz que
pinta a los colores en vivo: el rojo,
amarillo y azul, pero sin chocar. An-
tes, bien, forman una armonía en la
cual reside la principal virtud de su
paleta. La transparencia del río y la
quietud romántica del cielo, se quie-
bran ante el espectáculo nervioso, bu-
lianguero y enervante de esa zona co-
mercial, que es como una válvula de
escape para la vida económica del
país. Da una idea cabal, a la que se
agrega el movimiento de máquinas y
hombres, como si todo aquello fuera
de una realidad viviente. Acusa una
delineada en los tonos que constitu-
yen esa armonía del color, que he
citado ya.

Ninguno desmerece del nivel del
perfeccionamiento que acusa Qui-
nela Martín, en la actualidad.

Es la cosecha de pocos meses.
Piensa trabajar activamente un año
más, volver a las fundiciones, sin
abandonar al estuario que supo reser-
varle los galardones de sus cosechi-
vos triunfos.

No desfallece, ni se perturba por
las miserias humanas, que no alcan-
zan a rozarle siquiera, porque utiliza
a su corazón como arma defensiva.
Lucha con sus sentimientos e ideales.
Por eso muestra desdén hacia aque-
llos que pretenden empuñarlo.
Al negar los méritos de Quinela
Martín lo exaltan más, lo encumbran
y lo dignifican.

Debo significar al pasar, algo que
no podría callar: lo injustificado de
su eliminación como autoridad com-
petente para actuar en cualquier ju-
rado. No he visto su nombre en nin-
guno. En cambio, siempre se repiten
los mismos, como si fueran miembros
vitalicios que van salvando "decoro-
samente" la orfandad en que nos he-
mos hundido en materia de arte.

Esta ofuscación que erige valores
únicos, absorbentes, es semejante a
la despreocupación de los compatrio-
tas para atribuirle el mérito a que
es legítimamente acreedor. Pocos,
muy pocos de sus cuadros, han sido
adquiridos en el país y menos aún
por sus connacionales.

Ha debido ser la gente extraña,
más exigente, pero mejor dispuesta,
la que le ha prodigado su ayuda ad-
quiriéndole casi todas sus telas, con
cuyo producto ha podido seguir pro-
duciendo para honrar el prestigio
de la escuela argentina, que le dis-
pensaba tan mezquino favor.

Conocemos la tragedia de su sa-
crificio. Hablamos con orgullo del
pintor porque es "argentino", pero
carecemos del derecho de una jactan-
cia semejante, cuando somos los
primeros en mortificarle, como si la
sinceridad fuera una droga muy ca-
ra, que hay que suministrarla por
gotas.

Arnando Maffei



"LA COLADA DEL ACERO" EN EL PUERTO, TOMADO EN EL DIQUE 1. (AL COSTADO): "LA COLADA DEL ACERO", UNA DE LAS OPERACIONES
 MAS IMPRESIONANTES DE LA FUNDICION. — "DIBUJO DE LOS ELEVADORES", QUE MARCAN PERFECCION DE TRAZADO.
 — (EN MEDIO): BENITO QUINQUELA MARTIN, EL INFATIGABLE PINTOR ARGENTINO. — "LA OPERACION DE UN CARGA-
 MIENTO DE MADERAS". — (ABAJO): INTERIOR DE LOS ESTABLECIMIENTOS "LA CANTABRICA". "EL MOMENTO VIOLETA", QUE
 ALTERNA EN POETICOS TONOS CON EL MOTIVO EVOCATIVO DE LA HORA, Y "LA CARGA DEL HORNO", EN LA MISMA
 FUNDICION DE ACERO, DONDE EL PINTOR PRUEBA EL DOMINIO DE LA TECNICA COMPLICADA Y DIFICIL PARA CONSE-
 GUIR EL FUEGO.

Está Dedicada a Quinquela Martín

UN HOMENAJE

La traducción del doctor Ar-
temio Moreno, que reproducimos
en la presente nota ha
sido dedicada al pintor argen-
tino Benito Quinquela Martín,
como un homenaje al vigor de
su arte. Nada más elocuente
y sencillo el homenaje si se tie-
ne en cuenta que el arte, se-
gún la feliz definición de Emi-
lio Zola, no es más que la rea-
lidad vista a través de un tem-
peramento; un espejo sin man-
cha a través del cual pasa la
realidad.

Operarios, con los ojos protegidos
por una tela metálica; ma-
nos, brazos y piernas envuel-

tos en cuero,
arrojan en la
boca de las má-
quinas el eterno
trozo de hierro
candente. La
máquina lo to-
ma, lo estira, lo
alarga, lo sigue
tirando, lo vuel-
ve a arrojar y a
tomar, adelga-
zándolo siem-
pre. El hierro,
retorcéndose
como un reptil
herido, parece
luchar, pero ce-
de, se alarga
aún, se alarga
siempre, siem-
pre vuelto a to-
mar y lanzar
por aquella
mandíbula de
acero.

He aquí los
rieles. Impoten-
te a resistir, la
masa enrojeci-
da, opaca y
cuadrada del
Bessmer se
tiende bajo el
esfuerzo mecá-
nico y, en pocos
segundos se
convierte en
riel. Una sierra
gigantesca lo
corta a su me-
dida exacta y
otros siguen
sin cesar, sin
que nada deten-
ga o retrase el
formidable tra-
bajo.

Por fin sali-
mos, negros co-
mo carboneros,
extenuados,
con la vista en-
candilada. Y
sobre nuestras
cabezas se ex-
tiende la nube
espesa de car-
bón y humo,
elevándose has-
ta las alturas
del cielo.

¡Ah de las flo-
res, de la pra-
dera, del arro-
yuelo, y de la
hierba donde
tenérse sin
pensar en nada
y sin otro rui-
do en derredor que el murmullo del
agua, o, a lo lejos, el canto del gallo!

Guy de Maupassant.



Q. MARTIN

La Casa de SALUD

OTRA GRAN OBRA DE QUINQUELA MARTIN

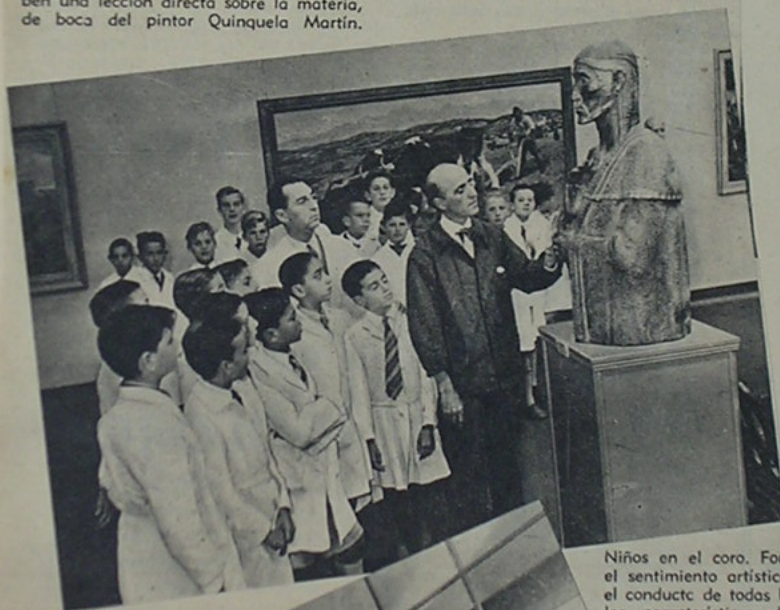
A Quinquela Martín basta oírlo hablar un momento, para reconocerlo como un artista puro. Todas sus preocupaciones son las de su arte: la pintura; y cuando sale de ella, es para excursionar en la literatura, la escultura, la música, la cerámica. Vive en un universo exclusivamente limitado por lo bello, y por las inquietudes del pensamiento. Algunas veces, cuando recala en la común realidad de todos los días, demuestra una comprensión sensata de los problemas que conmueven al género humano. Pero en las más de las ocasiones, gusta de evocar países lejanos, que ha conocido, hacer desfilar —en una larga charla hechizadora y colorida—, los hombres y mujeres que ha conocido, de plantearse esa clase de cuestiones, que forman la cotidiana inquietud de un hombre de espíritu vigilante: de si el árabe es un idioma con música de semitonos o si la poesía de Baudelaire ha sido por ningún otro, por el doctor Al-

fredo J. Molinario, asiduo concurrente a las reuniones dominicales en su estudio, etc. Ese es el clima en que vive. Lo centra su obra de pintor, que es un tenaz esfuerzo de creación artística, un permanente diálogo frente a la tela, un intento, siempre realizado de lograr el trasplante de los paisajes que ve y de los muchos más maravillosos aún, que duermen en el fondo de su espíritu. Y cuando esta labor le deja tiempo, cuando hace un paréntesis a la plática amable con amigos, cuando no lee, ni asiste a una exposición, ni proyecta un viaje, ni se detiene ante un mármol, entonces toda su fuerte voluntad se vuelca en la realización de una obra cualquiera de interés general.

UNA ESCUELA ARGENTINA

En los largos años de mi amistad con Quinquela, jamás he dejado de verlo movido por una vibración de amor humano, alegre con la alegría de alguno, preocupado por los contratiempos de otro, y por ese cariño hacia las cosas de nuestra ciudad y de los hombres que en ella viven, y

En el Museo de Artes Plásticas de la escuela, ante una escultura, los niños reciben una lección directa sobre la materia, de boca del pintor Quinquela Martín.



Niños en el coro. Formar la vocación y el sentimiento artístico de los niños, por el conducto de todos los artes, es una de las características de la escuela.



por ese afán de progreso que Sarmiento llamaba elogiosamente "espíritu municipal". En este sentido su realización más importante es la Escuela Pedro de Mendoza, construida sobre un terreno donado por él, con ese objeto, y de acuerdo con un criterio propio sobre esta clase de establecimientos.

—¿Cuál es el concepto de su escuela? —Le pregunto.

—El de que los niños estudien y se eduquen en una atmósfera de arte que les moldee el espíritu. Aquí, desde que entran a primer grado,

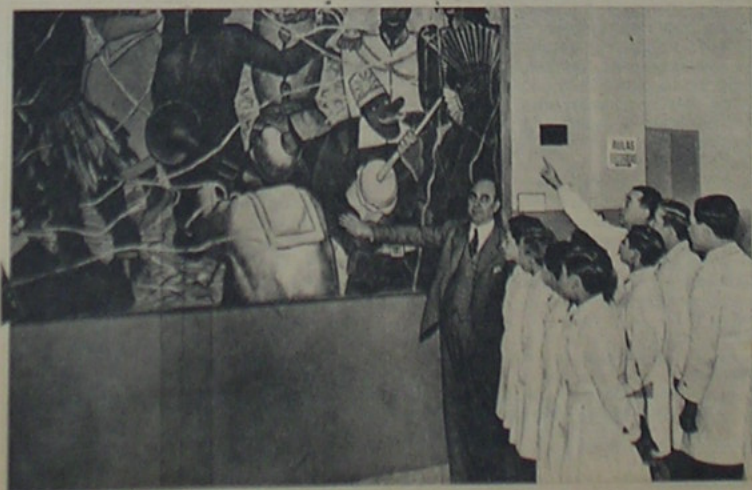


Una vista de la Boca, a pocos pasos de donde está situada la escuela Pedro de Mendoza, cuya erección y original modalidad se deben al esfuerzo y a la creación del gran pintor Q. Martín.

hasta que reciben su diploma de terminación de estudios, el niño vive en contacto con diversas manifestaciones del arte. Tiene, en el aula, delante de sus ojos, una expresión artística de las cosas que ve todos los días.

Y Quinquela me lleva a las diversas aulas, cuyas paredes están ornamentadas con grandes "paneaux" representando: las fogatas de San Juan, acontecimiento familiar a todos los muchachos del barrio; los cargadores de carbón, la partida y el regreso de la pesca, la bendición de las barcas, las inundaciones, los cosedores de velas, todas ellas, escenas de la vida diaria; y para

El director de la escuela, señor Juan Marzinelli, y el maestro de grado, Alberto Lagomarsino, explicando a los alumnos algunos detalles de un fresco de patio de recreo, que representa una bonita escena, el "Carnaval en la Boca".



los días de alegría: el Carnaval y la llegada del circo, en que se conmueve hasta lo más profundo la imaginación del niño; y para ir formando, desde lo más temprano, el gusto por lo maravilloso, ese magnífico "panneau" que se llama "Buzos en el fondo del mar". Este es el mundo de figuras de arte que ennoblecen la vida, en cuya frecuentación viven los niños de la escuela de Quinquela Martín.

—¿Se advierte ya la influencia de este ambiente en las costumbres y modalidades de estos niños?

—Sí; tienen otra clase de sensibilidad. Podrán ser luego empleados u



Ante su último cuadro, Quinquela conversa, animadamente, con el autor de esta nota.

obreros; pero serán otra clase de empleados y obreros. De un nivel cultural mucho más elevado, por supuesto. ¿Cómo es posible pedirles cultura a hombres que jamás han visto un cuadro, ni se han detenido ante una escuela, ni han asistido a un concierto? Los niños de esta escuela están en contacto con todas estas cosas que los van moldeando insensiblemente. Vea usted el fresco de esta pared de recreo. En cualquier otra parte hubieran jugado a la pelota; aquí se mantiene como el primer día. Por otra parte, acostumbrados a la proximidad de obras de arte, aprenden insensiblemente a poner una mayor delicadeza y cuidado en el manejo de todas las cosas. Aquí no se estropea una silla, ni un banco, ni un objeto de cualquier clase que sea.

—¿Hay otras escuelas como la suya?

—No. Las hay con decoraciones para niños; pero con escenas de la vida, con trabajadores, con gente del barrio, no. Aquí suelen venir turistas de todas partes del mundo y, últimamente educacionistas de los Estados Unidos y del Japón. Escuelas como ésta hay ya varias en ambos países, y se las denomina "Escuela, base argentina". Además, otra particularidad de esta escuela es la de tener adjunto un museo de arte.

—Y en el país, ¿se ha seguido este ejemplo?

—Hasta ahora, solamente en Córdoba y Santa Fe empieza a hacer algo parecido. En esta última provincia, el ex ministro Mantovani resolvió la cuestión de una manera muy



Quinquela Martín explica a los alumnos de la escuela, el último trabajo que acaba de hacer. Representa la procesión en el río; la iglesia flotante, que puede verse desde los ventanales de su estudio, y los barcos que la siguen en esos días de procesión.

ingeniosa. Nombró, para decorar escuelas, cárceles, establecimientos públicos de todo orden, a un muchacho de talento. Hace su obra como un empleado común; a fin de mes, cobra el sueldo asignado, que es de trescientos pesos; de manera que él realiza su obra y la provincia sale por su parte beneficiada.

LOS MUSEOS DE LA ESCUELA

Todos los domingos y días de fiesta, la escuela se abre al público. Quinquela, a su vez, abre la puerta de su estudio y se marcha. Entonces empieza el paso de una verdadera caravana de visitantes, entre los que suelen figurar grados enteros de otras escuelas. Suben, bajan, recorren las aulas y los salones, entran en el estudio de Quinquela.

—En el estudio de un pintor —dice Quinquela— hay una sugestión de rareza; se piensa en los amores del artista, en las bellas mujeres que lo visitan, en las cosas que allí deben ocurrir.

—¿Deja usted su estudio sin vigilancia?

—En absoluto. Jamás me ha faltado nada.

A un costado del estudio de Quinquela, está instalado el Museo de mascarones de proa, verdadera curiosidad en su género. A través de quince años de apasionada búsqueda de coleccionista, Quinquela ha ido juntando los mascarones de proa de cuanto barco ha visto deshacerse en las riberas de la Boca.

—Me ofrecían una fuerte suma, para que lo vendiera al museo naval de los Estados Unidos. Entonces yo lo doné al Consejo Nacional de Educación y, por lo tanto, ya no puedo disponer de él; no me pertenece.

Luego me muestra el museo de arte argentino. Una colección magnífica y completa de la obra de nuestros pintores. Valiosa por la cantidad y por la calidad.

—Este será el verdadero museo de bellas artes argentino.

OTRAS INICIATIVAS

Yo no podría decir aquí todo lo que a Quinquela le costó, en idas y venidas, expediente y luchas contra intereses creados, que se levantara su escuela. No tendría espacio y, además, "lo pasado, pisado". Pero sería aleccionador saberlo, porque es la historia de las trabas que en nuestro país se ponen a toda iniciativa útil, y la de la avasaliadora —es la palabra— voluntad de Quinquela. Ahora se encuentra empeñado en la realización de otras dos obras de bien común. Ha donado, en la esquina de su escuela, y en la esquina de enfrente, dos terrenos, con la condición de levantar, en uno de ellos, una Casa de Salud, y en el otro una Escuela de Artes Gráficas. La Municipalidad y el Congreso, respectivamente, han puesto ya en sus partidas de gastos, las sumas necesarias para llevar a cabo ambas obras.

—La Casa de Salud —dice Quinquela— estará dividida en dos partes: hombres y mujeres. Por la primera se entrará a los dispensarios

que atienden enfermedades de profilaxis social, por la segunda se tendrá acceso a un lactario. Pero arreglado de manera que las mujeres que padezcan las enfermedades primeramente nombradas, puedan también hacer uso del dispensario.

—Y la Escuela de Artes Gráficas?

—He creído, al hacer inevitable su creación, llenar un verdadero hueco de nuestra enseñanza.

Esta es la obra menos conocida de Quinquela. Los cuadros magníficos del puerto y de los altos hornos, ya han trascendido al conocimiento popular; su versación humanista, su conocimiento de poetas y filósofos, su gusto por las cosas de la India, la conocen, solamente, los que asisten a las reuniones dominicales de su estudio; pero esta tenaz voluntad suya de crear cosas necesarias para los demás, desprendiéndose de todo lo suyo, desvinculándose de toda actividad interesada —Quinquela vive y come de arte, es un asceta del sentimiento de la belleza—, es lo menos conocido de su larga y fecunda labor.

Carlos Miranda

176
82
Para el Catálogo
de Mendoza

BENITO QUINQUELA MARTIN se reveló a Buenos Aires en el año 1911

De modo inusitado irrumpió en la pintura argentina, trayendo un mensaje nuevo cuyo brío y acento, singularmente personales, le otorgaron desde el comienzo un puesto impar. La crítica le señaló con aplauso y el público le acordó adhesión más fiel.

su
ah
Desde entonces, su vida y su obra son la constante de un perfeccionamiento y una conducta cuyo cotejo puede intentarse con los ejemplos más ilustres de Europa y de América. De obrero del puerto a gran pintor, su vida es un modelo que la República puede mostrar a sus hijos y al mundo con el más legítimo de los orgullos.

El carbonerito autodidacto, divulgó internacionalmente los temas del Riachuelo. En Madrid, Londres, Roma, París, Nueva York, La Habana y Río de Janeiro mostró el brío y la pujanza de la nueva Argentina y ganó para su patria altos galardones con la misma humildad con que resignó honores y fortuna en obsequio de una vida austera, totalmente entregado a su vocación ejecutiva del arte y a la pasión militante del bien, que lo define como el pintor con mayor sentido social activo que tiene hoy el país y en cuya obra de solidaridad humana tienen su parte más amable las humildes gentes y los niños de su amado barrio de la Boca. (X)

Inaugura Quinquela Martin una amplitud de visión plástica cuyo sentido y dinámica acuerdan bien con la vastedad afebrada y colorida de los días de labor portuaria. Ve en grande, siente en grande, ejecuta en grande. No solo retablos del trabajo sino versiones de un panorama más ideal en el que se transfiguran y se fijan los esquemas rítmicos de la más deslumbrante sinfonía cromática.

Mendoza tiene ahora el honor de su visita. El pueblo, los estudiantes y todos cuantos aman la belleza encontrarán en su muestra al pintor recio, en cuya ~~ambición~~ órbita ~~ignat~~mente el talento, el desinterés y el amor.

gratuita
Sixto C. Martelli

(X) *Supere su donación, etc.*

Brújula

Año X — N° 112

Marzo de 1945



• El notable pintor Quinquela Martín que ha brindado al Riachuelo y a la Boca, con sus pinturas de vivo color local, un medio de maravillosa expresión que va más allá de las fronteras.

COMO todos los grandes puertos del mundo, el de Buenos Aires tiene su distintivo y color propios. Y no es sólo por el interés que se deriva de sus lineamientos, ni por su división en secciones característicamente diferentes —Puerto Madero, con sus dos dársenas, Norte y Sur y sus dos diques y Puerto Nuevo— sino también porque adelanta en su espectacular dinamismo, en la alegría joven que emana de su ambiente, en la fuerza que trasciende de los mástiles apostados a la orilla del río como símbolos de inquietud y de trabajo y en las mil banderas que se hermanan a su amparo, adelanta, decimos, la modalidad de la urbe que nombra en esas dos palabras gratas a todos los oídos: Buenos Aires!

El viajero que llega a este puerto desde continentes más lejanos siente, comprende de inmediato, el hondo sentido de cordialidad que está contenido en estas dos palabras y no puede por menos de advertir en la ciudad que presiente a su llegada, insinuándose en sus torres y rascacielos, al corazón mismo de esta generosa América. Por eso se ha escrito tanto sobre el puerto de Buenos Aires, sobre el porteño —locución esta que ha pasado a ser sinónimo de bonaerense— y sobre algunos rincones y alrededores de aquella zona, que han alcanzado fama mundial, como la Boca, el Paseo Colón, el Retiro, la Costanera, etc. En fin, esta parte de la gran metrópoli argentina que constituye una de las avanzadas de su progreso material, ha dado lugar a páginas de honda emoción y simpatía como lo son las de tantos escritores y poetas cuyos nombres sería largo enumerar aquí.

No menos fructífera ha sido, a este respecto, la inspiración de los pintores del primer puerto argentino. Nativos o extranjeros han dado ellos, asimismo, en diversas obras en las que se traducen

En saludos al gran camarada Quinquela Martín El Puerto de Buenos Aires a Través de los Artistas

Especial para BRÚJULA

por ZULMA NUÑEZ

los variados panoramas, permanentes o fortuitos del lugar, todo el brillo de su ambiente. Y es que nuestra hermosa zona portuaria, con su afanosa actividad de hormiguero, con su poliglota vocinglería, con sus maquinarias en incansable funcionamiento, con sus buques siempre prestos a partir, con sus madrugadas oliendo a brea y carbón, con sus atardeceres reflejándose en los ojos de buque de las embarcaciones, con sus mil y un espectáculos característicos forman un cuadro típico y movido del trabajo, una fuente de sugerencias y aforismos de exóticos países, del terruño lejano, de seres queridos allende el mar...

Una ciudad bohemia: la Boca

Quizá donde se pone más en evidencia este espíritu de trabajo y esta característica acentuadamente cosmopolita del puerto de Buenos Aires, es en la parte que corresponde al Riachuelo. Por eso no me parece exagerado decir que tanto las márgenes de este como la Boca, barrio de rancia bohemia, forman una ciudad de rasgos propios dentro de la gran urbe que es la capital argentina: la ciudad bohemia por antonomasia, cuna de artistas y trasunto de una existencia que merece entrar en la literatura para que se teja con ella una admirable y aleccionadora historia.

La Boca es para Buenos Aires —dice un escritor italiano— lo que Brooklyn es para Nueva York. La comparación es justa. Nuestra pequeña ciudad vive también al igual que esta hermosa zona norteamericana, casi independientemente

del resto de la capital y posee una fisonomía absolutamente propia. ¿Quién no se ha detenido a admirar alguna vez, en realidad, ese ancho curso de agua que, abriéndose en vasta y cómoda ensenada, ofrece un excelente reparo a las naves de pequeño cabotaje? ¿Quién no ha ido expresamente a ver de cerca sus casas de madera defendidas de posibles inundaciones por aquellos pilares de ingenia arquitectura que parecen levantarlas en zancos para que sus habitantes vean mejor desde las ventanas el paso de las chatas cargadas de frutas y maderas que vienen del Paraná Guazú y los veleros que parecen coquetear frente a los monumentales puentes con su delicada línea?

Por las noches, en los coloridos fogones de la Boca, fraterniza toda la población estable y flotante del puerto: marineros, pescadores, estibadores, operarios de astilleros, cargadores, hombres, en fin, de la más diversa ascendencia hechos, en su mayoría, a la tradición "zeneize" del lugar que en años pasados estuvo casi enteramente poblado por los laboriosos hijos de la hermosa tierra de los ligures.

De estos hombres trabajadores y animosos han surgido varias generaciones de artistas boquenses: pintores, como Quinquela Martín, Victoria, Imperiale; músicos como Juan de Dios Filiberto, el romántico de "Caminito"... El barrio está orgulloso de ellos. Ningún otro en Buenos Aires ha respondido como éste en fidelidad y ternura a sus ingenios nativos y ellos le retribuyen manteniéndose fieles a su pequeña ciudad de origen.



• Cosedores de Velas, es el título de esta hermosa tela que ostenta la sala de labores manuales de la Escuela Pedro Mendoza y que Quinquela Martín ha realizado con magnífica concepción de dinamismo y realidad.

siendo de señalar el caso de que ninguno la abandonara hasta ahora, a pesar de haber alcanzado la consagración y el éxito.

El carbonerito.

Pero nadie quizá como Benito Quinquela Martín, el artista de más renombre que haya dado la Boca, no solamente por lo que respecta a su obra considerada y admirada aquí y en el extranjero, sino asimismo en lo que se refiere a su interesante personalidad, puesta de manifiesto en más de un gesto generoso. Quinquela Martín, pintor autodidacta tuvo, antes de revelarse a estas finas sugerencias del arte que lo ha llevado a la fama, la honra de ser uno de esos hombres que se ganan la vida de sol a sombra en las arduas tareas del puerto. Es decir, se ganó la vida como obrero portuario aun cuando, habiendo descubierto hacia tiempo su verdadera vocación, no había tenido todavía la suerte de alcanzar en el ejercicio de la misma, esa codiciada fortuna que significa el resolver sin angustias el "modus vivendi".

A los veintidós años, pintor ya de cierta categoría en el ambiente, Quinquela era aun "el carbonerito", nombre con que se le designaba en la infancia dando una idea directa del medio en que el pequeño Quinquela trabajaba mostrándose a los ojos de la gente comprensiva como la viva encarnación de uno de esos candorosos héroes cuya biografía ha trazado Edmundo D'Amicis con mano maestra.

Por eso también se le quiere en la

Boca a Quinquela Martín; porque habiendo conquistado gloria y honores si- que siendo el muchacho humilde de siempre, prueba de la que sólo salen en esas condiciones las almas verdaderamente grandes como la suya. Y esta grandeza es la que le ha aconsejado levantar, aportando de su propio peculio, el Museo "Pedro de Mendoza" de la Boca y la Escuela correspondiente que él mismo decoró y que está situada en su amada "vuelta de Rocha". Otro rasgo digno de tal cualidad es el que lo hace rechazar en España, en 1922, siendo el primer pintor de América que entra en el Museo de Bellas Artes, una valiosa condecoración y el que lo vincula a Mister Farrel, el Rey del Acero cuando, después de haber triunfado en París, en 1925, se presenta exitosamente en Nueva York. Mr. Farrel, enamorado de la obra del pintor argentino, se empeña en que pinte sus poderosas fábricas de Pittsburg y le abre para ello "un verdadero canal de dólares". Pero el artista no acepta.

—Tal vez si las fábricas estuvieran en la Boca —arguye— me diera por pintarlas. Es que solamente en la Boca puede trabajar este artista, este espíritu único que es Quinquela Martín. Porque la Boca que él pinta es el resultado de un largo proceso espiritual, supone una elaboración lenta del paisaje en lo íntimo que para él es casi difícil de obtener fuera de su ambiente.

Imperiale, "amarrado a una barcaza".

El mismo destino que Quinquela Martín, el mismo rancio de abolengo bo-



• Osvaldo Imperiale, típico hijo de la Boca y uno de los artistas que mejor se ha identificado con sus expresiones y su realidad artística.

quense, aunque aprendió a balbucear en genovés, el idioma de sus padres, Osvaldo Imperiale vive como el mismo dice, "amarrado a una barcaza". Porque, pese a ser un pintor de verdad, todavía no puede vivir de sus pinceles y porque el alma marinera le quema allá adentro dándole impulsos de partir cuando está en tierra firme más de dos semanas seguidas. Así transcurre la existencia de este joven artista que, sin haber alcanzado las alturas del sublime autor de "Tormenta y sol", "Laminación de acero", "Veleros al sol", etc., pinta exclusivamente escenas de la vida y el trabajo en esas sugestivas márgenes del Riachuelo. Sus telas tienen un vigor joven y una emoción que ya se traduce en la Boca —arguye— me diera por en el poema de los crepúsculos en los astilleros, ya en la descripción de los días de fiesta a pleno sol, cuando los hombres, por no cambiar de vestimenta ni de ubicación, compiten en las juergas de los bodegones y de río adentro.

Como a Quinquela, la Boca retiene a Osvaldo Imperiale y a ella le está dando no sólo lo mejor de su juventud — el pintor cuenta ahora treinta años — sino también su producción íntegra que, como decía, sólo habla del río, de sus personajes y de sus barcos...

Otros artistas se han ocupado y se ocupan del puerto; pero sería largo abocarlos a todos en el limitado espacio de una crónica. Sin embargo, citare al pasar a figuras tan meritorias como Adolfo Montero, autor de "Bodegón boquense", que pertenece a la colección del Museo "Pedro de Mendoza" y a Italo Botti que ha dado recias y magníficas estampas del Riachuelo con sus hombres encorvados bajo el yugo de los fardos y sus chatas y camiones trajinando cargas inextinguibles en una producción tan vasta como digna de encomio.



• Barcos de Pesca, se titula esta mancha de Osvaldo Imperiale. En ella, con magnífico colorido, aparece en flúida exhuberancia, la vida anónima de las barcas pesqueras.



Un almuerzo en la casa de Quinquela Martín. Como siempre, hay familiares y amigos alrededor de la mesa. La madre está al fondo, a la derecha del pintor.

LA PRIMERA ADMIRADORA

La Vuelta de Rocha tuvo aquel domingo un aspecto insólito. Una extraordinaria variedad de barcos, grandes y chicos, amarrados en el puerto, decorados con banderas multicolores. Los gritos agudos de sus sirenas llenaban el aire, y sus chimeneas enviaban hacia el cielo nublado torbellinos de humo.

Una muchedumbre compacta llenó el muelle. Era ese día una de las fiestas del barrio popular de la Boca. Los centros de atracción eran: el famoso barco-iglesia, donde se celebraba una misa con motivo de la fiesta, y el gran edificio, único moderno en ese rincón del viejo barrio, el museo-escuela "Pedro de Mendoza". Desde hace ya unos años el museo de pintura y el estudio del pintor Be-

nito Quinquela Martín, que se encuentran en ese edificio, forman parte atractiva de la Boca.

Recuerdos

El vasto estudio del pintor era aquel día muy visitado. Mientras los visitantes, entre ellos destacadas personalidades, admiraban la vista magnífica de la bahía a través de las ventanas del estudio, en una piecita vecina, una anciana, sentada junto a la ventana, miraba el puerto. La vista del puerto la seducía aparentemente más que cuanto pasaba a su alrededor.

Atraído por la actitud de la anciana, entré en la pieza. Me acerqué, observándola. Vestía de negro, con un chal sobre los hom-

"A VECES TUVE QUE DEVOLVER EL DINERO QUE BENITO COBRO POR SUS RETRATOS...", DICE LA MADRE DEL FAMOSO PINTOR

Texto y fotos de VICTOR N. NEP

ese rincón de la Boca?

—No es eso... Son los recuerdos... Muy lejanos... Siempre que vengo, mis ojos ven y viven aquel día de hace 75 años, cuando bajé de un barco en este mismo lugar... Allí, donde está el barco-iglesia...

Una niña huérfana

Y la anciana contó cómo, siendo una niña de siete años, llegó de Gualeguaychú, su ciudad natal, traída por don José Fazio, dueño de una fonda que se encontraba instalada en el mismo terreno donde su hijo, Quinquela Martín, edificó su famosa escuela-museo.

Justina era huérfana; sus padres murieron dejando a sus hijos seis casas; pero algunos familiares, aprovechándose de la poca edad de los huérfanos, se apoderaron de la herencia, mandando a los chicos a trabajar. Justina fue colocada en la fonda de la Boca.

Trabajó allí durante casi veinte años. Allí venían a comer los trabajadores del puerto, entre ellos un joven italiano, un "gringo", Manuel Chinchella. Justina y Manuel se enamoraron y se casaron. Formaban una pareja seria. Lograron reunir unos pesos y abrieron un negocio de carbonería, en la misma calle, a dos cuadras de la fonda.

El negocio prosperaba. A la venta de carbón se añadió la de otros artículos. Los clientes aumentaron. Manuel se ocupaba de la venta, Justina recibía el dinero.

—Me gustaba manejar la plata —observa con malicia la anciana—, pero no guardarla. Me gustaba siempre gastar, comprar algo. ¿No es para eso para lo que existe la plata?

Los clientes, trabajadores del barrio, eran todos amigos, y sa-



Una foto de la madre de Quinquela Martín, sacada en el estudio del pintor, delante de uno de sus cuadros.



La madre de Quinquela, con el presidente general Ramírez, durante la visita de éste al estudio del pintor.

DE QUINQUELA MARTIN

bían que la Negra (así llamaban a la dueña del negocio) nunca les rehusaría la mercadería, aun sin dinero, a crédito. En efecto, Justina Chinchella nunca rehusaba un crédito a sus clientes.

—¿Y le pagaron las deudas?

—Unos pagaron, otros no podían. Seguimos vendiéndoles lo mismo.

El negocio no tenía una contabilidad bien arreglada. Y un día los dueños notaron la falta de dinero para comprar mercadería... Y cerraron el negocio, después de treinta años de su existencia. Por aquel entonces, el hijo Benito era ya un pintor conocido, y fué él quien insistió en la clausura del negocio. Unos años después, Benito Quinquela Martín adquirió la casa, y hasta ahora vive allí con su madre. El padre murió hace un año.

La casa

Hace unos días me invitó Quinquela Martín a almorzar en su casa. Fué ésa para mí una ocasión de observar y admirar a una buena mujer argentina, oriunda del pueblo, analfabeta y sencilla, que por la voluntad del destino es madre de un pintor de fama mundial.

El departamento ocupa todo el piso superior de la vieja casa de estilo colonial. Toda la instalación interior se conservó tal como era muchos años atrás. En todas las paredes, cuadros, reproducciones, esculturas, muchas de ellas cabezas de Quinquela Martín de varios tamaños, ejecutadas por distintos escultores. En el dormitorio del pintor, en un rincón, una Virgen antigua de madera, procedente de la capilla del emperador de Austria.

—No son muy modernos sus

muebles —observé a la anciana.

—Son como eran cuando el río llegaba hasta la casa —me contestó ella.

Esa definición del tiempo es bien característica de la anciana.

La pieza más grande del departamento es el comedor. Alrededor de la gran mesa, unas diez personas; familiares, amigos, entre ellos una sobrina de la anciana.

—Siempre tenemos gente —me explicó el pintor—. Ya es tradición en nuestra casa. La introdujo mi madre. Cuando tenía negocio, siempre venían a comer unos amigos de mi padre, trabajadores del puerto, y alguna vez unos clientes del negocio, los más pobres, aquellos mismos que no pagaban las compras.

El hijo

Ya me había contado, en otra oportunidad, su intensa vida de pintor. Conocía yo su biografía: a los siete años le adoptó el matrimonio Chinchella. Me interesaba la versión de la anciana madre. Y durante el almuerzo le pregunté cómo encontró ella a su Benito.

—Vivía contenta con mi Manuel, pero no éramos felices. Nos faltaba un hijo. De todos los chiquillos que andaban por el puerto, era uno de rostro inteligente.

El dormitorio del pintor. Al fondo, un retrato de la anciana. A la derecha la Virgen antigua de la capilla del emperador de Austria que el pintor adquirió durante su viaje a Europa.

te, un huérfano de la asistencia el que nos interesaba, nos seducía...

—¿Quieres venir a trabajar en mi negocio?, le preguntó un día mi esposo. Y el chico se vino con nosotros. Se llamaba Benito Martín. Y lo inscribimos en el registro como hijo nuestro.

—¿Cambió de nombre usted? —pregunté al pintor.

—No lo cambié; le di una ortografía castellana: Chinchella se pronuncia en italiano "Quinquela".

—¿Ayudaba bien en su negocio su hijo?

—Sí, era muy serio, de chico.

—¿Cómo "de chico"? ¿Y ahora? La anciana sonrió mirando con honda admiración a su hijo, sentado a su lado.

—Cuando usted empezó a pin-

tar, ¿cuál de sus parientes le estimuló más?

Quinquela Martín, antes de contestar, miró un rato a su madre.

—Los dos —dijo luego—. Pero mi madre me comprendía más. Empecé por hacer retratos de unos vecinos. Me pagaban hasta cinco pesos por retrato...

—Te pagaban cuando lograbas el parecido —agregó la madre, riendo—. A veces tuve yo que devolver la plata que cobró Benito por sus retratos, porque los clientes no encontraban el parecido...

—Es verdad —confirmó el pintor—. En esos casos, mi padre se enojaba y me gritaba: "¡Vaya a trabajar en vez de hacer malos retratos!". Mi madre siempre me defendía.

—¿Volvió a visitar a sus familiares en Gualaquichú? —pregunté a la anciana.

—Nunca quise ir a verlos.

—¿Cómo, entonces, encontró usted a su sobrina?

—Hace unos siete años vino a casa a pedir mi autógrafo una maestra —contestó Quinquela Martín—. Era de Gualaquichú. Al volver a su ciudad fué a ver a la hermana de mi madre. Y ella vino a visitarnos con su familia.

Así las dos hermanas se encontraron después de sesenta y cinco años de separación...

—Siendo mi madre una mujer honesta y buena —continúa el pintor—, nunca puede conciliar en su mente el procedimiento de sus familiares.

—Pero en vez de las casas, usted encontró, señora, un hijo tan famoso. ¿No lo prefiere a toda herencia de sus padres? —observé a la anciana.

Por toda contestación, dirigió una mirada a su hijo. Y sus ojos se llenaron de lágrimas, que resbalaron por el rostro quieto, sonriente...

Eran lágrimas de felicidad...



Agosto 1944 N-81

PLASTICA

Benito Quinquela Martín.

NINGUN PINTOR ARGENTINO de mayor arraigo popular ni, al propio tiempo, tan discutido como Quinquela Martín. En verdad, existen motivos para atender con estricta justicia cualquier posición crítica sana con respecto a su obra. Por lo tanto, iniciamos este comentario, no con la intención de dar razón a algunas de ambas posiciones, sino, sencillamente, con el propósito de medir y definir, con estricta justicia, la personalidad del intérprete de la Boca.

Creemos indudable que en toda obra de arte deben integrarse con igual dignidad y eficacia sus dos aspectos fundamentales: fondo y forma, espíritu y cuerpo. Comenzando, pues, con el espíritu de la labor cumplida hasta hoy por Quinquela Martín, nos atrevemos a sostener que ningún artista argentino ha logrado penetrar y transportar al lienzo con más amor y plenitud el dinámico clima de trabajo en que vive el populoso barrio boquense. Sus brochazos llevan en sí el ritmo febril de los estibadores, y sus empastes parecen extraídos, amasados, impregnados de todos los elementos que le sirven de inspiración. Quinquela Martín ve y siente, su núcleo espiritual se alimenta de esfuerzos, su retina se llena de cuerpos encorvados y sudorosos bajo bolsas, vigas y sol. Siente en carne propia la tragedia del trabajo agotador de todos los días, sin perspectivas de alivio o mejora, en un ambiente de miseria y peligro constante. Aquí es donde se afirma con nitidez y profundidad excepcionales, el sentido social de la obra de este artista.

Colocando a su lado (lejos el ánimo de establecer comparaciones) los motivos humildes y resignados de Gómez Cornet, o el grito de rebelión que trasciende de los grabados de Facio Hebecker, ¿qué otro artista ha encaminado más modesta y desinteresadamente y con tan profundo sentido sus pasos? ... Estos nombres se elevan en la consideración popular por lo que de sí entregan.

¿La forma? De lo dicho se desprende que ella está determinada por el contenido. Profundizando, se destaca en ella el dominio de las grandes direcciones. La composición nos parece más intuitiva que estudiada. Los cuadros de Quinquela Martín se mantienen por la violencia de los contrastes, que acentúan su luminosidad junto al colorido, de carácter primario en la mayor parte de las telas. El dibujo presenta fallas en el detalle; las grandes masas, en cambio, son manejadas con singular acierto.

Quinquela Martín, con loable propósito de inquietud espiritual, se lanzó a la busca de nuevos conocimientos que hasta ahora no se han fundido con el ímpetu interior de su creación. En cambio, la adopción de ciertas normas y directivas ha determinado cierto aminoramiento de la frescura y espontaneidad, propias e inconfundibles. Es en las agua-

fuertes donde más se advierten los defectos antes anotados, aunque ellos están más saturados que los óleos, de su piadosa humanidad. Esperamos de Quinquela Martín un afianzamiento en los métodos adoptados, pues dadas sus características de hombre laborioso e inquieto, puede lograr sus propósitos y dar a su espíritu nuevos medios de exteriorización.

Entre los óleos expuestos, gana de inmediato y sin reservas nuestra atención el titulado "Transporte de restos", donde, a nuestro entender, puede sintetizarse toda la obra del artista: en ella campea gran dramatismo, acorde con el afinado matizamiento del color y acentuado en la violencia de los contrastes de valores. "Después del temporal" comunica al espectador con medios simples la verdad de su título. "Día de actividad en la Boca" nos lo muestra en la plena posesión de sus medios habituales. Mencionaremos además, integrando el conjunto más estimable, "Sol con tormenta", "Momento rosado", "Reencarnación", "Escarcha en el puerto". Aunque la elección no es fácil, destacamos entre las aguafuertes "Hélice en reparación", que señala una superación arquitectónica; "Tentación", intencional; "La grampa" y el dibujo a carbón "Estibador herido", ambos de fuerte dramatismo.

Enzo NARDI

1951

- Octubre, Noviembre y diciembre -

18

Año 1950.

MUNICIPALIDAD DE RESISTENCIA

Quinquela Martín en "Samay-Huasi"

Por Severo F. Villanueva

Comprendiendo toda la importancia que reviste para la historia del arte nacional la simpática labor en que se halla empeñado nuestro muy querido cofrade de la Orden del Toruño, Dr. Enrique Loudet, al recoger y anotar con emoción fraterna y empeño inimitable, cuanto tenga relación con la obra y la vida de Benito Quinquela Martín —consigno aquí, sucintamente, por si ellas pudieran resultar de utilidad, algunas referencias sobre las dos visitas que éste me hiciera en la finca "Samay-Huasi"— la famosa Casa de Reposo del Dr. Joaquín V. González, situada en Chilecito, La Rioja, durante los años que estuve como Administrador oficial de la misma.

La primera vez que Quinquela Martín aceptó ir a pasar sus vacaciones de verano a "Samay-Huasi", fué el año 1936. Yo le había invitado repetidas veces, pero, ya sea por la distancia, o por el trabajo abrumador que le exigían sus decoraciones murales en la Escuela-Museo "Pedro de Mendoza", lo cierto es que nunca pude conseguir se resolviera a visitarme. Sin embargo, al empezar el mes de febrero de ese año, Quinquela cumplió su vieja promesa, llegando a Chilecito acompañado por el escultor Luis Perloti, quien iba de paso, dirigiéndose por asuntos personales a la capital de la Provincia.

Quinquela se quedó conmigo en "Samay-Huasi" hasta los primeros días de Marzo. Con mi esposa y mi madre, tratábamos de rodearlo de todo el cariño posible, viviendo una vida simple, sin trascendencia, pero eso sí, llena de la más acendrada cordialidad, como a la que estaba acostumbrado en su propia casa, al lado de Doña Justina y Don Manuel, sus padres.

Durante las horas del día, cuando no salíamos juntos a excursiones por las aldeas aledañas, o nos íbamos de paseo, a lomo de burro, hasta la ciudad de Chilecito, Quinquela distraía su tiempo vagando solitario por las avenidas de frutales, se daba a escalar como podía las ásperas lomas circundantes, o se extrañaba en uno de los bosquecillos de castaños y olivares, para consagrarse con toda tranquilidad a la lectura de algún libro de Joaquín V. González, de quien siempre se mostrara un entusiasta admirador. A este respecto, recuerdo que en más de una ocasión, Quinquela había mostrado su vivo interés por conocer el copioso anecdotario del ilustre escritor y hombre público riojano, particularmente en la parte que se refería a su vida íntima en función de amistad y de belleza.

Es de advertir que González, desde que



"La Boca en el año 1850", hermosa tela de Benito Quinquela Martín.

entrara en posesión de la finca "La Carrera" que él más tarde bautizó con el nombre de "Samay-Huasi", siempre había tenido como huéspedes dilectos en su retiro, a escritores y artistas, entre los cuales figuraban Antonio Alice, Zonza Briano, Marasso, Pedroni y muchos otros cuyos nombres sería largo mencionar.

De ahí que, en cierta ocasión, hablando con Quinquela de la obra enorme de González, y barajando ideas sobre el destino mejor que el Gobierno Nacional podía darle a la finca "Samay-Huasi", hasta por el clima admirable de aquella zona, me sugiriera la conveniencia de gestionar la creación de una "Casa de Reposo para Escritores y Artistas", idea genial, por cierto, que yo en seguida exploté con verdadero entusiasmo en sendos artículos publicados en diarios y revistas de la capital, y que, con el correr del tiempo, mejor dicho, el año 1940, había de convertirse en hermosa realidad, por virtud de la ley Palacios, aunque ella no haya llegado todavía a realizarse.

De cualquier modo, cabe dejar aquí establecido, que el verdadero iniciador del proyecto de crear la "Casa del Reposo para Escritores y Artistas" en la finca "Samay-Huasi", fué realmente Benito Quinquela Martín, y no yo, como muchos han supuesto hasta ahora. Con su gran corazón de artista, apenas llegado a "Samay-Huasi", Quinquela vió clara-

mente lo que podría ser para los hombres de arte y de letras, aquella casona solariega escondida entre las serranías de Chilecito, casi al pie mismo del Famatina, y, discurriendo en la forma de rendir el más alto homenaje a la memoria esclarecida del eminente pensador y maestro de nuestra juventud, que fué el Dr. Joaquín V. González, pensó en la casa de referencia.

Demás está decir, que en esta su primera visita a "Samay-Huasi", Quinquela Martín fué un verdadero torturado de la belleza sublime del paisaje y el volumen aplastante de la montaña. Para pintar esto —solía decirme— se precisa ser dueño de atributos muy grandes, como hombre y como artista.

Y, ya en Buenos Aires, después de varios meses, recordando su estadía en Chilecito, me repetía obsesionado: No vas a creerme... pero, cierro los ojos, y todavía me parece estar frente al Famatina. ¡Qué espectáculo más bárbaro y soberbio!

La segunda visita de Quinquela a "Samay-Huasi" fué en 1938, en oportunidad del viaje efectuado a la ciudad de La Rioja, en compañía del maestro Juan de Dios Filiberto y los doctores Artemio Moreno y Padró, con motivo del cincuentenario de la Biblioteca "Mariano Moreno" de aquella capital.

Pasadas las fiestas conmemorativas de la mencionada institución y después de



Quinquela Martín en "Samay-Huasi", la famosa Casa del Reposo de Joaquín V. González, con el señor Villanueva.

NUESTRA PORTADA

Como un homenaje al extraordinario pintor argentino Benito Quinquela Martín reproducimos en la carátula correspondiente a éste número una nota gráfica muy elocuente sobre el afamado artista: lo vemos en "Samay-Huasi", Chilecito, provincia de La Rioja, abriendo surcos a la tierra, que es como decir, creando.

De su paso por la referida finca nos habla en la presente nota el señor Severo F. Villanueva, que fuera su administrador y, a la vez, director del Museo "Joaquín V. González".

MUNICIPALIDAD DE RESISTENCIA

los múltiples homenajes que, por parte del Gobierno, la sociedad y toda la población, fueron objeto los viajeros, Quinquela decidió trasladarse conmigo a Chilecito.

Corría el mes de septiembre, y, como dijo Darío, "el vuelo de la vida, abría lirios y sueños en el jardín del mundo".

Recuerdo que al llegar Quinquela, "Samay Huasi" parecía vestido de fiesta. Las lomas vecinas de la finca, estaban llenas de cardones en flor, y los huertos tupidos de almendros, durazneros, ciruelos, y otros frutales de floración temprana, eran realmente una maravilla, por no decir, un milagro de matices. Hubiérase dicho que Fader, Rusiñol y el propio Quinquela, habían volcado sobre "Samay Huasi" todos los colores de su paleta.

Quinquela, eufórico como un dios del paganismo, era una especie de niño grande, de ojos alucinados, dichoso de la gloria de vivir.

Como en su primera visita del año 1936, a veces solíamos salir a rodar por los caminos, campo a lo lejos, en dirección al Velazco, o nos largábamos de excursión más que curiosa, irreverente, a las "Tamberías del Inca", situadas tras del cementerio, en busca de cacharros y antiguallas indígenas; otras veces, efectuábamos algún viaje de dos o tres días a las poblaciones y aldeas de la falda oriental del Famatina, como ser Campanas, Pituil, Santa Cruz, Chañarmullo, Sañogasta, la Cuesta del Miranda, Guanchin, etc.; o bien, para saciar la curiosidad del artista movido constantemente por la más honda inquietud, asistíamos a las fiestas tradicionales de la región, tales como las de San Nicolás, en Malligasta, o las de la Virgen de las Mercedes, en Anguinán.

Pero, lo más interesante de este huelgo apacible en la vida dinámica de Quinquela, era su gozo jocundo, casi divino, de emoción auténticamente creadora, cuando al clarear el día, nos poníamos a arar la tierra recién regada entre los huertos de frutales copiosamente florecidos, y nos dábamos a la dulce tarea de desparramar a manos llenas las semillas. ¡Qué alegría sana, la de Quinquela Martín, en esas horas de trabajo primitivo, a plena luz, a pleno aire, a pleno sol primaveral!

Luego de haber arado, y mientras yo me entregaba a mis tareas habituales, Quinquela solía tenderse a descansar sobre el césped debajo de los castañares, o se retiraba a un rincón cualquiera de la finca, a seguir desentrañando la mística fervorosa del autor de "Mis Montañas" y "La Tradición Nacional".

Pienso que, acaso sea Quinquela Martín —el pintor máximo del puerto de Buenos Aires y de la vida en acción de la Vuelta de Rocha—, quién más profundamente haya buceado en el pensamiento y la emoción poética del Místico de Samay Huasi, como alguien le llamara.

En esta segunda visita a la "Casa de Reposo", que fué para mi soledad una suerte y un privilegio inmerecido, si la memoria no me engaña, Quinquela Mar-

tín se detuvo algo más de dos semanas.

No he de terminar estas referencias, sin señalar que Quinquela se había hecho popular y querido entre las gentes humildes de Chilecito y sus proximidades, que ya nadie le conocía por otro nombre que el de Don Benito a secas —pero pronunciado en el tono más afectuoso del mundo.

(Del archivo particular de Benito Quinquela Martín —sobre cuánto pueda tener alguna relación con su vida y su obra de artista— organizado recientemente con cariño y paciencia dignos de encomio en 35 nutridos volúmenes de gran formato, por el ilustre publicista y diplomático argentino, doctor Enrique Loudet, amigo dilecto del genial maestro pintor, y uno de los co-fundadores de la famosa REPUBLICA DE LA BOCA y la ORDEN DEL TORNILLO)

LOS BOHEMIOS INTELECTUALES DE LA BOCA SE FUERON A MAR DEL PLATA

Y como lo hacían en la Vuelta de Rocha durante las roches de luna, saludaron al mar con una emocionante serenata, que el público coreó entusiasmado

En el rápido de la tarde me encuentro con los bohemios de la Boca en viaje hacia Mar del Plata: Benito Quinquela Martín, Agustín Rigamonti, Juan de Dios Filiberto, Celestino Piaggio, José Arato, en compañía del doctor Enrique Loudet. Quinquela Martín me dice que quiere descansar. Ha trabajado firme y desea re-

isla Maciel de Mar del Plata... Es la primera vez, ¿sabes? En la colonia de vacaciones me trajeron a mis hijitos Nahuel, Facundo y Querandá. Casi lloré cuando arrancó el tren. Nunca me separé de ellos y con nostalgia la invité a mi vieja. Ella no puede salir porque anda empujando enferma, y yo me vine con los mu-

chos en la calle Florida, ni de smoking!

Sé que el doctor Alvear le pidió a Prácanico, el otro día en el muelle, que tocara mis «Quejas de bandoneón» y «Langostas»... ¡Qué reclama! Yo no la he pedido. La pido el corazón. Mi Boca del Riachuelo,

Las olas se desprecian, acostándose en festón de espumas.

—Aquí el agua es más honda que allá... prorrumpió Filiberto con el chambrero en la nuca. Ha llevado un armónium. Los bohemios se estrechan alrededor de Filiberto, descubiertos; las melenas, alizadas por la brisa blanda y salina. La noche es oscura y las luces de La Rambla se extienden en cinco estrellados.

Las notas se expanden, dulces, melódicas y los jóvenes cruzados del arte libre cantan una romanza, la misma del organito de Miguel, que entreabría las ventanas de las casuchas de la ignota Boca en hileras sorprendidas.

El público, en racimos, en las casuchas, silencio su asombro. Luego aplaude.

Llenado el rito, los románticos cargan el armónium.

—¡No... no!... ¡Filiberto!... Que toque Filiberto...

Las damas rodean al músico. Un momento más y un coro extraordinario, que impresiona, acompaña los compases de «El Pafuelito Blanco». Un anciano siente que las lágrimas le humedecen las mejillas.

—La canción de mi sobre mesa muerta!...

Las gentes insisten. En la negrura del horizonte se dibuja un lampo. En el decorado radioso del Moreno, en ruta hacia el Sur.

Filiberto, instalado, arranca el armónium las melodías de sus tanguitos, que resbalan en la inmensidad.

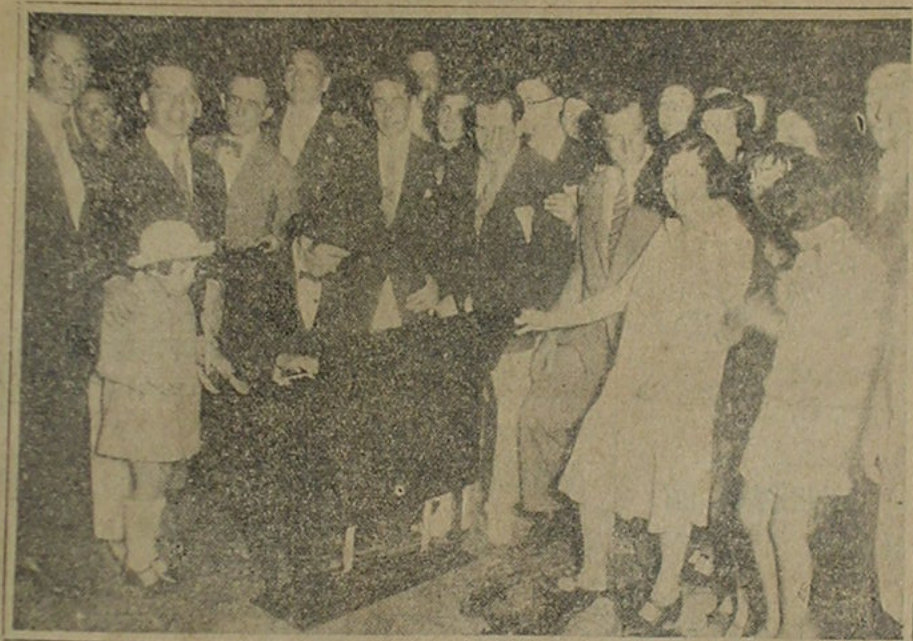
Es más de media noche. Quinquela Martín recuerda una escena 1880, en las orillas del Sena. Rigamonti añade que esa ceremonia era un rito que debían al mar, de grand pères del Riachuelo...

El doctor Loudet, electorero amable de los bohemios, advierte que se la linda el amanecer.

—La serenata ha terminado.

—¡Eh!, agrega Filiberto. Aquí no tiene gracia la trasnochada! En la Boca caminábamos leguas y soñamos venimos a pie desde el Parque de los Patrios. Una madrugada, para que un mayoral nos llevara sin pagar boleto, tuvimos que tocar en el tranvía media hora y una ancianita que nos escuchó se puso a llorar... Los de la Boca somos buenos y humildes... Qué lindo es el mar... ¡No se alejara a la otra isla Maciel con unas cuantas bracedas! ¡Mafiana, me da una fiesta de beso con Nahuel y Querandá... Hasta atragantarme!

Quinquela Martín. Arato, Rigamonti, a los que se une Passianoff, el músico ruso, llevan a cuestas el ar-



Los bohemios de la Boca en las rocas de la playa La Perla, dando la serenata al mar, en la madrugada de anteayer, rodeados del público. El compositor Filiberto ejecuta su tango «Cuando llora la milonga». (Fotografía al magnesio tomada por los operadores de la casa Bixio y Cia. para LA RAZON)

poner sus energías para volver al taller, su única ilusión.

—He concluido mi cuadro «El cementerio de los barcos» y tengo los de los altos hornos casi listos. Creo haber traducido y reflejado artísticamente el espectáculo de fuego y de hierro, donde el hombre se transforma en un ser fantástico. Todavía no he puesto títulos a esas telas, pero es lo da menos...

Rigamonti, con su gran melena, la mirada perdida en la inmensidad de la pampa, me describe su Flotencia Sánchez, con palabra tan vigorosa, que el gran espíritu se materializa en mármol en corporización sorprendente.

—Lo concibo, con su acento pasado, con fuerza rotunda en el rostro, adusto en las líneas y en los ojos una bondad infantil.

Indagando algunos detalles de la

Club Ciudadela Barmiento, de Gotti

intermitente.

que que prometen ofrecer gratis a

esta fiesta se efectúan con un

en el Tigre, el de la Plaza y en la

de numerosos aficionados. En el

distintos clubs, en la participación

realizarán muchas pruebas distintas

Interesantes pruebas distintas

de

de

de

de

de

chachos... La primera vez que la Boca se le atreve a Mar del Plata...

A los amigos de la calle Magallanes les previene que no se aflijeran. No será burgués por esto.

—Y por qué les puso nombres tan raros a sus dos chicos?

—Para un compositor de tangos como yo, bautizar a sus pibes con Pedro y Juan era una vulgaridad. Y caviló: Nahuel es tigre; Facundo, el gaucho Quiroga, y lo inscribí de ese modo en el Civil. Querandá, a la nena, por los querandiles... Indio,

En la Rambla, los bohemios de la Boca sorprendidos por el fotógrafo. Son ellos: el pintor Benito Quinquela Martín, escultor Agustín Rigamonti; Juan de Dios Filiberto, compositor de tangos; José Arato, de la nueva generación de artistas; Celestino Piaggio, compositor y director acompañan los doctores Manuel María Oliver, Enrique Loudet y el señor Ricardo Diosdado

—¿Qué tangos nuevos ha preparado?

—Dos, que se los haré escuchar al doctor Alvear y a su esposa, la señora Pasini: «Cuando llora la milonga» y «Mulevajes». En ellos está el arrabal, la Boca del Riachuelo. El presidente me dijo en La Peña que mis tangos eran genios.

—¿Cómo no, doctor... Si yo no los

La Vuelta de Rocha la hice «moquinando» de lágrimas.

Apenas los bohemios del barrio complejo y típico de Buenos Aires desembarcaron, ubicaron en La Perla, saturados del suburbio porteño, misterioso, trágico y heroico, donde el aire alquitranado se prende en los mástiles y en los cordajes de las barcas, que traen el sol de todas las latitudes y las canciones de las razas cosmopolitas.

Y resolvieron «saludar al mar inmenso, al Atlántico rumoroso, como

excéntrica, con el organito a cuestas y el violín y el peine y la guitarra que maneja y pulsa Filiberto como un gaucho de Santos Vega.

La Vuelta de Rocha se acerca al océano.

A las doce de la noche la multitud, informada de esa misa del gallo original y vagabunda, se agolpa en las piedras que guarnecen a La Perla.

ca le ha colocado en el ojo, al descuido.

—Es para el tango...

Un pincelazo claro el infinito, sobre el montón de nubes empesas que marchan a la deriva.

Manuel María Oliver

A las 9.30 — Entrada gratuita

mañana los siguientes partidos:

de clubs sin field, se jugarán

de

de

de

de

VIDA ARTISTICA BENITO QUINQUELA MARTIN

En España, cuando expuso el pintor del riachuelo, por excelencia, se le reconocieron sus méritos y no lo castigó la crítica a la distancia.

Quinquela es un pintor dueño de una técnica muy grande; todo lo suicientemente grande para un artista de naturaleza pictórica y, por añadidura, muy moderno", dice Rafael Domenech.

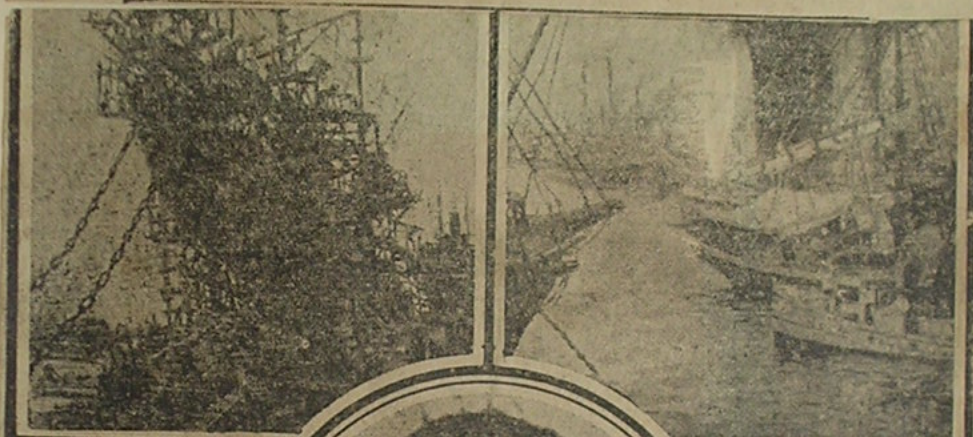
El arte del señor Quinquela Martín, el emocional, el dramático,

cer la exposición de su arte lo hacemos transcribiendo lo que dicen de él, queremos incluir un artículo que se escribió en España a raíz de la adquisición de una de sus obras por el Museo de Arte Moderno de Madrid, y que, como es natural, no está en el catálogo. Nuestra opinión está con él.

"El Estado español ha adquirido una obra de Quinquela Martín. Bien

arte que signifiquen algún valor cronológico o didáctico, o las excepcionalmente hermosas y trascendentales. Las demás, por estimativas que sean, estorban en el Museo, distraen, congestionan, se pierden y devaloran la armonía estética del conjunto.

"El arte del señor Quinquela Martín es un feliz intento de arte europeo. Sin farfalleos oficiales, ni coro de farsantes, aun hubieran parecido mejor esos brillantes co-



2

3

1. "LA GRUA Y SU PRESA". — 2. "ATARDECER EN UN ASTILLERO DE LA BOCA".



3. "DÍA DE SOL EN EL RIACHUELO". — 4. B. QUINQUELA MARTIN

igual, si no supera, al producto de sus admirables facultades pictóricas", dice José Francés.

Leis Aramburuz dice mucho y no dice nada. "Prescindo — dice Alcántara — de su magnitud o importancia en el conjunto de la obra artística contemporánea; quiero hacer resaltar el poder revelador de sus inclinaciones sentimentales, poder que se opone a las deficiencias de su tecnicismo."

"En el señor Quinquela Martín admiráramos un salvajismo no fingido; como rarísimo en las artes", dijo en "La Prensa" Pérez de Ayala.

Todo esto dice el catálogo de las obras de Quinquela. Todo esto y más, es verdad. Pero ya que al ha-

bocho. El dinero que el Estado proporciona a todo el que trabaja en ciencia o arte, venga de donde viniere, es el único que no malgasta.

Pero conviene advertir que las obras adquiridas por el Estado van a los Museos. En este caso particular al de Arte Moderno, convendría preservarlo en lo posible y en lo sucesivo de sistemáticos entusiasmos. Queremos decir con esto que los cuadros del pintor argentino sean medidores? Nada de eso. Son obras muy estimables, de excelente pintor. Pero no reúnen las condiciones que deben reunir las obras de Museo.

A los Museos sólo deben ir aquellas obras representativas de escuela, orientación del autor o estado de

del puerto de Buenos Aires, casi tan gratos como los de Martínez Cubells. Con farfalleos y coro pierden mucho."

Lamentable es tener que dar la nota discordante en el unánime aplauso no escatinado al valor pictórico de los cuadros del señor Quinquela Martín; pero la imperiosa necesidad de creernos sinceros nos lo obliga.

Quinquela Martín es un excelente pintor, pero la perspectiva de sus cuadros, bastante arbitraria, y su fantasía constructiva, le quitan valor a su dominio del colorido y a otras muy marcadas cualidades.

Antonio OBREGON.

Una noche—hace de esto algunos años—llegó Collivadino a la Academia de Bellas Artes, y dijo que había descubierto un pintor.

El tono de sus palabras, el gesto expresivo y el ademán complementario despertaron vivo interés en los oyentes. Collivadino no fue nunca el hombre de los entusiasmos fáciles. Es prudente y discreto. Un elogio, suyo, para quienes lo conocen, importa siempre un acto de justicia.

Es, también, uno de los dos o tres artistas mejor disciplinados del país. A este respecto no hay divergencias de opiniones entre los comprensivos y aptos a valorar su firme disciplina.

—Fue esta tarde en la Boca—añadió, —requerido por los presentes. Me había propuesto hacer una impresión portuaria, y allí me encontré con "mi" pintor. Es un muchacho joven, un "brero". Se hallaba ocupado en manchar un lienzo de considerables dimensiones. Procedía con impetuoso vehemencia, sin vacilar, como quien no teme equivocarse. Aquello era un espectáculo. Le interrogué. No lo conocía nadie. Aprendió sin ayuda de maestros.

Y como alguien insistiera en conocer mayores detalles, Collivadino concluyó:

—Hay que verlo: es un temperamento.

El artista aludido, luego indicado, era Benito Quinquela Martín.

Este episodio dice mucho en favor de ambos pintores; pues si en uno revela cualidades positivas, en el otro define una penetración sagaz, doblemente significativa, en quien está llamado a ejercerla por la altura de su propio ministerio. Existe, además, una circunstancia digna de anotarse: Quinquela, artista libérrimo, fue conocido por la Academia.

—En la buena amistad que me profesó Collivadino, hallé un gran estímulo, declara el joven pintor. Y así es en efecto.

A mí vez quisiera conocerle y lo busqué.

Visto en su propio ambiente, la sorpresa es mayor y también más justificada.

Tanto como su obra, por las condiciones en que se produce, más aún, atrae su propia vida. Habla, a un tiempo, de vocación y de heroísmo, y evoca también una oscura tragedia abismada en el misterio... La refiere Quinquela con una sencillez conmovedora. Nos hallamos en su taller, amplio y clarísimo. Cuelgan de los muros lienzo de todas dimensiones. En el suelo, junto al zócalo, apoyados a las paredes, se amontonan otros cuadros, unos sobre los otros, pues el espacio sería limitado para contenerlos a todos dispuestos en orden sucesivo. Reproducen episodios distintos de una misma acción: la vida portuaria en su multiplicidad febril, tumultuosa, abigarrada.

Un ventanal, abierto sobre el Riachuelo, se dilata un cuadro más en el conjunto, como si éste se prolongara fuera del taller.

Quinquela Martín, fija los ojos en él y mira la vibración anhelada que se quiebra en las mil formas cambiantes del puerto, y luego vuelve la mirada hacia sus lienzos, como quien anhela ratificar correlaciones y equivalencias.

Es alto, nervioso, enfático. Sus manos inquietas describen en el vacío formas que no acierta a definir con la palabra.

Para no ser tímido; el ademán es resuelto.

—Su tono es afirmativo.

—¿Mi vida?—responde interrogando a su vez.

—Respecto a su origen ha circulado y circula una versión...

—Es exacta, voy lo que se ha dado en llamar un hijo del amor. Mis padres adoptivos me recogieron en la casa de huérfanos. Necesitaban un chico para cuidar su pequeño comercio de carbonería. Contaba yo siete años. A los nueve comencé mi tarea de repartidor. Según iba yo creciendo, aumentaba el tamaño de la bolsa. Esto duró hasta los veintidós años.

Se interrumpe, mira hacia el ventanal inundado de luz, y tras una pausa añade:

—He aprendido a pintar sin darme cuenta. En cambio, el aprender a leer y escribir me costó esfuerzos torturadores. Sólo pude llegar al segundo grado.

—¿Cómo se hizo usted pintor?

—Nunca pude contestar a esa pregunta. No sé. A veces trato de presionar el lápiz, con el propósito de rehacer el proceso de mi breve carrera.

El pintor BENITO QUINQUELA MARTÍN por José Leon Pagano



Quinquela Martín en su estudio.



El artista disponiéndose a tomar apuntes en su paraje favorito, el Riachuelo.

ra, pero no lo consigo.

Evoca recuerdos, cita detalles, indica circunstancias, y de todo ello se desprende una sola cosa: que es un intuitivo dotado de intuiciones perfectamente definidas.

Existía en la Boca una academia nocturna de música, en la cual también funcionaba una clase de dibujo dos veces por semana. Allí se inició Quinquela Martín. Como en todos los establecimientos de educación artística de la época, el dibujo elemental reducía en aquella academia a copiar estampas, mal elegidas casi siempre. Poco después comenzó Quinquela a dibujar retratos para la gente sencilla del barrio, y logró de ese modo los primeros éxitos y las primeras ganancias de su arte. Pero ni estos halagaban su amor propio, ni colmaban sus aspiraciones. Algo muy diferente bullía en su espíritu. Era la violencia del color acumulado en disonancias multiformes; y eran asimismo episodios recios de un trazado áspero en los cuales funcionaban y se confunden y rivalizan la máquina, el hombre y la bestia. Quinquela vio eso como nadie entre nosotros, y se expresó con brusca energía. Sus temas están allí en el fragor resonante de la vida portuaria.

—Es mi ambiente—dice—Estoy identificado con todas sus modalidades. ¿Vé usted aquellos hombres que desengañan cariños? Yo también lo hice. Yo también desearé carbón de los barcos anclados en la Boca del Riachuelo.

Mis hombres—saben cómo los encierra aquella faena prolongada bajo el sol del verano. Eso era trabajar para poder trabajar más; me empujaba como desahogado una semana para poder pintar la semana subsiguiente.

En 1918 envía su primer cuadro al Salón Nacional. Luego renuncia por su cuenta una exposición de conjunto, y queda incorporado al medio artístico, donde unos le acantan y otros le miran de soslayo. Un año después, efectúa su segunda exposición individual, patrocinada por la señora Inés Dorrego de Urquiza.

Unzué. El mismo fuego interior, algo más disciplinado, caldea los lienzos en que describe siempre igual y siempre diversa, en un puerto animado por el estrépito de su propia actividad. Este elemento dinámico de su obra y la ejecución sumaria que no pocas veces predomina en ella, determinaron el éxito de Quinquela en Río de Janeiro hace dos años. Allí efectuó Quinquela una exposición individual en el Palacio de Bellas Artes, y alcanzó entonces distinciones muy significativas.

No aludimos a la presencia del presidente del Brasil al acto inaugural de la mencionada exposición, acto cortés de innegable aliciente en lo diplomático; ni tampoco al cuadro adquirido para el Museo Nacional de Río; no. Entendemos indicar un homenaje más elocuente, pues que no lo motiva ningún formalismo, ninguna práctica oficial; nos referimos al cuadro adquirido por el director de la Escuela de Bellas Artes para su galería particular.

—Si todas estas cosas me halagan—dice—es porque ellas satisfacen y a ratos enternecen a mis padres adoptivos. Cuando un nombre puesto al pie de tal o cual lienzo pudo significar algo, adopté el de quienes me recogieron y criaron con verdadero amor. En la casa de huérfanos, me llamaba Benito Martín.

Hoy firmo mis cuadros. Benito Quinquela Martín. Es mi tributo de gratitud. Al llegar aquí, su voz está como velada por la emoción.

Sigue un largo silencio.

En estos momentos viaja rumbo a Europa. Va a Madrid en carácter de cónsul. Como creyentes lleva una veintena de cuadros, esos que ha exhibido en su propio estudio.

Es un ejemplo.

Est. Cabada.

Un nuevo hospital.—¿Y tan nuevo?... (Como que no es para personas?... ¿Para animales?... ¿Tampoco?... ¿Es para los árboles?... Tal es la última creencia de nuestro tiempo, correspondiente al último descubrimiento... Porque parece que los árboles sufren algunas enfermedades muy parecidas a las del hombre, y otras ignotas, por lo menos de título, como la tuberculosis, por ejemplo. Para curarlos se ha pensado fundar hospitales, y uno de ellos se acaba de establecer en los alrededores de Washington. Hay que añadir algo sorprendente, y es que van a curarse en los árboles algunas substancias de la farmacopea humana, como el boro, el salol, la morfina y otros.

Una noche—hace de esto algunos años—llegó Collivadino a la Academia de Bellas Artes, y dijo que había descubierto un pintor.

El tono de sus palabras, el gesto expresivo y el ademán complementario despertaron vivo interés en los oyentes. Collivadino no fue nunca el hombre de los entusiasmos fáciles. Es prudente y discreto. Un elogio, suyo, para quienes la conciencia importa siempre un acto de justicia.

Es, también, uno de los dos o tres artistas mejor disciplinados del país. A este respecto no hay divergencias de opiniones entre los comprensivos y aptos a valorar su firme disciplina.

—Fue esta tarde en la Boca—añadió, —queriendo por los presentes. Me había propuesto hacer una impresión portuaria, y allí me encontré con "mi" pintor. Es un muchacho joven, un obrero. Se hallaba ocupado en manchar un lienzo de considerables dimensiones. Procedía con ímpetu vehemente, sin vacilar, como quien no teme equivocarse. Aquello era un espectáculo. Lo interrugué. No lo conocía nadie. Aprendió sin ayuda de maestros.

Y como alguien insistiera en conocer mayores detalles, Collivadino concluyó:

—Hay que verlo: es un temperamento. El artista aludido, huelga indicarlo, era Benito Quinquela Martín.

Este episodio dice mucho en favor de ambos pintores; pues si en uno revela cualidades positivas, en el otro define una penetración aguda, doblemente significativa, en quien está llamado a ejercitarla por la altura de su propio ministerio. Existe, además, una circunstancia digna de anotarse: Quinquela, artista libérrimo, fue conocido por la Academia.

—En la buena amistad que me profesó Collivadino, hallé un gran estímulo, declara el joven pintor. Y así es en efecto.

A mí vez quisiera conocerle y le busqué.

Visto en su propio ambiente, la sorpresa es mayor y también más justificada.

Tanto como su obra, por las condiciones en que se produce, más aún, atrae su propia vida. Habla, a un tiempo, de vocación y de heroísmo, y evoca también una oscura tragedia abismada en el misterio... La refiere Quinquela con una sencillez conmovedora. Nos hallamos en su taller, amplio y clarísimo. Cuelgan de los muros lienzos de todas dimensiones. En el suelo, junto al río, apoyados a las paredes, se amontonan otros cuadros, unos sobre los otros, pues el espacio sería limitado para contenerlos a todos dispuestos en orden sucesivo. Reproducen episodios distintos de una misma acción; la vida portuaria en su multiplicidad febril, tumultuosa, abigarrada.

En ventanal, abierto sobre el Riachuelo, se divisa un cuadro más en el conjunto, como si éste se prolongara fuera del taller.

Quinquela Martín, fija los ojos en él y mira la vibración aislada que se quiebra en las mil formas cambiantes del puerto, y luego vuelve la mirada hacia sus lienzos, como quien anhela ratificar correlaciones y equivalencias.

Es alto, nervioso, enjuto. Sus manos inquietas describen en el vacío formas que no acierta a definir con la palabra.

Pero no es tímido; el ademán es resuelto, su tono es afirmativo.

—Mi vida—responde interrogado a su vez.

—Respecto a su origen ha circulado y circula una versión...

—Es exacta, soy lo que se ha dado en llamar un hijo del amor. Mis padres adoptivos me recogieron en la casa de huérfanos. Necesitaban un chico para cuidar su pequeño comercio de carbonería. Contaba yo siete años. A los nueve comenzó mi tarea de repartidor. Según iba ya creciendo, aumentaba el tamaño de la bolsa. Esto duró hasta los veintidós años.

No interrumpo, mira hacia el ventanal inundado de luz, y tras una pausa añade:

—He aprendido a pintar sin dar una cuenta. En cambio, al aprender a leer y escribir me costó esfuerzos tortuosos. Sólo pudo llegar al segundo grado.

—¿Cómo se hizo pintor pintor?

—Nunca pude contestar a esa pregunta. No sé. A veces trato de profundizar, con el propósito de retener el proceso de mi breve entre-

El pintor BENITO QUINQUELA MARTÍN por José Leon Pagano



Quinquela Martín en su estudio.



El artista disponiéndose a tomar apuntes en su paraje favorito, el Riachuelo.

ra, pero no lo consigo. Evoca recuerdos, cita detalles, indica circunstancias, y de todo ello se desprende una sola cosa: que es un intuitivo dotado de intuiciones perfectamente definidas.

Existía en la Boca una academia nocturna de música, en la cual también funcionaba una clase de dibujo dos veces por semana. Allí se inició Quinquela Martín. Como en todos los establecimientos de educación artística de la época, el dibujo elemental reduciéndose en aquella academia a copiar estampas, mal elegidas casi siempre. Poco después comenzó Quinquela a dibujar retratos para la gente sencilla del barrio, y logró de ese modo los primeros éxitos y las primeras ganancias de su arte. Pero ni éstos halagaban su amor propio, ni columaban sus aspiraciones aquellas. Algo muy diferente bulla en su espíritu. Era la violencia del color acumulado en disonancias multiformes; y eran asimismo episodios recios de un trágico aspero en los cuales funcionaban y se confundían y rivalizaban la máquina, el hombre y la bestia. Quinquela vio eso como nadie entre nosotros, y lo expresó con brusca energía. Sus temas están allí en el fragor resonante de la vida portuaria.

—Es mi ambiente—dice—Estoy identificado con todas sus modalidades. ¿Vé usted aquellos hombres que descargan carbón? Yo también lo hice. Yo también descargué carbón de los barcos anclados en la Boca del Riachuelo.

Mis hombros saben cómo los encorva aquella faena prolongada bajo el sol del verano. Eso era trabajar para poder trabajar más: me empleaba como descargador una semana para poder pintar la semana subsiguiente.

En 1918 envía su primer cuadro al Salón Nacional. Luego realiza por su cuenta una exposición de conjunto, y queda incorporado al medio artístico, donde unos le acatan y otros le miran de soslayo. Un año después, efectúa su segunda exposición individual, patrocinada por la señora Inés Dorrego de Unzué. El mismo fuego interior, algo más disciplinado, caldea los lienzos en que describe siempre igual y siempre diversa, en un puerto animado por el estrépito de su propia actividad. Este elemento dinámico de su obra y la ejecución sumaria que no pocas veces predomina en ella, determinaron el éxito de Quinquela en Río de Janeiro hace dos años. Allí efectuó Quinquela una exposición individual en el Palacio de Bellas Artes, y alcanzó entonces distinciones muy significativas.

No aludimos a la presencia del presidente del Brasil al acto inaugural de la mencionada exposición, acto cortés de innegable alcance en lo diplomático; ni tampoco al cuadro adquirido para el Museo Nacional de Río; no. Entendemos indicar un homenaje más elocuente, pues que no lo motiva ningún formalismo, ninguna práctica oficial; nos referimos al cuadro adquirido por el director de la Escuela de Bellas Artes para su galería particular.

—Si todas estas cosas me halagan—dice—es porque ellas satisfacen y a ratos enternecen a mis padres adoptivos. Cuando un nombre puesto al pie de tal o cual lienzo pudo significar algo, adopté el de quienes me recogieron y criaron con verdadero amor. En la casa de huérfanos, me llamaba Benito Martín.

Hoy firmo mis cuadros, Benito Quinquela Martín. Es mi tributo de gratitud. Al llegar aquí, su voz está como velada por la emoción.

Sigue un largo silencio.

En estos momentos viaja rumbo a Europa. Va a Madrid en carácter de canceller. Como creencia lleva una velutena de cuadros, esos que ha exhibido en su propio estudio.

Es un ejemplo.

Fel. Calabaz.

Artículo firmado

Nuestros Grandes Artistas

EL PINTOR BENITO QUINQUELA MARTIN

Por JOSE LEON PAGANO

Una noche — hace de esto algunos años — llegó Collivadino a la Academia de Bellas Artes, y dijo que había descubierto un pintor.

El tono de sus palabras, el gesto expresivo y el ademán complementario despertaron vivo interés en los oyentes. Collivadino no fué nunca el hombre de los entusiasmos fáciles. Es prudente y discreto. Un elogio, suyo, para quienes le conocen, importa siempre un acto de justicia.

Es, también, uno de los dos o tres artistas mejor disciplinados del país. A este respecto no hay divergencias de opiniones entre los comprensivos y aptos a valorar su firme disciplina.

—Fué esta tarde en la boca — añadió, requerido por los presentes.

— Me había propuesto hacer una impresión portuaria, y allí me encontré con "mi" pintor. Es un muchacho joven, un obrero. Se hallaba ocupado en manchar un lienzo de considerables dimensiones. Procedía con ímpetu vehemente, sin vacilar, como quien no teme equivocarse. Aquello era un espectáculo. Le interrogué. No lo conocí nadie. Aprendió sin ayuda de maestros.

Y como alguien insistiera en conocer mayores detalles, Collivadino concluyó:

—Hay que verle: es un temperamento.

El artista aludido, huelga indicarlo, era Benito Quinquela Martín.

Este episodio dice mucho en favor de ambos pintores; pues si en uno revela cualidades positivas, en el otro define una penetración sagaz, doblemente significativa, en quien está llamado a ejercitarla por la altura de su propio ministerio. Existe, además, una circunstancia digna de anotarse: Quinquela Martín, artista libérrimo, fué condecorado por la Academia.

—En la buena amistad que me profesó Collivadino, hallé un gran estímulo, declara el joven pintor. Y así es en efecto.

A mi vez quisiera conocerle y le

busqué.

Visto en su propio ambiente, la sorpresa es mayor y también más justificada.

Tanto como su obra, por las condiciones en que se produce, más aún, atrae su propia vida. Habla, a un tiempo, de vocación y de heroísmo, y evoca también una oscura tragedia abismada en el misterio... La refiere Quinquela con una sencillez conmovedora. Nos hallamos en su taller, amplio y clarísimo. Cuelgan de los muros lienzos de todas dimensiones. En el suelo, junto al zócalo, apoyados a las paredes, se amontonan otros cuadros, unos sobre los otros, pues el espacio sería limitado para contenerlos a todos dispuestos en orden sucesivo. Reproducen episodios distintos de una misma acción: la vida portuaria en su multiplicidad febril, tumultuosa, abigarrada.

Un ventanal, abierto sobre el Riachuelo, se dijera un cuadro más en el conjunto, como si éste se prolongara fuera del taller.

Quinquela Martín, fija los ojos en él y mira la vibración asolada que se quiebra en las mil formas cambiantes del puerto, y luego vuelve la mirada hacia sus lienzos, como quien anhela ratificar correlaciones y equivalencias.

Es alto, nervioso, enjuto. Sus manos inquietas describen en el vacío formas que no acierta a definir con la palabra.

Pero no es tímido: el ademán es resuelto.

Su tono es afirmativo.

—¿Mi vida? — responde interrogando a su vez.

—Respecto a su origen ha circulado y circula una versión...

—Es exacta, soy lo que se ha dado en llamar un hijo del amor. Mis padres adoptivos me recogieron en la casa de huérfanos. Necesitaban un chico para cuidar su pequeño comercio de carbonería. Contaba yo siete años. A los nueve comencé mi tarea de repartidor. Según iba creciendo, aumentaba el tamaño de la bolsa. Esto duró hasta los veint...

EL PROGRESO

tidós años.

Se interrumpe: mira hacia el ventanal inundado de luz, y tras una pausa añade:

—He aprendido a pintar sin darme cuenta. En cambio, el aprender a leer y escribir me costó esfuerzos torturadores. Sólo pude llegar al segundo grado.

—¿Cómo se hizo usted pintor?

—Nunca pude contestar a esa pregunta. No sé. A veces trato de precisar etapas, con el propósito de rehacer el proceso de mi breve carrera, pero no lo consigo.

Evoca recuerdos, cita detalles, indica circunstancias, y de todo ello se desprende una sola cosa: que es un instintivo dotado de intuiciones perfectamente definidas.

Existía en la Boca una academia nocturna de música, en la cual también funcionaba una clase de dibujo dos veces por semana. Allí se inició Quinquela Martín. Como en todos los establecimientos de educación artística de la época, el dibujo elemental reducía en aquella academia a copiar estampas, mal elegidas casi siempre. Poco después comenzó Quinquela a dibujar retratos para la gente sencilla del barrio, y logró de ese modo los primeros éxitos y las primeras ganancias de su arte. Pero ni estos halagaban su amor propio, ni colmaban sus aspiraciones aquéllas. Algo muy diferente bullía en su espíritu. Era la violencia del color acumulado en disonancias multiformes; y eran asimismo episodios recios de un tragar áspero en los cuales funcionaban y se confundían y rivalizan la máquina, el hombre y la bestia. Quinquela vio eso como nadie entre nosotros, y lo expresó con brusa energía. Sus temas están allí en el fragor resonante de la vida portuaria.

—Es mi ambiente — dice. — Estoy identificado con todas sus modalidades. ¿Ve usted aquellos hombres que descargan carbón? Yo también lo hice. Yo también descargué carbón de los barcos anclados en la Boca del Riachuelo.

Mis hombres saben cómo los encorva aquella faena prolongada bajo el sol del verano. Eso era trabajar para poder trabajar más: me empleaba como descargador una semana para poder pintar la semana subsiguiente.

En 1918 envía su primer cuadro

al Salón Nacional. Luego realiza por su cuenta una exposición de conjunto, y queda incorporado al medio artístico, donde unos le acatan y otros le miran de soslayo. Un año después, efectúa su segunda exposición individual, patrocinada por la señora Inés Dorrego de Unzué. El mismo fuego interior, algo más disciplinado, caldea los lienzos en que describe siempre igual y siempre diversa, en un puerto animado por el estrépito de su propia actividad. Este elemento dinámico de su obra y la ejecución sumaria que no pocas veces predomina en ella, determinaron el éxito de Quinquela Martín en Río de Janeiro hace dos años. Allí efectuó Quinquela una exposición individual en el Palacio de Bellas Artes, y alcanzó entonces distinciones muy significativas.

No aludimos a la presencia del presidente del Brasil al acto inaugural de la mencionada exposición, acto cortés de innegable alcance en lo diplomático; ni tampoco al cuadro adquirido para el Museo Nacional de Río; no. Entendemos indicar un homenaje más elocuente, pues que no lo motiva ningún formalismo, ninguna práctica oficial; nos referimos al cuadro adquirido por el director de la Escuela de Bellas Artes para su galería particular.

—Si todas estas cosas me halagan — dice — es porque ellas satisfacen y a ratos enternecen a mis padres adoptivos. Cuando un nombre puesto al pie de tal o cual lien-

zo pudo significar algo, adopté el de quienes me recogieron y criaron con verdadero amor. En la casa de huérfanos, me llamaba Benito Martín.

Hoy firmo mis cuadros. Benito Quinquela Martín. Es mi tributo de gratitud. Al llegar aquí, su voz está como velada por la emoción.

Sigue un largo silencio.

En estos momentos viaja rumbo a Europa. Va a Madrid en carácter de canceller. Como credenciales lleva una veintena de cuadros, esos que ha exhibido en su propio estudio.

Es un ejemplo.

"Argentina Austral" - Diciembre 1943



Cargadores de carbón.

(Cuadro de 6.50 x 2.70 m., en la Escuela-Museo "Pedro de Mendoza")

QUINQUELA MARTÍN,

pintor de la Boca y glorificador del trabajo

TODO paisaje, hasta tanto no aparecer el hombre de afinada sensibilidad que le permita la captación de sus íntimas modalidades, es como una página inédita de la Creación. De aquí el sabor singularísimo, con nada igualado, de la lectura de viajes exploradores. Débese también a esto el valor supremo de la literatura y del arte en general. Marchamos como a ciegas a través de las sensaciones que manan del alma de un lugar determinado mientras falta la mano del elegido para abrir una ruta.

La emoción de Buenos Aires se polariza en dos puntos extremos: Palermo y la Boca. Señorío y elegancia, con algo de frivolidad y cosmopolitismo, allí; energía y trabajo, con ecos profundos y extensiones de humanidad, aquí. Palermo está en la superficie sedosa de la ciudad; la Boca en su atormentada entraña.

Es como un mundo aparte, trasunto y compendio, a su vez, de otros muchos mundos. Aguas arriba del Riachuelo, donde comienza a llamarse río de las Matanzas, nos encontraremos ante un panorama en que los siglos, hace contados años, sin la rectificación del cauce, parecían inmovilizados en los días de Don Pedro de Mendoza. Desde

la ribera del norte comienzan las ondulaciones del terreno que, atravesando la ciudad, alcanzan hasta el Delta y aun se amplían, en un crescendo continuo, con las cuchillas de Entre Ríos y las de la Banda Oriental. Una inmensa llanada, en cambio, se extiende sin límites hacia el sur, cuyo suelo blancuzco y salitroso, moteado de mechones de "paja brava" y acá y allá desgarrado y carcomido, presenta el típico aspecto de un antiguo recipiente lacustre. Una guirnalda de lagunas y lagunajos en trance de desecación, que parte precisamente desde este punto, señala la ruta clásica de los malones. Junto al puente de la Noria, está el viejo vado que corta en sentido oblicuo las lentas aguas del Riachuelo, usado todavía por los reseros que conducen al matadero municipal el ganado arreado por los caminos. En todo orden de cosas, este es lugar de frontera. La pampa y el estero, la llanura y la loma, el hielo del Antártico y el ardor del trópico, aquí se diría que vinieran a encontrarse. Y todo el Riachuelo es eso mismo: un foso, que fué de defensa entre la ciudad y el desierto, y hoy sigue siendo de separación entre dos mundos que la naturaleza hizo diferentes.

a la noche

en ningún otro el ser humano, probablemente, está más identificado con el "genio local". Chatas o lanchones bajo el peso de los cueros o fardos de lana, vaporcitos cargados de naranjas o de pesca, trasatlánticos con papel y maderas, buques carboneros o petroleros que van y vienen, naves en reposo curativo de astillero... Y allá arriba, por sobre las chimeneas y arboladuras, por sobre las casitas de zinc y de tablas, por sobre los sauces y los juncos de los terrenos baldíos, por encima de todas estas cosas tan impregnadas de esfuerzo humano y debilidad humana, la altivez y fortaleza del hierro de los poderosos y como alados puentes.

Tal es la Boca, lugar de liberación para el porteño de muchas vulgaridades con apariencia de grandeza, y donde se respira ese aire de dignidad que sólo proporciona el trabajo y la espontaneidad en las emociones. Y este es el escenario en que se desarrolla la vida y la obra de Quinquela Martín.

Una pintura de técnica sobria, que responde exactamente a la modalidad, al temperamento y a la necesidad expresiva de su autor. El ambiente, a golpes de infortunio,

hizo al hombre; el exceso de emociones produjo el artista; de la tenacidad salió el resto. Se le ha comparado con Máximo Gorki, con cuya existencia guarda muchos puntos de contacto. También hay motivos para pensar en el autor de la "Decadencia de Occidente". Spengler era hijo de mineros y nuestro pintor fué el mismo carbonero en su juventud. Son tres hombres que todo se lo debieron a su voluntad, que vivieron plenamente las inquietudes de su época y que, divirgiendo en sus caminos, vuelven a encontrarse en algún lugar solitario de las amplias extensiones del pensamiento.

Cuando de un lugar determinado del planeta se constituye un objeto exclusivo de atenciones, puede llegar a conseguirse de éste una medida del universo. Tal como Gorki con la estepa o José Hernández con la pampa. Cada ser humano cuenta entre sus potencialidades la de convertir su pequeño mundo en un centro de universalidad. Esos cuadros exclusivamente boquenses de Quinquela, boquenses por el color igual que por el asunto, pertenecen a una generalidad sin limitaciones del aspecto humano de la vida. En ellos está representada la acción, está cantado el trabajo,

Puente de Barracas.





La consagración definitiva de Quinquela Martín

Por Júpiter R. Perrusi

MANANA luminosa. El cielo embanderado con los colores patrios se asocia jubilosamente a la brillantez del acto. Se inaugura esta mañana la Escuela Don Pedro de Mendoza.

La vuelta de Rocha ha abigarrado la habitual concurrencia de barcos grandes y chicos; lucen hoy sus gallardetes que han visto veinte naciones distintas. Todo el vecindario de la Boca y hasta muchos de otros barrios se han volcado en la ancha calle para asistir al acto. El edificio, de líneas armoniosas, modernas, elegantes, se alza con sensación de lujo en medio de la característica y humilde construcción adyacente.

Las notas marciales de las distintas bandas de ejército, municipal y agrupaciones de Bomberos Voluntarios, llenan el ambiente, dando una magnificencia inusitada a la inauguración. La Boca está de fiesta. Su hijo predilecto se consagra con una de las obras más filantrópicas de la época. Quinquela Martín ha entregado al Estado sus economías traducidas en un grandioso solar para que se construya una escuela en la que las generaciones futuras beban la sabiduría en medio de la luminosidad de la mañana, acompañados con el tilular de las sirenas de los barcos y con la enseñanza perenne de esos hombres de todas partes del mundo con ojos llenos de ignoradas sensaciones, pupilas que traen reflejos de todas las tierras del globo...

El edificio es como digo. Imponente. De corte marítimo, se diría bien. Terminando en punta, con algo de mástil y de velamen. Amplio, luminoso, con sus grandes ventanales. En sus patios y en sus aulas ha volcado Quinquela el cau-

dal de su saber. Iluminan sus paredes los más hermosos trabajos que su imaginación pudiera concebir. Quinquela Martín ha hecho su testamento artístico. No creo que pueda producir alguna obra con más cariño que las que pintara para sus pequeños amigos de la Boca. Porque él las ha pintado para ellos. Para los que en sus andanzas por las calles características de la popular barriada lo acompañan y lo acosan a preguntas.



"Embarque de Cereales". Junto al cuadro, Quinquela Martín.

Para esos niños con ansias de saber...

No soy crítico de arte ni pretendo serlo nunca. Por eso quizá sea justo con el artista.

Lo he mirado con los ojos del pueblo. De ese crítico que no se equivoca nunca. Y con los ojos que lo he visto, traducido en la forma de expresión más sincera, he hallado en sus cuadros el alma del artista.

He visto así que en su cuadro "Música y Danza", colocado en la sala de música de la escuela, ha grabado en forma tal de que el niño trate de imitar la desprecupación, si se quiere infantil, del que baila y del que canta. Comienza el visitante por encontrarse con dos hermosas cerámicas tituladas "Saludo a la bandera" y "Desfile del Circo". En la primera, un anciano de inconfundible corte boquense, de barba blanca y frente ancha, tipo de lobo de mar, bretón, enarbolaba la bandera azul y blanca por las calles, seguido por el pueblo jubilosamente. Grandes y chicos llevan en la mirada la unión con que veneran la enseña patria.

En el segundo, el artista ha reproducido una de las escenas que quizá más grabada ha quedado en su mente desde pequeño. Imagino la niñez de Quinquela contemplando absorto ese cuadro del desfile de las comparsas en sus atracciones para inducir al pueblo a sacar su entrada por la noche en el circo trashumante y exótico. Y el artista, que no ha olvidado el cuadro, lo reproduce para sus pequeños amigos sin perder detalle. Recordando al querido Pepino el 88 — Pepe Podestá — y al tony Pastafrola...

En todos los cuadros, que con paciencia de meses ha pintado para decorar esta escuela museo, noto el sentimiento volcado por el artista con el recuerdo cariñoso para sus amigos, algunos muertos, quizá... Veo así que en el bonito cuadro "La bendición de las barcas",





lleno de unción religiosa, el artista no olvida los nombres de R. Benincasa y de Loudet. Son detalles que para el que ha observado, nota el alma del artista flotando en el ambiente, la siente y se impregna de la misma. Y con esa sensación descubre lo que para los ojos de los demás permanece oculto... Ese detalle en la cerámica "Saludo a la Bandera" permite ver el nombre de "Falucho" en la borda de una barcaza. ¿Coincidencia? ¿No se ve que el artista ha involucrado en su obra un recuerdo para el fiel servidor que prefiere la muerte antes de arriar el pabellón de la patria?

Y la nota adquiere su punto culminante cuando en "Mascarones de Proa" vuelca, o mejor dicho, asocia al júbilo de la algarabía infantil de quizá cuántas generaciones infantiles, los queridos nombres de sus progenitores grabados como al descuido en las bordas de esos barcos que se llaman — coincidencia — "Don Manuel Q." y "Justina Quinquela". ¿Qué otros que no sean su padre y su madre, don Manuel Quinquela y doña Justina Quinquela, se ven en esos dos detalles que ponen la nota sublime del recuerdo cariñoso hacia sus padres?

Visitamos las aulas y vemos en cada una de ellas una obra en la que se ha

evocado una escena distinta. De manera tal que el alumno contempla un año "La Despedida" — tema bonito para una hermosa composición, que es muy seguro ha de aprovechar el educador... — y otro año se absorbe ante ese cuadro tan típicamente correntino: "Vendedores de Naranjas".

Y el desfile de colores y cuadros vividos continúa en rápida sucesión para el visitante, viendo esa bonita escena de "Buzos en el fondo del mar" y la evocadora "Fogatas de San Juan", en la que Quinquela dibuja en primer plano a un anciano de blanca barba que observa pensativo las diabluras y algarabías de los muchachos, que en su afán por mantener la fogata apelan a cuanto combustible hallan a mano. Y se observa en esa mirada un lejano recuerdo de antaño... un no sé qué evocativo...

Otro recuerdo interesante, y ante el cual pude ver que se detenían mayor tiempo los visitantes, era "La Boca en 1860", así como el de "Inundación de la Boca", en la que se observa la abnegación de cada cual, incluso la de ese ignorado panadero que no abandona su reparto, contribuyendo a aliviar la afligente situación de los cerados... Y ese "Carnaval de la Boca" tan típico y tan venido a menos con el correr de los años... Si pareciera sentirse el olor al agua florida de los pomos...

En otras telas colocadas estratégicamente en la sala de trabajos manuales, como invitando a la labor y que se intitula "Cosedores de Velas", nótase la

Algunas palabras emocionadas acerca de ese hijo dilecto de La Boca, Quinquela Martín, la fama de cuyos cuadros ha recorrido el mundo entero, dejando tras sí la admiración sin límites. La donación de una escuela, hecha por el pintor, mueve a Júpiter R. Peruzzi a trazar esta semblanza del acto.

sana intención del artista y se la aplaude. En este cuadro no se olvida de un recuerdo para "E. Taladril". Y se distingue también uno de esos trabajos que dieron popularidad merecida y eterna al pintor de la Boca.

Me refiero a su cuadro "Embarque de cereales", escena típicamente portuaria que Quinquela ha reproducido para todos los museos del mundo en distintas horas y motivos, cual ese "Cargadores de carbón" evocador como el mencionado anteriormente...

Un deber de gratitud impulsa el correr de mis dedos por el teclado de la máquina, atropellándose las expresiones de simpatía, sucediéndose los sinónimos de palabras de cariño en forma que pudiera alarmar a un pedagogo, pero que mi corazón de argentino aplaude frenéticamente.

Rasgos como los de este artista, que se desprende en medio de los intereses primarios del siglo, no son de callar... Al contrario, se ensalsan y se comentan para recordar de que, si en un tiempo hubo un general que se llamó Belgrano que donó cuarenta mil pesos — todo su capital — para que se fundaran cuatro escuelas, también en 1936 un Quinquela Martín donó todos sus ahorros, consistentes en un solar, para que se edificara una escuela que él mismo había de decorar — de su peculio particular — con obras cuyo gran valor artístico habrá de multiplicarse con el correr de los años.

"Desfile del circo"

Júpiter R. Peruzzi



EN LA VIDA DE...

La Vuelta de Rocha tiene una geometría de playa. Pero ningún mar muere allí. Los hombres que pueblan la Boca están amparados en el refugio del Riachuelo; han cruzado el Océano y han edificado un mundo nuevo; naturalmente, con los elementos del viejo, en que nacieron y sufrieron. Pero ¿qué es lo esencial de este barrio-cosmos? El turista abre esos ojos para lo pintoresco de que le ha dotado su tedio. Pero yo no soy turista, ni tampoco lo es Quinquela Martín, con quien estoy acodado en un balcón de su casa de la calle Magallanes. Sí, ¿qué es lo esencial? Quinquela opina:

—Para mí, las figuras —¿ve usted cuántas, tan iguales y tan distintas al mismo tiempo?— y los colores.

Y opino yo:

—En realidad, lo que usted está pintando desde hace casi treinta años es la más honda y sutil de las transformaciones...

—La que se está operando en el barrio no me gusta. Fíjese qué casa de cemento están alzando ahí.

—No, no hablo de eso. Sino de la transformación de todo eso complejo que se llama la emigración en un conjunto de fuerzas creadoras.

—Ah, claro—asiente, satisfecho.

—Es decir, lo mismo habría pintado usted el esfuerzo de los chacareros italianos y españoles o el de los primeros vascos que llegaron a la Patagonia... ¿No es verdad?

—Creo que sí. Yo no pinto nunca cosas realizadas, sino tareas para realizarlas. Cargas de barcos, fundiciones, un velero que arde, qué sé yo...

—Y cuando sostiene usted su mirada en un objeto sentimental—digamos, por ejemplo, un viejo puente sobre el Riachuelo—, no lo da usted solo, sino al borde de una faena, la que sea...

—La que estoy viendo desde niño, desde que era un cargador de carbón y empezaba a familiarizarme con estos rojos y estos negros que luchan por trasladar a mis lienzos... Porque ahí están esos colores, ¿no es cierto?

—Ciertamente.

Parte un velero, cantan unos greguescos, cruje el acero organizado de un transbordador... O quizá no ocurre nada de esto en el momento en que yo lo veo. ¿Qué más da?... Quinquela Martín asoma su cara de pájaro y se mete en el paisaje grisáceo de la mañana, tallada por broncos compases. Este hombre es una expresión estética de este mundo nuevo-vecio, que no es un suburbio de la ciudad, sino una de sus manos, tal vez la que demuestra una personalidad más clara y fuerte. Quinquela Martín, me digo, no es, no puede ser tema de academia, ni siquiera de tertulia de iniciados. El crítico llega, mira, sonríe; después improvisa algunas ingeniosidades triviales sobre esta playa sin mar y sin arena, porque ya se sabe que todo "lo fuerte" gana una reverencia de los catadores estéticos. Quinquela Martín es un hombre que bebe despacio el vino italiano de la Boca. Su originalidad es tan verdadera como la canción, el velero o el metal que yo puedo ver o no ver con los ojos en este momento.

—Usted es un hombre que se ha formado a sí mismo, Quinquela. He leído que tuvo un solo maestro.

—Sí, Alfredo Lazzari. Me enseñó a dibujar. Desde entonces marché solo. Y siempre que se aproxima a mí algún posible discípulo, le traigo a este balcón y le enseño al mundo que debe buscar por su cuenta.

—¿Cuáles fueron sus primeras lecturas, Quinquela?

—Kropotkin, Zola, Dostoiéwsky, Malatesta, Rodin, Ruskin...

Cada uno de estos nombres explica un ángulo de la Boca, Zola, por ejemplo, da una tímida versión de Quinquela, cuyo lirismo naturalista se cibe a las cuerdas realistas de los barcos amarrados

historia de aquel príncipe, pequeño como un grillo, que viniera de muy lejos galopando en su caballito blanquísimo, enjaulado de oro y con cascabeles azul turquí, a salvar a una diámetra de un mal jasmín que la asustaba de amor. Y al pasar por la umbría mojada de los arroyos, las violetas se robaron al caballito para ellas.

QUINQUELA MARTÍN

que tomar un tranvía o un "colectivo", subir lentamente por el Paseo del Almirante Brown, para llegar a las encrucijadas urbanas en que va es posible y necesario decir: Aquí empieza el artefacto. Total, diez minutos de viaje.

—Malatesta vivió en la Boca, como usted sabrá—me dice Quinquela—, este anarquista convertido a la filantropía; este pintor de fuerzas humanas en tensión—. Es lástima que no haya todavía una his-



Ante uno de sus cuadros, que, como todos, tiene el clima de un mundo, que es la reconstrucción espiritual del inmigrante

al aletreo laborioso de los muelles. La propia vida del pintor es un aguafuerte zulesco, en el que no faltan los elementos del folletín: el niño sin padres, un matrimonio humilde que lo prohija, el áspero trabajo de la niñez y la mocedad. Pero un folletín dignificado por dos grandes notas: la sencillez y la vocación. Por lo demás, el barrio todo las conoce y las vive. El portuario, el pescador, el obrero fabril, hasta el vagabundo sin oficio, pero sin penas, están cumpliendo sencillamente una función predeterminada por sus entusiasmos o por sus naturalezas. Hay

toría del barrio.

—La hay.

Y como el gris de la mañana lluviosa despinta teatralmente el paisaje quinqueliano, caigo en el efectismo de contestar con un ademán.

—Ahí la tiene.

Y le estoy señalando sus cuadros, sus bocetos, su colección de mascarones, sus grabados inclusivos, y siempre que él me lo advierte, su rostro de pájaro.

Mariano Pule

"Suprema"

Agosto de 1943

QUINQUELA Martín representa, dentro de las ambiciones de los hombres, a la cristalización de los deseos. Nació para ser artista y cumplió sus propósitos ampliamente. Su vida es por demás conocida para ser comentada, pero en cambio, hay algo que aun no se ha dicho: gracias a él, el arte argentino adquirió nombradía en los cinco continentes.

No hay un artista más popular. Glosado en páginas brillantes por el célebre crítico de arte francés, Camilo Mauclaire, arrancó de todos los espíritus inquietos frases y obras de encomio para su arte. No se concibe una antología de arte argentino sin que en ella figure con caracteres propios esta figura que supo crear una escuela que se denomina de la Vuelta de Rocha.

Artista por vocación y por



Quinquela Martín, el incomparable artista argentino cuyas obras se exhiben en los principales museos de Europa y de América

Benito
Quinquela
Martín

y una trayectoria
feliz



El José Pugliese
prestigioso comentarista y ex-
celente colaborador de SUPREMA

temperamento agrega, como si fuera esto poco, un alma magnánima y filantrópica; sus donaciones son célebres, y en muchas oportunidades, para llegar al logro de sus deseos, tuvo que pedir créditos para responder a una donación.

Director del Museo de Bellas Artes de la Boca, imprime un ritmo acelerado a sus tareas de proveer de las mejores firmas a la ya famosa galería, y toda su vida está dedicada a su vocación y a rendir el máximo en la consecución de sus fines.

Sencillo y bueno, cautiva de inmediato con su trato, y sin vanos retoques teatrales, llega

a hacerse querer y su bonomía palpita en cada una de sus palabras y sus gestos como una afirmación de las exquisitas emanaciones de su alma.

PROXIMO SALON
NACIONAL

Estamos a pocos días de la apertura del Gran Salón Nacional de Primavera y una vez más todos los artistas argentinos confían en el triunfo que significa la distinción de un premio en este magno salón.

Hacemos entonces votos, para que un jurado justiciero, de lado de las promesas y la consabida rotación de premios, sepa discernir los laureles

equis

X

órgano oficial de la asociación de empleados del banco municipal de préstamos

Dirección y Administración: Cerrito 844 - Buenos Aires - U. T. 42-4125

año décimo octavo

número 183

Julio 1944

equis • 17

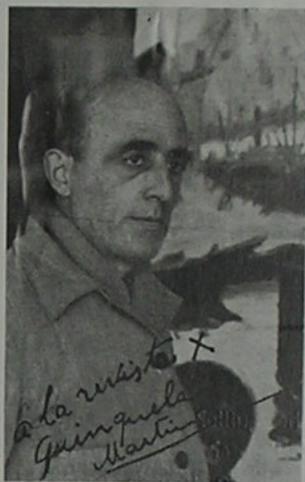
Después de veinte años vuelve a exponer Benito Quinquela Martín, cuya trayectoria en el arte marcó estelas luminosas, ubicando en los principales museos de todo el mundo la semilla del arte vernáculo.

Fué Quinquela Martín el artista argentino que movilizó la plástica argentina en todos los sectores, formando en el extranjero una nueva conciencia sobre el arte pictórico nacional.

Sus cuadros de factura personalísima, discutidos por los conservadores del arte, señalan una nueva escuela, y como toda escuela nueva, motiva las discusiones lógicas

de todos aquellos que viven aferrados a los antiguos preceptos. Quinquela Martín creó una nueva escuela que se ha dado en llamar de la Vuelta de Rocha, pero en realidad no es otra que la surgida del pincel de este artista.

¿Que adolecen de dibujo? ¿Que los elevadores y los grandes rascacielos que forman el fondo de sus cuadros no existen nada más que en su imaginación? Es cierto. Pero, aquí, podríamos repetir la pregunta que formuló Coubert a Velázquez: «¿Por qué pinta angelitos si nunca los ha visto?» Quinquela tiene una visión personalísima del paisaje que le sirve de motivo; las viejas barcas, pailebots, carboneras y lanchones, viven en los bermellones y verdes intensos de su paleta; el



La exposición de Benito Quinquela Martín

JOSE PUGLIESE

sus obras y en cada una de ellas está Quinquela, el artista del pincel inconfundible.

Esta exposición, realizada en los salones de la Witcomb y que abarcaron todas las salas, nos dicen de la prolificidad del artista, de un artista de alma inquieta como si aún estuviese en los comienzos.

Circularon por ella todo el Buenos Aires, que guarda en su alma recóndita inquietudes espirituales y en cada una de ella hubo palabras de admiración por este artista que ganó la popularidad a fuerza de corazón.

Fué una exposición extraordinaria que movilizó al mundo plástico; y es que Quinquela Martín —discutido o no— tiene su sitio de privilegio en la plástica argentina.

movimiento febril del puerto, está interpretado debidamente en las telas de Quinquela, nadie lo niega porque salta a la vista.

Amorosamente como quien pinta flores, Quinquela pinta a la Boca. La ve inmensa, grande en lo industrial como en lo edilicio. No tiene reparos en hacérsela ver como él la presiente, como la sueña...

El Riachuelo de aguas pardas, los viejos veleros, los lobos de mar añorando en los pequeños puentes el paso de las antiguas barcas que comandaron forman, conjuntamente con los accidentes portuarios y los naufragios en el puerto, el motivo de todas

CARAS Y CARETAS

18 de Enero
1936

LEGAR a la Boca y preguntar dónde vive Quinquela Martín, fue suficiente para que la purrutada suspendiera "la rayuela" y se disputara el honor de acompañarme hasta la casa del pintor.

Quinquela vive en la misma casa, cuyos muros acunaron sus callados ensueños de chico pobre.

Trepe una escalera en caracol que va descubriendo muchos rostros curiosos de vecinos que inquietan con ojos preguntones. Me recibe una mujer añosa de rostro afable. Su voz se abueca y se torna caricia al hablar del hijo momentáneamente ausente.

Desfilan recuerdos y la emoción pone lágrimas en los ojos de la buena mujer, que fue dos veces madre para el muchacho que no nació de su dolor. Dice todavía con una sencillez encantadora que ruega a Dios para que el niño sea un hombre de provecho.

El cuarto de trabajo del artista parece un taller de obrero. Es una caja de madera abierta al espectáculo maravilloso del puerto. Desde allí el pintor absorbe a cada instante los múltiples aspectos que ofrecen ese conjunto abigarrado de mástiles, chimeneas y banderas.

—El primer peso que gané en la vida — dice Quinquela — mientras sus ojos siguen las facenas de los obreros del puerto — fué entre esos hombres que cargan y descargan bultos.

Mis tutores tenían un pequeño negocio de carbonería y desde muy chico trabajé en esas tareas. Las bolsas de carbón me daban lo necesario para pagar los cinco pesos más que pagaba en la escuela del barrio para aprender a dibujar.

Entiendo que la pregunta de CARAS Y CARETAS se refiere al primer peso que se gana en la vida con el esfuerzo de la inteligencia.

Mis comienzos en la carrera artística fueron muy duros. Lu-



Cómo ganó su

cha tenaz con los picotazos de la miseria. Mientras era peón, la entrada era segura. No me faltaba entonces, para festejar entre amigos, alguno que ganara billete de cinco pesos a lápiz a ba haciendo retratos a los vecinos de la Boca.

Firmaba yo esos retratos con el nombre de Chinchela: mi apellido en su origen italiano. Le cuento esto, porque días pasados me causó mucha gracia la visita de una señora con un retrato hecho por mí en esa época. Venía a pedirme que le retificara la firma, con la ingenua intención de dar así más valor al trabajo que era horrible.

Pasé mucho tiempo garbando telas en medio de muchas tribulaciones, hasta que un día un buen hombre, conmovido por mi situación que había narrado "Fray Mocho" en un artículo, vino desde Olavarría, donde posee un interesante museo, a comprarme varias cosas. Era Dámaso Arce, gran cincelador. Me pagó algo así como cien pesos y se llevó dos o tres cosas insignificantes.

Seguí trabajando sobre bol-

sas de yerba y con la ayuda de buenos amigos expuse mis primeras obras, que se vendieron en altos precios.

No sabía qué hacer con el dinero, me molestaba. Paseé mis cuadros por los caminos de Europa. Recogí aplausos y críticas y aquí estoy entre las mismas cosas de antes, donde me siento feliz y optimista, realizando mi canto al trabajo.

Aquellos pesos que constituían una carga para mí, los he donado para la construcción de una escuela para los chicos de mi barrio. Hoy trabajo en las obras que van a decorar el edificio y que representan una multitud de escenas peculiares de la Boca.

Romanticismo admirable el del artista. Prefiere la pobreza, porque sabe, sin duda, que el dinero puede malograr sus inquietudes artísticas.

Quinquela Martín sigue siendo "el muchacho de la Boca" con la fiebre de su cerebro, en los ojos que parecen escapar de las órbitas, y la inquietud de su espíritu en las manos de dedos afilados y nerviosos...



CABAS y Carols
18 de Enero
de
1936



primer peso...?

JUAN de Dios Filiberto usa pañuelo al cuello. Tiene patillas largas y en los ojos una mirada fiera. Pero al dar un apretón de manos, de esos que hacen crujir hasta los huesos, pone en el ademán su corazón grande y bueno. En su coqueta casa de la Boca, se encuentra, con la frente inclinada sobre las blancas cuartillas, trabajando en la composición de un nuevo tangó. Serán notas arrancadas a su corazón de varón bravío, que ha sabido sufrir sin lágrimas, luchar con valentía y amar con fuerza.

Juan de Dios Filiberto se resiste a contar cómo ganó su primer peso. Me borra de su presencia y sigue trabajando. Espero. — Viera usted la pateadura que me costó ganarme el primer peso. ¡Sabe cómo fue!... Con la suerte del Mono Pancho.

Filiberto ante la sugerencia del recuerdo ha adquirido la expresión del rapaz que se trepa a la calesita sin pagar. — Un valenciano, dueño de

una librería, nos había conchabado a varios muchachos por quince pesos al mes y comida. Teníamos que pregonar la suerte del Mono Pancho. Eran unos sobres de veinte, treinta y hasta cincuenta centavos, que tenían sorpresas y que vendíamos por las calles.

Un día, te me veo venir a un tipo con botas y poncho, y cara de zonzo. — ¡Macanudo! — me dije — a éste me lo trabajo con el de cincuenta centavos.

El valenciano no ponía en el sobre otra cosa que una desagraciada carterita con un cobre de dos centavos. El paisano del cuento, me compra el sobre de cincuenta centavos, y cuando dió con la carterita... me encajó un bofetazo, que... casi dejó de llorar. Filiberto, juré, entonces, no seguir más con la mala suerte del Mono Pancho.

Lustrabotas, chico de mandados, dependiente, albañil, herrero, ajustador mecánico, Calderero, estibador, peón del puerhice, después por el puchero!

A pesar de la diversidad de oficios, conservaba mi afición a la música, y en la escuela del barrio aprendí a tocar el violín. El trabajo de estibador era muy pesado. Al final del día mi agotamiento físico era intenso, pero encontraba un verdadero placer en pulsar la guitarra o ensayar en el violín cosas que tenía en la cabeza. Siendo muy chico, recuerdo que llegué a dirigir hasta once guitarras que recitaban décimas de amor en la serenata del barrio.

¡Ah! Pero el recuerdo más lindo es el que tengo de los diez primeros pesos que gané como músico. Fué tocando el piano, cosa que hacía por primera vez, en una orquesta para un festival en Villa Lugano. Llegamos al lugar y nos esperaba un salón largo, lleno de gente. Comenzamos con un lancero de moda, allá por el 1900.

Ninguno de los orquestantes era competente. De pronto el del violín se empanatana en un tatar... tatar... y de ahí no desespérase, creyendo que yo, canchero en la guitarra, saldría del mal paso. Los bailarines nos silbaban que daba miedo y se venían como fieras. Yo de un brinco me paré sobre el piano y les grité que eran unos brutos que no entendían de música. Ni de "Uaner" (entonces no sabía decir Wagner) y que además en el centro se estilaba de esa manera. Los paré en seco, y los amenazadores trompis se trocaron en aplausos. Improvisé un lancero y salimos airosos, con unos pesos de propina.

¡Uuuu! Las once de la mañana y la radio me espera. Salta del asiento y, abrochándose el saco mientras core, me grita: ¡Chau, Elvira! Acabábamos de conocernos, pero mediaba entre nosotros la emoción de unos recuerdos esbozados con la sencillez y llaneza características de Juan de Dios Filiberto. — E. P.





**LA BOCA ES UN
VERDADERO
SEMILLERO DE
ARTISTAS, CUYA
VOCACION ES
ESTIMULADA
POR EL
AMBIENTE
PECULIARISIMO
DEL RIACHUELO**

Por PEDRO PATTI

¡Observe este mundo! Es como la síntesis del movimiento continuo; es la vida en su máxima intensidad, en su más densa policromía, en su más variada expresión.

Benito Quinquela Martín se interrumpe. Observo el mundo que señala desde el balcón de su estudio en el segundo piso de la escuela-museo Pedro de Mendoza, en la Boca. El panorama es estupendo e impresionante en este recordo que el Riachuelo marca trazando la Vuelta de Rocha: intensísimo movimiento de hombres y vehículos en la ribera, intensísimo movimiento de barcos y grúas en el río, intensísimo movimiento de jarcas y chimeneas, intensísimo movimiento en el puente de las grandes arcadas y en los silos monumentales. ¡Asombroso! Más que la tangible realidad, tengo la impresión de que estoy viendo un cuadro quinqueliano al que sólo falta el marco kilométrico. El maestro prosigue:

—¿Y qué es necesario para captar las pulsaciones de este mundo dinámico, cambiante, multiforme? Nada más que un poco de sensibilidad, de inquietud espiritual... Aquí el ambiente contribuye a la formación vocacional del artista. Cuando era muchacho y cargaba bolsas de carbón, yo pintaba en el suelo y en las paredes los hombres y las cosas que veía en el puerto, a mi alrededor... —Puede ser usted la excepción, un caso particular —comento.

—No. Si usted cruza ahora el Riachuelo y va a aquel astillero que ve allá, encontrará a Vicente Vento pintando barcos o cosas de la isla Maciel. Vento es hoy un gran valor, de estilo personalísimo, inconfundible profesor de dibujo y pintura. Vicente Vento empezó a pintar cuando era obrero modesto... peluquero. Allí está Juan Agustín Bassani, que era repartidor de fideos y que ahora es un notable pintor de las calles de la Boca; allí está José Archidiano, también de origen humilde, transformado en pintor excepcional de calles y rincones boquenses, de motivos marineríos, ganador de un tercer premio del Salón Nacional; allí está Miguel Diomedes, que fué albañil y lustrador de pisos y que el año pasado mereció el premio estímulo del Salón Nacional.

La Fuente de Castalia de la calle Australia y Pedro de Mendoza

Señalando hacia la derecha, a una casona que se ve tres cuadras más allá, en la esquina de Pedro de Mendoza y Australia, Quinquela Martín me dice:

—Si quiere tener una impresión *montmartriana* de la Boca, visite aquella Fuente de Castalia. Encontrará pintores y escultores de primera línea trabajando...

Media hora después voy a la casona del otro extremo de la Vuelta de Rocha. Más que Fuente de Castalia se me antoja la casa de los escombros. En cuanto entro, tengo la impresión de que todo está al borde del derrumbe: la puerta, que deja escapar un largo y agudo gemido cuando la abro; escombros que cubren literalmente el vestíbulo de la planta baja, escalones partidos en la ancha escalera de mármol, la baranda que se mueve en cuanto la tocan. Al llegar a lo alto, golpeo en una puerta un tanto destartada. Segundos después se abre, y en el hueco aparece Fortunato Lacámara, pincel en una mano, paleta en la otra. Está dando los toques finales a un cuadro que representa el interior de un cuarto en suave y acogedora penumbra, por cuya ventana abierta se ve un ambiente portuario, bañado en sol que parece canicular por el tono amarillo violento que refleja.

Lacámara es un exquisito pintor de la intimidad, de las cosas humildes. Me cuenta de su vida. Nacido en la Boca, se ganaba la subsistencia pintando paredes. Ya hombre, al llegar a la mitad del camino de la vida, siente la irresistible necesidad de expresar en formas y colores lo que ve. Frecuenta los *ateliers* de la Boca hasta que llega a la casona de la esquina de Pedro de Mendoza y Australia, que fué en un tiempo remoto residencia de abuelo, después escuela primaria y luego bohemia de artistas que ahora son famosos, definitivamente consagrados: Centurión, Petrone, Montero, Bellocq, Mengul, etc., y residencia oficial de agrupaciones de prestigio como "El Bermellón". Durante la visita, uno de los instalados le dice a Lacámara:

Julio César Vergottini modelando una de las figuras que le han sugerido los obreros del puerto.

EL MONTMARTRE



—¿Por qué no vienes a trabajar aquí? La luz es buena y la perspectiva, mejor.

—¿Por qué no? Mañana mismo me traigo los cachivaches.

Aquella mañana fué hace catorce o quince años. Hoy el taller de Lacámara, que apenas mide cuatro por cuatro, se convierte todos los sábados en una especie de cónclave de gente del arte. A veces es tal la concurrencia, que los que van llegando deben instalarse en el balcón o... sobre los muebles.

Me despido de Lacámara y llamo a la puerta de al lado, cuyos "vidrios" son de madera; Julio César Vergottini aparece sucio de barro. Está modelando dos figuras musculosas, de rasgos hercúleos, que impresionan por la fuerza que reflejan. Una tira de un cabo; la otra marcha encorvada, como aplastada por un peso tremendo. Pienso que estas figuras nada tienen que ver con el ambiente peculiarísimo de esta parte de la metrópoli. Sin embargo, no es así. Vergottini me explica:

—No soy de aquí, pero vine a la Boca atraído por el dinamismo de su vida. Aquí la realidad se capta en toda su plenitud. Ven usted aquellos hombres que caminan a lo

Benito Quinquela Martín explica al cronista algunos detalles de su último cuadro.



Miguel Carlos Victorica, que por su modalidad y por su estilo pictórico tanto recuerda a los impresionistas franceses del siglo pasado.

Fortunato Lacámara en su "atelier" de la casona de Pedro de Mendoza y Australia, con Vergottini.

largo del muelle. Andan con los hombros caídos, medio encorvados, con los brazos colgando. ¿Qué son? Por su tipo inconfundible y por su ropa, gente, obreros de la Boca. Quiteles usted la ropa y tendrá una expresión universal de los obreros del mundo. Lo mismo aquel que está arrojando troncos desde la barca al muelle; y aquel otro que los recoge del suelo y los tira dentro del carro. En lugar de verlos allí, imagínelos en medio de un desierto y cubiertos apenas con andrajos. ¿Qué serían? Pues, esclavos construyendo pirámides y

esfinges... En este sentido, la Boca me resulta una fuente inagotable de inspiración.

Me despido de este escultor de recia y vigorosa personalidad que es Vergottini, y llamo en la puerta contigua.

Me recibe alguien con boina, corbata negra de moño. Verle y pensar en uno de los personajes de "La Bohemia" de Murger es la misma cosa. Sólo le falta un pan-

talón ancho, de pana y a cuadros, para tomarle por genuino pintor francés, del Barrio Latino, de fines del siglo pasado. Sin embargo, no es francés, sino bien argentino. Se trata nada menos que de Miguel Carlos Victorica, uno de nuestros grandes valores pictóricos. Tampoco él es de la Boca. Un atardecer llegó a esta casona para visitar a Benito Quinquela Martín, cuando éste recién enfilaba por el camino de la celebridad.

—Tendrás que instalarte aquí, con nosotros — le había sugerido Quinquela Martín.

—Es que me encuentro muy bien donde estoy — fué la respuesta de Victorica.

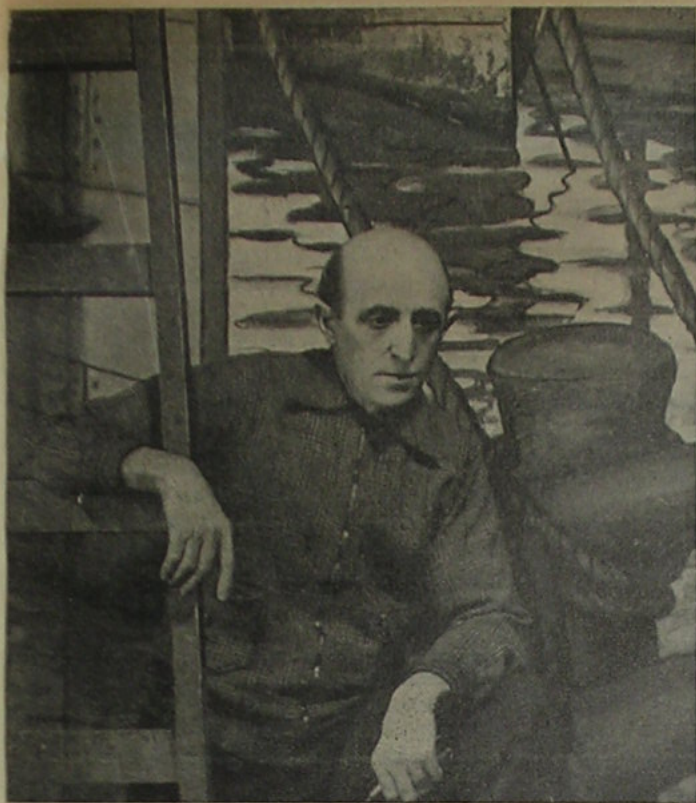
—Tendrás que venir, aunque fuera por un par de meses.

—¿Sabes que la idea no es mala? El artista debe cambiar siempre de atmósfera.

Y Victorica se instala, hace veinticinco años, en la casona de Australia y Pedro de Mendoza, a la manera de esos cascós que se aferran al muelle y no lo sueltan si no es para hundirse, desaparecer. •

BOCA PORTEÑO: LA BOCA

Pedro Patha



207

"INFORMACIONES"

- 1946 N° 104

un gran pintor argentino:

Benito Quinquela Martín

BENITO QUINQUELA MARTÍN, el pintor de la Boca —barrio marginal de Buenos Aires que se extiende sobre la desembocadura del tortuoso Riachuelo— se destaca en el arte argentino contemporáneo, con caracteres que le son netamente propios y peculiares.

Su obra —que ha merecido el comentario de la crítica internacional más destacada— y su popularidad, lo presentan ante la consideración universal como un caso único en el Arte de América.

De origen muy humilde, aprendió a pintar "sin darse cuenta", según propia expresión. Nacido en el pintoresco suburbio mencionado, comenzó sus clases de dibujo en una modesta academia nocturna de música del barrio y en la que, dos veces a la semana, se impartían clases de dibujo elemental, limitadas a la copia de estampas, mal elegidas casi siempre.

Sus primeras obras fueron retratos de gentes del barrio y con ellos obtuvo sus primeros éxitos y ganancias. Pero la inquietud que bullía en su interior, lo llevó a realizaciones de más alto vuelo y envergadura. El espectáculo diario de los muelles del Riachuelo con su rudo trajinar, donde el hombre y los guinches rivalizan en el cargar y alijar los lanchones, confundidos en un bosque de mástiles y cascos que flotan sobre el agua aceitada y espesa del río, le atrajeron por completo, y su inspiración encontró allí el tema constante y renovado que ha dado a sus telas características especiales.

"Es mi ambiente —dice él mismo—. Estoy identificado con todas sus modalidades. Yo también, como los obreros de mis cuadros, descargué carbón de los barcos anclados en la boca del Riachuelo. Mis hombros saben cómo los encorva aquella faena prolongada bajo un sol caliente. Eso era trabajar,

para poder trabajar más; me empleaba como descargador una semana para poder pintar la semana siguiente".

Quinquela Martín experimentó la sensación directa de esta vida, y supo ver todo "eso", por esto es que lo expresó en sus telas con tanta energía y vivacidad: el paisaje familiar animado en las horas de trabajo por muchedumbres activas, el ir y venir de los cargadores a través de los planchones que unen a las embarcaciones, el constante humear de las chimeneas, el rechinar de las grúas, las fundiciones, el fuego de los hornos, los viejos barcos abandonados, los puentes de hierro, y toda esa actividad resonante de la vida portuaria, tentaron su imaginación; en medio de este ambiente febril, bajo el cielo grisáceo reflejado en las turbias aguas, el hombre y el pintor encontraron su hogar espiritual y una fuente inagotable de temas y motivos.

En el año 1918, presentó en el Salón Nacional, su primer cuadro. A partir de entonces, realiza varias exposiciones de conjunto que lo incorporan al ambiente artístico. Pero su primera muestra importante, fué la realizada un año después, patrocinada por Doña Inés Dorrego de Unzué, y en la cual ya comienza a vislumbrarse una técnica más depurada y una mayor disciplina, todo ello sin desmedro de la vida que siempre han animado sus estampas portuarias. Esta exposición motivó su primer gran éxito fuera del país, en Río de Janeiro, donde realizó en el Palacio de Bellas Artes, una muestra que alcanzó distinciones muy significativas.

Desde entonces comienzan sus viajes, primero a Europa: España, Roma, París, Londres, y luego a Nueva York y Cuba, donde realizó exposiciones. Del interés que despertaron sus cuadros, es índice el número de obras adquiridas por los museos de Río

de Janeiro, del Luxemburgo, el de Arte Moderno de Madrid, la Tate Gallery de Londres, el Metropolitano de Nueva York, la Galería de Arte Moderno de Roma y el Museo Nacional de Gales, y muchas otras instituciones y particulares de países americanos y europeos.

Hablando de su pintura, el célebre pintor español Zuloaga la define diciendo que "su arte posee un significado porque tiene un carácter".

Quinquela Martín ha vivido y sentido el puerto; está como saturado de su atmósfera. En sus telas se destaca ante todo el dinamismo que de ellas se desprende; en sus lienzos ha puesto la técnica al servicio del tema y en cuanto al color, por la forma cómo administra los tonos, es evidente la influencia de los grandes maestros del impresionismo.

Sus temas y su modalidad han hecho escuela y otros pintores han explorado después, con diversa fortuna, el mundo que Quinquela Martín llevó a las galerías y le dió alcurnia artística. Ninguno como él supo expresar tan intensamente, con tanta elocuencia descriptiva y sugestiva, los temas portuarios a los que infundió su vida, solidario —en su sensibilidad de artista puro ante el drama del dolor y del trabajo— con los que, como él, han sufrido y sufren en la fatigosa y ennoblecedora tarea diaria que la vida les impone. A ellos es a quienes ha exaltado y dignificado y tal vez sea ése el principal motivo de su inmensa popularidad, que adquiere en este caso todos los caracteres de un fenómeno social.

Lo que ha predicado en su arte lo ha reafirmado en la vida, donando generosamente buena parte de sus ingresos de pintor en fundaciones de asistencia social y de educación popular, como la escuela "Don Pedro de Mendoza" de la Boca, embellecida con grandes pinturas murales realizadas por él mismo.

El arte argentino tiene en Benito Quinquela Martín, el pintor del Riachuelo, uno de los exponentes más altos y nobles. Su última exposición realizada hace dos años en Buenos Aires, fué visitada y admirada por decenas de miles de personas y por públicos como ninguna otra galería de arte ha conseguido reunir: era el homenaje emocionado y espontáneo al artista filántropo.

Narciso Lombo 35



Frente del edificio de esa escuela que, pese a quien pese, sólo será conocida por el pueblo como "la escuela de Quinquela Martín". "Vox populi, vox Dei..."

—¿Qué quiere usted hacer conmigo? —pregunta finalmente; y, sin asomo de esperar la respuesta, concreta datos—. Tenía unos pesos... pocos... fruto de la venta de algunos cuadros y de otras cosas más. Resolví entonces llevar a cabo mi proyecto de tantos años, a favor de estos chicos de la Boca, pobres moradores de casas destatadas y antihigiénicas, para quienes recibir instrucción adquiere el carácter de un suplicio. Figúrese que, en oportunidades de triste memoria, las maestras han debido renunciar momentáneamente a sus tareas a fin de atender a los niños paralizados por el frío... —¿Y el Consejo? —Como si tal cosa. —Hubiese sido un milagro otra actitud. También en las provincias es crítica la situación del escolar argentino durante el invierno. Las escuelas se caen de viejas, y es fama que cualquier adelantado, cuando se produce alguno, proviene de los mismos educadores

—Al que se relaciona con mi obra pictórica. Sospecharon que un hombre sin nociones pedagógicas estaba incapacitado para decorar una escuela. No interpretaron que mi finalidad era esa y que jamás renunciaría a ella.

—¿Logró convencerlos? —Verá cómo. Un buen día, me vine aquí con mis pomos de colores y di comienzo al primer fresco. Nadie apareció para elogiarlo ni emitir censuras. Empecé el segundo: idéntica cosa; y así hasta que recibí la primera visita oficial...

—Imagino la sorpresa de sus visitantes —arguyo.

—Y el agradecimiento —añade Quinquela Martín—. ¡Recién entonces pudimos entenderlos! Se supo desde aquel instante que no eran mis trabajos los de un artista que se limita a embadurnar paredes, sin ningún respeto para la psicología infantil, tan digna de tenerse en cuenta en estos casos. Explicué mis motivos, ubicando la razón de ser de cada uno. Dije que los frisos y otras decoraciones murales europeas reflejaban escenas de la vida infantil, demasiado familiares a los pequeños para que pudieran interesarlos, y que los dibujos animados que hoy en día se exhiben en las salas cinematográficas superan con creces a las imágenes de Caperucita y demás fábulas, cuya aplicación resulta tan trillada. Esta escuela sería, pues, la única del mundo que exaltase como tema exclusivo: el trabajo.

—Mire este panel de cerámica —prosigue con entusiasmo Quinquela Martín conduciéndome frente al que titula *Desfile de circo*—. Antes de ahora, se creía imposible llevar a cabo en la Argentina facturas de esta índole en semejante tamaño. Fui a la Escuela Industrial "Otto Krause" y probé... Supongo haber convencido a los eternos clientes de Europa.

En efecto, el panel de grandes dimensiones que tengo ante mí vista registra personajes auténticos, como lo son también los letre-

"La Escuela de QUINQUELA MARTÍN"

QUE escucha de los labios de Quinquela Martín la palabra "niños", que el artista pronuncia con toda dulzura, comprende de inmediato el porqué de su anhelo realizado.

Hubiera podido —como tantos otros— dedicar sus afanes a la creación de un museo, ya que lo persiguen inquietudes de coleccionista, o a construir un hospital, ya que sabe del dolor y la miseria; pero ha preferido desertar de ambos caminos, tallando por el aula.

—Quise alternar —expresa con humana sencillez— mis habituales "pecados" con la fundación de una escuela.

Así habla, medio en serio, medio en broma, el poeta de los temas del puerto. Trepado a un andamio, vistiendo la blusa del obrero, ha de encontrárselo empastando sus figuras hasta la hora violeta del crepúsculo. He ahí, pues, el único instante, aquel que determina la fuga de la luz, en que puede interrogársele.

Dos saltos, y Quinquela Martín está a nuestro lado, limpiándose las manos manchadas de pintura, y volviendo una y otra vez hacia los frescos su magnífico perfil de pájaro.

o de los padres de los alumnos. —Hay mucha verdad en eso. Debo advertirle, sin embargo, que, pese a la primitiva incomprensión de las autoridades nacionales que estudiaron mi plan de trabajo, luego de entrar en posesión del terreno, cuyo valor fué tasado oficialmente en 130.000 pesos, es de agradecerles el que hayan contribuido con los 320.000 restantes que corresponden a los gastos de edificación.

—¿A qué plan de trabajo se refiere usted?

ros que se destacan sobre un amplio fondo multicolor. Quinquela significa su cumplido deseo de que sólo motivos alegres y pintorescos deben adornar el muro de un patio cubierto, donde las criaturas se entregan a sus juegos. Al mismo tiempo, se trata de ilustrarlas mediante una documentación histórica del barrio en que habitan, objetivo primordial del elemento gráfico.

—Y ahora observe este fresco —indica el artista guiándome hasta el descanso de la

"La Partida", decoración mural de colores vivos, destaca su fuerza emotiva sobre el frente de una de las aulas.



amplia escalinata que conduce al primer piso—. Lo ilustran mis hombres del puerto, hechos a las rudas faenas del mar. Cargan cereales, la riqueza del país, lección que, una vez aprendida, difícilmente ha de olvidar el niño.

Pronunciada esta frase, Quinquela Martín se queda absorto, como satisfecho de la enérgica enseñanza que ha logrado establecer sin el auxilio de los pedagogos.

—La provincia de Corrientes —dice luego, explicando la decoración mural de una aula, —no tendrá por mucho tiempo sus fornidas cargadoras de naranjas, chinás de rostro opaco, gruesos labios y llamativa vestimenta. Mañana, la fruta en cajones hará del viejo método un recuerdo; será para el niño lo que esa otra imagen de las antiguas lavanderas de la Boca, que enjugaban sus llenzos en el Riachuelo, y lo que también encontrará usted en otro de estos salones.

—Muy bien logrado su excelente propósito de fijar épocas —dijo al pintor, afirmación que éste comenta de inmediato, refiriéndose al resto de los paneles.

—Es lo que le dije en un principio: a idéntica directiva obedece el fresco de los obreros del carbón, que desfilan hacia la orilla, mientras la grúa, sistema moderno de carga y descarga, se yergue detrás como una amenaza. Esto en lo que atañe a las comparaciones entre el pasado, el presente y el porvenir... En cuanto al aspecto simbólico de mi obra, queda de hecho expresado en pinturas como la del salón de canto; allí encontrará usted temas de música y danza, y en el aula contigua, destinada a los trabajos manuales, se destacan en primer plano los reparadores de velas, munidos del grueso cordel y de la aguja; al fondo, el joven carpintero ofrece el contraste de su fuerza.

—Aparte del incalculable valor moral de su trabajo, ¿en cuánto estima usted el costo del mismo?

Quinquela Martín sonríe suavemente y afirma casi con desgano:



"Destruye de circo" titúlase el primer trabajo en cerámica de gran tamaño que se ha hecho en el país. Quinquela Martín pudo lograrlo después de pacientes ensayos.



"La fogata de San Juan", antigua escena de la Boca que documenta el hecho con pintoresca realidad.

El Artista y su Obra a Favor de la Infancia

Por HILDA PINA SHAW

—Medio millón de pesos... Claro que el dato no interesa; y esto lo digo por mí, que soy un artista; otros considerarán los paneles a ese solo título, y sin pensar en mis tres años de ininterrumpida tarea...

—¿Qué capacidad tendrá la escuela?—dijo.

—Ha sido hecha para recibir a setecientos niños entre ambos turnos. Tendrán aquí, en su escuela del puerto, un albergue cómodo y seguro: un hogar. Ya no habrán de retirarse amoralizados por el frío, puesto que

hay calefacción, y podrán abandonarse a una elemental práctica de higiene: el baño tibio, con ducha, o caliente, según gusten graduarlo, en las divisiones que, a tal efecto, se instalaron en la azotea. Tendrán también su museo y el gran salón de actos que usted vió; y serán los dueños de los mascarones de proa más raros y maravillosos que existen en el mundo, esos mascarones que faltan en el Museo Naval Argentino, y que verán todos los días estos chicos de la Boca.

—Entiendo que se los han pedido—insinúa. —Pero yo no se los doy. ¡Que vengan aquí, cuando los quieran ver! —exclama Quinquela Martín, comentando la imprevisión ajena.

Luego, mientras atravesamos aulas espaciosas e interminables galerías, el pintor se embarca en una autocrítica de sus obras. Confiesa después, alegremente, que las opiniones se hallan divididas en cuanto a la técnica de las mismas, pues mientras unos lo califican de "genio", otros no tienen empacho en llamarle "loco".

En realidad, Quinquela Martín, cuyo talento ha sido exaltado infinitas veces por la crítica europea, indiscutida, puesto que se apoya en una sabia tradición artística, y cuyos cuadros figuran en los más notables museos oficiales y privados del viejo continente, posee una técnica personalísima.

Su factura, de vigorosa ejecución e intenso colorido, tiende a expresar el movimiento; de ahí su escaso interés por el dibujo tan amado del clasicismo. Pinta de adentro hacia afuera, porque así conviene a los tipos de su ambiente, y deja el culto de la línea y de la belleza plástica a los que no persiguen, como él, la pintura psicológica.

Y, por último, volviendo a comentar el noble gesto, no es fácil despedirse de esta nota, inspirada por el ejemplo de un hombre pobre, con mucho arte dentro, ofrece a quienes, sin arte, no logran hacerse perdonar su dinero.

El artista bójese sorprendido en momentos en que retoca el primer fresco que se distingue desde la entrada.



Palabras de la Srta de Pasquetti

En las biografías de los grandes artistas, a menudo la vida del creador no corresponde a la belleza y la perfección de la obra creada. Por suerte, en otros, la elevación y la grandeza de la obra anda a la par con la dignidad del artista, de tal modo, que la creación es el continuo relampagueo del alma del creador. A esta raza de sonadores pertenece el Maestro Quinquela que nos está agasajando.

No necesito analizar mis palabras para demostrar la veracidad de mis afirmaciones. Todos conocen la vida de lucha y sacrificios de nuestro gran pintor nacional antes ~~de~~ de llegar a realizar su obra y el desprendimiento y nobleza que se refleja en ella, en todos sus actos y en la obra educativa que está continuamente ^{desarrollando} realizando.

Una de estas obras es el museo de la Boca donde hoy se expone una terracota de la artista griega que ^{así} vincula su nombre con dicho museo: se trata de la talentosa escultora Frosio Ff-timidis que ha cruzado los mares

para hacer conocer su meritoria labor
en nuestro pais y merecer el sitio que
le han brindado

Ya sé lo que me van a preguntar.
? Ya Ud Señora porque le están
homenajeando? Veran Vds:

Los artistas, por su temperamento
imaginativo son algo exagerados;
y, como son capaces, de un cucu-
rucho de papel hacer una piramide,
tambien a un modesto gesto de una
aficionada, son capaces de impri-
mirle el ritmo con que desarrollan
lo que tienen de noble y grande
en su corazon. Sin embargo, me
alegro, que esta vez, su entusiasmo
haya servido para que me vincule
de mas en mas con ellos, que repre-
sentan la grandezza del alma de
nuestro noble pais: la Argentina.

Emilia G. de Passini

28 de
septiembre
de 1954

LOS NIETOS DE QUINQUELA MARTIN

POR
ADRIANA PIQUET

El pintor Benito Quinquela Martín y una delegación de nietos.



LA Boca no es del todo un barrio; su carácter es tan propio que más bien es un pueblito con su pequeño puerto de mar dulce.

Boca humilde, trabajadora, alegre de miles de colores; Boca deportista con su "bomboneira" para los hinchas del fútbol; Boca con su Iglesia Parroquial y sus capillitas donde se predica y se canta en "xeneixe", con sus marineros que bajan los santos de los altares para pasearlos por el río en barcas todas llenas de flores y banderines, parece amarrada a Buenos Aires.

En su plazuela de Vuelta de Rocha, en rededor de un alto mástil que sostiene la bandera, descansan el ancla,



En el Jardín de Infantes que nació de Quinquela Martín los niños aprenden jugando.



La vicedirectora, señorita Plá, se alegra con los niños que disfrutan en ese ambiente acogedor.

el timón, la brújula, el salvavidas, el farolito apagado y el portavoz silencioso. También tarde a tarde los viejos boquenses descansan rodeando ese mástil adornado por una escalera de cuerdas, que no sostiene ya ninguna vela y, como ellos, añora el mar.

Al anochecer, cuando se detiene la tarea del puerto y los barcos dormidos se mecen acunados por el río, cuando se azulan las aguas y aparece la primera estrella, siempre habrá algún marino enamorado que la tome por testigo de sus juramentos. Es que las estrellas que brillan sobre las aguas tienen más encanto que las que se nos aparecen entre las casas. En cualquier puerto, la más clara se llama Stella Maris, por eso es bello y poético que quienes se aman la imploren.

Ese pueblito de trabajo, piedad, ensueño y nostalgia de aventuras es el preferido de los artistas. En su ribera muchos instalan su atelier y favorecen los salones locales de exposición.

El hijo dilecto de la Boca es, sin duda, el pintor argentino de fama universal don Benito Quinquela Martín.

No hay una sola gran ciudad en el mundo que no enriquezca alguno de sus museos con una obra de Quinquela Martín. Su fama pasó todas las fron-

teras y hasta es profeta en su tierra.

Sus cuadros, de bellos, expresivos y amplios trazos, iluminan con los colores de todos los puertos. Son la verdad en el arte: de las aguas, de los barcos, del cielo estrellado, de la apacible alborada o de la sombría tempestad. Son la vida de los hombres entre los cordajes y en los astilleros, o tejendo redes, o cargando bolsas, o bailando y cantando a bordo. Alguna vez, por desgracia, aparece un marinero herido o un estibador que se desploma; entonces Quinquela vuelca su angustia en un cielo amargo y triste.

Algunos cuadros de Quinquela valen una fortuna, pero él jamás podrá ser un hombre rico: esto lo separaría de su barriada, que lo inspira, y se aseguró la pobreza.

En el año 1933 Quinquela donó un amplio terreno en la Boca, frente al río, para la construcción de la actual Escuela Museo Pedro de Mendoza. Lo donó con la condición de que se le aceptara dar más aún. Así se aseguraría la permanencia del arte en su querida ribera. Una de las condiciones de la donación es que sus obras y la de otros artistas que se exhiban en el Museo queden como propiedad nacional.

Transcribo del acta algunas de las generosas condiciones:

"La dirección y organización del Museo quedará a cargo del suscrito y será de carácter honorario; el mismo se compromete someter a la aprobación del H. Consejo N. de Educación la reglamentación del Museo".

"Si el H. C. consintiera en que el suscrito decorara las paredes interiores del local con temas de su especialidad, que son los motivos del puerto y de fábricas, en todos sus aspectos, me comprometería a hacerlo gratuitamente, sin remuneración alguna, en el pensamiento de que así proceder contribuiría a dejar para la escuela argentina una obra artística realizada con sincero idealismo".



Los niños desayunan, almuerzan y meriendan en un ambiente henchido de claridad y realzado por la belleza.

"Si el H. C. aceptara la donación con las condiciones consignadas, los gastos que demande la mantención del Museo correrán por cuenta del suscripto mientras viva".

Todo lo dió Quinquela. Todo lo sigue dando; el Museo demanda continuamente gastos. Muchos han olvidado ya su desprendimiento y tal vez hayan ignorado siempre las obligaciones que se impuso al hacer la donación.

Los niños nada saben de los desvelos del director, pero lo quieren a Quinquela, quien se les acerca con la sencillez de sus mayores, viste modestamente como sus padres y hasta pronuncia con un dejo agringado.

Los colegiales de la Escuela Museo trabajan en aulas magníficamente decoradas. Jamás olvidarán la lección de arte, silenciosa, de las paredes que embellecieron sus estudios primarios.

Un ensueño de claridad y alegría es el Jardín de Infantes, donde los pequeños están rodeados por sus habituales amigos, pintados con gracia y talento por Roberto Rannazzo.

Aquí están la familia Conejín, un escarabajo con sombrero de copa, la Hormiguita Viajera, un elefante equilibrista.

El Jardín de Infantes, que dirige la señorita Alda Tellería, depende del Ministerio de Educación; es su vicedirectora la señorita Josefina Elba Plá.

Los padres dejan allí a sus criaturas desde la mañana hasta la tarde. A los niños se les da desayuno, almuerzo y merienda; también algo se les enseña, pero sobre todo se los cuida y se los quiere. Quinquela asiste siempre a sus fiestas. Le gustan su inocencia, sus cantos y sus juegos.

A los pequeñitos lo que más los alegra es subir al estudio de Quinquela, que lo tiene en el tercer piso del edificio.

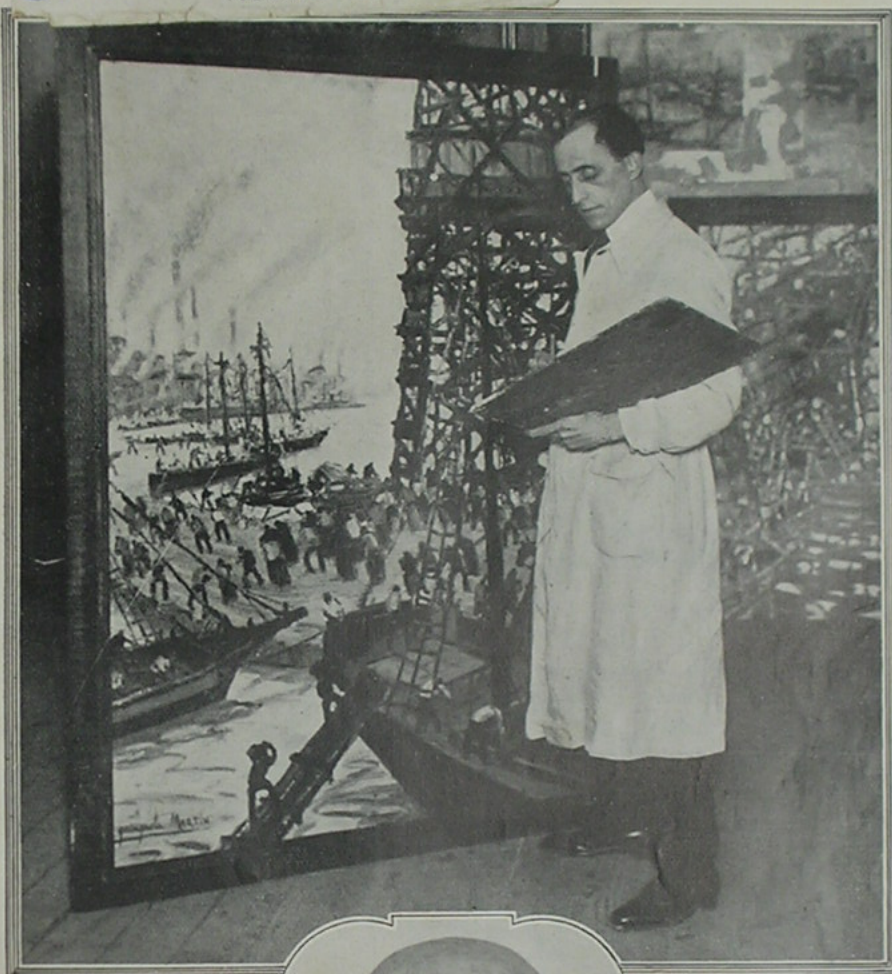
—Antes de retirarme —le dije a la señorita Plá— iré a saludar a Quinquela. —Entonces los niños, muy quietecitos hasta ese momento, se agitaron y se nos vinieron encima gritando: —¡Yo también quiero ir, yo también!

Como no era posible ir todos, tuvimos que escapar a escondidas, pero un grupito nos alcanzó.

Quando llegamos al estudio la improvisada delegación, faltando a la promesa de portarse bien, se nos escapa. Corren todos, más bien vuelan, entre los inmensos cuadros y los caballetes. Al fin descubren a su amigo, lo atropellan, lo abrazan, se le cuelgan del saco. Quinquela se sienta para no caer. La mirada observadora habitualmente suave del pintor se ha dulcificado hasta lo infinito. Conversa candorosamente con los pequeños de sus menudos problemas. Su mano de artista es buscada por las manitas de los niños y don Benito Quinquela Martín, feliz, desborda de ternura como un abuelo.

El Suplemento

"INVIERNO"
AÑO IX: N° 267 JULIO 16 DE 1928.



Quinquela Martín, apenas llegado, renueva sus inquietudes artísticas, entregándose de lleno a su labor.

AQUELLO es inmenso y fantástico. Se concibe, solo contemplándolo, el milagro perenne de esas construcciones de gigantes que países de viejas civilizaciones tardaron siglos en levantar y que Norte América realiza de inmediato. Es, sencillamente, estupendo. Y así como todo es grande en el orden material, lo es también en su espíritu. El hombre vive al ritmo nuevo y dinámico de conceptos ultramodernos y de definiciones humanas, que si no fueran una espléndida manifestación de vida real, a cada instante observada por el extranjero, constituirían una magnífica doctrina a seguir, casi una religión a cultivar. Para decirlo



todo: sencillamente, magnífico. Quien nos habla así es Quinquela Martín. Estamos en el balcón de su estudio. Hace un bello sol, que espeja sobre las aguas de la "vuelta de Rocha" y espolvoreaoros vivos en los mástiles y cubiertas de cien barcos inmóviles.

Quinquela Martín, por la escultura norteamericana George Blandy.

—¡Adiós, Quinquela!
—Salud, hermano.
—¡Viejo Benito!

Los hombres de la ribera saludan cordialísimos al pintor de su rincón de puerto. Si hasta parece que los barquichuelos se engalanarían con magnificencias do-

RELATO/ DE VIAJE

DE

QUINQUELA MARTÍN

fealdad, se desarrollan en proporciones gigantes. La vida tiene allí explosiones de inmensas resonancias. El hombre es contemplado individualmente como un valor que ofrece incommensurables posibilidades. El obrero vive con dignidad y su bienestar mantiene perfecta relación con su esfuerzo.

—En las fábricas de Pittsburgh—nos dice Quinquela—me llamó poderosamente la atención el ver ante los establecimientos una cantidad inmensa de automóviles de las más variadas marcas. En una de ellas entré a las dos de la tarde y salí a las seis; allí estaban los "autos". ¿A quién aguardaban? Pregunté, y me respondieron: "Son los coches particulares de muchos obreros."

—Sorprendente.

Como no apareciera nada, averigüé, protesté y resultó que según el contrato redactado en inglés, los empresarios en cuestión no se comprometían a "hacer publicar" las informaciones, sino que harían lo posible porque se publicaran, cosa muy distinta, que me costó aquella suma.

Quinquela ríe y añade:

—Una golondrina no hace verano. Cuando no se domina una lengua, siempre ocurren chascos. ¿Han de deducirse de ellos conclusiones generales? No. En todos los países hay pilletes.

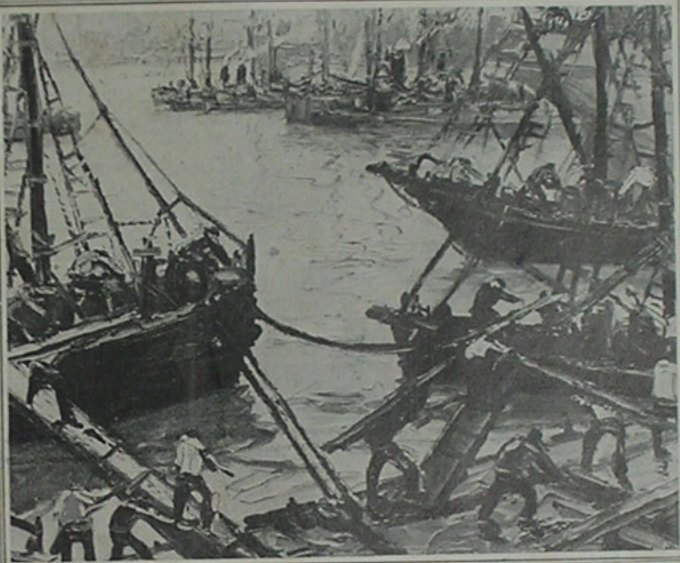
—¿Y cómo le fué en Cuba?

—Artísticamente, bien. Hice conocer un aspecto del arte argentino y eso es mucho, ya. ¿Verdad?

—Exactamente. ¿Y ahora piensa viajar o...?

—No, nada de viajes. De nuevo a mis pinceles. El puerto tiene que revelarme aún muchas de sus visiones de belleza y yo debo serle fiel, porque en su espíritu multiforme y poderoso reside la razón de mi arte.

Lo dejamos abstraído en la contemplación de "la vuelta de Rocha". El sol esmalta las aguas y dora los mástiles. Un velero se aleja y una bocina lanza su alarido...



"Contrabando", adquirido en La Habana por el conde de Rivera.

Tanto, que quise comprarlo. Esperé la hora de salida, y efectivamente: más de quinientos obreros subían a sus coches y partían luego, con la mayor sencillez del mundo. Ahora, ¡calcule usted los asombros que causaría en un país latino el obrero que se presentara al trabajo en un "seis cilindros"!

Y aparte de eso, ¡los comentarios que harían sus patrones! Porque el potentado latino, en su mayoría, posee el curioso concepto de que el obrero o el empleado carece de todo derecho al bienestar y, como lo cree así ciegamente, hace lo imposible por multiplicar su explotación, disputándole fieramente los centavos.

—¿Y qué tal aquel mundo femenino?

—Delicioso.

Quinquela arruga el ceño por primera vez en nuestra entrevista. Luego nos enteramos de que hay motivo para ello. Una aventura. Un amorío. Un adiós y un recuerdo dulce y triste. El artista es hombre.

—Son deliciosas aquellas mujeres—repite.—Un pintor tiene allí modelos estupendos. La mujer norteamericana es una encantadora compañera que no comprende la impudencia latina. Ama, podríamos definir, por comprensión, por conocimiento, por imperio de las sugerencias del hombre que logra llamar su atención. Sus impulsos—si los tiene—están reglados por un concepto sano y libre de la dignidad femenina del mutuo respeto. Un Don Juan que se enamora a las dos horas de conocer a una mujer, obtiene allí el más rotundo fracaso.

—Y, a propósito—interrumpimos.—¿es verdad que alguien lo estaba en cierto contrato de propaganda?

—Exactísimo. Me exigieron quinientos dólares por anunciar la exposición en varios órganos de publi-



La lectura de las crónicas que saldarán su arribo a la patria le causa nobles satisfacciones.

ALFREDO QUIROGA

7 de Mayo de 1933 -

LA NACION

219

LA VIDA NOVELESCA DE QUINQUELA MARTIN

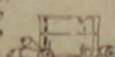
por
Octavio Ramirez



Quinquela Martín a bordo de una chata con
un práctico, comiendo el famoso fainá



Frente del comercio donde
trabajó el artista ante que
su nombre fuese difundido
por sus cuadros



La escalerita que
conduce al estudio
del pintor



DOMINGO 7 DE MAYO DE 1933



La Boca, la Boca del Riachuelo, ha metido en la ciudad el nombre de Quinquela Martín. Lo ha arraigado lenta, pertinaz, profundamente, como uno de esos barcos de quilla vieja que se agigantan en sus telas llega a puerto, tras la travesía larga y despaciosa, tejida de esfuerzos y de esperas. En la ciudad y mucho más lejos. Sus cuadros de puerto, de descarga, de astillero y de fragua, la Boca febricitante del día, la Boca pensativa, del atardecer, están en museos de las grandes capitales del mundo. La Boca, como motivo portuario, tiene ciudadanía de arte, y remacha, con la austera grandeza de su paisaje, hecho de quillas y arboladuras, la fama de su pintor, fuerte, musculosa, como una operación de descarga. Pero las telas de Quinquela Martín ya las conocéis; y ya han sido suficientemente juzgadas por cien críticos, nuestros y extranjeros. Bajo el pintor busco al hombre. También del hombre se ha tejido algo la historia de su vida, una historia con sabor de leyenda y que, sin embargo, es perfectamente verdadera. Pero yo busco ir más hondo. Busco no sólo contar su vida, que ya, en parte, ha sido relatada, sino beber en sus palabras, hurgar en sus expresiones, el efecto, la huella que su existencia, ruda, cambiante y triunfal, ha ido dejando en su espíritu. Conocer el sabor que han dejado sus años de obrero, la impresión que le han producido sus brascas vueltas de fortuna, desentrañar la raíz del hombre bajo la coraza, aparentemente fría, del pintor, me parece curiosa exploración psicológica en este ejemplar humano que, como pocos, ha conocido los extremos de la pobreza, la fatiga, la lucha, la ascensión, el triunfo y el dinero. Y la entraña de Quinquela Martín es profunda, recia, intransformable, como sus barcos, que vuelven iguales, cada tanto tiempo, a su fondeadero de la Vuelta de Rocha, después de todas sus travesías, a través de todos los mares, de todos los puertos, de todos los vientos.

EL HOMBRE QUE NO CAMBIA.

Caminábamos una tarde con Quinquela Martín por la ribera soleada. De pronto un hombre viejo, que estaba descargando carbón de una chata, lo saludó familiarmente. Como yo me asombrara un poco, me dijo:

—Hemos descargado carbón juntos; aquí, en este mismo sitio; tal vez de estas mismas chatas.

Yo ya sabía, como que es el detalle en que más se ha insistido, que Quinquela Martín ha sido obrero de puerto. Pero la visión de los lugares y de las personas da a lo que se cuenta un relieve más poderoso, un interés humano más comunicativo. Mentalmente hice la comparación: los dos partieron de un mismo camino, de una misma situación; los dos eran iguales; hoy Quinquela Martín es un pintor famoso, y aquel hombre viejo, quizá envejecido por la rudeza de su tarea, sigue y seguirá siempre cargando carbón. Y me interesó saber cómo eran actualmente las relaciones con aquellos compañeros de dura faena, cómo lo miraban ahora, que había llegado a ser un hombre tan distinto a ellos. Y Quinquela me dice:

—Igual que antes. Exactamente igual. Yo, cuando ando por la ribera, me visto siempre de obrero. Y ellos me saludan, se me acercan, me conversan, hacemos rueda, como antes, lo mismo que antes, en el mismo tono. Hablamos de las mismas cosas vulgares, del trabajo, del puerto, del barco que se va, del que está por llegar.

—¿Nunca le hablan de su cambio de situación, de sus cuadros, de su arte? — le pregunto.

—Nunca. En realidad, no les interesa. Me miran pintar; a veces observan un rato lo que estoy haciendo, pero no les llama la atención. Solamente tienen un concepto, un poco vago, de mi cambio de vida, en algunas cosas. Por ejemplo, les despierta curiosidad saber que yo me trato con gente que ellos miran con una sugestión legendaria, que he conocido millonarios, grandes políticos, que he comido con reyes. Y, entonces, con una candidez encantadora, me preguntan: "¿Vos qué hacés cuando estás con esa gente, de qué les habías, cómo comés?" Y no saben, y no consigo explicarles, porque no me lo creen, que, en el fondo, todos los hombres son iguales, que en todos los ambientes yo soy el mismo; creen que para alternar con esa gente tengo que haber aprendido otro lenguaje, otras maneras, cuando yo en realidad siempre soy el mismo, siempre me siento el mismo, con todos, con los poderosos y con ellos, en un salón de Nueva York o de Roma, o en una mesa de "El Pescadito", entre obreros, tripulantes y pobres mujeres, pálidas de miseria.

Y es cierto: yo lo he observado en esto y en muchas otras cosas; todo ha cambiado en el destino de Quinquela Martín; el hombre, sigue, inalterablemente, el mismo.

EL ESTUDIO DESTARTALADO.

Al llegar a su estudio tuve una sorpresa, una sorpresa fuerte, como la persistencia, la continuidad con que este hombre sigue aferrado a su vida de siempre, a pesar de todos los vuelcos felices de su destino. Yo consideraba que era muy lógico que en sus épocas de pobreza, cuando pintaba un cuadro por quince pesos y todavía el patrón del barco que se lo había encargado se lo rechazaba porque los detalles no eran de una exactitud fotográfica, tuviera un estudio pobre, en la más pobre de las casas de la Boca. Pero creí, razonando tal vez un poco superficialmente, que después de haberse hecho pintor de fama, expuesto en Buenos Aires, viajado por las grandes capitales, podría costear, con sus cuadros cotizados en dólares, un "atelier" lujoso, en cualquier rascacielo del centro de la ciudad. Y ha sido todo lo contrario. Quinquela Martín no se ha movido de su rincón de la Vuelta de Rocha, en cuyo fondo, que al mismo tiempo da frente al canal, en una esquina, en una pieza de un primer piso, tiene el pintor su taller. La casa es vieja, y Quinquela, que no vive en ella, sino en las inmediaciones, no la ocupa por entero. Es casa de artistas. Los pintores Pablo Molinari y Vicente Vento y el escultor Roberto Capurro tienen allí sus "ateliers". El de Quinquela ocupa una sola pieza, grande, fría, destartalada. Casi no hay muebles, como no sean unas cuantas sillas viejas. La vez de las paredes está cubierta, casi íntegramente, por grandes dibujos al carbón. Las telas, recostadas unas sobre otras, sin orden, hacinadas, dan la sensación de una enorme labor. El pintor, simplemente, naturalmente, casi sin comentarios, las va dando vuelta para mostrarlas. Sólo dice: —Estoy contento porque veo que progreso en el color, que cada vez me va siendo más fuerte, más recio, y porque logro con la espátula efectos de una fineza que antes no conseguía.

Yo le pregunto por qué, pudiendo costearse ahora un "atelier" lujoso, céntrico, continúa anclado en su viejo taller. El me da una explicación que, sin duda, desde el punto de vista artístico, es perfectamente convincente:

—Porque — me dice — yo no puedo salir de la Boca, del puerto; tengo que tener todos los días, todo el día, por delante este paisaje de mástiles. En cuanto yo me trasladara a la ciudad, se me iría de la retina, y ya estaría irremediablemente perdido para mi arte.

Y es cierto. Pero aun en el mismo sitio, aun sin moverse de su nido de barcos, el pintor podría haber encontrado o arreglado un taller casi lujoso, más en armonía con sus medios y con su fama, para recibir apropiadamente a las personas de importancia y de situación que, con frecuencia, se llegan hasta su retiro. ¿Por qué no se ha preocupado de hacerlo así y sigue conservando el taller pobre de un pobrísimo artista que se inicia? También aquí está, de cuerpo entero, el hombre que no cambia. No se le ocurre, no siente la necesidad, quiere ser siempre el mismo, con su sello de pobreza, de puerto y de suburbio. Un barco que no cambia, a pesar de todos sus viajes.

EL MISTERIO DE SU ORIGEN.

Había oído hablar, como que se ha propagado mucho, del origen desconocido de Quinquela Martín. Se ha insistido mucho en ello y es cierto. Pero me interesaba, sobre todo, su reacción ante el tema, el choque espiritual que ha producido en él esta situación de incertidumbre aguijoneante, cómo la comenta y cómo la siente. Dudé un poco antes de decidirme a tocar el tema. Luego me aventuré con cierta timidez. En cuanto comprendió la alusión, me dijo, con una ruda franqueza:

—Sí; yo soy hijo del amor.

Y con toda naturalidad comenzó a explayarse en el tema, con una precisión de detalles que no son conocidos, y que, sin duda, son interesantes, porque completan la extraña figura de su origen.

—Yo fui dejado en la Casa de Expósitos — me va diciendo — en la época en que se echaban en el torno, si bien con una serie de precauciones que parecían indicar el firme propósito de recuperarme después. Escrito a lápiz, muy apresuradamente, había un papel que decía así: "Este niño ya ha sido bautizado y se llama Benito Juan Martín". Y, junto a él, la mitad de un pañuelo, con una flor bordada, cortado en diagonal, de modo que la otra mitad, con la cual tenía que coincidir exactamente la otra parte de la flor, era la señal para retirarme. Estaba muy cuidadosamente envuelto en algodones y con ropa muy fina, lo que indica que las personas que me dejaron gozaban de holgura económica. Como sólo cuando se abandonan los niños sin ninguna indicación se sabe que nadie vuelve a buscarlos, todas las señas de que se me había acompañado hicieron creer a las autoridades del asilo que yo sería retirado en cualquier momento. Sin embargo, no sólo no sucedió así, sino que, durante los siete años que estuve en el hospicio, no recibí una visita, ni nadie nunca preguntó por mí, lo que puede afirmarse con certeza, pues todas las visitas se anotan en la ficha del expósito y la mía no contenía ninguna anotación. Sin embargo, era evidente el propósito de recuperarme, como es evidente que después no se dió ningún paso para hacerlo. ¿Qué fuerza misteriosa, qué acon-

tecimiento imprevisto, qué drama extraño habrá sobrevenido para determinar un cambio de actitud tan fundamental? ¿Quién sabe... quién sabe...! Es algo tan raro, tan inexplicable, que no se puede saber, que nunca se podrá saber.

Y el pintor calla y se queda con los ojos fijos, clavados en el misterio indescifrable de su origen. Yo le pregunto:

—¿Y usted no tiene la menor sospecha, la menor suposición, de quiénes pueden haber sido sus padres?

—No — me dice —. A veces pienso. A ratos me da por pensar. No sé por qué, se me ocurre que gentes del interior. Quizá alguna mujer del interior que ha vivido su romance fugaz en la ciudad; que luego ha tenido que ocultar su falta abandonándose, que ha vuelto a su provincia y que después las circunstancias de la vida, vaya a saberse qué, le han impedido volver a buscarme. ¿Quién sabe... quién sabe...! Cuando uno piensa, se le ocurren tantas cosas que sería romperse la cabeza seguir pensando.

Entonces le dirijo la pregunta directa, honda, para pulsar al hombre:

—¿Y usted no siente siempre la inquietud de su origen, el dolor de no saberlo, la desesperación de no poder describirlo?

Y Quinquela me responde con toda naturalidad:

—Ahora ya no. Antes sí. Tuve una época, bajo la influencia de una pieza de teatro que fui a ver cuando era muchacho y que trataba este problema, en que me desviví por averiguarlo. Tuve muchas noches de insomnio, muchos días febriles. Traté de hacer todas las averiguaciones posibles. Fui al asilo, pedí todos los datos que pudieran proporcionarme, y sólo obtuve los que acabo de darle, y que no me condujeron a aclarar nada. Después, poco a poco, fui olvidándome, resignándome, aceptando la situación tal cual era. Y hoy, sinceramente, ya no me preocupa nada. Mis padres ya son para siempre los buenos viejos que me sacaron del asilo a los siete años y con los que vivo y seguiré viviendo. Acaso para un artista sea más interesante, por lo mismo que es más angustioso, no conocer su origen. Es cierto: yo no he tenido madre. Me he criado en un asilo. En un asilo donde, dentro de lo posible, rodearon de cariño mi niñez. Después, las señoras de la Sociedad de Beneficencia me han mostrado siempre una afectuosa solicitud, han prestigiado mis primeras exposiciones, se me han mostrado orgullosas del único expósito que ha resultado pintor.

Y Quinquela sigue hablando, con entusiasmo, con emoción, de las señoras que lo miran como un hijo ilustre del asilo. ¿No hay en esto una aspiración, un dolor concentrado, una inconfesada necesidad de madre?

EL HOMBRE Y EL AMOR.

Siempre que busco en el artista al hombre, lo busco en el amor, porque me parece que es donde debe retratarse más profundo y más fuerte. Quinquela es soltero y solo. No se le conocen amores largos, a la luz del público, ni compañeras, que tan comunes son en la vida bohemia de los artistas. Cuando le hablo de esto, me dice:

—Es cierto; nunca he tenido una compañera, ni la tendré ya, porque no la tuve a tiempo. La muchacha modesta y buena, la modelo, o la mujer, cualquiera que sea, que por alguna circunstancia vive vinculada a nuestro ambiente, es la compañera para mitigar la soledad de los veinte años y alentar al artista que empieza. Yo, en esa época, no la encontré, y hoy esa época hace ya mucho tiempo que ha pasado para mí. ¿Amores? Los he tenido, como todos los hombres. Pero siempre transitorios, fugaces y, la verdad, puramente físicos. Siempre me he cuidado mucho de no atarme espiritualmente a ninguna mujer. Cuando empecé a tener fama, llegaron hasta mí algunas, que no se habían enamorado de mí, sino del artista de moda. Yo conocía esto, porque lo mismo les había pasado a mis compañeros, que alcanzaron la fama antes que yo. Y por falta de fortaleza, por tomarlas con demasiada ilusión, se perdieron para su arte, sufrieron, se perturbaron, se abandonaron, en el afán imposible de querer hacer eterno lo que tiene que ser transitorio, de atar a una mujer que tiene que irse, porque su vida, su destino, su mundo, son otros que los nuestros, y eso no hay poder humano que lo modifique. Entonces me apresté a la lucha, vigilante de no dar mi espíritu. Vivi, no tengo por qué negarlo, romances ardorosos, febriles, pero siempre rápidos, siempre breves. Sabía que no podrían ser para mí, más allá de la exaltación fugaz de una aventura; y no me empecé en retenerlas, las dejé ir, y volví a mi arte. El artista no debe tener otra preocupación. Todo lo demás debe ser secundario y pasajero. A veces vienen a verme; se van, y yo tomo los pinceles y sigo pintando. Y, así, seguiré siempre, siempre.

Ved si el hombre es entero, fuerte, intransformable. No lo ha cambiado ni la gloria, ni el dinero, ni el amor. Ni el amor lujoso, deslumbrante, que el obrero no pudo conocer y que se le presentó de golpe, como una revelación, como un regalo del destino al artista triunfante. Pero él, siempre el mismo, inalterable, igual, de vuelta de todos sus éxitos y todos sus viajes, siempre en su taller pobre, en la ribera que alimentó su arte, en su rincón de la Vuelta de Rocha, encandilado en el panorama de mástiles, mirando hacia el canal los barcos amigos que vienen y van.

Octavio Ramírez



La Vuelta de Rocha, que tantos motivos pictóricos ha dado al gran artista.



"Modelación del acero", una de sus obras

Quinquela Martín y su obra

El mar tiene como la montaña, su ambiente peculiar, la persecución y la conquista del cual, representa el éxito para quienes logran aprisionarlo aun cuando más no sea en un cuadro o en un verso, por cuanto aunque vamos a hablar de un pintor, no hay que omitir la manifestación aquí muy oportuna de que aun con distintos elementos, la misma operación mental preside un verso de H. P. Blomberg como un cuadro de Quinquela Martín.

Lo que alimenta al cuerpo no es lo que para el mantenimiento del cuerpo se come, sino lo que él es capaz de digerir. El conocimiento de una materia no es el tiempo que se estuvo estudiándola y la cantidad de libros que se leyeron sino sencillamente la ca-



voluntad suficiente de madrugarse para ir a mojarse los pies a la orilla de la playa o empuñarse

concepciones análogas se regocijen con ellas. No cabe negar valía a la técnica. Es más: sin la técnica acaso las concepciones más felices no hallarían adecuada interpretación, pero el mismo genio que lleva a la inspiradora agrupación de elementos artísticos da la perseverancia para entender en las inevitables materialidades del pomo y la paleta.

El ambiente de la montaña que, para orgullo de esta región, ha quedado indeleblemente impreso en algunos cuadros de De Lucía y de Bravo y en uno que otro verso de Tudela, es muy distinto al del mar.

¡Mar de eterna moviente superficie, temible, hasta cuando se aduerme en las noches de luna, para que los viajeros que lo cru-

Un rincón de la Boca



NOTABLE CUADRO, DE QUINQUELA MARTÍN, ADQUIRIDO POR EL GOBIERNO DE LA PROVINCIA.

pacidad del que lee para interpretar la materia de sus predilecciones. Un cuadro no es un señor que domina la línea, maneja a maravilla el color y tiene la

de nieve en las altas cordilleras, un cuadro es un momento del alma transcrita íntegramente en la tela y dejado allí para que los que son capaces de sentir sensa-

zan se empapen de su poesía grandilocuente. Magnífico espejo del sol, dócil servidor del viento a cuyo azote alza bravo los brazos espumosos de su oleaje

sonoro, hermano de la lluvia, con la que gusta confundirse cuando alza la retorcida clépsidra de la tromba, peligro de isleños y navegantes! Hace milenios de siglos que ruje entre los desmoronados continentes que te estrechan y a penas si uno que otro poeta olvidado o pintor no suficientemente reconocido han llegado a comprender tu lenguaje y han llegado a tu espíritu.

Yo he visto un cuadro de Quinquela Martín y he dicho: este pintor entiende el lenguaje del mar. Si las auras de la celebridad han llegado hasta él no interesa tanto como la impresión imborrable que dejó su tela en mi retina primero y luego en mi archivo subconsciente donde hay tantas cosas buenas de esas que la gente práctica dice que no sirven para nada...

El mar aquí es el viscoso y grisáceo de los puertos, ilimitado por los brazos pétreos de las murallas de los diques, domado por el ejetreo de las pequeñas barcas que lo cruzan en todas direcciones, agraviado por la suciedad de todos los desperdicios que se le arrojan del vientre de los barcos, retazo exiguo de agua, sobre cuya superficie reverberan imperfectamente las nubes de un día sin sol y el bosque de mástiles de los bergantines y goletas que se eternizan en la carga, la descarga o el calafateo de ese rincón de la Boca del Riachuelo, del que el artista conoce el alma, porque nació en él y él le ha inspirado sus mejores trabajos.

Forman el ambiente de esta tela, que nos servirá de tipo genérico, el susodicho retazo de agua, un cielo entoldado de nubes y del humo de las chimeneas de los barcos y una tristeza que es el producto de algo que no puede ser color ni línea, sino que es precisamente el resultado de toda esa magistral combinación de elementos mediante los cuales el artista presenta el momento psicológico del paisaje y el de su propia alma, contagiada de la melancolía de todas las riberas, en donde llegan gentes que lloran

remotas patrias y en las que abandonan llorando la suya otras gentes...

El mar es casi siempre triste, porque es barrera y a un tiempo vehículo, porque nadie puede afirmar al cruzarlo que llegará a puerto, y porque la gente de mar es por propia imposición de la majestad del imponente océano, retraída y misantrópica.

Pero vamos al modo de hacer de Quinquela Martín. Si se acercáis a la tela no se verá sino trazos toscos de pincel, rayas profundas de espátula, combinación al parecer caprichosa de colores. Las figuras humanas no guardan ninguna estética. Cabezas pequeñas, cuerpos largos, pies desproporcionadamente grandes y lo que es más, actitudes al parecer irreales. Pero alejados. Colocados en esa distancia para la cual fué hecho el trabajo, esas figuras no sólo recobran la armonía que les corresponde y la perfección debida, sino que adquieren movimiento. El hombre que tira del cable, está allí en su trabajo; el que se agacha por el peso de la carga, está allí "hasta con su pesar de que la vida sea tan pesada como ella" y el que fuma más lejos, fantasea o recuerda, todo en fin revela su íntimo sentimiento y todo colabora a esa sensación por la cual el autor se impuso desde que se inició en las complejas labores del arte en el cual es hoy maestro eximio.

Necesitamos largo espacio para ocuparnos detenidamente de este artista y su obra como ésta y él lo reclaman. Por hoy dejaremos estampada la impresión que nos proporcionó una de sus telas, que es como mejor imaginamos definir, si cabe hacerlo, su temperamento extraordinario.

R. R. V.

21 de Julio de 1936

226

DARIO REGOLI ZAMBRANO



EL PINTOR DEL RIACHUELO

Las 9 de la mañana de un domingo. Llegamos al final de la calle Almirante Brown, después de haberla recorrido en toda su extensión. Estamos en pleno corazón de la Boca. Echamos a andar por la Vuelta de Rocha, cuyo sólo nombre evoca su fama tremenda de otras épocas; sin embargo, en esa mañana fresca y luminosa de sol, todos aquellos recuerdos esfumanse de nuestras mentes para dar cabida a las impresiones que vamos recibiendo. Seguimos bordeando el Riachuelo por la calle Pedro de Mendoza y prestando preferente atención a

vaidas.

Entramos avanzando por el zaguán; un modesto patio de baldosas rojas nos recibe; en una de las paredes de la izquierda, junto a la escalera, vemos un rústico cartel que dice "Quinquela Martín Pintor". No hay duda ya: es allí. Subimos, y otro pequeño patio, en el que 4 o 5 macerones de proa montan guardia. Pocos pasos más; cruzamos dos puertas y allá, junto al balcón, el mismo que os serváramos desde la calle, está nuestro hombre.

Qué distinto lo había imaginado! Cuando me invitaron para vi-

na y vigorosa y por la vida que llevan sencilla y de trabajo. Nada hay en él, en este sentido, especialmente extraordinario a primera vista. Cuantos le habrán imaginado sin embargo, un hombre corpulento, de anchas espaldas, ademanes envoltorios, con la carcajada sonora de los éxitos y como generalmente se observa en los del gremio, con un enorme modo en proporción, o más bien en desproporción, a la fama. Estas son las sorpresas a que se exponen los que alardean de profundos conocedores humanos; pretensión generalizada en esta época

de psicoanálisis, y que todo el mundo dice codarse con Freud y con Adler. Nos saluda amablemente, agra- deciendo nuestra visita, que como la de los que ya están allí y los que llegarán en el resto de la mañana, recibe complacido ya que los domingos son los días que él dedica en su "atelier" a satisfacer la justificada curiosidad de sus admiradores, amigos, alumnos y si se me permite los clasificados

los detalles de sus construcciones, del ambiente y de sus tipos. Caminamos unas cuantas cuadras hasta llegar a tener una visión amplia del Riachuelo, que se pierde allá en la lejanía entre una red de mástiles y de chimeneas en reposo. Uno de los compañeros señala y dice. Allí es. Seguimos con la mirada su indicación, hasta que ésta choca con una esquina de construcción antigua, de cuyo balcón del primer piso pende un sal-

sitarle su nombre respecto en múltiples imágenes asociadas. Hacía años que yo sentía hablar de Quinquela Martín; su nombre me era familiar a través de informaciones periodísticas que daban cuenta de sus viajes a Europa y a Estados Unidos de sus exposiciones, de sus triunfos, de las distinciones a que se había hecho acreedor y hasta de las falsificaciones de sus cuadros. Recordaba por otra parte la entonación

de psicoanálisis, y que todo el mundo dice codarse con Freud y con Adler.

de psicoanálisis, y que todo el mundo dice codarse con Freud y con Adler.

y el orgullo con que había sentido decir a algunos dueños de casa: "Es un Quinquela!". Mas aún; reproducía "in mente" las pocas telas que yo había visto en exposiciones anteriores, y hasta la intriga que sentía por saber por qué debían ser solo esas "compañías marinas" y no otros, los motivos inspiradores de sus trabajos. Todo esto se agolpaba en mi cabeza buscando una aclaración que pocos momentos después había de alcanzar con máxima admiración para ese nombre.

Benito Quinquela Martín es, como todos los que realmente valen, un hombre modesto y sencillo, lo que se advierte en sus actitudes y diría que hasta en su físico. De mediana estatura, magro, nervudo, accionando en forma mesurada y serena; su cabeza más bien pequeña y poco cubierta presidiendo una frente despejada; los ojos chiquitos y vivos y profundamente colocados en las órbitas; la nariz aguilada y las mejillas descarnadas pero con el carmin natural, común en los hombres de su barriada por la textura sa-

como "hinchas", que también los tiene Quinquela Martín. Mientras charlamos y observamos, nos dedicamos a descubrirlo, por así decir, ya que durante toda la mañana no hace sino mostrarse tal cual es. Sus conversaciones, sus espontáneas inquietudes, sus sentimientos, sus proyectos, la exhibición de sus últimas telas y bocetos, son todas oportunidades que nos muestran las diversas facetas de su personalidad fuerte y poco común.

Tenía razón Jorge Sand, cuando decía: "Lo que vale del hombre, es su obra". En Quinquela Martín debe valorarse su obra como artista y como hombre. Referente al artista yo debo excusarme de hablar, ya que elogios y los necesarios, sus méritos son conocidos y lo que es más, han sido revividos y justamente apreciados por quienes saben y comprarten realmente de arte pictórico. No obstante aún como profano, encuentro que en sus telas ha imprimido todo su sentido artístico y llega a través de una transformación personal de su técnica a darle un contenido social y profundamente humano. Partiendo de las palabras de Ricardo Gutiérrez y las reproduzco: "Quinquela conoce a fondo su vieja Vuelta de Rocha. En ella se formaron sus afanes; en ella vibró como una cuerda tendida toda su esperanza. En ella — aunque no lo quieran los que se amargan por el éxito de los otros — encontró toda su fuerza y la suprema alegría de su triunfo. Solo, completamente solo. Sin más amigo que su voluntad de hierro, Benito Quinquela Martín, maestro en dolores y sacrificios, ha vencido como un hombre, al que nunca contaminaron las afeminadas charlas de café."

— "Yo nunca pintaré nada que no sea de la Boca" — le expresó en cierta oportunidad a José León Pagano. Y así lo ha hecho siempre frente a cualquier proposición hallándose en Roma lo mandó llamar el primer ministro Mussolini quien luego de elogiarle y felicitarle por sus obras, le ofreció la oportunidad y le pidió, que pintase unas telas inspiradas en no sé que importantes fábricas de Turín. Pareció ser que la pintura de

esas escenas de fundición de acero en los astilleros y entre calderas, habían entusiasmado a Mussolini, que creyó haber encontrado el espíritu capaz de interpretar con su color, su y sus pinceladas regias, el empuje y el dinamismo que él deseaba hacer resaltar. Quinquela agradeció, pero basándose en razones políticas ni de índole similar, ya que el arte no sabe de esas cosas, sino en su sentimiento creador e inspirador, le respondió que no podía aceptar por que él solo se sentía seguro y dueño de su espíritu cuando en sus cuadros había algo de su patria

chica; él no pintaba nada que no fuera de la Boca. Mussolini observó con su autógrafo a este argentino que le desobedeció. Y se explica; para Quinquela no puede haber mayor inspiración. Nació y creció junto a las barcas, sus pupilas almacenaron esas escenas de todos los momentos, y sus oídos tuvieron armonías de pitos y sirenas, fragor de veleros, despedidas de pescadores, y en las horas crepusculares, la lejanía de

aquellas canciones del Golfo de Nápoles, tocadas ya, con el ritmo de nuestras canciones. Con las "saudades" de esos nombres ruidos que trabajan de sol a sol en nuestra ribera. Todo esto está en Quinquela, que no podría transplantar con tanta realidad su flora artística, sobre otros problemas pictóricos.

Pero Quinquela Martín, el pintor del Riachuelo, no es solo un espíritu envuelto en el soplo artístico, es, un espíritu lleno de bondad, de amor, de humanidad. Su barriada su vieja y tradicional barriada de la Boca es la que justamente recibe con exactitud hoy, la expresión de un nombre agradecido y espontáneo. Quien como él recibió tanto, vida inspiración todo, desde la cima de su existencia física y artística, vuelve ahora y le ofrenda de lo suyo, un simbólico presente dedicado a la infancia del barrio pero proyectado hacia el futuro: una escuela.

Si señores; es un ejemplo digno de ser conocido por todos y especialmente por ciertos oídos taponados de quienes sólo conciben la obra de bien y hasta la claridad como política, o si practican si es con la arteza de su publicidad. En realidad, muchos hay que desheredan de parte de lo que les sobra, no por generosidad sino por deber social y humano; y si lanzamos exclamaciones frente al gesto de algún Mecenaz, como silenciar el de este hombre?

Hoy se inaugura en la Boca la "Escuela Museo Pedro de Mendoza". Hace algo más de dos años Quinquela concibió su idea y comenzó sus trámites. Adquirió un terreno en el mismo corazón del barrio cuyo costo fue de 60.000 pesos moneda nacional. Lo donó y el Consejo Nacional de Educación prestó atención a tan espontáneo y desusado gesto y destinando al propósito los recursos necesarios, levantó sobre el terreno un hermoso, moderno y confortable edificio de tres pisos, con calefacción, mucho sol mucho aire y cuidando hasta los mínimos detalles técnicos de comodidad para los niños, de acuerdo a los planes en los que también cooperó la inteligencia y el buen sentido

continúa

(Continuación)

del donante.

Más no paró ahí su gesto. He dicho que es una escuela museo en efecto, tiene en el tercer piso un espacioso y magnífico salón que servirá para exposiciones y muestras, para actos culturales y que será el museo de bellas artes de los valores locales. Pero esto sería futuro; veamos entonces cual es la base que ha erigido a esta escuela desde el primer día en museo.

Quinquela, espíritu inquieto y sagaz, no es como muchos artistas un titero de su inspiración, no es un escapado de la realidad, de la vida, de sus cánones, que se refugia tras la cortina de humo de la paleta del pentagrama, de la espátula o de la cuartilla; no es indiferente a cuanto le rodea, y cuanto le circunda es motivo para él de respeto y de asimilación. Los verdaderos artistas son humanos; los que se utilizan de sentirse artistas son excéntricos, casi vecinos de la ridiculez y a veces de la mala educación. Volviendo; Quinquela vivió en Bélgica que en las escuelas modernas para niños, decoraban las paredes con escenas de fábulas o lecciones por los pequeños concurrentes. Pensó entonces en hacer algo similar en la escuela, que hasta antes del bautizo expedientista y aún actualmente para el pueblo se llama "Escuela de Quinquela Martín". Pero, y aquí viene lo de la inquietud y sagacidad, para preocuparse de estas cosas en el exterior y proyectarlas en nuestro ambiente; pensó, y pensó bien, que a nuestros niños de despertar y precíz inteligencia y con viva imaginación portena, era un tanto ingenuo pintarles esas cosas y apelando a un sentido pedagógico moderno, pintó escenas de la vida diaria, escenas familiares a los ojos, siempre inquietos de las criaturas, escenas que son y serán parte de la vida de ellos y que han de darles una sensación de hogar que es tal vez el mejor ejemplo, fuera de programa, del nuevo método de escuela colectiva.

Los años ha trabajado con entusiasmo y cariño en tales cuadros. Su pueblo lo ha acompañado. Los domingos largas caravanas de personas llegaban hasta la escuela en construcción, para contemplar los progresos de esa obra artística que los pequeños aprenderán a querer y querrán sin duda emocionante.

Cada una de las diez aulas tiene una de las paredes tomada totalmente por la tela (en realidad se ha pintado sobre celotex y todos repito con motivos locales cuyos títulos para mejor información transcribo: "Cartagineses de carbón", "La Noche en 1850", "La despedida de las barcas", "Inundación de la Poca", "Bosques en el fondo del mar", "La bendición de las barcas", "El desembarque de naranjas".

BENITO QUINQUELA MARTIN, sorprendido por la cámara fotográfica, frente a uno de sus monumentales frescos.

colosales y con motivos más alegres que hagan "pendant" con el bullicio y contento de los niños. En el primer patio hay dos cuadros titulados: "El desfile del circo" y "El 25 de Mayo". En el otro patio están "Fogata de San Juan" y "Un Carnaval de la Boca".

Dijo Octavio Ramírez. Motivos de trabajo en las salas de clases y cuadros de alegría en los patios de recreo, ha sido el concepto pedagógico y humano del artista. Mostrarles lo que los rodea y lo que ya no podrán ver, porque se lo ha llevado el pasado. Esta enseñanza que además de visual es artística, educa el gusto, afina la sensibilidad, abre panoramas. Y aunque no forme de cada niño un artista les enseña a soñar. Que es el mejor alimento del hombre.

He aquí modestamente presentada, la figura y la obra de Benito Quinquela Martín. Sólo he querido que a Bahía Blanca, ciudad que se la tilda a veces de cartaginesa, pero que puede enorgullecerse de albergar obras como la Asociación Cultural, la Biblioteca Rivadavia, la Universidad Popular, el Taller Libro, etc., llegue este rayo de tal antorcha de bien y de belleza, aunque atemperado por la inconsistencia de mi pluma y parta de labios de un bahiense la voz de admiración cálida y entusiasta que merecen las obras buenas.

Buenos Aires, 10 de Julio de 1936.



Benito Quinquela Martín

SU OBRA PICTORICA

Por Bruno Roca Campo

Quinquela Martín nació pintor, como podía haber nacido poeta.

La forma de expresar su inquietud espiritual, es la del pintor, pero el lirismo de que está impregnada, es el mismo que manifiesta el poeta en la suya.

Quinquela Martín le canta al trabajo, en el lienzo, con tonalidades vibrantes y vigorosas y sorprendentes efectos de movimiento, como más de un poeta vertió en estrofas su estro inflamado de entusiasmo, ante el magnífico espectáculo que ofrecen los trabajadores en la comunión de su esfuerzo físico.

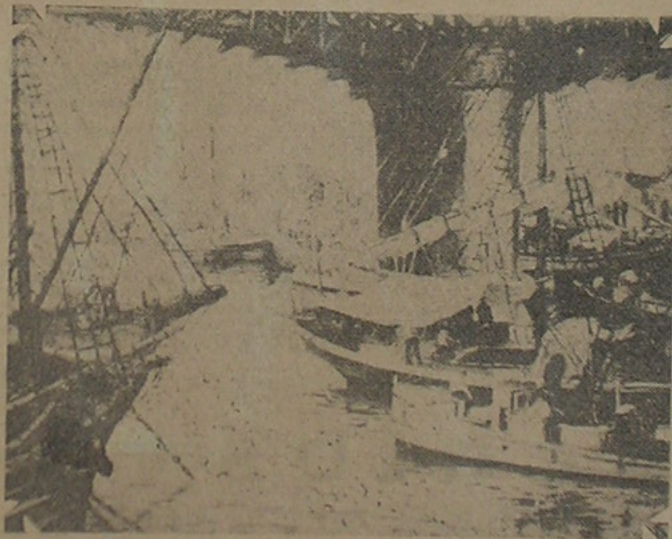
El espíritu del artista se conmueve ante esa visión, y bajo ese estado emocional, la obra tiene proyecciones dantescas. Pero, a pesar de representar al mundo del trabajo, que por su misma índole incita a caer en los temas literarios o políticos, Quinquela Martín, colocándose al margen de ellos, nos da una visión subjetiva, pero personal, limpia de toda influencia que limite su significado.

En oposición a la obra de Hauptmann, que busca sus temas en los conflictos obreros, como puede verse en su obra teatral más famosa: "Los tejedores"; o Gorki, en "La madre"; o poetas como Veraheren, Vicente Medina o Sinesio Delgado que se inspiran en los episodios dolorosos del trabajo, haciéndolo aparecer como una tarea ínicua, ruda, extenuante, y a los obre-

mo lo ven Hauptmann, Gorki, Veraheren, etc., que son escritores y poetas de índole objetiva, pero este pintor, siendo lo contrario, refleja la visión del mundo circundante, es decir, que añade, al realizar la obra, la visión interior de su espíritu, es decir, en forma subjetiva, impregnándola de ese lirismo exuberante a semejanza del que poseen los poetas. Canto al trabajo que dignifica y eleva al hombre; quiere que aquél sea para el enriquecimiento material y el progreso humano, y que éste se encuentre a gusto realizando sus tareas.

Esta visión dinámica de las faenas manuales, es acompañada de un colorido potente a veces encarnecido, que ayuda a dar esa sensación de movimiento febril.

El valor de la obra de este pintor original, se hace más grande al interpretar plásticamente, con una técnica personalísima, la actividad portuaria y fabril que, aunque se quiera ver en ella una interpretación de la característica principal del barrio de la Boca, en Buenos Aires, es la de todos los puertos y fábricas del mundo,



"DÍA DE SOL EN EL RIACHUELO"

ros como un rebaño de esclavos, víctimas de la usura capitalista, Quinquela Martín ve, en cambio, una tarea grata que el obrero ejecuta sin esfuerzo aparente. No hay en su obra gestos de dolor o de fatiga, no representa a los hombres extenuados, aplastados bajo el peso de la carga como si fueran galeotes, sino a hombres gozosos de realizarlo, y donde todos, como un ejército de hormigas, están entregados febrilmente a sus tareas. Unos trepando por planchadas con pesadas bolsas, estas o maderas; otros encaramándose por los mástiles o andamios, realizando peligrosos trabajos en el vacío o en el interior de las fábricas, donde se lamina el acero, sufriendo los rigores de las altas temperaturas, desafiando a la misma muerte, que fácilmente puede acarrearlos el menor descuido.

¿Es exacta y única esa visión del mundo del trabajo? Claro que no. Aquel tiene sus aspectos trágicos, co-

siendo un documento gráfico inapreciable, para el futuro, de la forma del trabajo de esta época.

Cuando la máquina sustituya al hombre por completo, y éste no tenga más misión que ponerla en movimiento y atender su funcionamiento, quizá mirará esas obras con melancolía, que

✓

reflejan el esfuerzo y la actividad de su antecesor.
Realza, aún más, el valor de su ar-



**BENITO
QUINQUELA MARTIN**

te, la honda alegría que muestran todos los hombres en esos grandes paneles. La actividad contagiosa, que no mengua, a pesar de los quemantes rayos de sol, la sofocante atmósfera de los hornos, y los peligros que origina el trabajo por planchadas y andamios.

La mayor parte de la obra de Quinquela Martín es un canto al trabajo; un himno al músculo del hombre, que prodiga generosamente sus energías.

He dicho la mayor parte de su labor y no toda porque suele hacer paréntesis a su labor general, para reproducir aspectos distintos que interesaron su agudo espíritu de observador de la naturaleza, y que, aunque aislados se amalgaman al conjunto.

Quinquela Martín no puede olvidar aquel barco que le diera tantos motivos de color y movimiento. Reproduce en el lienzo, con su manera característica, las etapas finales de su vida: cuando ya viejo, yace arrumbado en

algún rincón del río, de ese río que fué surcado por su quilla durante tantos años.

Lo vemos en "Cementerio de barcos", donde los cascos carcomidos, semejan osamentas de animales fabulosos de las épocas prehistóricas. Al fondo del cuadro, la luz de un farol que temblequea en el agua, es como el pabillo de un cirio que vea sobre los restos de los que fueron.

Más adelante, en "Traslado de restos", como el proceso natural de las ceremonias rituales a los seres difuntos, tiene el gran pintor boquense, el postrer homenaje, la glorificación suprema. ¿Qué es, sino, ese cuadro impresionantísimo? El barco, o mejor dicho, lo que queda de él, es sacado del agua por potente grúa y elevado hacia el cielo. ¿No tiene esto el significado de una apoteosis?

El secreto de la poderosa personalidad de Quinquela Martín, radica en que, con elementos simples y si se quiere, con procedimientos primarios de técnica, nos ofrece visiones originallísimas y de un innegable efecto decorativo.

En lo que antecede, me he referido, exclusivamente, al significado filosófico que encierra su obra; es decir, la esencia íntima que se desprende de ella. Corresponde ahora analizar la parte técnica.

En lo concerniente a la manualidad del oficio, ¿es elemental? No hay duda. Se le objeta de extralimitaciones en la perspectiva, e incorrecciones en el dibujo; falta de corporeidad en las figuras; y demasiado violento en la oposición de los tonos.

Aunque, evidentemente, se le observan tales defectos, no hay que olvidar que su pintura es puramente subjetiva. El artista toma de la naturaleza, los elementos que le parecen para componer su obra, modificándolos conforme a su espíritu, oponiéndose, de esta manera, a la que realiza el artista de índole objetiva, que es esclavo de las formas que observa.

Un ejemplo de aquella particularidad subjetiva lo da "El Greco". ¿No modificó las figuras, sistemáticamente, para darle más sensación de religiosidad? Fue eso, precisamente, lo que dió mayor valor a sus obras.

Muchos otros artistas, antes y después del famoso Doménico, han refor-

*Drums Rock Campo.
(continúa)*

mado conscientemente los elementos de sus obras, para darles mayor valor plástico.

Por otra parte, ¿podría Quinquela Martín, con una técnica meticulosa, producir ese efecto de grandiosidad, de movimiento y de fuerza decorativa que se observa en sus cuadros? No, ciertamente. Los pintores de esta modalidad son fríos, inexpressivos; sus obras podrán ser bellas, pero no sublimes. Por esta razón, quitarle mérito a la obra de Quinquela Martín, por detalles en que se ha hecho hincapié la crítica, denota una observación muy

habilidad de oficio, (puesto que oficio es el del pintor), y si hay obras que a pesar de sus defectos técnicos, consiguen transmitirnos la misma sensación, es porque contienen un sentido más hondo, más sublime, que el de representar formas o combinar tonalidades, encontrándose en este caso, las producciones del pintor que me ocupa.

Su obra obliga a reflexionar; y no es posible desentenderse de ella, a pesar de sus defectos.

Hay en la personalidad de Quinquela Martín, prototipo de autodidacta, tanto en la fase técnica como en la filosófica, similitud con la de E. Allan Poe; casos singulares, puede decirse únicos, en la historia de las artes y las letras. Pues, ¿qué artista o escritor existió o existe, que no haya seguido por la senda marcada por los otros? Es difícil, sino imposible, sus-



"DESPUES DE LA LLUVIA"

superficial, ni haberse compenetrado de su esencia.

Si hay obras que admiramos por su perfecta construcción técnica, y que consiguen transmitirnos alguna emoción estética, a pesar de lo anecdótico y trivial de sus motivos, es porque el que las ejecuta posee algo más que

traerse a la influencia que imponen las grandes personalidades; y sin embargo, tanto el genial escritor bostoniense, como nuestro gran pintor bostoniense, presentan ese caso señalado de absoluta independencia artística. Ambos se hermanan en el mundo del arte, brillando con luz propia.

(Conclusión) Bruno Roca Cordero

NO ME CASO, DICE QUINQUELA MARTIN, PORQUE EL MATRIMONIO NO ES COMPATIBLE CON EL ARTE

EN la quietud de su atelier, propicia a la charla amable y a las confidencias, hemos conversado extensamente con Quinquela Martín, el inspirado y vigoroso artista que ha llevado el clima y las escenas del Riachuelo y de la Vuelta de Rocha, el típico rincón boquense, a las más apartadas latitudes de la tierra. Los negros fantasmas de los carboneros, los sudorosos galeotes estibadores y las vetustas siluetas de los barcos vencidos que descansan en los astilleros de sus correrías por el mar, han sido admirados a través de los lienzos del artista boquense por los amigos del arte moderno, tanto en París como en Nueva York, tanto en Nueva Zelanda como en Cuba, donde las producciones de Quinquela ocupan un lugar consagrado en las más prestigiosas pinacotecas.

Autodidacta de la pintura, Benito Quinquela Martín vive sólo para su arte, en el que ha triunfado por sus calidades, sólo por ellas. Nada de su aspecto exterior delata en él al artista vigoroso que no sacrifica su personalidad a las exigencias de una escuela determinada. La corbata voladora, el cabello largo y despeinado, y el desaliño general en el vestir, no puede hallarlos el visitante observador en su persona. Vive y viste modestamente, con una sobriedad que está plenamente a tono, por cierto, con todos los antecedentes de su vida.

FUE ESTIBADOR EN LA BOCA

La infancia de Quinquela Martín — y conste que esto no es una biografía — tuvo la tonalidad gris y nebulosa de la de todos los pibes pobres de la característica barriada boquense. Asistió a la escuela primaria, y cuando sus fuerzas se lo permitieron se enroló en el ejército pacífico de los trabajadores portuarios. La entrada oscura de los barcos de carga lo tuvo durante mucho tiempo como forzado visitante de la profundidad de sus bodegas. Fue estibador en el puerto, y así, como trabajador permanente de la ribera del



Quinquela Martín es el ejemplo de una vida consagrada enteramente al arte.



Riachuelo, trabó indisoluble amistad con las viejas barcas y los lentos barcos de carga que traían a la costa las mercancías y nostalgias de los curules marinos.

— Ya aprendí los rudimentos del dibujo y de la pintura — nos dice Quinquela — en una modesta academia donde también se enseñaban corte y confección. Trabajaba como estibador exactamente frente al lugar en que ahora

Los trabajos de la construcción de desagües es lo que representa esta vigorosa tela del pintor boquense que será ubicada en la Dirección de Obras Sanitarias.

se halla ubicada la escuela-museo Pedro de Mendoza, cuyo terreno donó, como se recordará, al Consejo Nacional de Educación. En los ratos libres practicaba con lápices y pinceles, y, fami-

Por HERMINIA RUGGIA

blicas y particulares de todos esos países, quedaron obras mías que muestran aspectos y rincones de mi barriada.

El pintor boquense, triunfante y admirado, hizo rápida fortuna con sus cuadros, pero el dinero por él reunido no fué a parar a las arcas de los bancos o dilapidado sin control. El pintor soñaba con dotar a la barriada que le vio nacer y en la que pasó los días amargos, lejanos y tristes de su infancia, con una escuela primaria y nocturna y un museo de bellas artes formado por sus obras y las de los demás artistas argentinos locales. Para convertir en realidad su sueño, adquirió un terreno ubicado en la calle Pedro Mendoza entre Palos y Del Crucero, que mide más de veintiséis metros de frente por sesenta y cuatro de fondo, y le ofreció en donación al Consejo Nacional de Educación. En el edificio construido en el terreno donado por Quinquela Martín han tenido ubicación, además del museo por él creado, cuatro escuelas primarias del barrio, por la que el Estado pagaba mensualmente en concepto de alquiler, dos mil quinientos pesos. Esta circunstancia sólo mereció al artista, al concretar su donación, los siguientes conceptos: "Pienso, señor presidente, que si el honorable Consejo acepta esta donación, habrá contribuido a una obra de colaboración artística, que quizá tenga trascendencia."

Hoy Quinquela Martín tiene sólo para vivir modestamente, como lo ha hecho siempre; pero no tiene inquietud de carácter material. Está realizando una gran pintura mural de 9 por 12 metros, que será ubicada en la Dirección de Obras Sanitarias, y que le ha llevado tres meses de su tiempo, si percibir por ello remuneración alguna; y, también gratis, hará varios trabajos murales para el nuevo edificio del club River Plate.

— No tengo un método regular de trabajo — nos ha dicho Quinquela. — Lo mismo puedo permanecer con los pinceles en la mano durante 20 horas seguidas, como puedo estar uno o dos meses sin tocarlos, si compruelo que me falta la inspiración indispensable para llevar adelante mis obras. Antes de iniciar mis trabajos permanecí durante un rato en recogimiento, trato de aislarme espiritualmente para conseguir el máximo rendimiento artístico a mis esfuerzos. Desde hace tres años he desechado totalmente la idea de pintar telas pequeñas, para dedicarme de lleno a la pintura monumental, de la que son la mejor muestra los motivos decorativos con que he ilustrado las paredes del museo ubicado en mi escuela de la Boca.

Quinquela Martín trabaja hoy con más dedicación y ahínco que nunca en la decoración monumental de la escuela de la Vuelta de Rocha. Enamorado del arte hasta el extremo de devolverlo forma de bienes perdurables el dine que con él ha ganado, Quinquela Martín permanece soltero sin perspectivas casarse. El mismo nos lo ha dicho, como broche final de un reportaje que sólo ha podido serlo a medias por modestia, que no hemos podido vencer.

— Yo permanecí soltero porque podría compartir mi vida matrimonial con el arte. Ambas situaciones son, mi juicio, incompatibles, y, en la definitiva, no ha podido haber más que una única solución: el arte.

por Ricardo Rojas

de anteriores ensayos locales, en éstos se halla, sin embargo, su precedente genuino por lo que atañe al modelo y por la actitud de los autores ante la realidad del propio ambiente. Abundan en la primera mitad del siglo XIX las notas de paisajes, tipos y costumbres, dejadas por artistas extranjeros en su mayoría (como Pellegrini), pero que se asimilaron a nuestra vida y contemplaron con simpatía sus formas características. Tampoco faltaron, en la obra inicial pintores criollos, y bastaría para el caso mencionar a Prilliano Pueyrredón, cuya obra estudió Atilio Chiappori en su revista "Pallas", hace ya varios años. Con más recursos que Pueyrredón, el uruguayo Blanes ha dejado varias telas de asunto histórico, que documentan como en "La conquista del desierto", episodios decisivos de nuestra formación nacional.

Entre aquellos primeros esfuerzos y el movimiento actual, de trascendencia indiscutible, ábrese como un paréntesis el período cosmopolita antes señalado, que no fué estéril para nuestra educación estética, puesto que preparó el ambiente social y mejoró la técnica de los pintores. A pesar de la sugestión europea, los maestros del período anterior, que tuvieron por centros la Academia y alguna asociación de estímulo, no descurdaron totalmente los temas nacionales. Tal es el mayor mérito de Sívori, Ripamonti, Collivadino, y algunos otros. Malharro aparece más tarde, afrancesado por el impresionismo pero también liberado por él, y pronto se emancipa, buscando inspiración nueva en los paisajes de la costa rioplatense. Cosa análoga habría de ocurrir después a Walter de Navazio. Pongo aquí estos nombres solo, como índices de un proceso general, sin que la omisión de otros implique negar sus méritos en la tarea común.

Al lado de los que volvían de Europa, hubo aquí algunos pintores espontáneos, como don Carlos de la Torre, cuya obra genuinamente argentina lo singulariza como la suya a Pueyrredón en su tiempo. Mas el núcleo glorioso de la actual escuela "eurindica", lo constituyen Bermúdez, Quiroz y Fader, maestros ya consagrados por la importancia artística de su producción, por la índole de sus temas y por la conciencia doctrinaria de su misión estética en la patria. Con iguales propósitos, trabajan Guido, Franco, Gramajo Gutiérrez, Quinquela Martín y muchos más que ya forman falange, dando cada uno la nota personal de su temperamento en el conjunto de una escuela que va caracterizándose por su valor artístico y por su función histórica en la cultura argentina. Si el nacionalismo

Artículo incompleto

CARAS Y CARETAS



Factor de inducción importante que tiende a definir el desarrollo evolutivo de su arte; y, en su progenitor, el carácter dentro de esa misma manifestación artística. Quinquela Martín tiene la Boca del Riachuelo como escenario de sus actividades artísticas, y es así que desde niño, como una consecuencia del medio, hubo de ganarse el sustento diario, deber que le imponía la vida. Con una alma triste y una mente llena de pensamientos e ilusiones, en ese ambiente hostil para sus pocos años, sufrió los primeros embates de la ruda labor, entre el tumulto gigantesco y violento del tráfico de los barcos, en que la existencia se concreta febrilmente y sin descanso, el desarrollo de todas las actividades que tienen, como inferencia, propulsar el poder de la nación.

Quinquela Martín, por su condición de obrero, hubo de alternar con todo ese movimiento humano y mecánico, sufrió el contacto de la gente tosca que por su vida marítima vive sin afectos, sintió desplegar su acción con el gran retumbar de las usinas confundiendo con el humo de sus chimeneas y el polvo del carbón, en ese trajín diario de labor febricitante, confundiendo con el movimiento de los barcos y sus diversos destinos, con la anónima muchedumbre mecanizada por nuestro siglo.

El pintor sintió de improviso como parte fundamental de su vida integral, las manifestaciones del arte. En ello le atrajo el color. Comenzó solo, alentado por sus principios intuitivos. (Porque hay que reconocer ante todo que es un autodidacta.)

Todos los temas que iba desarrollando, los traspasaba sin el mayor esfuerzo visible, espontaneidad, que suma un privilegio para los predestinados que, con su alma, se adelantan a la acción super-

EL SENTIDO
ESTETICO
EN SU OBRA
PICTORICA

viviente del arte. Así pasaron los días en formación para su arte, en que la exigencia de la vida le imponía el deber de la labor cotidiana para vivir, dejándole muy poco tiempo para entregarse de lleno a su vocación artística. Horas amargas y de angustia debieron ser para su espíritu, cuando la potente necesidad natural percutió en todo su ser sensible buscando el desahogo espiritual por los medios de su arte.

Su voluntad, como supremo esfuerzo de redención, suplió a la carencia de medios, el estudio no tuvo límites en sus momentos libres; hasta que sus horas amargas fueron compensadas con una gratitud del destino: por el nacimiento de sus obras, que en ellas había volcado todo su sentir, verdadera expresión de su alma que en contacto con la naturaleza definió su misma vida. Llegó a hombre con una considerable obra, resultado de su

labor óptima en una trayectoria ascendente, cimentada por su voluntad y su carácter incólume; carácter que trasciende en la obra definiendo su personalidad, con los nitidos rasgos de un fuerte idealista.

Su obra se distingue por su sano idealismo, por su fuerza emotiva, impresión rápida de todos los estados de ánimo ante el asunto que conmueve a su espíritu.

Su técnica es la de un rebelde que no acata cánones, academia, ni escuelas; técnica impulsiva fuerte, que en la brevedad del tiempo define y concreta todo el poder propulsivo de sus estados anímicos en connubio con la realidad.

Esa técnica, a veces nos produce la sensación de trazos desordenados, por la franqueza y espontaneidad de la pincelada segura que dentro del colorido unifica toda gradación de matices, con relación a las partes que lo componen.

CARAS Y CARETAS



"Puente de la Boca", cuadro del pintor argentino Quinquela Martín, adquirido por S. E. el Presidente de la Nación y que fué regalado a S. A. R. el Príncipe de Gales.

Es así cómo su técnica no es más que el vivo reflejo de ese riacho que tiene toda la apariencia desordenada y las asperezas de sus distintas manifestaciones étnicas y el maremágnum de los barcos.

Todos esos elementos constitutivos dispersos por su eterno dinamismo, se han concentrado en su técnica robustecida por el poder vital de su instinto creador, que su vida es afluencia de reproducción, virtud, cuyos caracteres anteriores son los de una verdad congénita.

Y es así que al dar nacimiento a su arte rebelde, dió origen a una verdadera técnica complementaria.

De aquí que ella es puramente instintiva.

Cabe pensar ahora en la valorización progresiva de su arte.

¡Que revelación intuitiva fundamentó! ¡Qué mundo de acción desconocida, sin poder perceptivo, descubrió y descifró en la hora íntima del misterio que fluctúa en el ambiente!

Si pasamos al asunto en que el encanto emotivo sutiza la gravedad de una tragedia poetizada por su temperamento, vemos en su idealización la silueta de los barcos abandonados o en reparaciones, sujetos por gruesas cadenas en que la proa desarmada se eleva hacia el cielo en un desafío eterno, sobre el fondo de un atardecer crepuscular sanguíneo.

Y los obreros, en sus luchas laboriosas, condenan esa nota triste y desolada, dando la idea de un Prometeo encadenado por los hierros de nuestra época, debatiéndose en un silencioso dolor.

¡Qué tragedia muda debió sentir en ese momento el pintor, al expresar ese

tema! En su clara percepción las diversas impresiones e imágenes sensoriales constituyen, en el receptor de su alma, la elaboración de sus propias entidades artísticas, para cuya formación se vale de la misma realidad que con sus elementos constitutivos funden en sí la esencia armónica de un sano equilibrio artístico. Y es por eso, que todo poder creador en su mundo interior, no es obra del momento ni de rara espontaneidad, sino es la acumulación de las diversas impresiones de la realidad que fecundiza al espíritu humano con el producto de la obra en una lenta gestación, entre la eternidad que reflejan las cosas vivientes. Como calidad artística, la esencia más pura de expresión de un temperamento emotivo que concreta el contenido dentro de la forma y el color por su profunda compenetración infinita en el conocimiento del asunto que trata, de donde desentraña los valores esenciales síntesis de ese misterio que rige lo creado en la naturaleza.

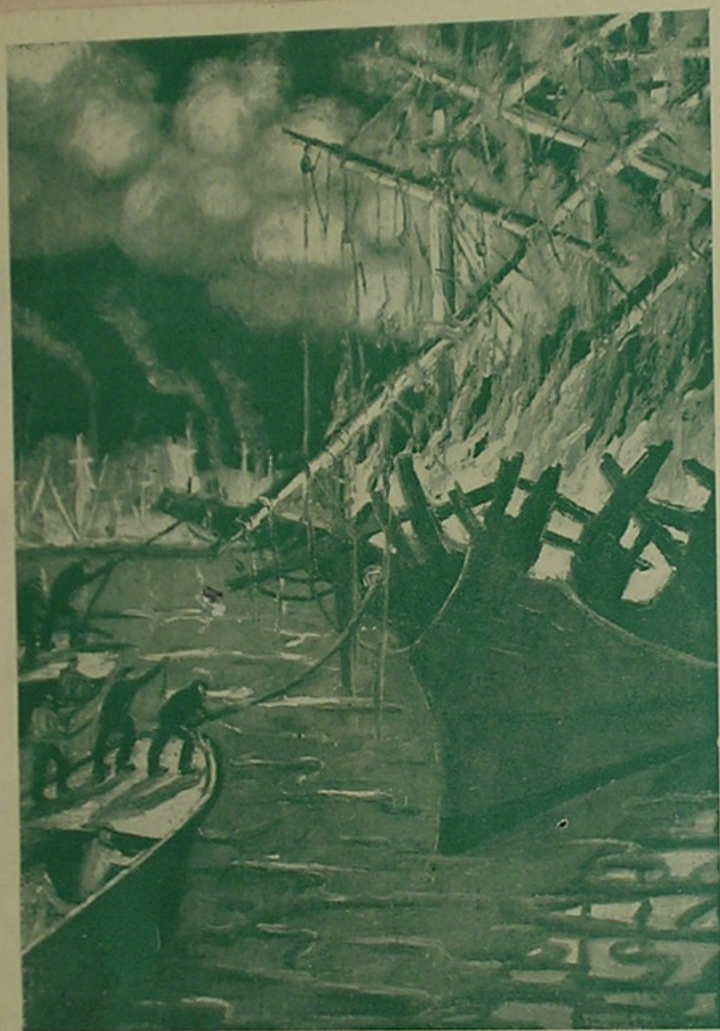
Quinquela Martín, como pintor, es un carácter concentrado que, en condominio con el ideal que sustenta, transforma ciertas irregularidades que le presenta la realidad, metamorfoseándolas por su visión presentida.

Por su poder emotivo, lo fuerte del puerto fué su campo propicio para su desarrollo artístico, y el puerto, con su eterno dinamismo, es una potencia formidable complementaria a su carácter.

En eso estriba la calidad en la obra del pintor. Y en conjunto, por el valor integral de su

estilo artístico, Quinquela Martín constituye por sí solo una personalidad nueva y original dentro del arte nacional.

VICENTE
ROSELLI



Quinquela Martín: INCENDIO DE UN VELERO (óleo).

EL CARÁCTER ARGENTINO EN LA PINTURA DE QUINQUELA MARTÍN

Año VI - N° 63

Agosto 1944

por JOSÉ SPINA

para "HISTONIUM"

En oportunidad de la exposición casi total de la obra de Benito Quinquela Martín, realizada el mes pasado en la Galería Witcomb, me parece un deber examinar para "HISTONIUM", convenientemente, los valores y el carácter del genial pintor de la Boca.

En otras ocasiones ya recalqué en esta Revista que el artista argentino, para dar vida y sentido a la producción de su talento y su fantasía, debe interpretar e ilustrar los aspectos de su tierra y las virtudes típicas de sus connacionales. No hay arte vivo y verdadero, si no hunde las raíces en el ambiente en que se desarrolla.

Quinquela Martín es uno de los muy pocos y seguramente el más profundo y expresivo entre los pintores argentinos, que haya dedicado técnica y emoción a exaltar cualidades locales. No importa que su campo de observación y de realización esté limitado a las formas y al movimiento del puerto del Riachuelo y a algunos lugares de la Boca; no importa que de su pintura estén ausentes otros aspectos del país y casi todas las actividades de los habitantes que carezcan de contacto con su escenario preferido: la que él encarna y espiritualiza es una célula, y una célula muy sana y característica, del organismo nacional: y su respiro y su sangre y su espíritu son un reflejo directo e inmediato de la vida de la nación.

Esto por lo que se refiere a la vitalidad de ambiente del arte de Quinquela: es decir, a los elementos de inspiración e ilustración: por lo que concierne a la técnica, al procedimiento y al temperamento del pintor, el carácter argentino ha sido admirablemente diferenciado de los cánones clásicos, de las tendencias y modas extranjeras y de cualquier cómoda explotación de eclecticismo, sobre cuyo plano se tienden a menudo muchos artistas, hasta nada vulgares, pobres en fantasía inventiva y perezosos en la afanosa y continua búsqueda de un estilo personal.

A este propósito deseo disipar la leyenda difundida por algunos críticos locales y extranjeros, acerca de un Quinquela brotado en el terreno artístico como un arbusto

Bs As. Agosto 11-1944

TANQUE

Pág. 7

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY HABLO POR RADIO BELGRANO DE QUINQUELA MARTIN Y OMAR VIÑOLE

Hace años vivía en la Boca del Riachuelo, un carbonero con su mujer. Ambos trabajaban, honradamente, en la carbonería. Eran felices, pero no del todo. Les faltaba un niño —un hijo— que hiciera ruido, que jugara, que se tiznara la cara entre las bolsas. Sacaron uno, del asilo de huérfanos y lo adoptaron. ¡Qué alegría! ¡Ya eran dichosos! El muchachito fué creciendo. ¡Y qué noble corazón el de ese chico! En sus pupilas chispeaba la bondad y una luz extraña de talento. Ayudaba a los viejos a atender el negocio. Cargaba y descargaba bolsas de carbón. Le llamaban cariñosamente: "el carbonerito". De acuerdo con la voluntad de sus padres adoptivos, sería carbonero. Y él sonreía. Iba a la escuela. En los momentos libres, se sentaba en la puerta de calle a contemplar los efectos de la luz en las velas de los barcos de carga o en los cascos de los buques tumbados en los varaderos. Allí nació su vocación. El carbonerito se dijo viendo la luz del sol:

—"Anch'io sono pittore".

Luego pensó:

"¿Y los pobres viejos? Ellos quisieran que yo continuara el noble oficio en que se ganan el sustento".

Ya estaba decidido a no ser pintor, cuando los dos viejitos descubrieron la vocación del hijo. En vez de oponerse lo estimularon, lo alentaron, lo hicieron concurrir a la academia. Y "el carbonerito" —que hoy siente el orgullo de contarnos su historia—, encontró su camino, se encontró a sí mismo. Es una gloria del arte de los argentinos: se llama Benito Quinquela Martín. Para admirar la obra magnífica de Quinquela vayan a la actual exposición de sus telas en la calle Florida. Los jóvenes podrán ver el triunfo de una vocación.

Nuestra gran capital federal experimentó hace varios años, una fuerte sensación de espectáculo raro. Era un gallardo muchacho que venía de Córdoba trayendo en su bella prestanda de gladiador y en su verbo chisporroteante y catilinario, lleno de luz y de ideas, —un sonlo nuevo de viento ed cumbres. Era como un pedazo de las sierras cordobesas arrancado en un día de tormenta, con rayos y relámpagos y transportado a la calle Corrientes. Sus libros zumbaban como latigazos. Se paseaba por la calle Florida con una vaca, a la cual le dedicaba sus mejores estrofas. Subía al

ring del "Luna Park" y luchaba con sangre de verdad —midiéndose con púgiles feroces, sin miedo a que le rompieran los huesos porque él estaba dispuesto a romperles el alma. ¡Claro! La ciudad pacífica y bien peinada con gomina de asfalto, no podía tolerar ese derroche de primavera burlesca y serrana, que se subía en enredadera a los árboles y cerraba los caminos con ramas de espinillo, haciendo que el yuyo creciera por encima del hombro del hombre, empujándose para ver cómo los pájaros perdían la chaveta cantándole al sol. Y naturalmente la ciudad le dijo su anatema: ¡loco! Soportó su cruz con estoicismo. Pero los que estábamos en el secreto de su cordura, sabíamos, que Omar Viñole —¡ese es su nombre!— era un símbolo de la juventud que viene de adentro, trayendo su fuerza y su lumbré en busca de caminos, porque no hay nada más triste que la muchachada provinciana que se siente capaz de grandes cosas y vive encerrada en las cuatro paredes de su soledad. Omar Viñole volteó de un puñetazo esas cuatro paredes y salió en busca de su vocación.

Acaba de encontrarla. O mejor dicho, ha experimentado una nueva renovación en su ingenio de pensador y de estilista. En la galería Grecos, de la calle Charcas 628, inaugura pasado mañana —una exposición de 20 hermosas esculturas en madera. Y ha elegido la madera más criolla, la más argentina, la que más se parece a la estructura de la raza nuestra: ¡el quebracho! El artista múltiple que hay en Omar Viñole se ha desplegado y unificado en esos trabajos escultóricos, concebidos con imaginación de poeta, con maestría de artista y con realidad humana de filósofo. Ha encontrado su vocación por el camino que él mismo se abría en la selva, a prueba de espinas y de llagas. Hemos querido contar estas vidas —la de Quinquela Martín y la de Omar Viñole— como lección de esperanza para los muchachos que sueñan allá lejos, buscándose así mismos. Y podríamos narrar historias también de comerciantes, de industriales, — que a fuerza de paciencia— hallaron al fin su vocación. Pero no vaya a creerse que para triunfar sea necesario venir a Buenos Aires. La vocación se encuentra en cualquier parte, hasta en las faldas de la madre como la halló Sarmiento.

ESCRIBE J. J. DE SOIZA REILLY.

DEJADME, Sanecho amigo, compañero dulce de infortunios, dejadme, por otra vez, coraza y espada con que arremeter a malandrines y follones. Así decía, en el anochecer melancólico de una tarde veraniega, cara a cara al sol de la infinita llanura manchega, aquel hidalgo sin par para quien la humanidad fuera campo de aventuras, y el dolor vivido fortaleza inmovible de futuras empresas.

Así yo, buscador también de la verdad, que perseguí largos años como el héroe de Zorrilla, don Luis Mejía

a lomos de un mal rocín
pues me querían ahorcar

así yo, explorador de la justicia en la desierta España, cansado y muy dolido de mis huesos todos, había dejado adarga y casco, lanza y espuela, espada y loriga combatientes, como si dijéramos pluma y escritura, rendido ya ante la mentira triunfante, ante la injusticia señora. Mi Dulcinea, soñada en azul ensueño, gasa y blonda, rubi en los labios, dulzor en la mirada, era ya la bruja desdentada del aquelarre de Macbeth, pestilente quimera que volara sobre escobas. Yo, lector, había ejercido largos años la crítica pictórica llevado de un amor al ideal, de un tan sano propósito de renovación artística como no los sintiera don Alonso de Quijada "el Bueno", con ser sus planes muy altos y caballerosos, cuando, cierto día, en el primer albor del amanecer, abandonaba aquel corral de su solitaria casa para después asombrar al mundo con las hazañas de Don Quijote.

Mi pluma, convertida en lanza, arremetía, sin descanso, farsas y mentiras, cuadros deleznales y quimeras presuntuosas con ilustres nombres disfrazados. En aquellos lejanos días de mi juventud un odioso clasismo colaboraba con un romántico despertar, tan anémico y vulgar como alimbarado y pretencioso. La vida humana en su plenitud magnífica de belleza y de verdad, la Naturaleza, madraza eterna de la hermosura, parecían menguada cosa a los embañadores de pinturas, con gran énfasis titulados académicos. La pintura de historia, museo de cachivaches teatrales, bazar de ropas hechas de la industria medieval, empapelaba con metros de color



FOTO CABADA

La sorpresa de París

La exposición de Quinquela Martín

Por RODRIGO SORIANO

(Para "El Hogar")

afeites. La belleza española permanecía intacta, sus paisajes y sus pueblos, su luz solar y el misterio de sus ciudades entenebrecidas, su raza señorial e hidalga tan propia de su historia, que viste a un arriero de las carreteras con la dignidad de un César en el Capitolio. ¡Eran los pintores los que, envenenados por sus paletas y de sus colores!

Un momento pareció rejuvenecerse el arte con el esplendor de Sorolla, con la brutal franqueza de Re-

goyos, con la gama velazqueña de los muy pronto, el academicismo, la vulgaridad de las exposiciones, sumió en tinieblas la luz, encerrando en sus ergástulas a los que intentaran volar por el aire.

He aquí por qué, lector, amargado por obra, cansada mi lanza de atravesar fantasmas, resurgían con nueva vida como las serpientes de Medusa, dejé la pluma a un lado y tomé el pincel.

Estos pasados días el demonio terrible gran artista ha puesto de nuevo en mi vida la pluma.

El artista que produjo el milagro de me, de resucitar la joven pintura, de los viejos "pelucos" y abrir al arte nuevos horizontes, es un argentino. Se llama Benito Quinquela Martín. Ayer era este nombre desconocido mundo del arte. Lo proclama hoy la esperanza de los futuros destinos. Cien como Camille Maclair, al contemplar la luz, la nueva vida que surge a las cataratas de fuego y de color, de los rios, desgarran el entrecejo con los viejos dioses del Olimpo ante la gloria de Apolo. Jóvenes críticos, capitanes del nuevo ejército, como el el ardiente Goya abrazan al artista cual un profeta cuando vid joven vencedor del monstruo. Una admiración sigue el nacimiento arte, una gloria llama al nuevo arte. El asombrado

la sorpresa de este día de brío y de grandeza, que Quinquela Martín, en entusiasmo, das admiraciones efusivas, Van Duse, el tor frans de generacin con pintor argentino

París entero desfila en estos días por la Charpentier, donde Quinquela exhibe su arte. Y no sabéis, lectores que me seguís, lectores quien consagro este artículo, cuánto mi arte español, de artista español y de español de arte en estos días al contemplar el triunfo de Vieni de un lejano país donde la leyenda y el culto al Mercurio del oro, parecían al sentimiento artístico, de aquella joven Argentina, vírgenes, sonados bosques, espigas y de espléndidos paisajes, el sol de fuego pertaró del sueño a los cantores del arte Quinquela, de los mares como Vespasi de

sin antecedentes artísticos, a los conocidos, sin escuela, sin bre. Háblase de la misteriosa del Giotto, aquel pastor que aprendió de Dios el arte divina inspiración, mientras taba su ganado, fundó la escuela, subió a palacios y monjas y doncellas. Mas de Quinquela es más sugestivo vivía en un ambiente de artísticas bellezas, de poetas, filósofos de la gran Florencia, hombre y el medio ambiente, es eterna ley, produjeron el fruto.

Un día el crítico de ayer está al artista de hoy con el escal el lente. Dejádme ahora que de mi corazón ante este milagro la verdad de la eterna naturaleza. Que salude en Quinquela a la cía y la belleza. París, ante artistas, indeciso en su ruta de venir, harto ya de futurismos falarios y cansado de "impresiones sin corazón, productos químicos la luz solar o chillones bodrios corazón ni alma, salda, empujado, esta joven pintura sencilla, brutal y brava como el arte de una raza que despierta a con enloquecedores perfumes nas músicas soñadas. Véase cuadros la luz ardiente. El a cuchilladas, la roba de la



"Después de la lluvia", cuadro adquirido por el ministro argentino en París, doctor Alvarez de Toledo, para el palacio de la legación

(Continúa en la p. 14)

(Falta la continuación)

discreto de tonos y planos, pero también una frialdad acompasada de amaneramiento, una complacencia, a menudo ociosa, de copiar e imitar, y, con el correr del tiempo, la renuncia a su prepotente personalidad y el ahogo de su exquisita e inimitable emoción.

La Academia prepara al artista, pero no crea el arte. Y artistas de la estatura espiritual de Quinquela Martín han de saltar a tiempo el foso para no quedar apresados en la cárcel magnífica de la escuela, donde se contempla y se indaga el pasado, pero no demasiado el porvenir y la vida.

Así, pues, afrontó Quinquela la batalla del arte, con energía que linda con la aspereza, con un dinamismo que multiplica su laboriosidad y variedad, atleta y poeta del pincel, que funde admirablemente el valor de las rudas masas en movimiento con las llamas rojas y los matices perláceos de la luz.

De estas facultades dió muestras desde su primera exposición, que mereció el aplauso del público y la aprobación casi unánime



Quinquela Martín: *DÍA DE INVIERNO* (óleo).

Quinquela Martín: *ESCARCHA EN LA BOCA* (óleo).



de los críticos. También entonces, como hoy, no faltaron los observadores superficiales que vieron en la audacia el desorden y en la originalidad la falta de preparación técnica. Algunos, al no poder en conciencia negar la belleza y el mérito de las obras, escatimaron las loas e intentaron comparar el arte libre y poderoso de Quinquela con figuraciones escénicas de efecto teatral, sin tener en cuenta que entre las creaciones figurativas de masas vivas en movimiento y la colocación de grupos reconstruidos sobre modelos inanimados y obedientes a necesidades decorativas, hay la diferencia que existe entre el arte y el artificio.

Mas el talento sobrevuela a las reticencias de la crítica pasajera y a las malignidades de artistas fracasados. Los cuadros de Quinquela se impusieron luego definitivamente; y una aureola de fervorosa popularidad rodeó en seguida el arte y la vida del auténtico pintor argentino. Su fama excedió los límites del país, y en España, Italia, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, las exposiciones de las telas nacidas en el suburbio boquense fueron alabadas y valoradas como la expresión más típica y vi-

vierte de la pintura argentina. Más aún, no hay exageración en afirmar que si la pintura argentina fué conocida y apreciada en el exterior, eso se debe casi exclusivamente a Benito Quinquela Martín.

Camille Mauclair, uno de los más agudos críticos de arte de Francia, al juzgar los cuadros del pintor argentino expuestos en París, escribía en el año 1926: "Es

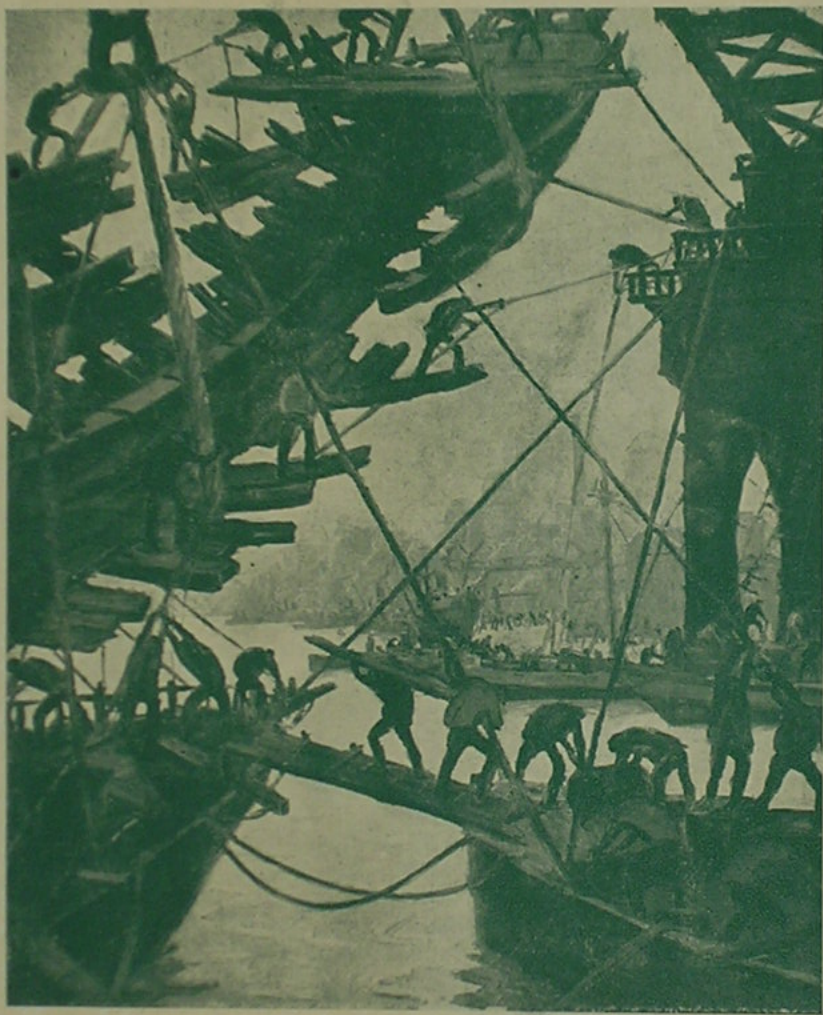
carácter romántico y sin embargo siempre reales".

¡Muy lejos pues de la falta de técnica y de la superficialidad de representación! Quinquela alcanza la complejidad de una gran sinfonía traducida en colores e imágenes: y fija el ojo y el cerebro en el conjunto del espectáculo, moviendo infinidad de personas y objetos entre enormes barcos intactos o en construcción o destro-

aguas indefinidas, con alrededor algún escaso detalle de puente o de orilla desierta? Hacen la impresión de lucecillas agonizantes, frente a la luz meridiana del sol. Para tener una elocuente medida del valor y de la individualidad del arte de Quinquela Martín es suficiente lanzar una mirada sobre los muchos imitadores de su estilo, que por otra parte es inimitable, como inimitables son las emociones y la fantasía del verdadero artista.

Aquellos que quieren juzgar todavía la pintura con prejuicios clásicos y prevenciones siempre ligadas o bien a las obras del pasado o bien a las tendencias modernas que se van superando, no quedan satisfechos ni contentos con los cuadros de Quinquela, porque no semejan las composiciones del Tintoretto, de Velázquez, de Tiepolo, de Caravaggio, de Manet, de Cézanne, de Gauguin o de otros que se han trazado un camino propio. Pero es justamente por esta razón que el pintor argentino no debía seguir, como continuador o como imitador, ese camino, original e interesante cuanto se quiera, pero no propio. Quinquela sabía que los artistas citados y otros innovadores triunfaron porque lograron realizar, con sello personal, la virtud de su propia técnica y de sus propias energías de invención y no porque supieran imitar perfectamente a sus predecesores.

Cuando aparecieron las telas del impresionismo, del cubismo, del futurismo, del superrealismo, del fauvismo, etc., voces de protesta y de horror se elevaron contra la desnaturalización de la realidad y contra las aberraciones de la técnica, como a menudo se calificaron esas innovaciones. Pero pocos advirtieron que todo eso, aun cuando a veces se manifestó con carácter de reacción contra el amaneramiento y el academicismo, y no como voluntad y posibilidad de construir un nuevo mundo estético, era el producto de talentos geniales, angustiados por salir de los vínculos del pasado e inquietos por nuevas formas y nuevo espíritu, que fueran aptos para representar la vida con recursos, tendencias e ideales más propios y adecuados a la evolución contemporánea. Naturalmente, no me refiero a quienes se sirvieron de estas nuevas tendencias para cubrir

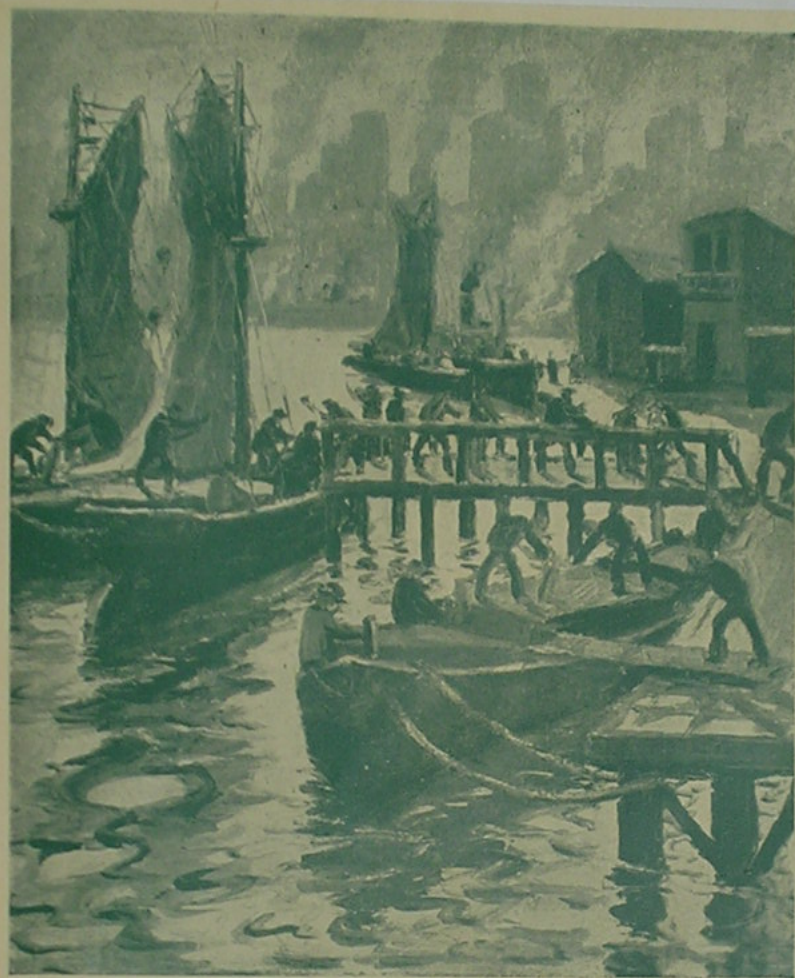


Quinquela Martín: TRANSPORTE DE RESTOS (óleo).

un "visionario" notable y un colorista de nacimiento, al mismo tiempo delicado y poderoso. Su pintura a la espátula acumula con vigor y mezclas opulentas los bermellones, los cobaltos, los verdes esmeralda, los amarillos cromo por tonos íntegros y ampliamente distribuidos. Así resulta un músico muy sensible de los grises y los violetas, que sabe hacer cantar en sordina. Sus composiciones son de

zados por la tempestad o devorados por las llamas, sobre un fondo vívido y bien recalcado de aguas, riberas, arsenales y edificios, que canta el poema del trabajo en la glorificación de la vida.

¿Qué son frente a las creaciones de este coloso del pincel, las anémicas miniaturas de rinconcillos del puerto boquense, las alambicadas escenas de algún velero multicolor que se desliza sobre



Quinquela Martín: RINCÓN BOQUENSE (óleo).

Tal vez la limitación de sus cuadros, circunscriptos a los elementos y espectáculos del puerto del Riachuelo, puede provocar en algunos, una sensación de insistente opresión y monotonía. Pero esto nada importa al pintor. Él reproduce de preferencia, y casi con exclusividad, aquellas escenas portuarias, porque las ha vivido intensamente, las ha escudriñado y penetrado en todas las expresiones de abierta energía y en todas las variaciones de la luz vivificadora. Si hubiera pintado otros temas, ajenos a sus disposiciones e impresiones, no hubiera hecho obra espontánea, sincera, viviente.

Más ¡qué riqueza de situaciones, de transformaciones y de emociones comunica Quinquela a sus temas preferidos! En las dos series *Motivos del Puerto* y *Motivos de Fuego*, prodiga con exuberancia instintiva y técnica, tesoros enteros de relieves, de expresiones, de movimiento. El plano del fondo no se limita a los pocos rasgos de costumbre y a matices irresolutos, sino que se llena de un cielo a veces límpido, a veces hosco, donde las nubes o las columnas de humo se condensan y se sueltan como cabelleras fantásticas o cascadas aéreas, ora dilace-

la pobreza de su técnica y de su fantasía, preocupados solamente del efecto propagandístico y de otros fines más vulgares.

Benito Quinquela Martín no se propuso abrir un nuevo período ni imponer una nueva tendencia en la pintura: solamente quiso diferenciarse e individualizarse, dando estilo y carácter personal a los cuadros sentidos y compuestos en el contacto de ese rincón de paisaje y de actividad humana, que fué y es familiar a su corazón y a su cerebro.

La reciente muestra en la Galería Witcomb, que comprende 65 obras entre óleos, aguafuertes y dibujos, nos ofrece la prueba máxima de su poderosa y genial producción. Si a todo ello se agrega la amplia pintura mural a fresco, de la Escuela-Museo Pedro de Mendoza, en la que los temas adquieren mayor variedad y una des acostumbrada agilidad, ya por la naturaleza rápida y hábil de la difícil composición, ya por el contraste de las escenas civiles y religiosas, siempre de carácter popular, se logra conocer exactamente el esfuerzo y el valor del artista.

Quinquela Martín: INUNDACIÓN EN LA BOCA (óleo).





Quinquela Martín: ESTIBADORES (dibujo).

radadas por la tempestad, ora embes-
tadas por oleadas de luz de oro,
de viola, de sangre. Las aguas,
aun en tóxico pero exacto desplie-
gue de la espátula o del pincel
grueso, vibran, cercanas y lejanas,
como bajo la caricia de un arco
iris mágico, que alterna tintas cá-
lidas, neutras y frías, con sus cla-
ridades lácteas, sus esmaltes azú-
les, sus serpenteamientos verdes,
sus incendios gozosos en cromo y
minio, con refracciones y quebra-
duras, con fluideces y solidifica-
ciones, armoniosas siempre y siem-
pre fundidas en un realismo y en
una espiritualización, que dejan
asombrado y extático al observa-
dor poco prevenido.

Los mismos efectos se renue-
van en las moles majestuosas de
los barcos. Algunos se yerguen
como enormes esqueletos de dino-
saurios, roídos y quebrados por el
tiempo y las tempestades; otros se

desplomán y se caen a pedazos, ba-
jo las mordeduras demoledoras de
llamas que consumen; otros pal-
pitan bajo el atormentado trabajo
de los obreros; otros se destacan
sobre el muelle, recién alquitra-
nados y barnizados, con las velas
izadas y abiertas al ímpetu del
viento; otros, finalmente, se des-
lizan rebosantes de mercancías so-
bre el canal sereno y laborioso. Y
las tripulaciones, los cargadores,
los calafates, desencarnadas som-
bras negruzcas, vivientes, más por
sus posturas y el esfuerzo que por
las líneas anatómicas, prestan un
temblor, febril y medido al mis-
mo tiempo, a la impresionante
exaltación escénica de las tareas
portuarias.

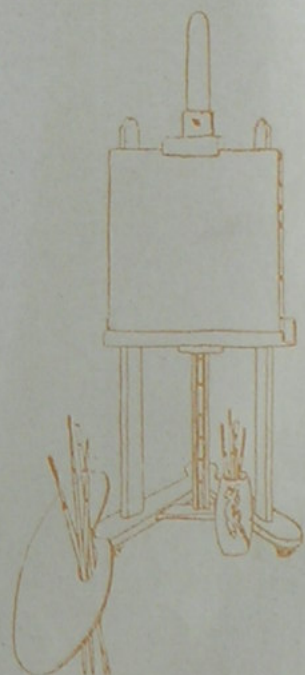
A estos espectáculos marinos,
deben agregarse los cuadros *Fun-
dición de hélices*, *Fundición de
acero*, *Incendio en el puerto* e *In-
cendio de tanques de nafta*, donde

las masas abrasadas de los talleres
titánicos, y el majestuoso aspec-
to del paisaje bajo el azote de fue-
go, por el cual las aguas, el puen-
te, los muelles, los edificios y las
nubes asumen aspectos apocalíp-
ticos, parecen para ilustrar algu-
nas escenas y episodios del *Infierno*
de Dante.

En las aguafuertes, el estilo y
la expresividad de Quinquela no
cambian. Nada de grafías incisi-
vas y mórbidas, nada de elegán-
cias de frisos decorativos y con-
tornos pulidos de objetos y figu-
ras, sino surcos profundos, clari-
dad de sol y manchas de som-
bras, que más que dibujarlas, es-
culpen cosas y personas, con una
eficacísima correspondencia y una
cerrada unidad entre inspiración,
concepción y representación. Ta-
les son *Salida del templo*, *Día de
trabajo*, *La grampa*.

La misma exclusión de morbi-
decas y matices delicados, se en-
cuentra en los cuatro dibujos ex-
puestos, con acento de dolorosa
humanidad, en el *Estibador he-
rido*, y con escalofrío de atareada
alegría en *Levantando velas*.

Así he visto la obra típicamen-
te argentina de Quinquela, que
reúne en breve espacio, el soplo
del gran espíritu local y el vérti-
go de los planos sin límites, de
los ríos inmensos y las cordille-
ras ciclópicas, como señas, mojo-
nes y símbolos que forman la rea-
lidad sin fin y el hondo misterio
de esta tierra privilegiada. *



discreto de tonos y planos, pero también una frialdad acompañada de amaneramiento, una complacencia, a menudo ociosa, de copiar e imitar, y, con el correr del tiempo, la renuncia a su prepotente personalidad y el ahogo de su exquisita e inimitable emoción.

La Academia prepara al artista, pero no crea el arte. Y artistas de la estatura espiritual de Quinquela Martín han de saltar a tiempo el foso para no quedar apresados en la cárcel magnífica de la escuela, donde se contempla y se indaga el pasado, pero no demasiado el porvenir y la vida.

Así, pues, afrontó Quinquela la batalla del arte, con energía que linda con la aspereza, con un dinamismo que multiplica su laboriosidad y variedad, atleta y poeta del pincel, que funde admirablemente el valor de las rudas masas en movimiento con las llamas rojas y los matices perláceos de la luz.

De estas facultades dió muestras desde su primera exposición, que mereció el aplauso del público y la aprobación casi unánime



Quinquela Martín: DIA DE INVIERNO (óleo).

Quinquela Martín: ESCARCHA EN LA BOCA (óleo).



de los críticos. También entonces, como hoy, no faltaron los observadores superficiales que vieron en la audacia el desorden y en la originalidad la falta de preparación técnica. Algunos, al no poder en conciencia negar la belleza y el mérito de las obras, escatimaron las loas e intentaron comparar el arte libre y poderoso de Quinquela con figuraciones escénicas de efecto teatral, sin tener en cuenta que entre las creaciones figurativas de masas vivas en movimiento y la colocación de grupos reconstruidos sobre modelos inanimados y obedientes a necesidades decorativas, hay la diferencia que existe entre el arte y el artificio.

Mas el talento sobrevuela a las reticencias de la crítica pasajera y a las malignidades de artistas fracasados. Los cuadros de Quinquela se impusieron luego definitivamente: y una aureola de fervorosa popularidad rodeó en seguida el arte y la vida del auténtico pintor argentino. Su fama excedió los límites del país, y en España, Italia, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, las exposiciones de las telas nacidas en el suburbio boquense fueron alabadas y valoradas como la expresión más típica y vi-

ABRIL 1934

LOS BARRIOS DE BUENOS AIRES

A de la BOCA

por EROS NICOLA SIRI



Fragmento de la Avenida Almirante Brown, la "Broadway" de la Boca



El instante es solemne; Filiberto reza en un tango la misa del arabal que se trasunta en "Cuando llora la milonga". El cronista y la soprano Srta. Agrasar Martínez, escuchan con emotivo silencio

Magnífica perspectiva del Riachuelo, que se admira desde el estudio de Quinquela Martín

la policromía del "gouache" boquense, que refleja su dinámico trabajar. En estos soberbios motivos se ha inspirado el magistral pincel del artista de La Boca, Benito Quinquela Martín, cuyos óleos han reflejado, como un caleidoscopio, el cuadro que se domina desde la ventana del estudio del bohemio

realiza la República de La Boca! Cada una de ellas marca un jalón imperecedero en la popular barriada.

¡DINAMISMO!

¡Qué grandioso aspecto presenta La Boca en un día de actividad! Es una imponente colmena humana que gravita y vive bajo el impulso del trabajo y del progreso.

Sus calles y sus grandes fábricas y usinas entonan un himno de labor y de bonanza; y allá en el Dock, las turbias aguas del Riachuelo se patinan de oro y fuego con el rojizo resplandor de las fraguas de los diques y talleres de carena, restaurando los ventrucos cascos de navíos que lamieran las olas de todos los mares del mundo; y en el fondo, como un magnífico marco a este cuadro, la férrea mole del Puente Barracas completa

LOS BARRIOS DE BUENOS AIRES. LA BOCA

(Continuación de la página 88)

Los ojos de Quinquela Martín, con ese mirar lánguido, cobran por instantes animación; está el artista frente a su caballete delineando un nuevo cuadro, y cada pincelada que da a su obra se trasunta en el resplandor de satisfacción que ilumina sus pupilas inquietas.

Quinquela Martín es muy bohemio, y nos cuenta algunos pasajes de su vida artística; no hay en sus relatos ese sabor "sui generis" de los artistas que se han hecho en los "ateliers" ubicados en las buhardillas de París; no, Quinquela Martín es genuinamente porteño, porteño en su alma y en su arte, que no se ha contaminado aún con el clasicismo de los maestros pintores renacentistas, ni con el arte bodrio del futurismo.

Benito Quinquela Martín es el clásico pintor de Buenos Aires, y sus obras tienen el alma y sabor propios de argentinismo puro y neto.

Anochece; el Riachuelo ha callado y las sombras de la noche han envuelto a la barriada de La Boca; nos despedimos del artista, y al irnos, volvemos maquinalmente la vista.

Su silueta, frente al caballete, se recorta en el vano de la ventana; quiere todavía copiar del Riachuelo el último motivo, antes que la noche, egoísta, se lo esfume como un trazo de carbonilla borronado...

LOS SELF-MADE-MEN

LA HISTORIA DEL MUCHACHO CARBONERO QUE LLEGO A SER UN GRAN PINTOR

NACI en 1890, y estuve en la Casa de Expósitos hasta los siete años, en que me recogieron los viejos. En todo lo que sé sobre mis orígenes...

Los viejos son unos humildes carboneros de la Boca que le dieron a Benito Quinquela Martín lo que sus progenitores le negaron: un hogar y un apellido. Con ellos vive todavía, y ocupa la misma pieza en que lo alojaron desde niño. La fama no ha podido sustraerlo a la carbonería de la calle Magallanes, que fue escenario de su lucha cruel contra la vida, empeñada en no dejarle imponer su vocación de artista. Allí empezó su "via crucis" de pintor y allí también le dieron las hadas el secreto de la gloria. ¡Qué novela la vida de Quinquela Martín! Hay momentos, al oírlo contar, que le parece a uno imposible que eso sea una existencia real, resultado sólo de circunstancias naturales. Se le ocurre una serie de episodios concertados por Dickens o Daudet, magos de la emoción humana.

CARBONERO Y VAGABUNDO

—Cursé nada más que primero y segundo grado. Los viejos me mandaron a la escuela desde los siete a los nueve años... Después, hasta los veintidós, me he pasado la vida descargando carbón. Cuando tenía diez y siete años fui, durante un tiempo, a una de esas academias de barrio que enseñan baile, corte y confección y que sé yo cuántas cosas más, donde había un profesor de dibujo que me dio algunas lecciones... Esa es la única educación académica que tengo... Todo lo demás lo he aprendido por mi cuenta, solo, y casi siempre en forma muy dolorosa, terrible...

No recuerda cuándo le nació la vocación de pintor. No hay ningún síntoma externo que la revele, con precisión, cronológicamente. Le parece que ha nacido con él, como el hambre y el sueño. ¿Se le ocurriría a alguien preguntar a un hombre cuándo sintió por primera vez ganas de dormir o de comer?

—Sólo puedo decirle que desde niño garabateaba papel, o lo que tuviese entre las manos, y que, más o menos a los diez y siete años, les vendía a mis clientes...



Ya en posesión de la gloria, junto al doctor Marcelo T. de Alvear, entonces presidente de la república, en un banquete dado en su honor

Foto Lonsán

los de carbón retratos por cinco pesos... Se nos ocurre que los retratos no harían sido tan malos para obtener ese precio. ¿Qué habrán pensado esas personas del carbonero artista?

—Precisamente, uno de esos antiguos clientes, no hace mucho, me mandó uno de mis dibujos de aquella época para que le cambiase la firma. Yo entonces firmaba Chinchela, que es el verdadero apellido de los viejos que he adoptado, con autorización del juez, y castellano, en la forma actual de Quinquela. Me costó convencer a la dueña del dibujo que, por ser de aquel tiempo, debía llevar el nombre así... Claro, lo que me ven ahora fotografiado en las revistas con reyes y magnates creen que mis obras se valorizarán alguna vez...

como las de los grandes pintores antiguos, y quieren asegurar la autenticidad del tesoro...

—¿Muy duro el trabajo de carbonero? —Imagínese. Cuando chico ayudaba a los viejos en los trabajos livianos de la carbonería. Pero desde que me lo permitieron mis fuerzas, me entregué a la faena ruda de descargar carbón de los barcos, llevarlo al depósito y después a la casa de los clientes. Cosa de estar todo el día con la bolsa pegada a las espaldas...

Quinquela Martín hace una pausa, y agrega:

—Así he aprendido a sentir la vida que he llevado a la tela, y que es la única que me atrevería a pintar... Esa fiebre de la columna proletaria amontonada junto a los bar-

un verdadero vagabundo, durmiendo por los terrenos baldíos de la Boca, en los sucucos de los lanchones de carga, cuando algún tripulante, amigo ocasional, me hacía pasar de contrabando como compañero...

—¿Y comía? —Cualquier cosa. El peor mendrugo me bastaba. Nunca me preocupé eso. Ahora mismo, si las circunstancias me lo impusiesen, sería capaz de pasarme mucho tiempo a base de café con leche...



El pintor Quinquela Martín con sus padres adoptivos

Foto Luchella

cos de carga la he experimentado yo en carne propia... De esos hombres a quienes el trabajo da la proporción de hormigas, he sido yo... La vida misma ha sido mi mejor academia. Me ha hecho sufrir, pero me enseñó un arte vigoroso, original...

—¿Qué hizo después de los veintidós años?

—Me pasé un año cebando mate, como ordenanza de la oficina de Muestras y Encomiendas de la Aduana. Ocupaba el puesto un amigo mío y, al abandonarlo, me lo pasó... Cuando salí de ahí empecé a ser pintor exclusivamente.

Y desde entonces hasta ahora... Claro que la cosa no me resultó tan fácil. Era completamente desconocido, y con mi arte no podía ganar ni un centavo. Los viejos eran pobres, y no se conformaban con que un grandulón como yo, sano y fuerte, desdichase el trabajo. Más de una vez se han de haber arrepentido de haberme llevado consigo... En el cuarto de baño de la pobre casa guardaba los pinceles, las telas y los colores, que constituían la piedra del escándalo familiar... Muchas veces la incompreensión de ellos me obligó a abandonarlos, y anduve hecho

Por momentos, la necesidad me vencía, y volvía entonces a descargar carbón. Trabajaba, por ejemplo, una semana, y con el dinero que ganaba vivía luego un mes sin otra preocupación que la de pintar. El primer día de labor, después de un período de vagancia, me costaba un poco. Como estaba algo débil por la escasa alimentación, la bolsa me pesaba más que de costumbre...

Con esta parte de la vida de Quinquela Martín se podría escribir un libro como "La Obra" de Zola.

LA CONSAGRACIÓN

Aquí termina lo triste de la historia y comienza la carrera brillante del artista. Un buen día, Quinquela, el vagabundo, está pintando y lo sorprende la presencia de Pío Collivadino, el director de la Academia Nacional de Bellas Artes, llevado al humilde taller por un conocido común. Collivadino queda sorprendido con el arte nuevo que reflejan los toscos pinceles del muchacho de la Boca, y lo persuade de que se presente al público. Después le envía al señor Taladrí, secretario de la Academia, para que lo ayude a organizar una exposición. Le consiguen un crédito que le permite dotarse



Quinquela Martín a los diez y ocho años, cuando era carbonero. El que aparece a la izquierda es un obrero amigo que presumía de intelectual y que, por tanto, quiso fotografiarse con un libro

de las telas y marcos necesarios, y en 1918, Quinquela Martín se presenta en el salón Witcomb.

—Siempre le agradeceré—nos dice, con sencilla emoción, el artista—la generosa colaboración a Collivadino. Al fin y al cabo, yo no era de la Academia y no tenía por qué ayudarme...

La exposición de Witcomb constituye el primer éxito. Quinquela, el carbonero vagabundo de la ribera boquense, vende en ella telas por valor de cerca de seis mil pesos. Paga el crédito, y le queda todavía plata para organizar un viaje al Brasil, donde realiza una nueva exposición en 1920, también con resultados lisonjeros.

—¿Qué dirían los viejos?

Quinquela Martín sonríe bondadosamente.

—Imagínese, los pobres no salían de su asombro...

Después viene la consagración definitiva en el extranjero.

De Brasil regresó a la Boca y siguió trabajando hasta 1923, en que me fui a España, para realizar una exposición en Madrid. Vendi en ella veintidós telas y logré el honor de ser el primer pintor de América que entraba en el Museo. Me quisieron condecorar, pero me opuse. Hubiese sido ridículo, ¿no le parece?... A mi regreso les compré la casita de la calle Magallanes a los viejos para que vivieran tranquilos, porque la carbonería ya no daba más, y tuvieron que cerrarla...

EL ASOMBRO DE LA BOCA

Benito Quinquela Martín constituye actualmente el asombro de la Boca. El humilde vecindario no concibe cómo un pintor famoso como él, que recibe en su taller al Presidente de la República, que sale fotografiado en diarios y revistas con el rey de España y con Mussolini, siga haciendo la misma vida casi de su época terrible de carbonero. Vive aún en la pobre casa de la calle Magallanes, y se lo ve diariamente trasladarse desde ella a su taller de la vuelta de Rocha en traje de obrero y alpargatas. Así recibía al presidente Alvear, cuando, con su esposa, doña Regina Facini, visitaba su "atelier". Así recorre frecuentemente la ribera en busca de motivos. Los antiguos clientes de su carbón hasta se extrañan que los salude con el mismo afecto de antes.

—Muchos me creen loco—nos dice el pintor.—Otros me preguntan, azorados como hablan, cómo comen, los reyes, los presidentes y los príncipes. Me miran con desconfianza, porque les parece imposible que siga siendo el mismo... No comprenderán nunca que para un artista todo eso que a ellos le llama tanto la atención no son más que accidentes sin importancia...

Y la Boca no sabe todas las tentadas ras ofertas que ha debido rechazar Quinquela Martín para seguir siendo fiel a su arte, que sólo puede inspirarse en su familiar vuelta de Rocha.

ARTURO SILVESTRE

1939

Simón

1 de marzo

ARTISTAS PLASTICOS

Por ARISTEO SALGUEIRO

VUELTA de Rocha. Ahí donde el cauce del Riachuelo parece desconcertarse en su trayectoria. Y muy cerca de donde vive otro gran pintor argentino: Miguel Carlos Victorica.

Una escuela. Un museo. Y en el frontispicio, un nombre tutelar: el del adelantado don Pedro de Mendoza.

Barrio de gentes sencillas, de marineros, de trabajadores, de pequeños burgueses. De barcasas llenas de frutas. De veleros. De embarcaciones que se recostaron a los muelles, resquebrajadas y crujientes, esperando turno para que en algún sanatorio de la ribera le calafateen las entrañas, la pinten de nuevo y la vuelvan a poner sobre las rutas del mundo, hasta que un día de tormenta, en cualquier parte, se quede dormida para siempre...

Vuelta de Rocha. De día, actividad febril. Columnas de humo escapándose de las chimeneas para garabatear el cielo. Tránsito abigarrado. Automóviles, tranvías, camiones de ruedas inverosímiles, cargados hasta el tope. De noche, barrio de cafetines pintorescos donde se vuelca la grey uniformada de los barcos. De letreros luminosos. De despachos de bebidas. De casas que a fuerza de ser frecuentadas por poetas, por escritores y por "snobs", han llegado a popularizar sus nombres; y donde la promiscuidad de la concurrencia no rebaja la jerarquía culinaria de los platos que vienen a la mesa; y donde una soprano no sólo cumple el milagro de hacerse aguantar sus canzonetas, sino que hasta mueve al aplauso y la propina.

De dancines de concurrencia heterogénea, de orquestas estridentes, de grescas en potencia, donde la pobre carne de miseria que acompaña los tangos se cruza de piernas frente al porvenir con una resignación pareja a la de una tortuga que una vez vimos en la vidriera de un restaurante paseando sobre el cascarón su sentencia de muerte:

"Mañana, en caldo."

EXPRESION DE SU BARRIO

Benito Quinquela Martín es de esta barriada porteña. Aquí nació y aquí se hizo hombre. Por eso sus cuadros son específicamente proletarios en lo que tienen de canto a la actividad, a la acción permanente de los humildes.

Hasta la Vuelta de Rocha fué a buscarlo Marcelo de Alvear para ponerlo en el camino de la curiosidad de todos. Y si un nombramiento de canciller de consulado le allanó la ruta de España donde los críticos señalaron la presencia de un pintor vigoroso y personal, para reintegrarse al Riachuelo de sus preferencias, le bastó el amor a la tierra de sus primeros afanes, duros, agobiadores, ásperos.

Nadie como él interpreta entre nosotros, con mayor penetración psicológica, la vida de los hombres del puerto. Y es que él mismo, de chico, no era otra cosa que una unidad viviente del trajín de la ribera. Por eso en sus cuadros hay como tema, frecuentemente, una abigarrada multitud de obreros, que suben y bajan de los barcos, sudorosos y fuertes, cuyos músculos, distendidos y visibles, son sus escudos de nobleza; de nobleza proletaria, que se levanta temprano para procurarse el pan de cada día... Exactamente como el propio Quinquela.

De aquí le viene su solidaridad espiritual con los obreros; la solidaridad que se percibe en sus telas. Las de ayer y de hoy. Y la que ya apuntaba en los diseños que hacía en las paredes y sobre la vereda con los carbonos que guardaba de las cargas que él mismo, obrero precos, llevaba o traía del vientre de los barcos.

AL MARGEN DE LAS ACADEMIAS

Quinquela Martín es un autodidacta. Demasiado pobreza tenía encima cuando nifo, para perder el tiempo yendo a las academias. De aquí que sus telas se resienten, por momentos, en sus aspectos técnicos. Los de dibujo, por ejemplo. Pero empuja con una seguridad tan firme y "compone" con un sentido panorámico tan vasto, que sus realizaciones son verdaderas obras de arte.



Benito Quinquela Martín

el pintor del Riachuelo

Ya un crítico apuntaba que en Quinquela no había un escolástico, propiamente dicho; pero sí un pintor de recursos personalísimos, claro, nítido, luminoso. Y lo segundo dispensa de lo primero, porque es la resultante de su sensibilidad y de su talento.

CAPACIDAD DE TRABAJO

Los pintores argentinos se caracterizan, entre muchas cosas, por falta de dedicación a su arte. Cuando han pintado una tela de dimensiones mayores que las comunes, y emplazado dos o tres figuras, ya creen haber realizado un esfuerzo ponderable, merecedor de ser destacado. No pocos pierden aptitudes a fuerza de dejarse estar. No es el caso de Quinquela, cuya vida de artista se concreta en una fórmula de labor ininterrumpida. Casi sobrehumana. Es el artista de vocación permanente, para el que cada día trae una nueva necesidad de superarse. El solo ha pintado más que muchos de sus mejores colegas reunidos. Y en la prolificidad no ha comprometido calidades, que es su mérito máximo.

Su capacidad creadora le ha proporcionado muchas satisfacciones. No pocas de orden material. Pero casi tanto como en percibir una fortuna ha tardado en devolverla a la colectividad, en forma de escuela o de museo; o de dád-

vas individuales a los que ascienden hasta su taller de la calle Pedro Mendoza a llorarle angustias.

Los cuadros de Quinquela Martín son altamente cotizados en los Estados Unidos, de donde, de cuando en cuando le viene un giro en dólares. Pero la seducción del dinero no le es canto subyugador de sirenas. De aquí que no pocas veces prefiera pintar frescos de dimensiones aplastantes, como el de doce metros que ha hecho en el comedor de los obreros del Ministerio de Obras Públicas, sin percibir un solo centavo. O las decoraciones murales realizadas en la Escuela Museo de la Boca, con la sola

Sintoma

1 - Mayo 1939 -

Quinquela Martín, ante una de sus obras, en un momento de descanso de su labor artística.

satisfacción de saber que serán el alimento espiritual, plástico, de los escolares de su barrio: los que van a ocupar pupitres que él no tuvo, cuando criatura, oportunidad de ocupar porque cuando las campanas de los barcos sonaban anunciando el comienzo de la jornada. Quinquela esperaba en el muelle, como sus hermanos de trabajo, el minuto de empezar.

Hoy se desquita de la vida substra-yéndole víctimas propiciatorias. No pocos han salido a flote, de la miseria, de la mano del pintor. Cuando no les ha podido dar dinero los ha fortalecido con sus palabras, con su ejemplo, con su optimismo. Por eso su prestigio, en la Boca, comprende una especie de misticismo a su alrededor.

Un poeta nos dice:
— ¿Ustedes no saben? Es un santo...
Sí. Un santo laico, modesto, sencillo, frugal, que vive con cualquier cosa.
— Con un churrasco — nos dice — tengo de sobra. Un churrasco, se entiende, y algunos mates.
El lujo no entra en sus preferencias. Y mucho menos la "vida social". Medio Buenos Aires conoce a Quinquela Martín. Y él conoce a medio Buenos Aires.



"Destarga", uno de los más interesantes cuadros de Quinquela, ejecutado en cemento policromado por Constantino Juste (a quien vemos a la izquierda de la obra) para el piso del andén de la estación Plaza Italia, del subterráneo de la Coordinación de Transportes.

Ministros, banqueros, potentados de la industria. Los diarios y revistas vienen enalteciendo su obra y su nombre ya hace mucho tiempo. Goza de popularidad. Es el pintor argentino en torno de cuyo nombre más se ha hablado. Pero él sigue viviendo como si tal cosa. Imperturbable a las alabanzas. Y si alguna vez acepta una invitación para ir a comer a alguna parte, es difícil que sea a un magnate de las finanzas o de la política. Prefiere la de los artistas; la de los poetas o la de los músicos como Juan de Dios Filiberto, para el frontispicio de cuya casa Quinquela pintó una de sus decoraciones más emocionadas.

252

TRIBUNA DEL OESTE
BENITO QUINQUELA MARTIN

UNOS MINUTOS CON EL GRAN PINTOR ARGENTINO

Visitó días pasados al pintor Quinquela Martín en su estudio ubicado en la calle Cnel. Salvadores y Pedro Mendoza. Para la especialidad de su arte pictórico, no cabía mejor lugar que el elegido, pues desde ahí se domina admirablemente el paisaje portuario de la Boca, sitio éste que ha servido de inspiración al artista y que tan magistralmente ha transportado al lienzo. Una rústica escalera, diríase interminable, me lleva a la planta alta de la vieja casa en que Quinquela Martín trabaja. El pintor con su característica sencillez y bonhomía, me recibe. Un admirable desorden se evidencia en aquel humilde templo del di-

cel del eximio artista ha transportado al lienzo todas las escenas portuarias, una súbita idea da la maravillosa sensación de que todo el muelle de la Boca hubiese penetrado con sus botes, lanchones y barcos por los ventanales del gran pintor adhiriéndose a las telas.

La justa celebridad alcanzada por Quinquela Martín, ha sido puesta de manifiesto en todas sus exposiciones y muy especialmente en las realizadas en Río de Janeiro, París y Madrid, en los últimos tiempos. Sus telas figuran ya nada menos que en el Museo de Luxemburgo, amén de las existentes en el de Arte Moderno de Ma-



Buenos Aires, Domingo 20 de Noviembre de 1927

ño arte de Rafael: el artista está ocupado en preparativos de viaje y con tal motivo se dispone a hacer embalar una colección de cuadros que formarán su próxima exposición a realizarse en Estados Unidos.

—Emprendo viaje a fines de este año — me dice Quinquela Martín. — Y luego agrega: — Todo depende de la buena suerte: si las cosas marchan bien, es muy fácil que pase luego a Méjico.

—¿Cómo ha podido habituarse a este ambiente tan retirado del bullicio céntrico de la ciudad?

—Es precisamente mi ambiente — contesta. — Aquí me he formado y siento íntimamente en mí, todo lo que tiene de característico y atrayente este curioso rincón del Riachuelo: todos mis cuadros están pintados exclusivamente por inspiración de este sugestivo ambiente boquense, en el que siempre he vivido.

Y mientras escucho al artista recorro con la mirada las paredes y rincones del estudio por cuyas ventanas abiertas de par en par, parece que entrara de lleno todo lo que tiene de magnífico y soberbio el panorama del puerto en plena actividad. Tal es la proximidad de los barcos a la estancia en que estamos, que parece que sus quillas y aparejos estuviesen al alcance de la mano. Y al ver la fidelidad con que el pin-

drid, en el de Río de Janeiro, en la galería del Príncipe de Gales y para terminar, entre otras muchas, en la del Presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.

Benito Quinquela Martín, uno de los valores artísticos argentinos ya consagrados, ha llegado a imponerse entre los pintores contemporáneos con un estilo propio que le ha valido la admiración de destacadas personalidades como ser: José Francés, Camilo Maclair, Emilio C. Agrelo, Francisco Alcántara, Rodrigo Soriano, Luis Araquistain, Alberto Ghirardo, José M. Salaverría, Luis Pérez Bueno y otros muchos.

Nuestro artista ha llegado a la cúspide de la gloria, habiendo tenido por compañeros de la infancia las rudas faenas del muelle boquense: de ese mismo lugar en que viviera todas sus emociones de hombre y de artista, de ese rincón que constituye para él preferente motivo de viva inspiración intensamente sentida por su alma; y es por eso que Benito Quinquela Martín sigue viviendo en esa bohemia manifiesta en todo momento y tan característica en los que sólo viven del arte y para el arte.

Leopoldo de Somay.

Jueves 16 de Febrero de 1950, Año del Libertador General San Martín

★ ★ ★

ARTISTAS DEL PUEBLO:

★ ★ ★

BENITO QUINQUELA MARTIN

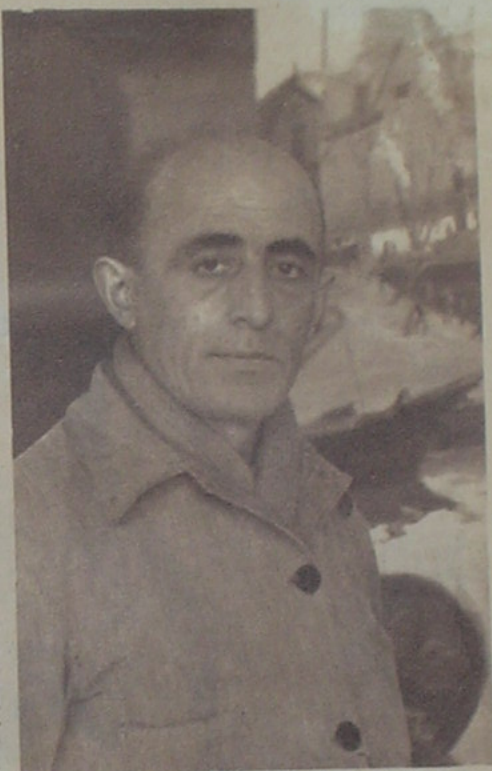
ASOMANDO apenas la cabeza por sobre el mostrador, el pequeño Benito se las arregla como puede para atender a los clientes de la carbonería de la calle Magallanes. Su edad es escasa, 9 ó 10 años a lo sumo. Vive con sus padres adoptivos, el matrimonio Chinchella; él, un robusto italiano y ella una muchacha triguera, entrerriana por más datos. Así comienza su lucha quien habría de ser más tarde nada menos que Benito Quinquela Martín.

Esto ocurría en la Boca, casi al despuntar el siglo. Tiempos bravos aquellos, sobre todo en la ribera. En cada esquina, en cada barrio, una voluntad se imponía: la del guapo. Las discusiones eran juego peligroso. La vida costaba poco porque se la podía perder a la vuelta de la esquina. A veces un pisotón en un baile o un saludo no correspondido desataban la tragedia. Siempre había un pretexto, cuando no se sabía que hacer con el coraje.

En este ambiente nada apacible asoma la infancia de Quinquela. El fútbol, desconocido entonces, no había ganado los potreros, que eran escenario de un juego más peligroso: las guerrillas, que no eran precisamente juegos de niños. En ellas se resolvía la rivalidad de las barriadas, tal como hoy ocurre con el fútbol. Famosas por su violencia fueron las que sostuvieron los del grupo de la Boca contra los llamados "gallegos" de Parque de los Patricios. Un día el capitán del grupo de la Boca apalabra a Quinquela para que ingrese en las filas. Benito, que venía pregustando esa emoción, acepta el convite. Entra ya con una misión determinada: calentador de alambres; elemento vital que, con las gomerías, palos y cascotes, constituyen el arsenal. Quinquela, con una resistencia física muy superior a su apariencia, se destaca bien pronto. Estas guerrillas eran verdaderas escuelas de coraje. De allí salieron guapos de barrio o valientes sin mella.

COMO CONOCE A FILIBERTO

Despunta, mientras tanto, la vocación que haría célebre al carbonero de la calle Magallanes. Todo esto con la consiguiente inquietud familiar. El padre sentencia: eso es cosa de ricos o de haraganes. La madre, más cerca de su corazón, lo



Benito Quinquela Martín

Asoman los inevitables días de incertidumbre. Con Filiberto, el amigo entrañable, va por las noches a desatar sus angustias junto al Riachuelo fraterno. La bohemia, con su alborozo dislocado, alienta sus jornadas. En un local de la calle Rioja se refugian muchos contempladores de estrellas. Entre ellos, Filiberto, Facio Hebecquer y Quinquela forman un trío cotizado, sobre todo para las serenatas de intención donjuanesca. Quinquela y el inolvidable Facio ponían en ellas su verbo encendido de pasión, Filiberto aportaba su música y las muchachas suspiraban hondamente.

TRIUNFA EN ITALIA

Siguen los sueños, hasta que aparece el hombre que supo entrever las condiciones del muchachito boquense: don Pio Collivadino. El gran maestro venía con frecuencia a pintar motivos del Riachuelo. Un día descubre a Benito pintando frente al río y exclama entusiasmado: "Yo estoy de más aquí; el puerto ya tiene su gran artista". Al juicio certero, añade don Pio su apoyo más honesto. Por su mediación exhibe Quinquela en el año 1918 en los salones de Witcomb; aparte de su éxito artístico hay que señalar en ella un ribete curioso: fué la primera exposición de pintura que se amenizó con música, naturalmente a cargo de su amigo Filiberto.

La popularidad golpea la puerta del altísimo, allá en la Vuelta de Rocha; pero Quinquela no se mareó. Los años 1923, 24 y 26... son jornadas de consagración. Recorre Europa. Visita Italia, y Mussolini, en aquel entonces en el apogeo de su carrera política, admirado de sus cuadros, exclama: "Este es el pintor de fuego que Italia necesita". Y lo invita de inmediato a tomar motivos de unos astilleros. Quinquela no acepta. Luego en Pittsburg, el rey del acero, le formula la misma invitación. Hay una oferta de muchos dó-



Canto a Quinquela Martín, por Victorino De Carolis

Ahora me despierto; rescato en la Armonía el aliento virtual de la Vos que tenía. Surjo del territorio del Sueño más profundo, antiguo como el hombre y antiguo como el mundo, cuya ignota grandeza, cuyo Fulgor no debo describir. Y por Gracia concedida me atrevo a levantar mi verso: (mi herramienta, mi mano, mi sostén y razón), en canto por mi Hermano. Por mi fraterno amigo a quien hice promesa de compartir sus sueños, su memoria y su mesa; por BENITO QUINQUELA MARTÍN, ahora partido en busca del Ensueño Final, que presentido, esperado del Hombre desde el día en que viene a la tierra, en llanto se troca cuando adviene, llanto de abandonar todo cuanto se ha amado, de tener que olvidar lo que nos fue brindado; de cancelar el rostro y dejar la morada del cuerpo —triste niño—, tibia y acostumbrada.

Quiero darle a mi Hermano mi palabra de Amor cuando todos han dicho la suya, de Dolor. Y como de Virgilio en el viaje de Dante, sea guía a su pie, de su sombra delante. Ahora en la memoria del pueblo de su gente, se levanta, Quinquela, como un fuego surgente, ya la Posteridad que lograste en tu afán de Belleza y de Bien. Diste color y pan a un universo grávido de grey trabajadora, —estirpe nostálgica, jocunda y soñadora—; porque lo diste al Tiempo —al pintar su paisaje—, ese universo vierte su llanto de homenaje.

Suscitando tu imagen —del quebranto a la euforia—, yo quiero re-crear tu alta trayectoria. Te rescato en tu fe de joven carbonero que endureció su cuerpo en el barco carguero y ennegreció sus manos en aspera faena; pero tenía el alma de excelititudes llena y los ojos abiertos como un lúcido espejo donde quedó la vida con eterno reflejo. Y mirando su sueño convertido en verdad; tu Escuela, tu Museo, toda la realidad que ardía levantaste desde tu fantasía y desde el sacrificio real de cada día; volviendo hacia tu historia que fue un acto de Amor, te convoco, te llamo a ese vivo rumor, de arenas, carboneros de penachos dorados que llevaban sus chispas a cielos incendiados; a tus días de sol, a la tarde invernal; a los cuerpos oscuros en ronda fantasmal; a ese farol del muelle; a la vieja sentina del barco entre la gris, asfixiante neblina de donde se levanta la música lejana y se asoma en la sombra la tristeza temprana. Te convoco a tu fuerza; al mágico quehacer donde vieron los días tu grandeza crecer; y dico tu Humildad, ajena a la aleatoria Vanidad, y proclamo que mereces la Gloria.

Levántate, Quinquela, una vez más del Sueño que fue tu bella vida y vuelve a ser el dueño de tu imaginación, de tu pupila-cierta, con todos los colores del iris; la despierta mirada que bebía el agua, el sol, el cielo, las grúas ya dormidas, negras en el Riachuelo; los ruidos marinos de colorido traje en los barcos cargados de fiebre y de coraje; la bravura del hombre que al alba se levanta y fatiga su sangre y por la noche canta con la voz desgarrada que del Norte y el Sur tienen todos los hombres que viven el albur de vencer el mar o el río y en su entraña cumplen del existir la cotidiana hazaña.

Y ahora, Quinquela, cuando la noche plena ese anónimo mundo con tu brazo de atleta y pinta por la noche con rara maestría lo que tu alta pupila apresara en el día. Te recuerdo de pie, como un mago, vestido con tu gris delantal, oscuro y encendido al por por la vigilia, demagando en la tela el ritmo de una jarcia, el sesgo de una vela. El sol más rutilante, de increíble esplendor, lo pintabas de noche; todo a tu alrededor dormía, pero en ti se despertaba alerta la visión conmovida de otra imagen, abierta a las ansias, un día no importaba ya cuando, porque el Ojo —pintor la veía, soñador—. Y así iban tus cuadros del ser a la criatura, de la cosa al color en la ideación más pura; con la verdad más honda, al más claro encontrarte. Porque la luz estaba en tu Visión y el Arte —ya lo decías— copia del mundo la Verdad; y la Verdad se alina en extraña hermandad con la Gran Ilusión, la espléndida Mentira del que consigue ver la Escuela, cuando mira.

Tu no es si la Vuelta de Rocha que he pintado se parece a la Vuelta de Rocha. La he mirado,



Quinquela Martín (sentado) y De Carolis (de pie) circa 1951

y la he sentido así, única y verdadera: la vivi, la escuché, la canté a mi manera. Dejo para los otros la misión de juzgar; yo he cumplido la mía de amarla y de pintar sus barrios con su gente, su ruido y su alegría, el dolor de su lucha, que fue también la mía.

ESTELA GALFRASCOLI DE DE CAROLIS

y he
el am
motor
Y su
rescat
acorta
y deja
que e
"Porq
y yo
y tal
lleve
toda
mostr
(En C
rtien
...Yo
que p
porqu
hondo
todo
de la
por la
y lueg
en tu
amor
Todo
estuv
...Yo
no se
Yo te
en los
y en
sabiad
Nos c
yo en
que t
y me
"Cuan
de la
para
los b
La m
y juca
es la
y ben
De pi
eres l
coraz
Yo in
el lau
a con
Voy a
Renar
intez
en la
tal ve
o en
Tu vi
ves l
... De
pule
haz
Caba
dante
escap
progr
"Y qu
e tri
y qu
(Apla
Carlo
Pitig
los q
todas
el to
en q
y pos
(Des
sones
y des
cont
...R
nuest
de la
—la
que
SIGN
El T
nos l
Me a
de el
cuan
a est

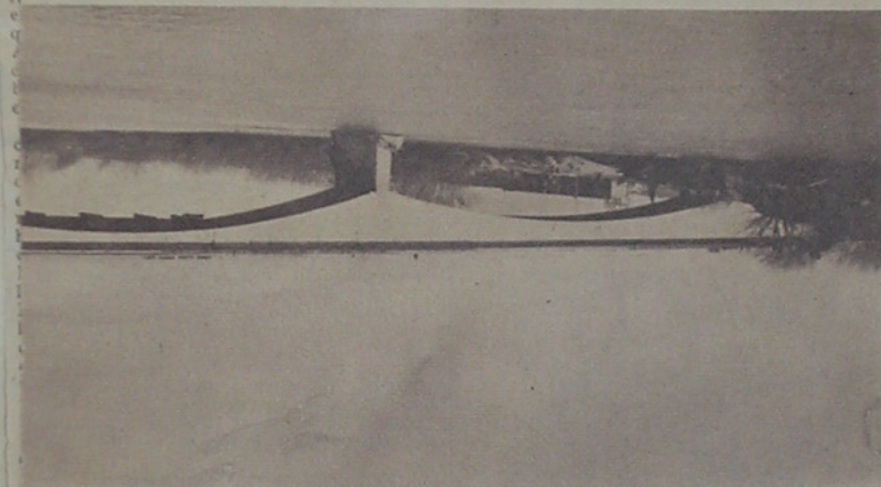
Jueves 16 de Febrero de 1950, Año del Libertador General San Martín

★ ★ ★ ARTISTAS DEL PUEBLO: ★ ★ ★

BENITO QUINQUELA MARTIN

SOMANDO apenas la cabeza por sobre el mos-

Vista general del magnifico puente de Choete Chool o treys del Rio Negro, construido en dos tramos de 20 y 20 metros, en el territorio de la Cor



La montaña ha sido volada para lograr el corte por donde pasará el tramo de la ruta 20, A entre Aguas de las Cumbres y Chancay.



ESTAR desde el litoral a

Según lo establece la ley, la construcción de una proporcional, de namente hasta que dad de la superficie el trazado y ejecución cubo contemplando y reestructurando para este motivo y, ade que, quedaron del En los actuales las directivas prece Perón, ha encara enas villas, uniend pero de incalculabl territorio, gran, pr en la cadena de su mos referidos su supone su ejecución

DE AGUAS D

La ruta 20 atr desde Santa Fe a Chile, paralela hac y San Juan. Al ej altas cumbres de puentes de la ser interrumpió hasta se obstruyó hasta se se ha acometido a radar la montaña, en un camino de función específica, de mas hermosa al

PARE

Paralela a la Cor en el territorio nac que se prolonga ha Jujuy, Es, entre lo y cumple una funci de mas hermosa al



↑
Victorino
De Carolis

↑
Guinqueb

?

?

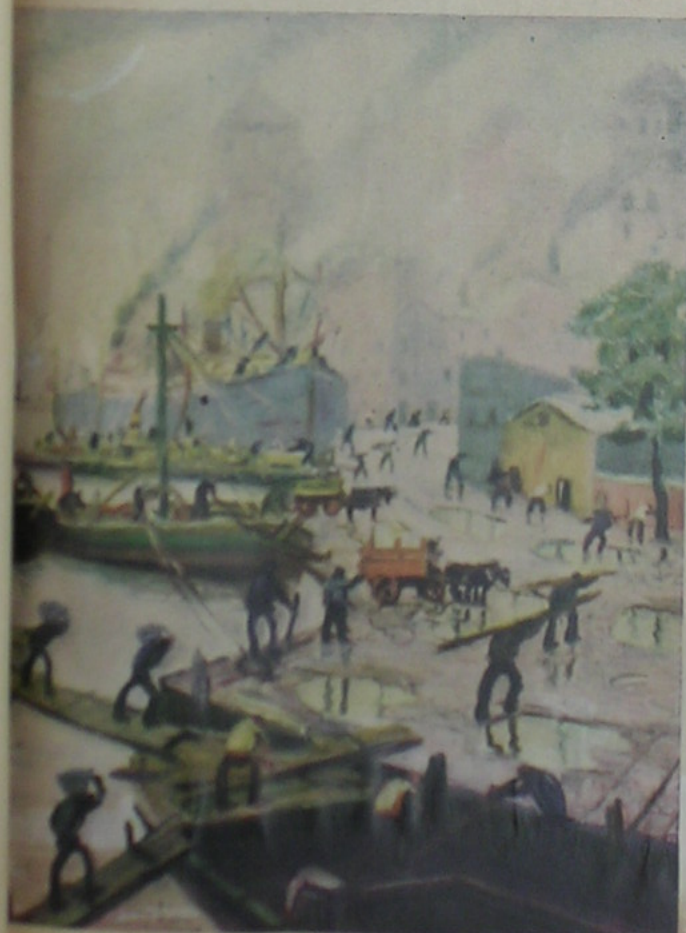
QUINQUELA MARTIN-PINTOR la gesta de los puertos argentinos a través de un libro de arte

Por AURELIO TORRES MEDINA

PERTENECE Quinquela Martín a ese género de pintores cuya obra, por vasta que sea, se cumple y se desarrolla dentro de una rigurosa e indestructible unidad.

Caso realmente excepcional dentro del arte pictórico de la Argentina, Quinquela Martín se definió desde los principios de su carrera como el poeta plástico de los grandes ambientes portuarios. No es tanto el diario y objetivo trazar de dársenas y malecones lo que el artista ha reflejado en sus monumentales telas, como la gesta formativa de la nación en aquella zona donde en forma más activa y grandiosa se manifiesta en el afán ininterrumpido de esas verdaderas puertas de Babel que son sus formidables "docks".

De ahí que un libro sobre la obra de Quinquela Martín sea, en cierto modo, un documento, o más que un documento, un canto



dedicado a describir y celebrar la gesta del trabajo nacional en uno de sus aspectos más evidentemente formativos. Así es como lo han visto los críticos y el público del extranjero, y así es como la ya vastísima labor del artista boquense se ha incorporado al acervo más duradero de la pintura nacional.

Centenares de grabados a dos tonos, y una rica colección de cuidadosas cromaticías, ilustran el texto de la nueva obra que firma José de España, y en el cual se analizan todos los aspectos fundamentales de la obra de Quinquela Martín, comenzando por los temas, el dibujo, el color, la composición, etc., y terminando por la técnica de empaste y el sentido monumental de las telas consideradas en ese volumen.

La unidad de concepción y la variedad de procedimientos y encuadres que caracterizan la obra del ilustre pintor argentino, aparecen objetivamente en la profusa documentación gráfica que incluye un ciclo de labor de más de un cuarto de siglo.

Editado con notable nitidez y bella presentación tipográfica, el volumen de "Quinquela Martín - pintor" lleva el sello de la editorial "Gay Saber", y ha sido dirigido por el doctor Félix Domenech, a quien se debe la acertada selección del material y la adecuada compaginación de la bella obra.

La Mujer

REVISTA ARGENTINA PARA EL HOGAR

Buenos Aires

aturnid Abril de 1936

lres esperan ar

e la ley de am
ntre en vigor.
de surgir del



EN la Boca, donde los barcos traen de lejanos puertos hombres de todas las razas y se llevan el trigo de nuestra pampa prometida, de allí, en esas aguas dormidas de las dársenas, quietas en los atardeceres, de esa Boca tan típica, tan original, tan inimitable, han surgido pintores, escultores y músicos.

Artistas argentinos

Benito

Quinquela

Martín

Benito Quinquela Martín, mago del pincel, ha rendido honor a esos lugares que desde su niñez ha comprendido, llevándolos a la tela con la luminosidad de su talento y la gama de su ensueño.

Nada de la Boca, bulliciosa y ardiente, le ha restado a su temperamento artístico, poesía, color, exactitud. En todo su alma soñadora se ha unificado y se ha reflejado en la tela con el color maravilloso, con la técnica precisa, con el empuje de su inspiración, bien al hombre rústico, trabajando junto a los barcos inmensos, ya el vapor vencido por el tiempo o el alto puente que corta la esfe-

ra azul y se extiende cual un brazo sobre el espejo del agua. Tal es la obra de Quinquela, valiente, dominadora.

Su labor es fecunda: todos los museos del mundo, desde Montevideo hasta Italia, tienen adquiridos sus cuadros.

Enrique Loudet, el diplomático y escritor, ha dicho: "Dotado de un temperamento de artista, cultivó intensamente la pintura para llegar a ser uno de los más notables y valientes artistas contemporáneos".

Su amor profundo por el arte lo ha llevado a donar al Consejo Nacional de Educación un terreno de amplias dimensiones, para que se levante allí la futura "Escuela-Museo Benito Quinquela Martín". Todo el decorado es obra suya. Presenta cuadros típicos de la época; son de una concepción admirable. El edificio de la escuela está próximo a su inauguración.

Quinquela piensa ir, más adelante, al Japón: Kobe, Yokohama y otros puntos del imperio de Oriente que le seducen. Allí sus telas mágicas trazarán sobre el espíritu nipón una gran trayectoria.

Si su triunfo en Europa fué resonante, en Oriente no lo duda que logrará otro mayor, que reafirmará su merecida fama y renombre.

FELIX B.
VISILLAC

LA OPINION

Un Domingo en la Barriada Boquense

Por GASTON VERNHET

Es una hermosa tarde primaveral que nos invita a salir a la calle y con mi amigo nos encaminamos hacia la barriada boquense, siguiendo la corriente humana que se trasladada a pie a la cancha de los 12 veces campeones del balompié a presenciar el partido del año.

Mientras esa marejada humana se desfilaba de la Avenida Almirante Brown hacia el estadio, nosotros seguimos hasta la calle Pedro Mendoza, ribete del Riachuelo, que ese día parecía haberse vestido de fiesta debido al gran cortejo y a la variación de los colores que vestían los transeúntes y que cambiaban el decorado a cada instante, reflejando en las aguas efectos de luces y matices caprichosamente distribuidos que hermozeaban aún más el paisaje ribereño.

Frente a esa maravilla de la naturaleza hacemos un alto cerca del puente Nicolás Avellaneda para admirar los motivos portuarios, que conmovieron tanto el alma de su pintor Benito Quinquela Martín, desde allí observábamos cómo se hundían en las aguas las pequeñas barquillas sin hacer más ruido que un lenguaje, y los efectos de luz que producía la reverberación de los tonos rojizos que el sol de la tarde derramaba con elegancia sobre sus aguas.

Algunos bajeles remontaban lentamente el curso del río y las magníficas sombras de los rascacielos proyectaban sus dobles figuras en las aguas, otras se quebraban en zig zag contra las murallas que las oprimían, mientras que un continuo oleaje en forma de pequeños círculos concéntricos se alejaban coqueteando y sin ruido uno tras otros hacia la otra orilla donde se estrellaban contra los pilotes

sin dejar rastros, aves marinas revoloteaban surcando el espacio a gran velocidad haciendo alarde de habilidad, mostrando una silueta estilizada y la blancura de su plumaje a poca altura de los trinquetes y mascarón de proa; más allá, algunas embarcaciones con velas desplegadas se acercaban al empuje caprichoso del viento que las llevaba rumbo a la ribera.

Maravillosa tarde de sol para el team popular que bregaba en defensa de los prestidigitadores «su barriada», y de luz para el artista meditabundo que buscaba en el silencio de la tarde la gama cromática más original reflejada en las aguas del Riachuelo para estamparlo sobre la tela.

Este es el preciso instante en que rompió el silencio un

fuerte grito de ¡gol!... seguido de un murmullo de muchedumbre que aclamaba a los vencedores de la jornada... mientras esto ocurría, nosotros entrábamos en la escuela museo «Pedro Mendoza» de la que Benito Quinquela Martín es fundador y director del valioso establecimiento en el que se forman nuevos valores con inquietudes artísticas para rendir culto al trabajo portuario y relatar sobre el lienzo esa nueva y artística modalidad lugareña y conformista que sólo pertenece a la pujante y orgullosa barriada boquense.

Mientras los hinchas alentaban a sus ídolos del día, nosotros recorríamos las espaciales galeas que guardan el arte Rioplatense contemplando, cantidad y calidad, de obras plásticas, de motivos argentinos reunidas bajo la dirección del ilustre pintor Benito Quinquela Martín, que supo seleccionar en su totalidad obras de artistas argentinos contemporáneos.

—Escuela Pedro Mendoza... Ribera Boquense!... eres orgullo de una barriada laboriosa y blasón de la trilogía: trabajo, deporte, arte... sitio pintoresco y de esperanza para la humanidad y que el talentoso artista con trazos enérgicos, ajustados a la verdad y con profundo conocimiento iconográfico del tema, se adentró a ellos para resaltarle a la barriada y a la naturaleza su más viviente policromía y relatar sobre la tela sus costumbres con inimitable autenticidad y con honda emoción de belleza plástica, que refirma una vez más la frase célebre «El arte es la expresión superior de la sensibilidad humana».

La obra artística y cultural que allí realiza Benito Quinquela Martín, por su modestidad y profundo amor a la barriada, no se discute, se le acepta y se le admira, porque ella habla claramente el lenguaje espontáneo de este genial artista que, sin alarde ni fantasía pone de relieve la obra monumental y artística de la popular barriada.

Los «boquenses» lo saben y por ello idolatran a su pintor y cuando se les habla de Benito Quinquela Martín se sienten más grande y orgullosos de ser ellos quienes cuidan de este insigne el afecto que argentinos y extranjeros sienten por el ilustre artista de los motivos portuarios boquenses.

QUINQUELA, EL QUIJOTE DE LOS MARES, TIENE LA DINASTIA DE SU GRAN HUMILDAD

¿Por qué será que todos los hombres que valen algo a la luz del mundo, tienen un origen humilde? ¿Qué habrá querido hacer el destino al excluir un alma, de los halagos de la tierra? ¿Hacer un hombre! Son muchos los ingredientes que entran, para enderezar un espíritu. Y no está en la curvada costilla bíblica, el material del cual ha de servirse una sociedad para hacer responsable a una sola cabeza, de el déficit totalitario de una masa.

Quinquela Martín, empieza su vida, donde los que disfrutaron del ruido del mundo, la acaban. ¡En el suburbio! Lo recoge la grotesca calcomanía de los barrios de extramuros. Sus primeros trofeos están trunco. Ha medido alguna vez la gente, lo que significa traer —sin rulemanes— el pesado carro de la fama legítima, hasta las propias barbas de la civilización, arrancando de más allá del plano catastral! Pues todo esto, lo que va en la curva de un puente hasta el otro, ha hecho Benito Quinquela. No por nada, Federico Le Play, — contradictorio, cristiano y rebelde — aconsejaba medir la estatura, por la revancha sublime que se toma un artista. Quinquela, el Quijote de los mares, nacido en América, desarraigó el suburbio, para hacernos notar que el ensueño, tiene, ha tenido y tendrá su origen en el camastro de la especie.

MUCHO MAS GRANDE QUE LA ESCUELA

Para la vida de una Nación, que precisa muchas escuelas como la Argentina, una escuela más o una escuela menos, poca importancia tiene. La escuela que ha donado este artista argentino, es algo más que eso o menos que eso. El barrio de La Boca, con deletrear un texto histórico o científico, no moderará su ritmo. Lo que emociona hasta la veneración, es el romance que se oculta en este dibujo que escudriña, — tímida y temerosamente — la gradería de sus afanes, frente al agua, como si



El pintor Benito Quinquela que ama el agua, porque solamente lo que tiene agua, está con vida

de la enseñanza filosófica que importa esperar la acogida en otro puerto, dependiera la fe de ser comprendido. Aquí hay un texto de carne y hueso en el que podemos leer todo lo que vale no haber perdido la fe en Dios, porque cada uno de los que le notan, afirman en su obra, cómo está de cuerpo presente la eternidad. Quinquela, con sus pinceles, y sus barcos, ha rehabilitado el dolor de las casitas con techo de lata, que cobijan chiclelos que esperan. Como si la doctrina de Hegel, le dijera al oído: "todo será". El proceso que mide el espacio de la sospecha al aplauso, basta y sobra para venerar a un operario como Quinquela y a un acreedor como a este fa-

laureles. Porque entre las angustias, la más honda, es la de que para ser artista, hay que ser el N. N. parado en medio de los siglos. TANKE, que no se explicó qué importancia podía tener un nombre propio, para el sacerdocio de un artista, comprende y demarca la virtud y el esfuerzo de Benito Quinquela, repitiéndose con el espectáculo de su corazón, su vida y sus afanes, el camino de la jornada de un hombre que comprendió su deber. Los niños que vayan a esta escuela, no tienen por qué recoger más que esta enseñanza. Los discípulos llenan la ansiedad de los maestros, con solo comprender la labor que hay detrás de los trabajos que muestran. Esa fauna, no es de las manos. Es de los ojos, y las lágrimas no tienen caligrafía.

Omar Viñole

vorito de los puertos, que hace tantos años, tiene idilios con las proas, las lonas y las gaviotas...

PARA LO UNICO QUE SIRVIO EL ARTE

El arte, por el arte mismo, es una leyenda, como otras tantas.

No sirvió ni servirá para nada. De su consecuencia solo puede computarse la vida del hombre que se nutría en sus flaqueas. La escenografía taciturna, de uno solo contra todos, y la pródiga decisión del que no tembló frente a la fábula de los

★ ★ ★ ★ ★

Edición de 32 páginas

Precio del Ejemplar \$ 1.—

MUNDO MUSICAL

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Director Propietario: **F. SPERANZA**

Administración y Talleres Gráficos: CORRIENTES 1976 T. A. 47 - 9651 y 7132
Registro de la Propiedad Intelectual Núm. 290.825

AÑO XI

Buenos Aires, Mayo de 1949

Nº 128

La Conciencia en el Arte

por Alfredo Fiori

(Continuación)

Con lo publicado en los dos números anteriores con ser muy poco, es lo suficiente para que el lector comprenda que mi admiración, por Quinquela Martín, es escasamente justa, porque este artista merece un gran libro.

Las personas dedicadas al arte, en cualquiera de sus gemas, son, y deben ser inspiradas.

Hasta el más profano puede conocer, la diferencia de un verdadero artista, a uno falso con solo conversar, unos minutos intimamente, y estudiarle el carácter;

Si habla de sus obras, es un brillante;

En contrario, si habla de él mismo;

Entonces es vidrio.

La inspiración que los griegos atribuían a las musas, son en mi modo de pensar, pensamientos, florecidos, que, emitidos por mentes superiores, a más próximas a Dios, que nosotros, son captados por las almas, más evolucionadas de la humanidad, en materia. Estas personas se prestan admirablemente, para recibir los mensajes, que, desde lejanos mundos, son enviados por seres, que habiendo sido ya genios, en la tierra, se encuentran en un plano superior, y tratan de comunicarnos las nuevas experiencias de otras etapas, pasadas por ellos.

Si no fuera así, aun viviríamos en la edad de piedra.

En ciencia, la mayor fuente, se la debemos a lo que llamamos "casualidad", y el arte, a la inspiración.

"Casualidad; Inspiración, dos palabras difíciles de explicar, porque no conocemos las fuerzas que las mueven, parecerá a muchos, que vienen de la nada, pero si pensamos un poco, sabremos inmediatamente, que aún la nada, es algo, desde el momento que para pronunciar la palabra, usamos vibraciones, para escribirla, un pequeño esfuerzo, y para pensarla, ondas.

He descrito los artistas verdaderos como una especie de (Medium) capacitado, pa-

ra captar mensajes de seres purificados, reencarnados en otros mundos.

Se que dirán:

Es un fantasista; pero yo respondo: que si con el ojo se llega a las estrellas, como llegan los pensamientos a través de los espacios siderales, también pueden llegar las almas; mientras la ciencia, no demuestre, que las almas son más pesadas que la vista, y los pensamientos, tengo derecho de creerlo así, sin asegurar que este modo de pensar, sea de mi actual y exclusivo.

El arte de algunos seres muy adelantados, puede resultar inconveniente para la época en que viva prematuramente, en estos casos, el artista debe decender lo suficiente como para ser comprendido por el época público; ese trabajo debe ser realizado por la conciencia del artista, época pre-nacido; ella se encargará de forjar el espíritu de equilibrio armónico del triángulo: Alma, Materia y Tiempo.

Entre los época-prenacidos, pueden ser citados: Leonardo de Vinci, Nostradamus, Julio Verne, Pitágoras, Sócrates, y muchos otros; observemos que ninguno de ellos trató en ningún momento, de emplear su abundante inteligencia en la política, y que no trataron nunca de ser gobernantes.

En conclusión: la política debe gobernar la materia, el arte, a las almas, estando ambas envueltas, en el espíritu colaborador para que armónicamente la humanidad vaya desviando la lucha (fuego necesario de purificación) hacia la vida celular inferior para conseguir la felicidad, y adelanto máximo, dentro de las posibilidades de tiempo, cantidad y espacio.

No es posible gobernar con música, ni con versos, estatuas o cuadros; pero sí es posible ayudarlo armónicamente buscando la tolerancia y comprensión por su intermedio.

Del mismo modo, los gobernantes materiales no podrán dictar el arte por decretos, o leyes, pero podrán ayudarlo financiera-

Apuntes PARA BIOGRAFÍAS DE BO

Carlos Thompson

Hay quien cree que puede hacer "Hamlet"

Carlos Thompson. Actor. Escritor. Viajero. Lo inventó Borcos, que cuando los niños fueron a él, que fue cuando permutó Califor-



nia por Acassuso. En momentos de escribir estas líneas está en Noruega. Cuando pongamos fin a estos apuntes muy cómodos para llevar en el bolsillo, seguro que estará en Madrid. Con lo que está dicho que viaja. Es un Mario Medrano con pipa y el recuerdo del blett de sus amores con María Félix. Romance que con vistas a las gacetas publicitarias le inventó Luis César Amadori. Con la falta que tiene pudo ser un buen basquetbolista. Evidentemente no quiso. Hace un par de años se fabricó un itinerario y lo cumple. Se sabe donde está por la información del romance que vive en cada ciudad, en cada aldea, en cada pueblo, en cada avión, en cada barco y en cada tren.

Así como hay quien nace para ser gordo Carlos Thompson nació para amar. Ava Garner, Marilyn Monroe, Ann Sheridan, Grace Kelly, María Félix, Laura Hidalgo y Silvana Pampanini, llevan en sus corazones, las huellas de un dolor que provocó la ausencia de Charles el pipudo.

Ha creído tanto, artísticamente, que Ariel Cortazzo, como argumentista, le queda chico. Ahora, para interesarlo hay que hablar de Shakespeare para arriba. Por lo que se vive la sospecha que un día va a salir con la calavera aqueña en la diestra, "fajándose" el monólogo. Se quiere establecer aquí que va a hacer "Hamlet". Algo que, sin embargo, madura ese gigante de Narciso Bafien Menta. Y que está en los propósitos de Zuliy Moreno. Ello cuando Luis César Amadori diga que si y resuelva dirigirla en esa "cosita" un poco dramática que pasa en un castillo nórdico. Uno de sus últimos trabajos estuvo en un film cuyo título hablaba de camelias. A raíz de su labor casi peliagra el futuro de Pepe Arias. (A esta altura de la biografía el cable informa que está en México). Cuando vuelva, seguro que va a contar que se tutea con Paganol y que De Sica, infortunadamente le pidió que se quedara en Embobli para hacer cinco films. No se quedó por falta de voluntad. Ocurrió que la asociación "Maridos Agrupados de mujeres casadas de Embobli" lanzó un manifiesto pidiendo su expulsión. Como contrario se iban ellos del pueblo.

Benito Quinquela Martín

En pintura es un lenguaje de Cancha de Boca y tribuna de Boca Juniors

Se puede ejercer de todo. Hasta de boquense. Para ejercer de boquense hay que saber, necesariamente, quien fue Brichetto, haber ido a comer en lo de Spadaverchia, aplaudirle a Enrique

Escribe WILLIAMS PEREZ

Gonzales Tuñón el hecho de haberlo bautizado al autor de "El Pañuelito" llamándolo San Juan de Dios Filiberto, haber concurrido al "Pescadito", haber concurrido a un poco Génova y por encima de estas cuestiones, entender, descontentamente, que La Boca existe. Y así como hay barrios que se justifican en razón de sus muros. La Boca se justifica, en función informativa de su existencia, por sus personajes. Uno de los más salientes es, sin duda, Benito Quinquela Martín, que en principio debió ser Benito Chinchella Martín. Su infancia es una historia conmovedora. Al recordarla no se puede dejar de llorar. Aunque sea de oído. O sacando las lágrimas de un bolsillo. Y mojar a lamento la vereda de Almirante Brown. No nos explicamos como todavía Chiappe, que visto radialmente es como el autor nuestro Luis de Val, no ha "capitulado" la novela desgraciada de su infancia y juventud. Y después, salir por los barrios, a los cines de barrio y dar eso. Con música de Filiberto y ruidos especiales de Couto, es decir, de Prince que en radio cumple con una función que todavía no se inventó. Benito Quinquela Martín podría asistir a cada función como número final. Eso que teatralmente se califica de final de fiesta. Y se podría cantar la marcha de Boca Juniors con Mussmei de solista. Y en camiseta.

No hay duda que el Richuelo se inventó para que Benito Quinquela Martín lo explote. Filando



en telas esa humanidad encorvada que puchera cargando y descargando carbón en barcos que mece un río de plomo viejo iluminado por un sol a la violeta.

Si la pintura es un lenguaje — suceso del que aquí no se duda — este artista boquense-genovés, es el alarido. Todo es estallido. Está entre la cancha de bocha y la tribuna de fútbol. Y con una tarjeta en el bolsillo que dice: Benito Quinquela Martín, artista pintor. Algo, una cosa que no se le conocía al Glotto, a Cesaype, a Gauguin ni a Fader. Pero de un pintor que es capaz de embadurnar un ómnibus con una pintura de palabras cruzadas se puede esperar eso de la tarjeta. Y más. Es el único pintor (pintor-artista) del mundo que tiene una obra de arte sobre cuatro good-years inflados. Que ya es decir.

Algunas Perlas Jubil

De los 7,000 taxímetros que existen en esta Capital, ¿cuántos están afiliados y cuántos aportan? Ovidemos o no contentos con los del resto del país que han de ignorar que existen las Calas.

De los músicos, artistas, circo, exceptuando los que trabajan en radio que son los grandes dueños de las Calas, ¿cuántos efectúan aportes? Y hay que aclarar hasta hace muy poco era más fácil cruzar la avenida Nueve de Julio junto al obelisco a que las radios le otorgaran un certificado de servicios.

Hasta hace poco, ahora no sa-

FEDI

Lo que se dice guén, en algo. A es en lo que Fedi nación escénica, tiene su música con excelente sus ello unido a sus



ral que lo muestre fuerza alguno es biente y frente ponsabilidad del ta. Y con todo q cio de la anima es en el una pasi desvincularse de Dejó el fútbol — en San Juan s lo hacia el mro linotipia. La dacción. La red por nada. Talen el lo y "enero tad con nobles le va bien pero Sabemos que la nunca. Lo que gos. Pero Feder una esperanza lusión — encas una sonrisa. la de la retam velará a Veros que así se lis de nube y re envío en una r dicho que es p celona, pero Proprietario de es la saludabili do él llega. Con flores la punt cuerdo o el in tileza. Fue diris mos que de los Se impone dec rigente honrad rado para que Fue honrado p la honradez no jimiento. Hinch No será nunca libre de esta e está de escribi boqueros. O ama cénicamente — Rudy. (Entre l sabe uno en q adoquín).

Comprende un la tarea que se l que ha salido l alguien. En este Pero es que al quible animador tar sino así. De lo que pido disc guida clientela p metido prometi del que se pre par ar. Martín, no error.

bemos, los cab baret, dancin intocables, no tes y se proh las denuncias ellos.

Los abogado más lequelas a las Calas, c Bastaría sólo l tudios y cuant las Calas!

Los cantone danzas, modist la aguja, sólo vias de jubilar bien graciaa.

CINE-MUNDIAL

LAS GLORIAS DEL "CARBONERITO"

Por Miguel de Zárraga



Benito Quinquela Martín, prominente pintor argentino que pasea sus triunfos por el mundo y que, en Nueva York, exhibió, entre otros, el cuadro típico suyo que aquí se reproduce.

BENITO QUINQUELA MARTÍN — el hoy ya mundialmente admirado pintor argentino — tuvo un origen muy humilde, ¡el más humilde que se pudiera imaginar! y ni siquiera conoció a sus padres. De él, pues, bien se puede decir, para su orgullo, que es un hijo de sí mismo. Con él empieza una familia, una historia, y un nombre que ha de perpetuarse.

Fue en Buenos Aires, en la Boca, donde apareció este hombre genial, que desde muchacho asombraba a cuantos le conocieran. Trabajaba en la carga y descarga de los buques, y empezaron llamándole "carbonerito". Así, con letra minúscula, pero llenas de afecto para él todas las voces.

Acaso con un carbón trazó, sobre las piedras de la calle o en las fachadas de las casas, sus primeras figuras. Al carbón substituyó la tiza, y a ésta el lápiz. Más tarde, un pincel. Después no necesitó más que una espátula...

No tuvo apenas maestros, aunque, en cuanto pudo, se matriculó en la Escuela de Pinturas. Aprendió pintando, y sus modelos fué



sus hombres de miserable catadura, esclavos del trabajo, mártires de la lucha cotidiana por la existencia, ¡si aquello era existir!

Pintó Quinquela lo que sus ojos miraban, y en su espátula puso tanta emoción, que sus cuadros, deslumbrantes de luz y de colores, cautivaron desde el primer instante a cuantos los vieron. Quinquela, pintando, no se parecía a nadie. Era él, siempre él, y sólo él. Y así fácil hubo de serle que muy pronto le

a buscarlos siempre en la vida palpitante que le rodeaba. Para él, durante su juventud, casi no había más mundo que el arrabal bonaerense de la Boca, con sus calles marinerías, de tan típico ambiente; sus barcos viejos, arrumbados los unos, deshechos o en reparación los otros, en las sucias aguas del Plata no pocos todavía, transportando madera y carbón, o de pesca; y todos ellos con

conocieran en todo Buenos Aires, y a él, que nada pedía, le ayudaron todos. Por lo menos, todos los capaces de sentir la belleza artística.

De Buenos Aires, sin más recomendación que sus propios lienzos, se fué a París. Y nada menos que un Camille Maclair le presentó a los franceses. En varias columnas de prosa maestra contó el oscuro nacimiento del pintor argentino, que desde niño mostró un corazón muy grande, y una voluntad tan grande como su corazón. Un corazón que le hizo comprenderlo todo, perdonarlo todo, amarlo todo, y una voluntad que le impulsó a aprender por sí mismo a leer y a escribir, a pensar después sobre cuanto estudiaba. Unas páginas de Rodin, que milagrosamente cayeron en manos del "carbonerito", iluminaron su inteligencia y le sirvieron de faro en su vida: quiso entonces ser pintor, pintor de hombres como los de Rodin, y la visión estética del escultor francés se adentró en el espíritu del pintor argentino con fuerza avasalladora.

Con Camille Maclair, Lucien Descaves, de la Academia Goncourt; Jean Guiffrey, Consejero del Museo del Louvre; Thiebault-Sisson, Raymond Cogniat, Roger Dardenne, Maurice Feullet, Georges Pioch, Max Daireaux, Simonne Ratel, y muchos otros críticos de arte, los mejores de París, consagraron a Quinquela como uno de los más grandes pintores de nuestra época, destacándole por su originalidad personalísima e inconfundible. Triunfó así en París.

Y a Madrid se fué entonces. ¿Y cómo no había de triunfar también? ¿Y cómo los españoles, tratándose de un argentino, no habían de considerar su gloria como la gloria de un hermano? La exposición de las obras de Quinquela en Madrid se hizo memorable, y todos los críticos refrendaron las proclamaciones de Buenos Aires y de París. Quinquela se sintió entonces satisfecho como nunca.

Recorriendo España—nos decía emocionado—me parecía retornar a lugares en que viví otra vez... Como si en España hubiera tenido yo otra vida, o mis padres fueran españoles... Especialmente en Granada sentí una conmoción tan honda, tan íntima, tan obsesionante, que me hizo soñar si yo sería granadino... Y conste que yo amo a la Argentina con toda mi alma, y que, si algún orgullo tengo, es el de ser argentino. Mi sensación de españolismo, de granadino, es algo ancestral, incomprensible para mí, pero que está en mi espíritu. ¡Y seguramente soy un argentino, porque en el fondo de mi corazón palpité España!...

Quinquela, noblemente ambicioso, anheló asomarse a Nueva York, cerebro hoy del mundo y bolsa de todos los valores. Acá no con sus cuadros y, como no sabía venderlos, con unas cuantas cartas de presentación, que, a fin de cuentas, para nada prácticos le sirvieron. Se encontró el hombre en un medio hostil, sin el apoyo de nadie, y como si todos sus anteriores éxitos se hubieran borrado. ¡Como si acabara de nacer!... El "carbonerito" no era aquí más que eso. Nada.

Cuando se convenció, y bien pronto le llegó el convencimiento, de que su nombre aquí nadie lo conocía, ni le importaban a nadie sus glorias pasadas, decidió—como en los inicios de su vida artística en Buenos Aires—vender por sí mismo. Alquiló el salón principal de una de las más renombradas galerías de la Quinta Avenida, teniendo que anticipar mil dólares por aquél, y, sin que la casa se comprometiera a realizar propaganda alguna, aunque le hizo creer que se la daría) para su exposición... Durante la primera semana apenas si la visitaron unos cuantos curiosos. Pero bastaron éstos, aun con ser tan pocos, para que a la semana siguiente se llenara el salón y entre el público figuraran los más prestigiosos críticos. Todos los gran-